La guerra de Vietnam en palabras de los hombres y mujeres que lucharon en ella

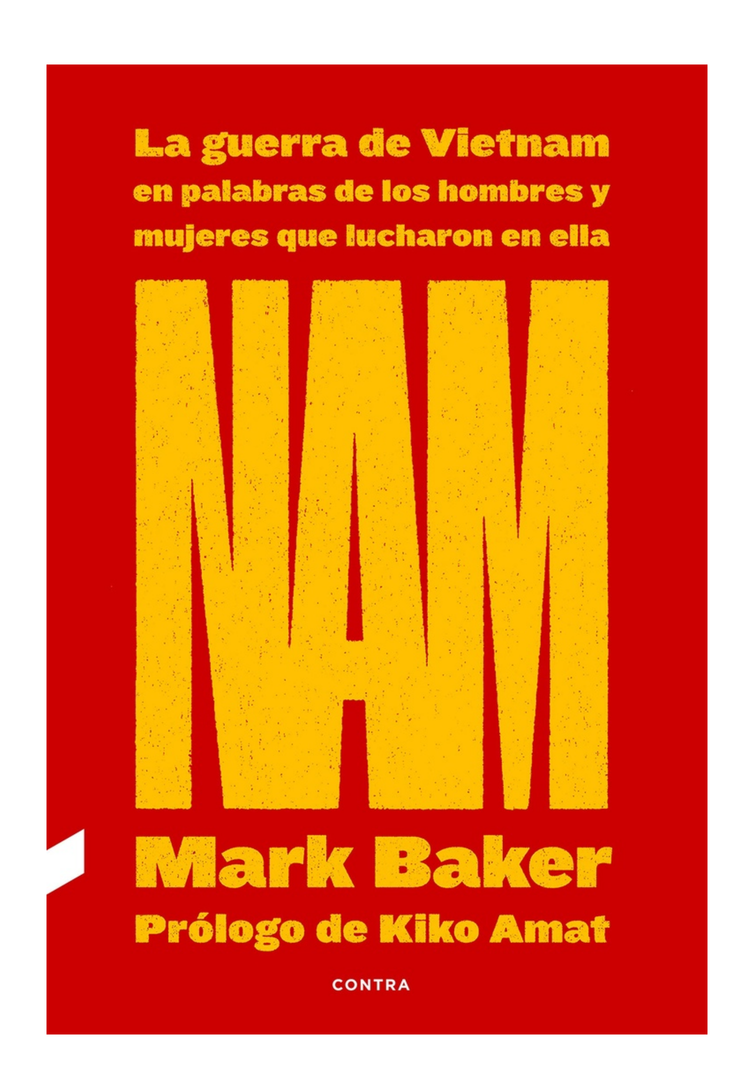


NAM

Mark Baker

Prólogo de Kiko Amat

CONTRA


La guerra de Vietnam
en palabras de los hombres y
mujeres que lucharon en ella
NAM
Mark Baker
Prólogo de Kiko Amat
CONTRA

NAM: The Vietnam War in the Words of the Men and Women Who Fought There

Dirección editorial: Didac Aparicio y Eduard Sancho

Diseño: Mikel Jaso
Maquetación: Endoradisseny

Primera edición: Septiembre de 2020
Primera edición digital: Septiembre de 2020

c/ Elisenda de Pinós, 22
08034 Barcelona
contra@contraediciones.com
www.editorialcontra.com

ISBN: 978-84-18282-29-4

Composición digital: Pablo Barrio

ÍNDICE

Agradecimientos

A todos los hombres y mujeres que ya no están entre nosotros
y no pueden contarnos su historia.

Prólogo

La guerra más *fugazi* : Juventud y clase obrera en Nam

1. Cuando era niño, solía imaginar cómo me comportaría en tiempo de guerra. Por muy friqui hepatítico que fuese, tenía claro que la cobardía era el mayor de los pecados, como decía Bulgákov en *El maestro y Margarita* . ¿Qué tipo de Yo afloraría, así, cuando me hallara cara a cara con el enemigo? ¿Sería un calzonazos aniñado y sollozante (una idea que me aterraba), o más bien un viril *psycho* de ojos vacíos, como los que pasaron My Lai a cuchillo? Llevaba una vida preguntándome memeces como esas, cuando, recién cumplidos los dieciocho, me llegó una carta del Ministerio de Defensa. En ella se me convocaba a una alegre *randevú* en el CIM de Cartagena, junto al resto de muchachos del 2.º reemplazo de 1990.

El cambio que se obró en mí una vez allí me pilló completamente por sorpresa. Unos pocos meses antes, creía ir sobrado de autoconocimiento y visión: me veía a mí mismo como un *outsider* antifamilia (en concreto la mía), antisocial y antisociedad, cuya arma principal era cierta expectativa abstracta de gloria y grandeza [1] , y quien veía en la propia tribu un escudo protector que, de forma automática, repelía las expectativas de productividad del mundo capitalista, a la vez que me protegía del «borreguismo de la masa» (sí, solía decir este tipo de paridas). *I'm not like everybody else* , y todo eso.

El espíritu castrense cayó sobre mí como el proverbial jarro de agua fría. Imposiblemente, tras solo cuatro meses en la base me pavoneaba por allí como el jodido Roach de *Apocalypse Now* . Remaches en las botas y boina

tuneada en posición *yarmulke* (chic de rebeldía naval), en busca de licor robado o algo que fumar, apartando a empellones a los «peludos» (recién llegados), hablando la jerga y puteando a mis «inferiores». *I was like everybody else* , después de todo. Estaba en mi salsa, allí, jugando a soldaditos, en un mundo que no era mi subcultura ni mi cultura, ni siquiera parecía formar parte de los ochenta; un mundo que, por lo visto, existía por sí mismo, que siempre había existido en su forma presente, regido por sus propias normas y convenciones desde el principio de los tiempos, y que de repente explotaba en mi cuerpo, sacando a la luz algo nuevo, o algo (casi peor) que siempre había estado allí pero que no había sido capaz de aislar e identificar.

Aunque, tienen ustedes razón, el servicio militar se parece a la guerra como un rocódromo se parece a una vía letal de Yosemite (y el único crimen de guerra que sufrí yo fue el «Soldados del amor» de Olé Olé), la experiencia me ayudó a comprender lo rápido que uno se convierte en *algo* cuando te arrancan de un lugar familiar y te depositan en uno extraño; lo rápido que cobra sentido lo que unos meses antes parecía imposible, lo frágiles que son los límites sociales, lo poco que significa el código moral que heredaste.

Mark Baker escribe aquí que «en menos de un año, Vietnam puso a prueba tanto al hombre como a la cultura que lo llevó hasta allí». La guerra te enseñaba quién eras, quién eras *de verdad* , sin lo que Baker define como «la fina fachada que imponen las instituciones de la sociedad». Bao Ninh, exveterano del Ejército de Vietnam del Norte, escribió en *El dolor de la guerra* : «Es la guerra lo que marca la diferencia. Entonces era la guerra, ahora es la paz. Dos épocas diferentes, dos mundos, escritos en la misma página de la vida». Dos distintas fibras morales, y una de ellas está debajo de tu piel, y no eres consciente de su existencia hasta que hay una guerra y te mandan a ella. Y tienes solo diecinueve años.

2. «*It's time the tale were told / Of how you took a child / And you made him old* », cantaban The Smiths. A la sazón, una de las razones por las que Vietnam nos resultaba tan cercano a muchos adolescentes de los ochenta era la juventud de sus combatientes. Aunque, gracias al milagro de la empatía, podíamos ponernos en la piel de un *Tommy* de la Primera Guerra Mundial, existía un elemento de separación que dificultaba la identificación con su circunstancia. Era innegable: los soldados de la Gran Guerra quedaban

demasiado lejos cronológicamente y eran demasiado mayores (veinticinco de media) y tenían rostros ancestrales y escribían demasiada poesía luctuosa para parecer de verdad de *los nuestros* . En cambio, uno leía sobre Vietnam, veía algunas de aquellas imágenes de rocanroleros granujientos con ojos hundidos y cascos grafiteados, y sabía que eran chavales desafectos de diecinueve años [2] , como tus amigos del barrio. Podían haber sido, de hecho, *tus* amigos del barrio, allí, teletransportados a la Ofensiva del Tet. Borrachos, drogados, extraviados, acojonados, cabreados, cogiéndose las manos los unos a los otros cuando salen a patrullar en la oscuridad, «como crías de elefante que caminan en fila india», porque temen perderse. Porque *son* putos niños.

La mayoría de los testimonios de *Nam* coincide en afirmar que «la guerra era un lugar donde se podían aprender cosas», o que «no me lo quería perder, ya fuese bueno o malo», o que aquel era «el acontecimiento que marcaría a mi generación», y como tal estarías loco si permitieras que pasara sin participar en él. Vietnam era el test de masculinidad, la aventura, la huida, el ungüento para todas aquellas adolescencias victimizadas por el romanticismo. Naturalmente, cuando los mozos se embarcaron en aquella supuesta aventura no eran conscientes de que el impulso juvenil y la energía adolescente americana que los había llevado allí sería también lo primero que les arrancarían.

Michael Herr solía decir que su verdadera juventud había sido extirpada en los tres días [de la Ofensiva del Tet] que pasó cruzando de Can Tho a Saigón. Baker comenta en *Nam* que Vietnam era «un País de Nunca Jamás gobernado por la brutalidad» donde los niños se convertían en viejos tres veces más rápido. «Eran unos críos», afirma alguien, «pero a la vez no lo eran. Tenían un brillo en la mirada que los hacía completamente distintos de los demás (…) Tenían algo que los hacía parecer viejos». «Cuerpos de diecinueve con mentes de treinta y cinco», transcribe Baker. Eso te hacía Vietnam.

La mínima pulsión generacional bastaba para comprenderlo: a esa guerra habían mandado *a tu quinta* . Un joven proleta español no tenía que realizar esfuerzo de imaginación alguno para comprender cómo habían llegado allí aquellos *teenagers* pringados de mirada antañona. La experiencia personal de clase y tejido social arrojaba luz sobre la suya: un ejército de odiadores del colegio, menefreguistas sin futuro ni «nada que hacer» a quien no les importó poner distancia entre su familia y ellos, que vivían en un estado de

permanente semitorpor puntuado por picos de fervor maníaco, cuyo porvenir siempre había tenido el perfil de la fábrica del polígono o el centro comercial más cercano…

Sí, aquellos Lurps [3] se parecían peligrosamente a la peña de tu instituto, de tu bloque, de tu curro, los que de niños habían jugado contigo al bote hasta que se apagaban las farolas y las madres os llamaban a grito pelado desde los balcones, los que compraron la primera litrona junto a ti (y luego la vomitaron, también junto a ti, en el descampado delante del insti). Los que habían ido a Vietnam eran chicos como vosotros. Y ahora estaban muertos.

3. Los soldados que fueron a Vietnam eran de otro país, pero, ¿saben qué? Ni siquiera lo parecían. El rock'n'roll les había hecho familiares. Los críticos literarios suelen escudarse en letanías de ficticia objetividad y separación con el texto, pero lo cierto es que todos *nos buscamos* en las historias ajenas, desenterramos del texto los elementos compartidos, y por eso algunas de esas historias nos resultan más fáciles de entender, más cercanas, que otras. El componente rock'n'roll de la guerra de Vietnam, siguiendo ese razonamiento, resulta indispensable para explicar la fascinación, la compasión, la intimidad que despertó en nosotros. Aquellos muchachos de nuca rasurada y mejillas rubicundas, alimentados a base de filetes y batidos, no solo tenían nuestra edad, sino que además utilizaban, al otro lado del Atlántico, los mismos referentes, tics, narcóticos y abalorios tribales que la gente que nos rodeaba en el bar. Las soflamas hostiles y chulescas que pintábamos en los lavabos del instituto eran muy parecidas a las que ellos lucían en los cascos o rotulaban en la panza de sus *chinooks* . Los tripis que depositábamos sobre nuestra lengua, las anfetas que nos desvelaban y mantenían eufóricos (o tiritando), los porros que amasábamos… Eran las drogas típicas de Vietnam [4] .

También los sonidos. El *hit parade* de 1967 resultaba abrumadoramente familiar [5] para cualquier chico europeo, incluso español, que se resistiese a escuchar el «¿Dónde está el país de las hadas?» de Mecano. Vietnam venía con una banda sonora que te sonaba, agitaba, y en muchos casos, conmovía. «Purple Haze», «(I'm Not Your) Steppin' Stone», «Under My Thumb», «Time Has Come Today», «All Along the Watchtower» o «Just My Imagination (Running Along with Me)». Uno de los testimonios de *Nam* relata un combate donde, en mitad del caos y las trazadoras, el ra-ta-ta-ta-tá

de las ametralladoras y los gritos, suena el «Goodbye» de Mary Hopkins desde una radio que alguien ha dejado encendida. Incluso la toponimia del terreno —Song Be, Bu Dop, Da Nang, Mang But— suena a pop sesentero, rock'n'roll clásico, a be-bop y auanba-ba-luba (o, en el caso de Mang But, a obscenidad en inglés).

He escrito la palabra «sesentero», pero lo cierto es que Vietnam es a la vez *sixties* y nada *sixties* . Por un lado, sin duda, Nam estaba conectado a la década por un cordón umbilical de referencias culturales, el movimiento negro de derechos civiles, la contracultura, la televisión, el rock'n'roll, etcétera. Por el otro, como sugería más arriba, existía, como todas las guerras, en su propia realidad alternativa, extemporánea, cercenada de su tiempo, primigenia y antigua, del mismo modo que el Salvaje Oeste parece existir en una dimensión propia, pretérita y futura a la vez, cien años después o antes del Londres Victoriano, aunque coexistieran en el tiempo. Los chicos de Vietnam no van con *hipsters* púrpuras, flequillo Byrds, kaftanes o botines de tacón cubano. Son soldados: llevan ropa de faena sucia, botas enfangadas, ronchas de sudor, culos sucios y pies podridos, como los soldados de todas las eras, aunque el Verano del Amor esté en su punto álgido. No son chavales de los sesenta, sino chavales de siempre. Históricos, pese a su mocedad. Y por eso su narrativa, sus arquetipos, son eternos. La identificación con ellos resulta inevitable, una vez más.

4. Vietnam fue una guerra que luchó la clase obrera. Ustedes dirán que como todas, lo cual es solo parcialmente cierto. Las estadísticas no mienten: el 17% de los oficiales de clase alta que combatieron en la Primera Guerra Mundial murieron en combate, en comparación al 12% de rango bajo y extracción obrera. Una sola escuela privada como Eton (cuna del abolengo británico) perdió a mil exalumnos en la Gran Guerra. Varios primeros ministros británicos dejaron en las trincheras del Somme a hermanos e hijos.

Por supuesto, algo así resulta impensable en Vietnam (incluso imposible de visualizar, como una perspectiva mendaz de Escher). El capitalismo es energía renovable y la clase dirigente aprende de sus errores; hablemos claro: a Vietnam solo se envió a la escoria. *Nam* menciona el concepto «soldados de usar y tirar»: los nacidos en pueblos de mierda, hijos de familias sin rango; números y estadísticas. Carne de cañón, y nunca mejor dicho. De los 2,5 millones de hombres alistados que sirvieron en Vietnam,

el 80% provenía de clase trabajadora, y la misma proporción solo tenía educación secundaria. Un 25% de ese 80% vivía por debajo de la línea de pobreza.

Aunque es cierto que el movimiento antiguerra de los campus se formó antes de que entrara en vigor el *draft* universal de 1969, aquel había carecido de impulso masivo o repercusión *mainstream* hasta entonces. Los universitarios y las familias de clase media o alta hallaban numerosas facilidades para sortear la llamada del Selective Service (facilidades de las que carecían los jóvenes de extracción humilde), y Vietnam estaba en el otro extremo del globo. En 1965, como afirma un artículo reciente del *New York Times* , era raro que un chico de clase media fuese a Vietnam. No solo eso, sino que si eras de clase media y terminabas en Vietnam, eras considerado un «pardillo» (*only suckers go to Vietnam*).

Por eso es inevitable sentir un pálpito en la sangre, un blanqueo súbito de nudillos, al ver imágenes de archivo del movimiento pacifista estudiantil, que explotó en el preciso momento en que entró en funcionamiento la lotería universal, el 1 de diciembre de 1969 [6] . El 15 de noviembre, dos semanas antes de aquello, Estados Unidos presenciaba la protesta antiguerra más multitudinaria de la historia del país, con sus canciones folk, flores y fifismos. Los planes de Nixon de ampliar la *pool* , cancelar prórrogas y alistar a los universitarios acababan de darse a conocer. Hasta aquel momento, no está de más repetirlo, la guerra de Vietnam era un lugar adonde iban a morir los negros y los pobres, y por definición resultaba irrelevante para la gran mayoría de estudiantes de clase media [7] .

El conflicto de Vietnam nos ofrece aún otra particularidad relacionada estrechamente con la clase social. De la mayoría de escenarios bélicos del pasado, como en la no tan lejana Segunda Guerra Mundial, el soldado regresaba con un caso extremo de trastorno de estrés postraumático, vivo de milagro, deseando no volver a hablar jamás de lo que había visto o hecho en el campo de batalla, mutilado física o espiritualmente, pero en su país se le miraba con respeto, cuando no con reverencia. En Vietnam aquello cambió. La diferencia entre haber liberado París en 1945 o haber sobrevivido a Khe Sanh en 1968 se hacía dolorosamente patente al regresar a casa. En la primera opción sonaba la banda de música, lucían las escarapelas tricolor, te estrechaba la mano el alcalde; las más bellas *cheerleaders* de tu pueblo se te echaban a los brazos, te colmaban de besos y ramos de flores, te ofrecían dulces y, con suerte, su catre. En la segunda opción, un comité de

recibimiento de pijas de Berkeley (o Jane Fonda en persona, ya puestos), junto a unos cuantos *yippies* de pies mugrientos, te escupían y humillaban y gritaban «asesino de niños», mientras depositaban muñecas ensangrentadas y desmembradas a tus pies [8] . Aunque es cierto que las historias de estudiantes pacifistas agrupándose en los aeropuertos para escupir a los reclutas *hillbilly* que marchaban o regresaban de Vietnam han sido exageradas, esas situaciones se *daban* , y tan a menudo como para ser consideradas parte de la ecuación. No era una aberración que involucraba al margen lunático del SDS, por decir algo.

En *Nam* se acumulan las voces que narran cómo (en Vietnam) pasaron de ser una mierda a «reyes» y (ya de regreso a casa) vuelta a la mierda otra vez. Ser devuelto al viejo estatus de paria, del que creías haberte librado por servicios elementales a la patria, por la crueldad y muerte que habías presenciado y/o provocado, resultó lacerante, traumático, absolutamente degradante, para la inmensa mayoría de veteranos de guerra. *Nam* habla de clase social como ningún otro libro sobre guerra, y en ese sentido fue (y sigue siendo) revolucionario. Se alinea con los chavales de la mala dentadura y el cutis defectuoso, los descargadores de camiones y los operarios de cadena de montaje, los cajeros de McDonald's y los reponedores de Walmart, en lugar de los líderes izquierdistas o periodistas de clase media que siempre han dominado el análisis y discurso sobre Vietnam. En ese sentido es simplemente maravilloso, y del todo emocionante.

5. Vincent Bugliosi sostenía en *Helter Skelter* que la razón por la que los crímenes de la Familia Manson eran mucho más famosos que los de, por ejemplo, Patrick Hearney, el asesino en serie apodado Trash Bag Killer (cuarenta y tres víctimas certificadas), era simplemente que los primeros eran más… *extraños* . Lo mismo sucede con Vietnam. Todas las guerras son estúpidas (calma: no voy a cantar Culture Club), pero Vietnam se lleva la palma. «Su muerte había sido innecesaria, un sinsentido. Todas las guerras están llenas de historias como la suya, pero en Vietnam hubo más que en ninguna otra», nos recuerda una voz del libro, hablando de un amigo caído. La sensación de estar luchando una guerra completamente *fugazi* [9] , absurda, ilógica, sin destino ni frente, ni siquiera contra un enemigo firme, desde luego sin perspectivas de victoria y, lo peor de todo, sin botín que embolsarse, no se les escapó a la mayoría de combatientes, que empezaron

a comportarse acorde con la situación. *Trampa 22* , la conocida novela de Joseph Heller, está ambientada en la Segunda Guerra Mundial, pero en mi opinión encaja mejor en Vietnam. Si en Nam se te iba la olla, eras el raro, pero lo raro era que no se te fuese la olla. Digámoslo en un estilo aún más helleriano: si conservabas la cordura en Nam, es que estabas loco como una cabra. Las voces de este libro lo prueban.

6. Y hablando de voces. En su día me desagradó la serie de HBO *Band of Brothers* por varias razones, pero una de las más relevantes era que los GI carecían de bagaje; eran solo figuras tácticas en un marco de conflagración bélica. Envoltorios cárnicos vagamente diferenciados entre ellos cuyo único fin era explicar el devenir de las tropas, las ofensivas, el terreno, los dos bandos. Pero nadie existe sin *su* propia historia, color de piel, barrio, acento, sin sus amuletos o trofeos macabros, sin la foto de la novia (o de Jane Russell) que llevaban en la camisa.

Mark Baker afirma en su introducción que los libros de historia suelen ignorar la individualidad y la primera persona para tomar el camino de la estadística, la historia y la macropolítica, o las vergonzantes sendas del heroísmo abstracto. Pero para contar Vietnam necesitas las voces de los que estuvieron allí. Tim O'Brien suele repetir que existe una verdad más verdadera que los fríos hechos. Esa verdad está en todas las voces y recuerdos, las expresiones y olores, cada anécdota [10] que enhebra Mark Baker en *Nam* . Porque el detalle cuenta la totalidad, nunca al revés. Una de las voces de este libro nos explica que en el Cuerpo de Marines utilizaban la expresión *asshole puckers* : tenías tanto miedo todo el tiempo que se te arrugaba el ano. Literalmente. Algo así dice más de Vietnam que todas las explicaciones de McNamara o el general Westmoreland, con su engañosa tecnocháchara (o *diplomatic double-talk*); dice más que todos los noticiarios oficiales o libros canónicos.

La construcción del relato mediante unas voces que, para colmo, son anónimas (podría ser cualquiera; *tú* , quizás; todos nosotros), eleva a *Nam* a la categoría de obra clásica, homérica, eterna. El libro de Baker es uno de los grandes relatos sobre la guerra y los hombres y mujeres que lucharon en ella, lo que eran y en lo que se convirtieron, y los horrores que aún les aguardaban cuando regresaron con vida del frente. Una obra sublime, sin paliativos. Me siento orgulloso de haber colaborado en la edición española de *Nam* , aportando un prólogo de lector y entusiasta a uno de mis libros de

no ficción favoritos. Deseo que les conmueva e impacte, les llene de ira y compasión y orgullo de clase, como ha hecho conmigo desde el primer día.

KIKO AMAT
Barcelona, junio del 2020

Introducción

«Alguien muere, no es ningún drama. Etiqueto el cadáver, anoto los detalles de su muerte y lo meto en una bolsa —pensó Doc—. Ya he visto demasiada mierda. No puedo dejar que me quite el sueño. No me lo puedo permitir.» Aunque lo llamaban «Doc», no era un médico de verdad. En Vietnam, los GI [11] llamaban «Doc» a cualquier sanitario, excepto en el frente, cuando gritaban «¡un médico, un médico!» al desplomarse.

Volvió a mirar la carta que le habían enviado los padres de un chaval de su misma unidad: «Estimado doctor —escribieron—: Nuestro hijo hablaba mucho de usted en las cartas que nos enviaba, nos contaba todo lo que hacía por los muchachos de su unidad. Por favor, si puede, cuéntenos cómo murió». Lo habían repatriado en un ataúd.

«¡Dios! —suspiró Doc—. ¿Qué les contesto? No puedo decirles que su hijo desayunó unas alubias congeladas repugnantes, que tuvo que aguantar que los demás chavales le llamaran *cherry* [12] y que salió del campamento para acabar estallando en un millón de pedazos, que es exactamente lo que pasó.»

Durante una patrulla rutinaria con el resto de su pelotón, el chico accionó accidentalmente una mina con una carga explosiva de setenta kilos, según calcularon después. La explosión abrió un cráter del tamaño de una habitación de matrimonio y le arrancó un brazo y las dos piernas. También le destrozó una parte del cráneo.

Murieron seis soldados más. En Vietnam era frecuente morir así. Mientras duró el conflicto armado en el Sudeste Asiático, se repatriaron miles de ataúdes para ser enterrados discretamente en suelo estadounidense, donde han permanecido prácticamente olvidados, ignorados, durante más de diez años.

Recientemente, son muchos los periodistas, directores de cine, generales, diplomáticos y políticos que han decidido contarle a los norteamericanos cómo murió ese muchacho y por qué. Gran parte de su relato se centra en el silencio que rodea a ese ataúd cerrado. A medida que sus historias avanzan, descubres que pasan por alto la humanidad y la individualidad del muchacho que yace dentro de la caja, que lo reducen a una fría acumulación de datos estadísticos, históricos y políticos. Y, si no, se aprovechan del misterio que encierra ese ataúd y elevan la sangre y los huesos al reino mítico de los héroes, al infierno o a la locura y el rock and roll.

En esas historias falta algo; falta lo personal, lo palpable. Tratan la guerra como si fuera un acontecimiento difuso de un pasado lejano que nuestra memoria ya no alcanza. Nadie se ha molestado en hablar con los hombres y las mujeres que fueron a Vietnam y lucharon en esa guerra.

¿Qué sucedió en Vietnam? ¿Cómo era? ¿A qué olía? ¿Qué te pasó allí? Los veteranos de Vietnam conocen de primera mano las estadísticas, el heroísmo, la maldad y la locura. Son ellos quienes están capacitados para mirar en el interior de ese ataúd e identificar al cuerpo por lo que realmente es: un muchacho que murió en una guerra, que tenía un nombre, una personalidad y una historia propias.

Algunas de las personas que libraron esa guerra cuentan lo que les pasó en las páginas de este libro. Hasta ahora, la mayoría de ellos había guardado silencio y permanecido invisible para la sociedad, tanto como sus hermanos caídos. No se fían de los desconocidos; recelan de las preguntas.

Como me dijo un veterano: «Tengo las antenas contra las mentiras siempre alerta». Empecé con apenas un puñado de contactos, pero gracias al boca a boca fui consiguiendo más entrevistas con otros veteranos. «Sí, es buen tío —me decían—. Queda con él y a ver qué tal.»

Quisieron saber qué estaba haciendo yo mientras ellos luchaban en Vietnam. Les conté que entonces iba a la universidad y que había participado en algunas protestas en contra de la guerra, pese a no estar muy involucrado en el movimiento. Me uní a las manifestaciones cuando mis ideales me empujaron a hacerlo, pero solo si me convenía. Aunque mis convicciones eran firmes y la situación me indignaba, no tenía ninguna intención de que el activismo me hiciera perder la prórroga para alistarme que me habían concedido, un privilegio más que ventajoso. Supongo que mi caso era como el de la mayoría de estudiantes universitarios de la época. Me resulta mucho más gratificante recordar las historias de guerra del

movimiento por la paz y aquella sensación de comunidad que ya se ha desvanecido, pero reconozco que la presión social y los motivos personales también tuvieron algo que ver.

Cuando me preguntaban por qué quería escribir este libro, mi respuesta inmediata era pragmática y honesta: «Por dinero. Me gano la vida como escritor». Sin embargo, luego aclaraba que mis intereses no eran puramente mercenarios. El proyecto comenzó a tomar forma en 1972. Ese año, conocí por casualidad a un veterano de Vietnam que acabó por convertirse en un buen amigo. Compartíamos piso, comida y grandes cantidades de whisky. Brian me habló de su experiencia en la guerra y, en aquellas conversaciones, descubrí aspectos de él —y de mí mismo— que no conocía. Él tuvo la oportunidad de compartir sus vivencias y yo, la voluntad de escucharlas, y eso fortaleció nuestra amistad. Lo que me contó me enseñó más sobre Vietnam, la guerra y quienes participaron en ella que nada que hubiera leído o visto en la televisión. Era evidente que no sabíamos toda la historia. Yo no estaba capacitado para contarla, pero no me cabía duda de que sí quería escucharla.

Aseguré a los veteranos que no tenía intención de pergeñar un texto político que culpase o condenase a nadie; tampoco pretendía ensalzar la guerra ni la suerte que corrieron los soldados. Simplemente, quería documentar lo que recordaban cuando sus vidas se cruzaron con la guerra de Vietnam, así como las consecuencias de dicha experiencia.

Me acerqué a ellos con honestidad y respeto. Algunos no me contaron nada; siempre que quedábamos, se echaban atrás en el último minuto. Sin embargo, la mayoría de hombres y mujeres que entrevisté mostraron una actitud a medio camino entre el alivio y la voluntad de cumplir con su deber; sostuvieron una luz para alumbrarme mientras yo examinaba ese rincón oscuro de sus vidas. Todos ellos parecían sentirse obligados a relatar su historia con claridad y precisión para honrar a sus amigos caídos y a sus ideales rotos, y también por honestidad, porque sabían que valía la pena. Cuando me ganaba su confianza, sus palabras fluían con la misma rapidez que un recluso sale de una celda de aislamiento. Algunos sintieron alivio al extraer parte de la ponzoña que había infectado la herida.

Esas personas no son extraordinarias, salvo por el hecho de haber sobrevivido a Vietnam y continuar haciéndolo. Más de un entrevistado me pidió que mencionara en el libro que tenía un buen trabajo y se ganaba la vida dignamente. Por la noche vuelve a su casa, junto a su mujer y sus

hijos; a veces se para en un bar a tomarse un par de cervezas. En su tiempo libre, ve partidos de béisbol por la televisión o abrillanta el coche; no sube a lo alto de un campanario con un arma al hombro para disparar a ciudadanos inocentes.

Sin embargo, también hablé con otros que sí saben dónde nace el impulso de subirse a un campanario. Conocí a gente que no parece capaz de establecerse en un lugar fijo, que ha intentado amar y ha fracasado, que se asfixia con su propia amargura, que ha intentado suicidarse. La guerra les ha dejado cicatrices físicas y mentales; su experiencia en Vietnam arruinó sus vidas para siempre. Pero eso no los hace diferentes, solo demuestra que son tan frágiles como cualquier otro ser humano.

Debido a su visión personal, solemos llamar a estos relatos historias de guerra. Tenemos que asumir que aquí se encontrarán generalizaciones, exageraciones, fanfarronadas y —muy posiblemente— mentiras descaradas. Pero, en un contexto religioso, contar estas historias sería equivalente a dar testimonio. Las imperfecciones humanas no hacen sino demostrar la sinceridad del conjunto. Los aspectos apócrifos de estos relatos tienen más de recurso metafórico que de engaño.

En gran medida, estas historias sobre Vietnam son tan antiguas como la guerra misma. Lo que vas a leer en estas páginas tiene más en común con el realismo clásico de Homero cuando narra los detalles gráficos de la masacre de Troya que con Vic Morrow pavoneándose en un episodio de *Combat!* [13]. La televisión no nos mostró toda la historia. El napalm titilando en la pantalla en tecnicolor a la hora de cenar mientras Walter Cronkite [14] recitaba el número de víctimas de la jornada, como si de una macabra oración para bendecir la mesa se tratara, tenía poco que ver con las arcadas que se sienten ante el hedor de un hombre en llamas. Suavizamos la guerra con aventuras románticas y propaganda paranoide para poder digerirla y vivir con ella, pero los excombatientes de Vietnam la vivieron en carne propia, por eso su relato es tan crudo e impactante como una herida abierta.

La muerte y la brutalidad impregnan las páginas de este libro; tienen tanta presencia como el tictac de un reloj que resuena en una casa durante una noche en vela. El dolor del alma es la pesadilla que mantiene despiertos a sus habitantes. La macabra maquinaria de la muerte nos recuerda por enésima vez que la guerra es el infierno mismo y siempre lo ha sido, pero las vísceras y la sangre solo son el extraordinario escenario sobre el que se representaron las vidas de hombres y mujeres corrientes.

La guerra plantea las grandes cuestiones filosóficas sobre la vida, la muerte y la moralidad, y exige respuestas inmediatas. Las abstracciones propias del debate académico acaban por reducirse a una cuestión muy concreta: la supervivencia. En menos de un año, Vietnam puso a prueba tanto al hombre como a la cultura que lo llevó hasta allí. La guerra derriba la fina fachada que imponen las instituciones de la sociedad y muestra al hombre exactamente como es. Si queremos aprender algo real sobre este conflicto, sobre el espíritu humano y sobre nosotros mismos, debemos escuchar atentamente a esos hombres y mujeres que se convirtieron a la vez en víctimas y en verdugos de la guerra.

«Nam» no es solo un pedazo de palabra que remite a una de las muchas guerras que han librado los Estados Unidos en sus doscientos años de historia. Vietnam trascendió ideologías y ejércitos. La guerra y sus ramificaciones culturales marcaron el paso a la edad adulta de una generación entera de americanos, la generación a la que yo pertenezco. Fue una época en la que millones de jóvenes tomamos decisiones que marcarían el curso de nuestras vidas. Si queremos comprendernos mejor a nosotros mismos, es necesario que conozcamos más en profundidad el acontecimiento que nos condujo hasta el presente. Hasta que no afrontemos con más sinceridad la guerra de Vietnam y analicemos más a fondo las vivencias de los veteranos que participaron en ella, no progresaremos ni como individuos ni como nación.

Este libro no revela la verdad sobre Vietnam. Todo el mundo tiene una pieza del puzle. Pero puede que todas estas historias de guerra, llenas de emoción pero sin pretensiones y despojadas de romanticismo, nos acerquen más a la verdad de lo que nada lo ha hecho hasta ahora.

¿Quieres que te cuente una historia sobre la guerra, una de verdad?
Para mí Vietnam es una historia. Como si no me hubiera pasado a mí.

I.
INICIACIÓN

No hagas preguntas

Cuando van a la iglesia, los niños devotos pasan el rato sentados en los bancos de madera jugando a la guerra, armados con lápiz y papel. Primero dibujan los aviones y los acorazados, y después los soldados y las ametralladoras, con todo lujo de detalles. La potencia destructora de ese armamento imaginario queda patente en las despiadadas puntas de las bayonetas y las toscas aletas de las bombas.

El sermón se oye cada vez más lejos mientras los niños añaden los últimos detalles: dibujan estrellas en las alas de los aviones para distinguir a los buenos y esvásticas en los cascos de los monigotes, para que se vea que son los malos. La tensión impaciente del chiquillo es casi sexual.

Empieza la batalla. El lápiz traza la trayectoria mortal de cada bala y cada proyectil. Un disparo certero y el objetivo explota con un estallido de garabatos. El niño visualiza los fogonazos rojos y amarillos en su cabeza. Se eleva una nube de polvo y escombros en la que se lee, en letras negras y mayúsculas: ¡BADABUM!

Conforme la batalla se recrudece, el propio lápiz se convierte en un arma que agujerea los soldados dibujados en el papel. El crío, emocionado, deja que el fragor de la batalla mental que se está librando se le escape por entre los dientes: ¡Fiu! ¡Pam! ¡Buuum!

De repente, su madre le arranca el papel de las manos, le quita el lápiz y se lo guarda en el bolso. «Quieto y calladito», le regaña, retorciéndole la oreja.

En el barrio, jugar a la guerra era casi una institución. Los niños se pasaban el verano jugando con palos que hacían las veces de fusil y fuertes construidos con tablones de madera y otros restos que encontraban en la calle. En la década de 1950, jugábamos a ser el Davy Crockett de Walt

Disney [15] *, aunque adornábamos sus aventuras con invenciones un tanto homicidas. Hace unos* años, *oí desde mi ventana a unos niños que recreaban un tiroteo entre el equipo SWAT de Los Ángeles y el Ejército Simbiótico de Liberación* [16] *. El juego no había cambiado nada:*

—¡Pum! ¡Estás muerto!

—¡No me has dado!

—¡Sí te he dado!

—¡No!

—¡Que sí!

Esa desavenencia se zanjó con una pequeña escalada de violencia. Los chiquillos sacaron sus pistolas de aire comprimido y representaron una versión urbana de El señor de las moscas. *Un disparo a quemarropa de un arma de aire comprimido deja un cardenal rojo y tumefacto, como la picadura de una abeja, y resuelve toda duda sobre quién está muerto y quién no.*

Los modelos a seguir para mi generación, los que parecían ejercer más influencia entre mis compañeros de los Boy Scouts, los Lobatos, eran Los Tres Chiflados [17] *. Nos encantaba emitir ruidos bochornosos ahuecando las manos en las axilas. Nos pegábamos collejas una y otra vez o intentábamos meterle el dedo en el ojo a los demás.*

La preadolescencia te trae placeres como el de prenderle fuego a maquetas de aviones de plástico en el patio trasero, o el de idear torturas espeluznantes que infligir a esa niña que vive en tu misma calle. Se diseccionan insectos, sapos y cangrejos de río torpemente y con las manos sucias, con una mezcla de curiosidad y de maldad. Recuerdo a un chaval mayor que yo —tendría unos trece años— que era especialista en estallar petardos en las bocas de las ranas. Me parecía un bicho raro… Pero me lo quedaba mirando embobado, fascinado por la violencia.

El proceso de civilización empieza al llegar al instituto. El fútbol americano te brinda la oportunidad de «salir a matar» con impunidad. En clase de educación física los chavales se burlan de los que todavía no tienen vello púbico. Empiezan a fumar cigarrillos —uno de los pocos símbolos de masculinidad que puede obtenerse sin esperar a que aflore— y comienzan a circular a escondidas, de taquilla en taquilla, los primeros recortes de revistas pornográficas.

De repente, son Hombres.

Y ¿qué hacen los hombres? Un hombre se enfrenta solo a adversidades imposibles de superar; lucha cuerpo a cuerpo contra el jefe apache para proteger las caravanas de carretas en aras del Destino Manifiesto; toca la guitarra y se liga a la chica; salta de la azotea de un edificio a la de otro; clava la bandera en Iwo Jima; se lanza sobre una granada a punto de explotar para salvar a sus compañeros de trinchera y luego saluda a su público, que lo aplaude y lo vitorea. La muerte solo acecha a las mascotas y a los ancianos.

Algo es seguro: hagan lo que hagan los hombres, deben marcharse de casa para hacerlo. Sorprendido y asustado ante el inevitable momento en que debe enfrentarse al mundo, un muchacho de dieciocho años es, pese a su fanfarronería, como un niño que sube por primera vez a un trampolín. Se divierte hasta que ve lo lejos que está el agua de sus pies. Se tambalea en el extremo del tablón; quiere ser un hombre, pero desea fervientemente que lo empujen.

En la década de 1960, lo que nos obligó a dejar el nido fue la llamada a filas. Los chicos eran seleccionados de manera aleatoria por el Sistema de Servicio Selectivo o se alistaban en la sombra. Otros sentían la obligación de servir a su país y aprender sobre la vida tal y como disponían los libros, las películas y también la ley. Ninguno de ellos era consciente de adónde iba, aunque tampoco de dónde venía.

Me metí en los Marines porque no me aceptaron en el Ejército. Tenía diecisiete años y me pasaba el día por mi barrio, en Brooklyn, sin nada que hacer. Sabía que tarde o temprano acabaría frente a un juez por las movidas en las que estaba metido. El reclutador del Ejército no quiso ni mirarme; no querían saber nada de niñatos de diecisiete años ni de problemas con la justicia. Intentar entrar en la Armada o la Fuerza Aérea ni se me pasaba por la cabeza. Allí te hacían tests de inteligencia, y yo de eso no tenía.

Un tío mayor que yo, que me conocía de haberme visto por la calle de pequeño, se enteró de que me estaba costando lo mío alistarme. Me apoyó un brazo sobre el hombro y me acompañó a hablar con el reclutador de los Marines.

Pues resulta que el marine ese, un tío enorme, me miró y soltó: «Este chaval es un marica y aquí no queremos maricas. Largo de aquí». Entonces, me levanté, me puse de pie encima de la silla y me encaré con él: «Venga, cuéntame lo fuertes y machos que sois los marines, vamos».

—¿Cuántos años tienes?

—Diecisiete.

—¿Firmaría tu madre la solicitud?

—Mi madre no está.

Me dio un billete de diez dólares y me dijo:

—¿Ves a aquella mujer? Dale el dinero y seguro que te la firma.

Estábamos en los juzgados de Queens, en un edificio inmenso con columnas y toda la pesca. La mujer estaba de pie al lado de un puesto de golosinas que también vendía periódicos, revistas y tal. Así que me acerqué y le dije:

—Oiga, quiero entrar en los Marines. ¿Podría firmarme esto?

No puso ninguna pega. Supongo que se ganaba la vida haciendo eso.

Ese mismo fin de semana ya estaba en los Marines. Le tuve que dejar una nota a mi madre: «Mamá, me marcho a Parris Island [18] . Vuelvo en un par de meses». No tenía ni idea de dónde me estaba metiendo.

~

Por aquel entonces, yo estudiaba Medicina en la John Hopkins. Alguien le cortó un dedo al cadáver que estaba diseccionando y lo escondió para gastarme una broma. Cuando fui a devolver el cadáver, no pude explicar por qué le faltaba un dedo.

Sabía perfectamente quién había sido. Así que, al día siguiente, mientras el susodicho estaba diseccionando una pierna, le corté el brazo a su cadáver y salí a hurtadillas con él. Lo metí en una neverita con hielo y me fui en coche por la interestatal hasta llegar a la salida de Baltimore. Cuando llegué a la cabina de peaje, saqué el brazo congelado por la ventanilla con el dinero en la mano y se lo dejé allí al cobrador.

El incidente llegó a oídos del decano, que era el hermano del presidente Eisenhower y, además, un puto halcón. Me dijo que me tomara una excedencia para reconsiderar mi compromiso con la Facultad de Medicina, cosa que no me pareció mala idea. «¡Genial!», le contesté. Una semana después, recibí la orden de alistamiento. Me habían delatado a la junta de reclutamiento.

~

En un principio, había ido al centro de reclutamiento a hacerme el chequeo reglamentario para que me clasificaran [19], me dieran la tarjeta de reclutamiento y todo eso que tienes que hacer a los dieciocho. Pero entonces apareció una mujer y me dijo: «Tienes que hacer esta prueba escrita». Había llegado tarde y me estaban pidiendo de todo, así que pensé: «Bueno, ya que he venido a lo del chequeo también puedo hacer el examen. No me cuesta nada».

Los demás tíos que se estaban examinando eran unos salvajes. Estaban montando un follón, se tiraban los lápices y todo eso. La mitad iban ciegos perdidos. Yo me reía, porque la teniente que tenía que supervisar la prueba era incapaz de controlar al grupo.

—Bueno, se acabó —dijo, y salió de la sala.

Y en eso que entran cinco marines enormes, un suboficial mayor y cuatro sargentos, y empiezan a recoger los exámenes.

—Como no le habéis dado otra opción a la teniente, hemos decidido que estáis todos aprobados —anunció el comandante—. Os marcháis en dos días… a no ser que os unáis al Cuerpo de Marines. En ese caso saldréis en un mes.

Nos pusimos todos de pie.

—¡Venga ya! ¿Nos está vacilando?

—No, hablo en serio. Habéis pasado la prueba y estáis dentro. Y, si seguís en este plan, tenemos derecho a meteros ahora mismo en un autobús rumbo al campo de instrucción.

Todos cerramos el pico. ¿De qué iba todo aquello? Estaba hablando con un chaval que tenía al lado, que me dijo:

—Bueno, a mí no me importaría tener unos días más antes de que me tengan cogido por los huevos.

Unos quince nos pusimos de pie y aceptamos entrar en los Marines, para ganar un poco tiempo.

Mientras hacíamos todo el papeleo, el tío hablaba de un servicio de unos tres años, pero, de repente, nos soltó:

—Ya sabéis que, cuando os alistáis, tenéis que servir cuatro años.

Y así fue como me enteré de que me acababa de alistar. Era joven, estúpido e ignorante, igual que todos aquellos payasos. Joder, acabábamos de firmar por cuatro años sin pensarlo siquiera, en plan, «eh, si me alisto en el Ejército tendré que pasar allí dos años, pero no, mejor firmo por cuatro, que así no me tengo que ir hasta dentro de treinta días». Treinta días que al final no me dieron, por cierto.

Pero eso no es todo. Mi hermano había muerto ese mismo año y yo no veía la hora de irme de casa. Después de compartir habitación durante dieciocho años, de repente… ¡Puf! Se había marchado para siempre. Mis hermanos mayores ya hacía mucho tiempo que no vivían con nosotros, así que estaba acostumbrado a no verlos por casa. Pero a él, que vivía conmigo… Lo echaba demasiado de menos. Había empezado a distanciarme de muchos de mis amigos, porque cuando los veía aparecer por la esquina esperaba verlo también a él; esperaba que apareciera y silbara para hacerme saber que había llegado.

En resumen, para mí era un buen momento para irme de casa, pero no se me ocurrió pensar cómo le afectaría a mi madre. Acababa de perder un hijo y va el otro y se larga a luchar en una guerra que ni le va ni le viene. Mucho después, cuando entendí lo que le había hecho, le pedí perdón. Me dijo que lo había entendido y que no me preocupara.

~

Soy de San José, California. Me crie en un barrio de las afueras y fui a un colegio público. Vivía en el último bloque de una urbanización que acababan de construir, rodeada de huertos de albaricoqueros y viñedos.

Fui al típico instituto de clase media, donde apenas había negros. El clima era bueno y todo el mundo tenía coche. La mayoría de nuestros padres eran ingenieros y trabajaban para grandes multinacionales como Lockheed o IBM. Casi todos mis amigos se estaban preparando para entrar en la universidad.

La gente de San José solía ir a San Francisco a ver conciertos. Era la época en que todo el mundo fumaba marihuana y escuchaba música psicodélica; algunos de los chavales que conocía estaban metidos en ese rollo. No fueron los pioneros, sino los que se subieron al carro después, los que querían ser los primeros en probar esto o hacer aquello, los modernos.

En aquel entonces, yo era conservador. No había experimentado la desigualdad del sistema; mi vida parecía ir sobre ruedas. Además, había leído muchas novelas bélicas. Nunca me había fascinado el tema, pero habían conseguido hacerme creer que la guerra era un lugar donde se podían aprender cosas.

Conocía a gente que tenía edad de haber participado en la Segunda Guerra mundial, pero no lo había hecho. Cuando les preguntaban qué estaban haciendo entonces, siempre respondían lo mismo: «¿Yo? Iba a la universidad». Fue un acontecimiento mundial que conmocionó al mundo y, a pesar de todo, ellos se lo perdieron. Yo tenía la edad perfecta para combatir en Vietnam y no me lo quería perder, ya fuese bueno o malo. Quería formar parte de aquello, entender cómo era.

¿Por qué cojones tenía que prepararme los exámenes para entrar en la universidad? Todo el mundo iba a ir a la Universidad Estatal de San José, allí en la ciudad. Y ¿quién quiere hacer lo mismo que hacen los demás?

Me alisté en el Ejército al terminar el instituto con una prórroga en mi reclutamiento. Al final del verano, cuando todo el mundo se fuese a la universidad, yo empezaría la instrucción básica. Pasé ese último verano en casa, jugando al baloncesto y yendo de aquí para allá con mis amigos en un viejo Ford del 54. Nadie había entrado todavía en la vida adulta. Como en *American Graffiti* [20] .

~

Cuando me gradué en Enfermería, pensé en irme por ahí a buscarme la vida. Los hospitales no se pelean por contratarte si no tienes un máster ni experiencia laboral, así que decidí probar suerte en el ejército. Si me alistaba, estaban dispuestos a dejarme elegir el destino que yo quisiera. «¡Fantástico! —pensé—. Me iré a Hawái.»

Mientras hacía el entrenamiento militar básico, oía a la gente que volvía de Nam comentar lo emocionante que había sido. Profesionalmente, era una oportunidad única. Me había criado con mis dos hermanos en un barrio en el que no vivía ninguna niña de mi edad, así que de pequeña jugaba a pegar tiros con los niños todo el santo día. Pensé que en Vietnam me las apañaría bien.

~

Soy de Wilcox, una ciudad de uno de los condados más ricos de Estados Unidos, o al menos eso es lo que me contaron. Tuve una infancia ideal. Todo lo que me rodeaba era agradable. Los colegios eran buenos. Todo el mundo era responsable. Allí no había vagabundos. Vivíamos en casas preciosas de preciosos jardines. Yo jugaba al béisbol en la liga juvenil; la típica infancia americana. Era como vivir en *Días felices* , pero sin Fonzie [21] . En una parte de la ciudad sí que había algún que otro macarra, pero yo no me acercaba mucho por allí. Al crecer en un entorno así, cuando empecé la universidad seguía siendo un ingenuo.

En el segundo año de carrera decidí que ya había tenido suficiente. No tenía ni puñetera idea de lo que quería hacer con mi vida. La universidad era aburrida de cojones y yo estaba como flotando en un limbo. Cuando llegaron las Navidades, mi familia me contó que Johnny Kane había muerto en Vietnam. No me lo podía creer.

Johnny era el americano perfecto. Tenía el récord estatal en carreras de obstáculos y había sido el *quarterback* del equipo del Instituto Wilcox que había ganado el campeonato sin perder ni un solo partido. Tenía unos tres años más que yo. Siempre había sido muy simpático conmigo, aunque yo no fuera más que un mocoso. Johnny Kane me caía muy bien.

Al final, Johnny y yo acabamos en dos universidades estatales que eran rivales en las competiciones deportivas, así que lo veía jugar los partidos de fútbol americano. Cuando terminó la universidad, se alistó en los Marines, ascendió a teniente segundo [22] y se fue al extranjero.

No sé bien por qué, pero la muerte de Johnny me afectó tanto que decidí mandarlo todo a la mierda. Un día, en lugar de ir a clase, me fui a hablar con el reclutador del Ejército. No me convenció. El tío me prometía la luna, pero no me creí ni una sola palabra, así que fui a ver al reclutador de los Marines. Era todo lo que podías esperar de un marine: cuadrado, curtido; el tío parecía una roca.

—Te voy a ser sincero —me dijo en un momento de la conversación—: si te alistas, irás a Vietnam. No tiene más vuelta de hoja.

Estaba seguro de que mi destino habría sido el mismo en el Ejército; la diferencia era que el reclutador del Ejército no me lo había dicho.

Además, me habían lavado el cerebro desde niño. Mi padre había sido marine y había estado en el Pacífico Sur durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque nunca hablaba mucho de ello, recuerdo que cuando iba a segundo vi su cinturón de uniforme y la insignia del Cuerpo de Marines. Siempre había pensado que los Marines eran la élite. Si quieres hacer algo, es mejor hacerlo con los mejores, como jugar en el equipo del Instituto Wilcox. Se nos conocía por ser más enclenques que los otros equipos, pero éramos los más rápidos y con más actitud sobre el campo. Ganábamos gracias a nuestra actitud.

¿Qué iba a hacer? Prefería estar rodeado de gente motivada y con las ideas claras que pasearme por los arrozales con un puñado de tipos insignificantes que ni siquiera querían estar allí.

Tampoco es que yo lo quisiera, pero cuando vi que se estaba librando una guerra y yo tenía edad para ir, supe que tenía que formar parte de ello. Era mi destino. Era lo que debía hacer. Sonará extraño, pero, cuando pasó, supe, no sé muy bien cómo, que aquello ya estaba escrito.

~

Vengo de una zona conservadora de votantes republicanos. Crecí en el ambiente estricto e impersonal propio de las zonas residenciales, donde la gente nunca se quedaba demasiado tiempo y el privilegio era parte de nuestra herencia. Teníamos nuestros barcos, nuestros pasatiempos. Teníamos estabilidad y un trabajo de quince mil dólares al año asegurado nada más salir de la universidad.

Nunca sentí que encajara, pero tampoco imaginé nunca que acabaría en Vietnam. La prórroga del servicio militar se me agotó antes de terminar la

universidad. En tercero me había ido a estudiar a Brasil, mi año en el extranjero. Pensé que me convalidarían todas las asignaturas cuando regresara, pero no fue así y tuve que hacer un año más. A mitad del curso siguiente, mi centro de reclutamiento me notificó que habían cambiado mi clasificación de II-S [23] a I-A [24] .

Pensé en volver a Brasil o unirme al Cuerpo de Paz, pero estaba empeñado en terminar la carrera. Se me había metido en la cabeza que, si me largaba, no volvería a la universidad en la vida y no me graduaría. Era la actitud propia de un adolescente, pero aquel título era el pasaporte a mi futuro laboral.

El ROTC [25] del campus acababa de empezar un curso intensivo para los estudiantes que no habían realizado la instrucción básica y querían empezar el servicio militar con rango de oficial. Lo único que tenía que hacer era quedarme un año más y apuntarme solo a las clases del ROTC; así saldría de allí con un rango. «A la mierda, no quiero ir allí para pasarme el día pelando patatas. No quiero ser un soldado raso cualquiera. Soy un antisocial y no soporto la autoridad. Si llegó allí con el rango más bajo seguro que me meto en líos y acabo en la cárcel. Es mejor empezar con un poco de autonomía, sin llamar la atención.» Quería que me dejaran en paz e ir a la mía. Así que dediqué mi último año de universidad a prepararme para ser oficial en el ROTC.

Pero era un puto desastre. Siempre tenía el pelo demasiado largo y mi uniforme siempre estaba sucio. No es que me rebelara a propósito, simplemente no era capaz de tomármelo en serio. No podía sentarme en clase y hablar sobre la guerra como hacían los demás. Y no es que yo fuera un intelectual o que me interesara la política, pero había recibido una educación católica y me habían inculcado una serie de valores. La vida de los santos había hecho mella en mí, y también Jesucristo y su ejemplo, quizá más de lo que estoy dispuesto a admitir. De algún modo, me lo creía. Hablaba de las Convenciones de Ginebra y de lo absurdo que era discutir sobre la legalidad de la guerra. Reducir algo que era básicamente inmoral a una cuestión legislativa me parecía una estupidez.

Recuerdo que tenía que salir a correr al campo de atletismo con un uniforme que me quedaba grande y que me sentía como un auténtico gilipollas. Era mayor que los demás chavales, no me lo tomaba en serio y sabía muy bien que estaba allí porque me convenía. Me daba miedo ser un soldado raso cualquiera. Estaba haciendo lo mismo que había hecho toda la

vida: avanzar a base de ingenio. Despreciaba a los demás por querer hacer carrera militar, por aspirar al poder y al liderazgo, por querer mangonear a otros chavales como si fueran piezas sobre un tablero de ajedrez.

Un día vi por el rabillo del ojo a una pequeña delegación de la SDS [26] en la puerta de la pista de atletismo. Sentí por ellos una afinidad tremenda. Ese día —tengo grabada en la mente mi imagen, arrastrando literalmente los pies por la pista— me pesaba el culo; seguía el paso, pero me identificaba en secreto con ese grupo de manifestantes. Sin embargo, ellos pertenecían a un mundo completamente distinto al mío. Para bien o para mal, yo estaba viviendo la experiencia americana y me parecía imposible saltar el abismo que nos separaba. Supongo que pensé que no me aceptarían, que yo era de otra especie.

Después de graduarme, me fui al entrenamiento de verano del ROTC. Intenté pasar desapercibido. Fallé las pruebas obligatorias de tiro. Odiaba las armas de fuego. Me juré que, fuera cual fuese la situación, jamás utilizaría un arma, jamás mataría a nadie. No fallaba a propósito; simplemente, no me interesaba acertar.

Mis compañeros de la compañía eran estudiantes de tercero. Al terminar el verano, volverían a la universidad para terminar la carrera y les concederían el rango militar durante la ceremonia de graduación. Yo conseguiría el mío nada más terminar el campamento. Además, tuve el privilegio especial de que me lo concedieran en el club privado de oficiales. Cuando terminaba la jornada de entrenamiento, un colega de la universidad que ya era teniente en el Cuerpo de Transmisiones venía a recogerme en su Oldsmobile descapotable, un coche de lujo, una preciosidad. Yo me hinchaba como un pavo. Los demás estaban ahí abrillantando el suelo y haciendo mierdas por el estilo, pero yo me ponía mi americana de madrás, mis tejanos y mis mocasines de cuero sin calcetines, mi amigo el teniente pasaba a buscarme y nadie se atrevía a decirme ni pío.

Pero en realidad la cosa estaba jodida, muy jodida. Hasta hace poco, no me he dado cuenta de lo solo que estaba, de lo desconectado que estaba de mi vida. Estaba apartado de todo el mundo, de la sociedad, de la comunidad. Era una especie de jesuita excéntrico.

~

Terminé la universidad tres días después de que dispararan a Robert Kennedy y dos meses y tres días después de que asesinaran a Martin Luther King, un palo detrás de otro. La guerra pendía como una espada sobre nuestras cabezas. A mediados de mi último año universitario, me cambiaron de la categoría II-S a la I-A [27] y me pasé seis meses reflexionando acerca de la guerra. Principalmente, lo que hice fue leer mucho sobre pacifismo para decidir si era o no objetor de conciencia. Al final llegué a la conclusión de que no, aunque sigo sin estar seguro de por qué.

En 1968, la única decisión firme que tomé sobre la guerra fue que, si quería evitarla, lo haría legalmente. No pensaba engañar al sistema para derrotarlo. Huir del país no era una opción, porque las probabilidades de volver parecían muy remotas. No estaba dispuesto a renunciar a mi hogar. Pasar dos años entre rejas era una estupidez tan grande como ir a la guerra, e incluso menos productiva. Y tampoco me iba a pegar un tiro en el pie. Tenía amigos que se estaban matando de hambre para no pasar el reconocimiento médico, pero yo no pensaba hacerlo, supongo que porque suponía demasiado esfuerzo. No es solo que estuviese empeñado en hacer lo correcto; en parte, también era pereza. Me resultaba muy difícil tomar una decisión, fuera la que fuese; quería que se decidiera por mí. Pero no tomar ninguna decisión fue, en realidad, tomarla.

Aunque alistarme en el Ejército me daba pánico —creía que, de todas las personas que conocía, yo era quien menos posibilidades tenía de sobrevivir—, también había algo de seductor en ello. Me sedujeron la Segunda Guerra Mundial y las películas de John Wayne. Cuando iba al instituto, soñaba con visitar Annapolis [28] . Parece una tontería, pero me afectó mucho que retiraran del servicio al último buque acorazado. De pequeño, fantaseaba con estar al mando de uno así durante una épica batalla naval, con el sable del siglo xviii de mi tío abuelo Arthur guardado en un cofre.

De una forma u otra, en cada generación de mi familia por parte de padre, siempre había habido alguien que había ido a la guerra. No es que a mí me hubieran dado mucho la lata con el tema, pero en casa se le daba mucha importancia al pasado, y no de forma sutil. «Es lo que un hombre debe hacer», oía a menudo. Yo, igual que todos los demás, también fui víctima de una visión romántica y totalmente desinformada de la guerra.

Me llamaron a filas a finales del verano. Estuve aterrorizado durante días enteros. «¿Qué cojones voy a hacer?» Fui corriendo a hablar con los

reclutadores para ver si podía alistarme en la Marina, los guardacostas o en las Fuerzas Aéreas, pero no hubo manera.

Podría haber movido algunos hilos para intentar salvarme. Ahora, cuando lo recuerdo, lo que me resulta curioso es que tenía la misma información, educación y oportunidades para librarme de la guerra que cualquier otra persona de clase media con educación universitaria… Pero no tomé ninguna decisión que no me condujera a lo inevitable. Pese a la vorágine de pánico que sentí cuando me llegó la orden de reclutamiento, había una parte de mí que, por la noche, en la cama, fantaseaba sobre cómo sería.

En resumidas cuentas, al menos la mitad de las emociones que sentía me animaban a ir. Como no tuve la opción de unirme a ninguna otra rama de las Fuerzas Armadas, no me quedó más remedio que alistarme en el Ejército. Pero era posible aplazar mi alistamiento. Me llamaron a filas en agosto y pensé: «Joder, pues yo no quiero ir hasta octubre», así que elegí esa opción. Pasé ese tiempo en una casita de campo en Maine disfrutando del buen tiempo. Leí un montón y escribí dramáticas cartas de despedida.

~

Nací en Bakersfield, una ciudad de paletos. Aunque, en realidad, en Estados Unidos hay paletos en muchos sitios. Nací y crecí allí, y de allí me fui al Ejército.

Cuando iba al instituto, ya sabía que no iría a la universidad. Era una opción que no estuvo nunca sobre la mesa. Graduarme en el instituto ya fue todo un acontecimiento en una familia como la mía. Somos de origen mexicano. Mi padre, que trabajaba como peón, dejó de estudiar cuando estaba en tercero, si mal no recuerdo. Murió cuando yo tenía cinco años y mi madre tuvo que hacerse cargo de nosotros. Nos crio a los seis ella sola: a mis dos hermanos, a mis tres hermanas y a mí.

Me alisté un par de años después de terminar el instituto. Por aquel entonces era un chico joven e inocente y pensaba que alistarme era el deber de todo buen americano.

~

Crecí en una pequeña ciudad. De pequeño jugaba al fútbol americano y al béisbol, como todo el mundo. Siempre fui un estudiante problemático. Ahora creo que no sabía lo bien que vivía entonces. Hice alguna que otra

chapuza y gané suficiente dinero como para comprarme una guitarra eléctrica y un amplificador. Así fue como empecé a tocar en un grupo.

Cuando estaba a punto de terminar el instituto, todo el mundo hablaba de lo mismo: «¿Qué vas a hacer cuando termines de estudiar? ¿Qué piensas hacer?». Yo no lo sabía, pero respondí: «Me voy a alistar en el Ejército». Y, después de graduarme, me metí en el Cuerpo de Marines. Supuestamente era el mejor cuerpo de las Fuerzas Armadas y, para mí, lo era. Me ayudaron a madurar. Maduré en Vietnam.

~

Cuando empezó la guerra, mi viejo me dijo: «Ve. Aprenderás, te harás un hombre. Ve».

¡Joder! Si mis viejos hubieran tenido que mandar al caniche a la guerra, habrían llorado más. Pero yo tenía que ir, un hombre tenía que ir a la guerra.

~

El autobús se detuvo en la zona de recepción. Había un tipo con un sombrero igualito al del oso Smokey [29] , fuerte y con cara de pocos amigos. Cuando se abrió la puerta, subió al autobús y comenzó a escupir mierda: «Venga, coged vuestras cosas, bajad del autobús, poneos encima de las señales amarillas que hay pintadas en el suelo…».

Fue una escena graciosísima, como sacada de *Gomer Pyle* [30] . Había un chico a más o menos medio metro de distancia del marine que estaba partiéndose de risa, como todos los demás. El oso Smokey se dio la vuelta de golpe y le dio tal bofetada que casi lo tiró por la ventana. La cabeza le rebotó contra el portaequipajes y se quedó tambaleándose por el pasillo.

Se nos borró la sonrisa de la cara. A mí se me paró el corazón. Nos dimos cuenta de que ese tío no se andaba con tonterías. «Este es capaz de pasearse por el autobús soltando hostias a todo el mundo.» Salimos escopeteados.

Bajé con un grupo de pandilleros puertorriqueños que tenían pinta de venir de la gran ciudad y que se creían unos tipos duros. Tropezaron y cayeron encima de mí y trastabillamos hasta colocarnos sobre las señales pintadas en el suelo. Smokey nos hizo marchar hasta a unas barracas y ponernos firmes. Gritaba y chillaba, nos intimidaba mucho. Pusimos todas

nuestras cosas encima de la mesa, él se acercó y lo tiró todo a la basura. Estábamos tan asustados que no nos atrevimos a abrir la boca.

Yo estaba al lado de un puertorriqueño enorme que miraba a Smokey por el rabillo del ojo. Cuando lo pilló, le gritó: «¿Me estás mirando, pedazo de mierda? Quítame los putos ojos de encima. ¿Te parece divertido? Espero que te jodan vivo. No hay nada que me dé más asco que un puertorriqueño chupapollas».

Como si tuviera ojos en la espalda, Smokey vio que un chaval lo miraba un segundo y le dio tal puñetazo en el pecho que lo lanzó casi dos metros hacia atrás. Se estampó contra la pared y rebotó. Me temblaban las piernas. «¿Dónde coño me he metido?», pensé.

Después, nos llevaron hasta una especie de barracas. Dentro solo había colchones sin sábanas y somieres de metal; parecía un campo de concentración. Encendieron la luz y nos dejaron allí. Tenía un nudo en el estómago. Tumbado en la cama, pensé: «¿Qué ha pasado con mi vida?». Habíamos sido testigos de cómo la realidad se convertía en una soberana mierda. Los chavales lloraban, revolviéndose en el catre. Yo estaba hundido; no me podía creer lo que me estaba pasando.

Estuvimos allí un par de horas. Llegas con tu ropa de civil, pero ya hace un par de días que la llevas puesta. Te sientes como una mierda. Cuando te hacen marchar fuera de la barraca, te llaman por un número en vez de por tu nombre. Te rapan al cero. Ya no sabes ni quién eres. Te dan un petate y te lo llenan de cosas. Todo el mundo te odia y te joden a la mínima de cambio. Te ponen las vacunas. Tienes que estar siempre en posición de firmes. Algunos se desmayaban; se quedaban rígidos y se caían de bruces y los médicos del cuerpo se descojonaban. Nadie te habla, todos gritan. Ninguna prenda de ropa que te dan es de tu talla. Te sientes como una mierda y tienes una pinta de mierda. Luego, un puñado de instructores militares te llevan otra vez a la zona de recepción, y allí es donde la mierda empieza a salpicarte de verdad.

~

Lo primero que te quitan es el pelo. Yo no me había visto rapado en la vida. Es que no solo era la perilla, te quitan todo el pelo de la cabeza. Te quedas sin pelo, joder. Yo creo que llevaba bigote desde los trece años. Siempre

había llevado bigote. Pero, de repente, me quedé sin bigote, sin barba y sin pelo en la cabeza.

Ya ni reconocía a los chavales con los que había estado charlando y riendo hacía menos de una hora.

—¿Joe, eres tú? —pregunté mirando a mi amigo.

—Sí, ¿James? ¿Eres tú?

—Sí. ¡Joder!

Es rarísimo lo que cambia la gente cuando le cortan el pelo. Ese es el primer paso.

~

La situación enseguida se vuelve primitiva. Los líderes son automáticamente los tíos más grandes que hay, los que pueden imponer su voluntad por la fuerza. En cuanto entras en el Ejército, buscan líderes de pelotón. Viene un sargento y elige a los chavales más corpulentos, porque sabe que son los que pueden intimidar a los demás. Todo el mundo entiende la fuerza bruta. Un tipo que mide 1,90 m y pesa 120 kg se convierte en el líder de tu pelotón y, por tonto que sea, quien está al mando es él. Si el sargento es la figura de autoridad que está en un segundo plano, el cachas es el matón del barrio.

Estuve perdido durante mucho tiempo. Todo se reduce a la fuerza y yo solo pesaba unos setenta kilos. Había poquísimos soldados que fueran más bajitos que yo en la cadena de mando. Fue un golpe para mí. No llegué a encontrar mi lugar.

En el Ejército no abundan precisamente los intelectuales. La mayoría venía de familias de clase obrera. Muchos de ellos eran sureños. Allí fue la primera vez que traté con negros, aunque ellos preferían ir a la suya. Algunos grupos sociales, como los hijos de familias de clase trabajadora y los que venían de las grandes ciudades, se adaptaron rápido al Ejército. La mayoría de los de clase media, como yo, no encajábamos. Hasta entonces, no habíamos tenido que preocuparnos de salir adelante por nosotros mismos. Habíamos crecido en un ambiente seguro donde no valorábamos lo que teníamos.

Una forma de dejar claro a los demás quién eras —o al menos era la que yo tenía— era tu forma de hablar. Yo sabía expresarme correctamente y tenía un buen vocabulario. Eso me convertía en un intruso; no les caía bien,

sobre todo a un tío mayor que los demás y con un acento de Georgia muy marcado.

No sé exactamente por qué, pero me peleé con ese tío un montón de veces. A pesar de todo, nunca sentí la presión del resto de compañeros. No les caía muy bien, aunque tampoco les caía abiertamente mal, pero nadie movía un dedo para ayudarme. Me las tenía que arreglar solo. Ese chico era bastante más grande que yo y, para colmo, yo había perdido el rumbo y me sentía desamparado. Las peleas a puñetazo limpio terminaban enseguida; en realidad, nunca llegaba a pasar nada. Pero esa sensación de ser un intruso se acrecentaba, sobre todo porque había encontrado a un contrincante que estaba siempre buscando la ocasión de meterse conmigo. Tenía que estar siempre alerta. Tuve que aprender desde cero.

~

No amanecíamos como el resto de mortales. Nos teníamos que levantar de la cama de un salto. O sea, que encendían la luz del barracón y: «¡Venga, en pie!».

Cada mañana, rodaban papeleras por el pasillo de la barraca y volcaban los catres de los chavales. Daba un miedo que te cagas. Tienes dos minutos para ponerte el uniforme, hacerte la cama y salir pitando.

La primera vez, te ibas a dormir y te olvidabas de dónde estabas. Te despertabas cegado por la luz y oías un gran estruendo, como si acabara de estallar una bomba. Se oían gritos por todas partes y te levantabas de un salto. Recuerdo ver como unos charcos en el suelo: unos chavales se habían meado encima de miedo.

No tardé mucho tiempo en darme cuenta de que esa iba a ser la dinámica de cada mañana, así que lo mejor era irme a la cama medio vestido. Me levantaba media hora antes que los demás y me ponía los pantalones y las botas. Poco tiempo después, todo el mundo hacía lo mismo. Y entonces nos gritaban: «¡Quitaos la ropa, meteos en la cama y empezad otra vez!».

~

«La única forma que tengo de salir de aquí sano y salvo —me dije— es hacerlo todo bien y no meterme en líos.» Y eso intenté hacer, pero es inevitable meterse en líos.

—Pero ¿qué os enseñaban en la universidad, recluta? ¿A coger bien el lápiz?
—¡Sí, señor!
—¿Te estás quedando conmigo, recluta?
—¡No, señor!
—Te caigo bien, ¿verdad, recluta?
—¡Sí, señor!
—¿Te gusto, recluta? ¿Eres marica?
—¡No, señor!
—Entonces, ¿no te caigo bien, recluta?
—¡Sí, señor! ¡No, señor!
—Muy bien, señoritas. Tenéis una pinta de mierda, así que vamos a entrenar un poco. ¡Todo el mundo al suelo, a hacer flexiones! ¡Sin parar! ¡Empezamos! Un, dos; un, dos; un, dos; un, dos; un, dos; un, dos.
—¡Saltos! ¡Arriba y abajo! Arriba, abajo; arriba y abajo. ¡La espalda contra el suelo! ¡Media vuelta! ¡Arriba, abajo!
—¡Cambio! ¡Flexiones sobre los nudillos! ¡Ya! Un, dos; un dos; un, dos; un, dos. ¡Saltos de tijera! ¡Preparados, listos…!
Después nos hacían marchar alrededor de las barracas. Tras alejarnos unos ciento cincuenta metros, nos gritaban: «¡Todo el mundo en formación al lado del catre!». Entonces, se arremolinaban todos alrededor de la puerta y se abrían paso a codazos para entrar al barracón y formar donde les habían ordenado.
Los días que no nos hacían pasar por aquello, nos plantaban delante de las narices el reglamento de los marines para que memorizáramos la lista de las once órdenes generales. Era una auténtica tortura mental.
Un chaval se bebió una lata entera de limpiametales. Después de hacerle un lavado de estómago, lo mandaron directo a la unidad de psiquiatría. Otros dos no lo soportaron y se derrumbaron. Pero, si llegabas al final de la instrucción, te sentías el tío más duro que había sobre la faz de la tierra. Cuando te nombran marine, durante la ceremonia de graduación tienes lágrimas en los ojos. Estás completamente adoctrinado.

~

Me alisté en el Ejército pensando, inocente de mí: «Bueno, con un par de años universitarios aprobados, no me mandarán al cuerpo de infantería». No

veía nada malo en ir a Vietnam. Lo único malo era el miedo que le tenía a la muerte. Pensaba que, de algún modo, ese miedo no debía estar ahí. Tampoco me veía matando a nadie. En mi imaginación, veía escenas de películas de John Wayne en las que el héroe era yo, aunque ya entonces tenía la madurez suficiente para darme cuenta de que no era una imagen muy realista.

En el campo de entrenamiento no conocí a muchos patriotas. Algunos estaban allí por orden del juez: «O te alistas en el Ejército o cumples dos años de condena por robo de vehículo». Otros, como yo, eran idiotas a los que se les había pasado el plazo para solicitar la prórroga. Pero también había chavales que de verdad creían que, a largo plazo, en el Ejército les iría bien.

Para que no desertásemos o nos ausentásemos sin permiso, nos dijeron que solo el diecisiete por ciento de los nuevos reclutas serían destinados a Vietnam. Y, de ese porcentaje tan bajo, solo el once por ciento formaría parte de alguna tropa de combate. Eso me tranquilizó. Me pareció que los números estaban de mi parte y que todavía existía la posibilidad de que no me destinaran a Vietnam y me reventaran en mil pedazos. Genial.

Cuando terminamos la instrucción, salvo tres excepciones —un loco que pidió el traslado a las Fuerzas Aerotransportadas, otro que se desmayaba cada dos por tres y otro al que se le perforó un tímpano—, todos los demás fuimos destinados a Vietnam. Doscientos tíos en total.

~

Cuando llegamos al campo de entrenamiento, nos pidieron que escribiéramos en un formulario por qué nos habíamos unido a los Marines. Yo puse: «Para matar», porque, joder, eso era básicamente lo que quería hacer. Pero tampoco es que quisiera matar a todo el mundo, yo solo quería cargarme a los malos.

En la tele y en las pelis están los buenos y los malos, ¿no? Pues yo quería cargarme a los malos. No era un patriota, no me uní a los Marines por mi país. A ver, sí, amo este país, pero en aquel entonces me importaba una mierda. Lo que yo quería era matar a los malos.

En el campamento militar me molieron a palos. «¿Dónde está ese capullo que tantas ganas tiene de matar?», decían, y luego iban a por mí. Me llevaron a ver a dos loqueros. El segundo me hizo un montón de preguntas

como: «Cuando eras pequeño, ¿mataste alguna vez?». Le conté que tenía una pistola de aire comprimido y me había cargado a un par de pájaros. ¿Qué coño importaba eso?

Era acoso y punto. ¿Para qué se une nadie a las Fuerzas Armadas si no es para defender a su país, cosa que, en la mayoría de casos, implica matar?

De todos los lugares a los que me podían destinar, acabé en el Astillero Naval de Filadelfia, donde me aburría como una ostra. Solicité varias veces el traslado a Vietnam, pero siempre me rechazaban. Al final, como no paraba de insistir con que quería ir al extranjero, me autorizaron.

Sin embargo, antes de irme tuve un par de accidentes. En un bar de negros me apuñalaron en el pecho y tuvieron que ingresarme en el Hospital de la Marina de Filadelfia. La puñalada me atravesó el pericardio y me alcanzó el pulmón. Allí veía llegar a los mutilados que volvían de Nam, pero ni siquiera eso me disuadió. Quería ir de todos modos.

~

Me educaron en el catolicismo. Cuando tenía dieciséis años me hice seguidor de Elijah Mohammed, el líder de la Nación del Islam, un negro musulmán. Cuando me llamaron a filas, intenté explicarle al Ejército que no creía en el Gobierno como tal, ni tampoco en el sistema. Los míos seguían jodidos por su culpa, seguían teniendo mentalidad de esclavos. ¿Por qué iba a luchar por un sistema así?

Me llevaron ante un teniente coronel. En aquel entonces, se estaba juzgando el caso de Muhammad Ali [31] en el Tribunal Supremo. El teniente coronel fue tajante:

—O juras proteger a tu país o vas a prisión. Una de dos. Elige.

Jamás podré olvidarme de su cara; ni siquiera fue capaz de sonreír.

—No quiero que me metan en la cárcel —respondí—. No he pisado una en la vida.

—No te preocupes. Una vez te hayas alistado y digas que eres musulmán, no creo que te envíen al extranjero. Te quedarás en los Estados Unidos.

Así que levanté la mano derecha y juré.

De allí fui a Fort Jackson, en Carolina del Sur, donde empezó toda la mierda. Muchos de los oficiales y suboficiales eran sureños, así que no entendían qué pintaba un negro musulmán en el Ejército de los Estados Unidos, por mucho que lo hubieran reclutado.

Me acosaban y me insultaban: «Aquí no debería haber gente como tú». Cada vez que pisaba el campo de tiro temía por mi vida. «Los tíos como tú deberían estar muertos», me decían los sargentos. Te lo soltaban con tanta naturalidad que acababas por preguntarte: «Pero ¿este tío me está hablando en serio?». Estaba sometido a mucha presión.

Los musulmanes no podemos comer carne de cerdo, ni siquiera podemos tocarla o manipularla. Me asignaron la tarea de limpiar el colector de grasa de la parrilla de la cocina. Allí se acumulaba ternera, cordero, pescado y todo tipo de fritos y, por supuesto, también cerdo. Les dije que no me importaba ser ayudante de cocina y que estaría encantado de pelar patatas para todo el Ejército de los Estados Unidos si era necesario, pero que no quería tocar el cerdo. Lo habían hecho a propósito: si me negaba a obedecer órdenes por mis creencias religiosas podían acusarme de desacato.

Por suerte, encontré un capellán protestante que comprendió mi situación y decidió intervenir. «Que sea ayudante de cocina, pero no tiene por qué tocar el cerdo —dijo—. Es su derecho como individuo.» Nadie en toda la compañía era capaz de entenderlo.

Cuando terminé el entrenamiento básico, se suponía que me quedaría en los Estados Unidos para servir como mozo de almacén, o algo parecido. Pero, cuando llegó la orden, mi destino era el Cuerpo de Infantería. Allí fue donde terminamos todos.

Para continuar con el entrenamiento especializado de infantería nos enviaron a Fort Polk, Luisiana, donde tuve que aguantar más de lo mismo: «Ah, ya veo, eres musulmán…». Allí, en el sur profundo, me trataban como si fuera un espía ruso. Me sacaron ante la compañía al completo para anunciar cuál era mi religión: «Este es musulmán. No se puede confiar en él. Guardaos bien las espaldas si os toca con él en el entrenamiento».

Quise protestar, pero allí no tenía a nadie con quien hablar. En cuanto decía que era musulmán, me miraban raro. Me mandaron al Servicio de Inteligencia del Ejército. Los oficiales al mando querían interrogarme porque suponían que era un traidor: «¿Eres comunista? ¿Te has alistado para poner al resto de GI negros en contra de los Estados Unidos?»

Naturalmente, allí predicaba el Corán a mis hermanos y hermanas. Algunos se interesaron en saber más sobre el Islam. Conseguí formar un grupo unido, y eso no gustó en el Ejército. Me consideraban una amenaza porque intentaba mantener a los míos unidos. Yo les pregunté: «¿Por qué tenemos que combatir en una guerra que ni siquiera entendemos?».

Cuando terminabas el entrenamiento especializado de infantería, te daban un permiso y luego te destinaban directamente a Nam, pero a mí me volvieron a mandar a Fort Polk. El Servicio de Inteligencia del Ejército me estaba investigando. Querían despejar cualquier duda que tuvieran sobre mí antes de destinarme al extranjero. Me sacaron de la compañía y me incluyeron en otra especial del cuartel general.

Me destinaron a las oficinas del cuerpo, al almacén, donde montaba las armas y cosas así. Era un riesgo para su seguridad, pero tenía acceso al arsenal. Por si fuera poco, también me tocaba hacer cualquier mierda que se les ocurriera: recogía las colillas que había tiradas por la calle o fregaba el sumidero de los urinarios con la escobilla para limpiar los cañones de los M-16 [32] . Tenía que limpiar, sin guantes, todos los agujeros de cada uno de los urinarios de la compañía. ¿Sabes lo que apesta eso? Pero yo lo hacía con una sonrisa y decía: «Bueno, no es cerdo, ¿no?».

Algunos creían que estaba pirado. Me mandaron a ver al loquero, que dijo: «No es ningún demente. El muchacho tiene fe».

Empecé a dedicarme a caldear el ambiente. Era lo mío. Llevaba un libro de Karl Marx encima, solo por tocar los huevos. Una vez, hasta llamaron a la Policía militar para que registrara mi taquilla para ver si encontraban libros que me relacionaran con los soviéticos o algo por el estilo. Pero lo único que encontraron fue el libro de Karl Marx, que se podía conseguir en cualquier biblioteca. De hecho, lo había sacado de la que había en la base. Al final me lo devolvieron, no sin antes pedirme disculpas.

Pero seguía estando bajo vigilancia. Tenía que presentarme una vez por semana ante el Servicio de Inteligencia del Ejército. Además, habían trasladado a la base a un tío del FBI que era como mi agente de la condicional. A mí no me molestaba ir a verle, así al menos podía escaquearme del trabajo. Siempre le decía: «Por favor, no me vuelva a mandar allí, quedémonos aquí charlando todo el día».

Después de cumplir con mis horas de servicio, predicaba el Islam y el marxismo. Era muy joven, solo tenía diecinueve años. Cuando los animaba a coger las armas y a luchar por ello, lo decía en serio. No buscaba tanto un conflicto racial como una revolución de clase. El sistema estaba en contra de mi gente. Si tenía que empuñar un arma, quería alzarla contra el sistema y no contra un vietnamita que no conocía de nada. Estaba dispuesto a morir por la causa… pero entonces no sabía lo que era la muerte.

Tuve que subir para hablar con el comandante de la base, un capullo con dos estrellas en el uniforme. Le expliqué mis creencias y le dije que estaba dispuesto a morir por ellas. «Bueno —respondió—, pues si quieres morirte, adelante. Pero nada de luchar y morir en las calles. Tú vas a morir en Vietnam.» El Servicio de Inteligencia había dado su aprobación y mis órdenes eran ir directo a Nam.

El asistente del general me dijo: «Como te gustan tanto los vietnamitas y esas ideas comunistas, te mandamos a Vietnam para que te reúnas con ellos. Ya nos encargaremos nosotros de que te maten». A todo el mundo se le dibujó una sonrisa en la cara. Era el mayor hazmerreír que había pisado Fort Polk: el comunista al que mandaban a Vietnam.

~

A mediados del permiso de treinta días que te daban antes de ir a Vietnam, estaba en casa, en St. Louis, sentado en el sofá viendo la televisión. De repente, interrumpieron la emisión para informar de que había estallado la Ofensiva del Tet [33] .

En uno de los últimos discursos que nos dieron en el Ejército antes de marcharnos, nos aseguraron: «Escuchad, allí es todo bastante civilizado. Tendréis piscina, cafeterías y cosas así. No tendréis que bajar corriendo del avión para formar un perímetro defensivo alrededor de la base aérea de Saigón». Pero eso era precisamente lo que el «enemigo» mostraba en la televisión: que la gente estaba saltando por los aires en la base aérea de Tan Son Nhut.

Mis amigos me decían: «Pero ¿tú estás loco? ¿De verdad que vas a ir? Michael, piénsatelo». Hasta se ofrecieron a prestarme dinero para que desertara a Canadá. Pero la verdad es que yo no estaba muy cuerdo. Ya estaba demasiado metido en todo aquello.

Antes de presentarme a filas, pasé unos días solo en San Francisco. Supongo que me lo pasé bien. Me despertaba sin un dólar en la cartera, pero sin heridas ni moratones. Nadie me había hecho daño, pero no recordaba nada de la noche anterior. Me gasté varios cientos de dólares; solo me quedé con el dinero justo para coger el autobús e irme a la base de las Fuerzas Aéreas de Oakland.

~

Cuando llegué a casa tras la instrucción, mi familia no sabía qué hacer conmigo. Mi novia no paraba de decirme: «¡Vaya, Jim! ¡Estás hecho todo un patriota! ¿Qué te ha pasado? Parece que cuando te cortaron el pelo también te lavaron el cerebro». El Cuerpo de Marines me había convencido de que la guerra era lo correcto. «Sí, pero tú antes no eras así», me dijo ella.

Yo no me veía cambiado, pero nadie entendía qué me pasaba: «¿De qué va todo esto? De repente eres Jim, el patriota, que se va a luchar en la gran guerra y ni siquiera sabe por qué».

Bautismo de fuego

Saca una caja de zapatos llena de fotografías de una cámara Instamatic. Sin inmutarse, vuelca en el asiento del sofá los trofeos de papel del guerrero que una vez fue. Después de diez años en el estante más alto del armario del salón, el extenso cielo que ocupa gran parte de las fotografías ha amarilleado y ahora combina con las franjas verdes y marrones de tierra cultivada que aparecen en la parte inferior.

La maquinaria de guerra es su tema favorito. Tanques militares con las cadenas enfangadas tan altas como un hombre adulto aparecen retratados con la veneración que los niños pequeños sienten por los camiones de bomberos. Una hilera de helicópteros con las hélices quietas e inclinadas parecen moscas gigantescas de la prehistoria, cual efectos especiales de Ray Harryhausen para alguna película de ciencia ficción deficitaria. Hay una ciudad de tiendas de campaña espolvoreadas de barro seco, con las calles delimitadas por piedras pintadas de blanco, como un campamento de los Boy Scouts, aunque sin tótems de papel maché ni cinturones de cuentas.

El guerrero va pasando las instantáneas en las que aparecen sus compañeros. Se ven unos chavales con armas de plástico en poses ridículas, caricaturas de hombres. Un puñado de gamberros revoltosos, borrachos de sus primeras cervezas, intentan poner cara de póker mientras apuestan con el dinero de juguete expedido por el Gobierno [34] *. Sus rostros rollizos sonríen bajo lo que parece un bigote incipiente que bien podría ser la marca del vaso de leche del desayuno. Un par de ellos comen pipas, como estudiantes novatos que intentan parecer mayores.*

Hay una fotografía que destaca sobre el resto: un hombre hinchado tendido sobre una bolsa de basura. Tiene las cuencas de los ojos vacías; bajo las cejas solo hay dos agujeros. De hecho, solo tiene una ceja, la

izquierda. La lengua no le deja cerrar la boca. No hay nada rojo en la imagen, todo es morado, marrón o negro. El guerrero mete la foto entre las demás.

—Mira esta. El tío que está en el centro es mi colega, Geezer —me dice, como si estuviéramos hojeando un anuario escolar—. ¡Madre mía! Te partías de risa con él—. Al cabo de un segundo, un recuerdo le ensombrece el rostro—. Está muerto. Se lo cargaron en lo alto de alguna colina. —Coge otra fotografía—. El de la izquierda soy yo. Me la hizo Geezer nada más llegar. Pesaba sesenta y cinco kilos.

Me cuesta reconocer al hombre de treinta y cuatro años que tengo al lado en la carita aniñada y sonriente de la fotografía. El muchacho de la imagen no tiene barriga cervecera; de hecho, parece tener los músculos tan marcados como una estrella adolescente del fútbol americano. La cara es lo único suave y redondeado. Sus ojos inocentes brillan igual que los de las dos chiquillas que me han abierto la puerta esta tarde, cuando he llegado para entrevistarlo.

Las niñas ya están dormidas en el piso de arriba. Su mujer nos ha sacado unas palomitas y unas cervezas y se ha ido a la bolera con sus amigas, como hace cada miércoles. Él me enseña la casa, poniendo espacial énfasis en las reformas que ha hecho él mismo. Me habla de su trabajo en una empresa de servicios públicos, de la clasificación de la liga de béisbol y del equipo de softball de la empresa, mientras la televisión encendida ilumina en silencio la estancia desde la esquina del salón. Del tiempo ya hemos hablado hace un rato. Ha llegado la hora de que el guerrero hable de Vietnam.

Me espeta su número de identificación y el de su unidad, una retahíla de números y jerga militar. Su historia tropieza con fechas medio olvidadas y campos de entrenamiento militar. Calcula con esfuerzo el tiempo que pasó hasta el día que puso un pie en Vietnam y al final consigue recordar cuándo lo llamaron a filas.

Cuando su relato llega hasta su primer día en Vietnam, la historia avanza con detalles difusos y el tono monótono de un guía turístico hastiado. Termina unos diez minutos después: «Y ya no sé qué más contarte».

Pero no puede evitar echar un vistazo a las fotografías y los recuerdos que permanecían guardados. La historia empieza a fluir poco a poco y cobra impulso; es una maraña de anécdotas e incidentes inconexos.

Algunos son recuerdos largos e incoherentes, como una película casera y macabra, sin principio ni final. Otros se encienden de repente, como una bombilla, y se congelan en una mirada o un gesto durante un instante. Pierde la noción del tiempo, solo sabe cuándo era de día y cuándo de noche; cuándo la estación seca y cuándo la de los monzones.

Por extraño que parezca, su tono de voz no ha cambiado. Aunque se sorprende cuando un recuerdo lejano le viene a la memoria, como una fotografía que hubiera olvidado haber tomado, mantiene en todo momento la compostura. Llegamos al momento de la muerte de Geezer, como si la conversación se hubiese dirigido allí desde el principio. Sin previo aviso, se le escapa un sollozo agudo y se calla de golpe. Le rueda una única lágrima por la mejilla hasta que repara en ella y se la seca. Se disculpa de inmediato, de hombre a hombre. Aparta la mirada y comienza a guardar con aire distraído las fotografías en la caja de zapatos.

—Esta foto me la hicieron en la zona desmilitarizada, cuando llevaba unos seis meses allí —me dice, cuando ya ha recobrado la compostura y ha recuperado la voz. Es el mismo muchacho de antes, agachado entre el lodo rojizo que le entra por dentro de las botas. Tiene los pantalones remangados hasta las rodillas; el verde militar apenas se ve bajo la capa de arcilla. Además de los pantalones, viste solo el chaleco flak [35] *, una prenda sin mangas en la que se lee: «MUERE COLOCADO». Pero ya no sonríe; luce la mirada pétrea de un hombre viejo.*

La guerra que habían anunciado como si se tratara de un western de John Wayne, una prueba de virilidad, resultó ser una versión retorcida del cuento de Peter Pan. Vietnam fue un País de Nunca Jamás gobernado por la brutalidad, aislado del tiempo y del espacio, donde los niños no crecían. Simplemente se hacían viejos antes de tiempo.

Cuando terminamos la instrucción, no sabían qué hacer con nosotros, así que a todos los que teníamos diecisiete años nos metieron en la base aérea de los Marines en Hawái. Allí nos pasamos meses y meses entrenando, ejerciendo de soldados rasos. Hasta que un día, sin previo aviso, cerraron la base y nos dijeron que nos mandaban a Okinawa.

Nos dio igual. Al fin y al cabo, estábamos deseando largarnos de Hawái. Es una mierda de sitio. Los hawaianos se creen que su isla es un regalo de Dios a los Estados Unidos. Los precios están por las nubes; tanto que si eres un GI rapado y asqueroso tienes que vértelas con la Policía militar, la Policía local y los canacos enormes de la isla. Ir a Okinawa era un puntazo.

Pero nada más poner un pie en el barco, todo eran rumores. Me hice amigo de un par de marineros que me contaron que nos seguía un submarino armado hasta los dientes. No nos enteramos de que estábamos *fugazi* [36] hasta que no llegamos al mar de la China Meridional. «Os habla vuestro capitán —se oyó por megafonía—. Se os comunica que vuestro destino es Da Nang, en la República de Vietnam.» Todos miramos a nuestro alrededor. ¿Qué coño era eso de Vietnam?

Yo acababa de cumplir dieciocho años. Es curioso, pero en el barco había muchos chavales que tenían solo diecisiete y que cumplieron los dieciocho mientras cruzábamos el océano. Habría unos cuatro o cinco que no los tenían aún, así que les hicieron esperar a bordo a que llegase el día de su cumpleaños. Luego los dejaron desembarcar.

Cuando el barco atracó, estaba anocheciendo, casi había oscurecido. Nos quedamos en cubierta dos o tres horas viendo los fuegos artificiales del horror. La puta artillería, fuego cruzado por todas partes, bengalas que se encendían en la oscuridad… Hostia puta. En lugar de soltarnos ahí en medio, nos hicieron quedarnos en los alrededores a mirar. No sabíamos qué era aquello. Era un misterio.

Cuando amaneció, los disparos remitieron y el combate terminó. Nos acercamos a paso de tortuga, esperando y observando. Era como estar condenado a muerte. Habíamos ido a una escuela de gladiadores y éramos la promoción del 68. Si sobrevives, sobrevives.

Se suponía que estábamos en una zona segura, todo lo segura que se le puede llamar a Vietnam del Sur. Llegamos a la playa con vehículos anfibios. Hicimos todo el numerito con balas de fogueo. ¡Yija! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Gracias a Dios que allí no había nadie.

Luego me metí en un búnker y me pasé media hora hablando con «el de arriba»: «No quiero morir en este sitio de mierda —le dije—. Es un puto asco, a nadie le importa nadie. No me quiero morir. Por favor, si puedes, llévame contigo dentro de unos años. Ya sé que quizá a la larga será peor, pero este sitio no me gusta. Pero, bueno, haz conmigo lo que tengas que hacer; lo que sea, será».

Seguir vivo era la prueba de que Dios tenía un plan distinto para mí, aunque no sé si mi destino es salvar a veinte críos de un incendio o resbalarme en la ducha con una pastilla de jabón. Creo que simplemente le caigo bien.

Tres noches después de llegar, Hanoi Hannah [37] empezó con sus gilipolleces y le dio la bienvenida a mi unidad. Nos dedicó «Tonigh's the Night» de las Shirelles, la que dice «*Will you still love me tomorrow?* » [38] . La muy zorra. Pero me gustaba escucharla. Ponía buena música.

~

Aterricé en la bahía de Cam Ranh. Allí hace calor, el mismo tipo de calor que en Texas. En cuanto pones un pie fuera del avión, sientes que te falta el aire. Nos montaron en un autobús verde militar para recorrer el corto trayecto que separaba la pista de aterrizaje del recinto. Tenía las ventanas cubiertas con una malla metálica.

—¿Para qué coño es la malla? —le pregunté a alguien.

—Por los *gooks* [39] , tío, es por los *gooks* —me contestaron—. Te tiran granadas por las ventanas. ¿Los ves?

Eché un vistazo y vi unos hombrecillos viejos y arrugados, agachados en los arcenes, a lo vietnamita, llenando sacos terreros. Me miraban con auténtico odio.

Resulta que estábamos en una de las mayores instalaciones militares del mundo y teníamos que cubrir las ventanas para protegernos de unos viejecitos. Entonces no acababa de entenderlo, pero mi intuición me decía que algo no iba bien.

~

Llegué a Vietnam el Domingo de Pascua. Aterrizamos en Bien Hoa a primera hora de la mañana y subimos a un autobús con aire acondicionado que nos llevó al 90.º Batallón de Reemplazo, que estaba a medio camino entre Bien Hoa y Long Binh. Hice el papeleo y luego, después de almorzar, nos hicieron formar y me dieron la orden de poner rumbo a Long Bihn, donde entraría a formar parte de una unidad de transporte. Fue un alivio.

«¡Joder, Long Binh! —pensé—. Eso debe ser enorme, como Los Ángeles. Es un lugar seguro; no lo han atacado desde hace vete tú a saber cuánto. Allí hay veinticinco mil personas. No esta nada mal pasar así la guerra.»

Pero, al mismo tiempo, estaba decepcionado. Yo quería ir a la guerra; quería enfrentarme a esa prueba. Aquello era un examen de virilidad, no había duda. Ahora sé que, hasta entonces, mi vida había sido un camino de rosas, pero en aquel momento no era tan consciente de ello. Sí, sabía que había tenido una vida cómoda, pero también sabía que la guerra de Vietnam era el acontecimiento que marcaría a mi generación. Aún no había decidido qué camino seguir, así que ¿por qué no dar un rodeo y enfrentarme a algo que fuese duro de verdad?

Las calles de Long Binh estaban asfaltadas. Los barracones de los soldados parecían construcciones casi permanentes; las duchas tenían el suelo de cemento y agua corriente caliente y fría. Los váteres tenían puerta; podías plantar un pino sin que nadie te molestara. Las armas estaban guardadas en la armería; nadie llevaba la suya encima. Había hospitales en la base, pero no estaban a la vista. Salían convoyes todos los días, pero no llegaba nadie. Había *mama-sans* [40] y *hooch girls* [41] . Todo estaba limpio. Hacía calor, claro, pero era como estar en el Ejército, nada más. No era la guerra.

Tres días después de llegar, el sargento mayor me dijo:

—Te mandamos al frente.

Ya había escrito una carta a casa: «No os vais a creer dónde estoy. ¡Hay aire acondicionado y todo!».

—¿Creías que te lo íbamos a poner fácil? —dijo con una sonrisa de superioridad—. Pues no va a ser así. Te mandamos a uno de los peores sitios a los que puede ir alguien de esta unidad.

No me eligieron a dedo, fue por sorteo. Era el nuevo.

Todavía no tenía ni idea de cuál sería el trabajo. Si me hubiese quedado en Long Binh, seguro que me habría pasado doce horas al día sentado delante de una máquina de escribir, pero eso no quería ni pensarlo. A ver, aquel sitio era estupendo para ver la guerra pasar, pero yo me habría subido por las paredes.

El primer día no me acordaba del nombre del lugar al que me habían destinado. Solo me lo habían dicho una vez y se me había olvidado. Algunos de los chavales que habían estado allí me contaron que el enemigo atacaba cada dos por tres. Me acojoné. Todavía no me habían asignado un arma y ya estaba en un convoy rumbo a un lugar llamado Phuoc Vinh.

La primera noche, Phuoc Vinh parecía un campamento de verano. La gente tocaba la guitarra, fumaba hierba, bebía y miraba las estrellas. Había unos haciendo una barbacoa. De repente, nos atacaron.

No estaban muy cerca, pero sí lo suficiente. Yo no entendía qué pasaba. Alguien gritó: «¡Nos atacan!». Me habían informado de lo básico, en plan, «dile al nuevo lo que tiene que saber», y parte de eso era tan simple como saber dónde estaba el búnker más cercano. Corrí hacia allí y me las arreglé para encontrar un lugar entre los demás.

Allí dentro no se veía un carajo, y pasó un buen rato antes de que nadie abriese la boca. Entonces, en mitad del silencio y la oscuridad, alguien preguntó:

—¿Dónde está el nuevo?

—Estoy aquí —respondí.

La conversación no pasó de ahí, pero aquella pregunta en la oscuridad no se me olvidará mientras viva. Fue realmente… No sé cuál es la palabra adecuada. ¿Generosa? Hablar de cariño sería demasiado, pero sí podríamos decir generosidad. Esa palabra lo describe bien. Y aquello era mucho. Alguien se había molestado en pensar en mí. Porque ¿quién cojones era yo? No era más que el nuevo, un tío callado y algo mayor para ser novato, un chaval que llevaba el uniforme limpio y ni siquiera se había manchado todavía las botas de rojo. Me dejó pasmado.

~

Fuimos a Vietnam con Braniff Airlines. Las azafatas nos dieron un montón de perritos calientes. Yo esperaba que nos dieran un bocadillo de rosbif o algo así, pero nos dieron perritos.

Al aterrizar, el piloto anunció por megafonía: «La temperatura en el exterior es de 39º y el fuego terrestre es de leve a moderado». Un cachondo.

Cuando se abrieron las puertas, me llegó el olor a Vietnam. ¿Qué haces cuando tienes quinientos mil hombres y no hay alcantarillado? ¿Dónde metes toda la mierda que cagan? La solución que se le ocurrió al Ejército fue meter toda aquella porquería humana en barriles y luego llevársela a algún sitio, empaparla en gasolina y prenderle fuego. El pobre desgraciado que metiera la pata hoy se encargaría al día siguiente de remover la mierda, para asegurarse de que ardiese bien. A mediodía, cuando se llevaban a cabo estos asuntos, el olor a mierda quemada era increíble. Ese día, el viento no estaba a nuestro favor y el avión se llenó de… pues de eso, el primer aroma que recuerdo de Vietnam.

Una vez aterrizas, al Ejército le importas un rábano. Les da igual dónde duermas, o incluso si lo haces o no; les da igual de dónde saques la comida o cuándo te dan el equipo. Se limitan a agruparnos y decirnos: «Aquí es donde vais a vivir. Allí no podéis ir. Al resto de sitios, sí. Tenéis que salir ahí fuera tres veces al día y esperar a que os llamen por el nombre. Eso es todo, caballeros».

Pasamos unos cuatro días pululando por allí, pasando calor. Tres veces al día te presentabas donde te habían dicho y esperabas a que te llamaran y te asignaran a alguna unidad de entrenamiento. Y, entonces, los veinticinco o treinta que hubieran llamado se iban a dar vueltas por ahí. El oficial al mando gritaba: «¡No, no y no! ¡Aquí, idiotas, aquí!», e iban todos hasta donde señalara arrastrando los pies.

—¡Muy bien! ¿Preparados para salir?

—Bueno, no, señor. Tenemos los macutos y el resto de cosas en los barracones.

—¿Dónde tenéis los fusiles?

—Todavía no nos los han dado, señor.

—¡Joder! Es verdad.

De vez en cuando y sin orden aparente, si tenías la mala suerte de estar en el lugar equivocado, venían a por ti y te mandaban a ayudar a la cocina. Aquello era un caos; el nivel de incompetencia me parecía preocupante. Los cabrones no tenían ni idea de lo que hacían.

Lo único que había para matar el tiempo eran las tragaperras del club de reclutas y la cerveza. Pero a muchos todavía no nos habían dado dinero militar [42] , así que no teníamos nada que jugarnos.

Y, por fin, un día dijeron mi nombre y me informaron de que me habían destinado a una división de infantería. Antes de sentarme en el camión me prestaron un fusil, pero me dieron solo un cargador de munición y me dijeron que no se lo pusiera. Seguramente fue una buena decisión. Muchos de los chavales estaban tan nerviosos que habrían sido capaces de cargarse a la Policía militar.

A los nuevos siempre les cuentan la misma historia: «Una noche, dos tenientes segundos que acababan de llegar al país estaban jugando al póker y terminaron borrachos como una cuba. Se les ocurrió liarse a tiros, como en *La ley del revólver* . Se plantaron en medio del campamento con sus revólveres del 45 en la mano, se retaron para ver quién desenfundaba el arma antes y acabaron los dos muertos. Por eso no os damos munición. No queremos que os matéis entre vosotros hasta que estéis en el campo de batalla».

En la división era todo igual de confuso. Durante el primer día se suponía que teníamos que estar aquí o allá, haciendo lo que fuera, pero lo que quería el tipo de aquí nunca coincidía con lo que quería el de más allá.

Todos intentábamos parecer unos machos. Practicábamos puntería lanzando cuchillos contra las puertas. No se nos permitía llevar armas encima hasta que nos entregaran los fusiles que nos acompañarían durante todo el tiempo de servicio.

Luego nos dieron el resto del equipo y empezamos el entrenamiento en el terreno. A uno de cada cinco soldados le dejaban volar una mina Claymore. Pasamos una noche entera en una plantación de caucho, buscando a los vietnamitas mientras intentábamos no quedarnos dormidos. No lo sabíamos, pero estábamos en una zona bastante segura.

Yo no quería acabar en una compañía de infantería, eso lo tenía claro. Miraba a mi alrededor y sabía que no querría pasarme día sí día también patrullando por aquel terreno. La tierra del delta chapoteaba cuando la pisabas. Aquel lodo intentaba tragarte.

Empecé a ofrecerme voluntario para todo: para salir con los Lurps [43] , con los rastreadores y los perros o con los del «control de plagas», unos tarados que iban por ahí con el jeep quitando minas de las carreteras. Habría hecho cualquier cosa antes que ir caminando por ahí con un montón de mierda cargada a la espalda, como un animal.

Al teniente le cabreaba que me ofreciera voluntario para todo. Me preguntó si tenía algún problema y yo le dije que quería ir donde estuviera

la acción, y que si acababa en infantería no habría tanta acción como yo quería. En realidad, mi intención era vivir en un sitio decente y pasar el menor tiempo posible arrastrándome por aquel lodazal. Muchas veces no tenía ni idea de para qué me presentaba voluntario. Veía dónde vivían los tipos que estaban haciendo el trabajo en cuestión y pensaba: «Pues no está mal. Seguro que de vez en cuando también les toca salir a arrastrarse en la oscuridad, pero compensa».

Al final me asignaron a mi unidad, que estaba en un fuerte francés que parecía salido de la película *Beau Geste* , con sus parapetos de cemento, sus muros de piedra y sus portones. Salíamos en patrullas de «búsqueda y destrucción». Los helicópteros nos recogían a primera hora de la mañana, nos llevaban a donde fuera y pasábamos todo el día caminando por la zona. Casi nunca pasaba nada.

Hubo algún que otro tiroteo, pero aquello era mucho menos terrorífico que las batallas campales que me había imaginado, así que no tenía tanto miedo.

—¡Dispara, dispara! —me decían.

—Pero ¿dónde están?

—Por allí —respondían, generalmente, señalando a un punto entre algunos árboles a unos ciento cincuenta metros. Así que me asomaba por la zanja del arrozal y disparaba a los árboles. «Hala, ya está, ya he disparado.»

Pero ¿contra quién cojones disparaba? Sí, nos atacaban; las balas te pasaban rozando las orejas si asomabas la cabeza como un gilipollas. Pero no se veía nada. Al cabo de un rato, me aburría tanto que disparaba a los cocoteros o apostaba conmigo mismo cuánto tardaría en partir a tiros un matorral en dos.

Con el tiempo, acabé siendo aceptado. Había participado en varios intercambios de fuego sin quedarme paralizado ni cagarme en los pantalones. Hubo un incidente que me lo puso fácil: durante un intercambio de fuego, yo no tenía mucho que hacer. Estábamos agazapados en una zanja y no corríamos peligro, a no ser que cometiésemos alguna estupidez, como levantarnos y disparar contra un nido de ametralladoras, cosa que no pensaba hacer. Pues al final me dormí en medio del sarao. Les pareció lo más. Me convertí en uno de ellos; había superado la prueba.

~

Tuve un buen líder de pelotón, Old Rebel lo llamábamos. Tuve suerte con él. Había nacido en Kentucky y era un tipo alto y flaco que caminaba por ahí con las piernas arqueadas. Llevaba siempre encima su revólver del 45 y su rama de *short-timer* [44] . «Lo primero es no andar pegando gritos por ahí —me aconsejó—. Cumple. Sé discreto, compórtate, no hagas tonterías y te irá bien. Cuando empiece la mierda, agáchate y dispara. No tienes ni que mirar, dispara y a tomar por culo. Ya vendrá alguien a echarte un cable. Y otro día ya nos ayudarás tú a nosotros.»

~

Al principio, me pusieron al frente del pelotón, a abrir camino. Hay un truco para caminar entre la hierba de elefante. No puedes andar como si estuvieras en la calle; tienes que clavar el pie en el suelo y girarlo hacia fuera, para que la persona que va detrás pueda pisar en el mismo sitio y no tenga que hacer lo mismo que tú.

Ser el primero era una putada. Me había pasado seis meses en Okinawa de fiesta todo el día y no estaba en forma para abrir camino. No es cosa de un par de horas: estás ahí de la mañana a la noche, doce, trece o catorce horas, según el día. Al final acababa agotado, daba diez pasos, se me enredaba la hierba de los cojones en los pies y me caía.

—¡Muévete! —decía el teniente—. Esto no es Nueva York, aquí no hay asfalto.

No tenía guantes para protegerme las manos y me cortaba con la hierba. Eso también era una putada, porque en Nam no nos podíamos lavar bien y cualquier corte se te infectaba. Lo primero que hacía cuando me levantaba era apretar bien los puños para sacar el pus. Aún tengo las cicatrices. Los primeros diez minutos dolía una barbaridad.

La primera vez que me sorprendió el fuego enemigo, me dieron una patada en el culo, literalmente. Cuando empezaron a sonar los primeros disparos, me quedé allí plantado. «¡Hostia puta! ¡Nos están disparando!» El teniente me dio una patada en el culo y me gritó:

—¡Vamos! ¡Agáchate y ponte a pegar tiros!

—¡Sí, sí, voy!

En realidad no estaba tan asustado; estaba pasmado. «¡Estos hijos de puta nos están disparando de verdad! —pensé—. ¡Nos quieren matar! Pues que les jodan.»

Me agaché y disparé en posición de tiro: te pegas al suelo tanto como puedes, sostienes el arma unos treinta centímetros por encima de la cabeza y disparas a quemarropa en dirección al enemigo.

Al tercer mes le empecé a pillar el gusto a eso de ser soldado y a cazar. Me puse en forma. Me sentía bien. Estaba seguro de mí mismo, incluso me lo tenía un poco creído. Era bueno con las armas. Era un chaval de dieciocho años que estaba orgulloso de lo que hacía. Al principio estaba acojonado, pero en cuanto te pones, todo se reduce a coger el arma y apretar el gatillo.

~

Salimos unos cinco de patrulla de reconocimiento. Íbamos a recorrer el perímetro a una distancia de kilómetro y medio, sin alejarnos más.

Tras una curva del camino nos topamos con dos tíos vestidos de uniforme que estaban lanzando granadas de mano al río. Enseguida dijimos: «¡Tío, son el enemigo! ¡Los tenemos!». Nos abalanzamos sobre ellos, los atamos con alambre y los dejamos medio muertos. Los arrastramos de vuelta al campamento. Otros dos tíos y yo pensábamos llevarlos al campo de prisioneros. Todo era nuevo para nosotros. No hacía ni dos días que habíamos llegado y, joder, era como estar en la serie *Combat!*

Los dejamos en el campo de prisioneros. El interrogador se acercó y les dijo cuatro cosas. Resultó que eran de la Guardia Nacional, de la Fuerza Popular [45] . Eran de los nuestros. ¿Que qué hacían tirando granadas al río? Pues resulta que estaban pescando.

~

En mi primera patrulla en Vietnam fuimos a tender una puta emboscada nocturna. La preparamos en un cementerio y nos sentamos en una pagoda a esperar. Por la noche, te sientas y vigilas, vigilas y vigilas. Enseguida te parece ver sombras que se mueven en la oscuridad, que cambian de forma. Es como ver fantasmas. Me pareció ver que los *gooks* venían a por nosotros un millón de veces. Luego empieza a salir el sol y te das cuenta de que solo era un banano.

El caso es que yo estaba como loco por hacer algo. Los demás estaban dormidos como troncos. «Joder, están dormidos, los muy hijos de puta —pensé—. ¿Cómo es posible?» Yo no podía estar más despierto. Creía que el

VC [46] estaba por todas partes y que se nos iban a echar encima en cualquier momento. Tenía el miedo en el cuerpo. Los primeros dos meses apenas dormí. Me ofrecía siempre para montar guardia porque no quería me que mataran mientras dormía.

Entonces, tres o cuatro VC pasaron junto a la pagoda. Desperté a los demás con susurros:

—Están ahí, tíos, el VC, están justo ahí. Son ellos, ¿no? ¿No vamos a disparar o qué?

—Bah, déjalos en paz —me respondieron—. Ya los pillaremos luego. Volverán por la mañana. Tranquilo, ya tendrás ocasión.

No estaban para puñetas. Aquellos tíos llevaban allí mucho tiempo y pasaban de todo. Su actitud se resumía en: «Si me lo cargo, bien, y si no, pues nada. Hago lo que puedo. Me lo tomo a cachondeo. A tomar por culo».

~

La primera vez que me dispararon, vi desde dónde lo habían hecho. Era una especie de granero. Fui corriendo y lo puse todo patas arriba buscando al tirador, aunque no lo encontré por ningún lado. Sin embargo, sí encontré unas huellas recientes que llevaban a otra cabaña, una especie de barbería. Allí había cuatro *gooks* . Los puse contra la pared y saqué mi M-16.

Entonces llegó el sargento:

—¿Qué cojones haces? —me gritó—. ¡No puedes hacer eso!

—¿A qué se refiere? Uno de estos cabronazos me ha disparado y voy a descubrir quién ha sido.

—No, no puedes hacer eso.

—¡Cómo que no! ¿Qué es esto? ¿Un juego?

Me obligó a irme.

—Largo de aquí, chaval. Te has pasado de la raya. Les preguntas y listos. Si te quieren responder, que te respondan, pero no puedes tratarlos así.

—Pero ¡me han disparado, mi sargento!

—Me importa un comino. No puedes hacer eso y punto.

—¿Pero qué clase de sitio es este?

~

En Okinawa lo llamaban «bajarse al sur». El avión de Braniff Airlines pintado con sus colores corporativos —morado y amarillo canario— desciende. A bordo hay azafatas y aire acondicionado. Parece que vueles a Phoenix o algo así, pero en realidad sabes que vas rumbo a Vietnam en un avión lleno de marines.

Tardamos unas dos horas y media en llegar. Durante el aterrizaje en Da Nang miraba por la ventanilla, pero no había nada. Ramas y casuchas con techos de chapa. Dogpatch, así llamaba todo el mundo a aquella zona.

La puerta se abrió y entró una ráfaga de aire caliente que casi me hizo perder el sentido. La azafata se puso en pie: «Hemos llegado a nuestro destino, Da Nang. Esperamos que les vaya bien durante el servicio. Nos vemos dentro de un año». Sus palabras retumbaron en mi cabeza como con eco. «Dentro de un año.» Joder.

Cogimos los petates, que parecían pesar el doble que antes, y bajamos por la escalerilla del avión. Los marines que nos esperaban en la pista vestidos con el uniforme para la jungla se reían de nosotros. Yo me sentí como un pringado. Estaba todo plagado de alambre de espino y armas de fuego, y yo, con las manos vacías.

Nos metieron en la parte trasera de un *six-by* [47] y nos llevaron a hacer los trámites. No teníamos ni puta idea de lo que pasaba. En Okinawa nos habían dicho: «Algunos de vosotros entraréis a formar parte de la 3.ª División del Cuerpo de Marines, en la zona desmilitarizada. El resto se unirá a la 1.ª División, que está en Da Nang. La 1.ª División está en la zona con más concentración de trampas cazabobos del país». Pues me asignaron a la 1.ª División.

Cuando llego al cuartel general, me dicen: «Bien, de todos los batallones, el 2.º Batallón está en la zona con más trampas. Vosotros iréis al 2.º Batallón». Estupendo. Con tal de no salir volando por los aires por el camino…

Llegamos a una pequeña aldea y nos unimos al batallón. Allí conocí al coronel, un hombre que imponía con su presencia.

—Tu labor es cuidar de tus tropas, la mía es ocuparme de los oficiales —me dijo. Me dio un discursito motivacional y todo—. La situación de nuestras compañías es la siguiente. La Compañía Echo está en la peor zona, la que tiene mayor concentración de trampas. Tú estás destinado ahí. —Perfecto, me estaba saliendo todo redondo—. La compañía está de

maniobras sobre el terreno y vuestro batallón se desplaza mañana, así que vete a la cama.

Fui al punto de suministros a por un casco y un chaleco flak. También me dieron un revólver del 45, pero no les quedaban cargadores. Tenía un arma pero no la podía cargar.

Pasé la noche en uno de los barracones para los oficiales. Entraron otros chavales charlando de todo un poco, lo peor que se les pudiera pasar por la cabeza. La mitad de la conversación se refería a mí, pero no me incluían. Me quedé sentado en una esquina sin hacer ruido.

—Sí, acaba de llegar. Encontraron resistencia en Dodge City y a uno de los pelotones le llovió mierda por un tubo. Eso sí, se han cepillado a un pelotón entero del Vietcong. Avisaron a artillería y les metieron plomo hasta el culo a esos hijos de puta.

La gente que estaba allí tenía algo especial. Eran unos críos, pero a la vez no lo eran. Tenían un brillo en la mirada que los hacía completamente distintos de los demás. Me tenían cautivado, hipnotizado. No podía apartar la vista de ellos. Tenían algo que los hacía parecer viejos, pero yo aún me sentía como un crío.

¿Qué hacía yo allí? Tenía veintiún años. No me podía creer que me hubieran puesto al mando de un pelotón. Ya se me había olvidado todo lo que había aprendido. Se suponía que tenía que saber cómo llamar a los de artillería, pero no me acordaba de nada. Aquello me sobrepasaba, era peor de lo que había imaginado.

Yo era un teniente novato, y eso es lo más bajo que hay en el Cuerpo de Marines. No hay nada más peligroso que un teniente segundo con un mapa y un compás. El sargento primero solía cabrearse con los soldados de primera clase y amenazaba con degradarlos a teniente segundo si no dejaban de cagarla.

Como nadie tenía muchas ganas de hablar conmigo, me fui a la cama. Me desvestí hasta quedarme en calzoncillos. Todos los demás se metieron en la cama con la ropa puesta, pero yo no me enteraba de gran cosa.

De repente, sobre las dos y media de la madrugada, todo se fue a la mierda. Había explosiones por todas partes. Fui a ver qué coño pasaba. Larry, un teniente primero, se levantó de un salto y nos dijo:

—¡A los búnkeres! ¡Nos atacan! ¡Han rebasado el perímetro!

Salí del catre de un salto, pero justo entonces sentí algo, como si me hubieran lanzado un puñado de gravilla al rojo vivo en la espalda. ¡BUM!

Caí de bruces unos metros hacia delante y vi las estrellas de verdad, como en los dibujos animados. Me notaba algo dentro.

En esos momentos, el cerebro se te desconecta del resto del cuerpo, sale al exterior y grita: «¡Te han dado! ¡Te han dado!». No me lo podía creer. Acababa de llegar.

Me caigo. No sé si estoy muerto, paralítico o qué. El tío ese, Larry, el último en salir del barracón, se queda un segundo atrás, me mira y dice: «No te ha pasado nada». Y echa a correr. Yo estaba cagado de miedo. Me dejó allí y se largó. Gracias, Larry. Cuando pasó todo nunca le saqué el tema.

Mientras estaba allí, tirado en el suelo, me entraron unas ganas tremendas de estar en mi casa, tumbado en la cama, con mis padres en la habitación de al lado. Estaba acojonado. Los marines lo llaman el «factor arruga». Es uno de sus chistes. Tienes tanto miedo que se te arruga el ano. Tal cual: el agujero del culo se te arruga, literalmente, es como si se te metiera para dentro. Es una reacción involuntaria.

Me daba miedo moverme. «Vamos a ver si puedes mover los dedos de las manos», pensé. Funcionaban. «Y, ahora, a ver si puedes mover los de los pies.» Sí, me sentía los dedos de los pies, pero entonces me acordé de una cosa: «Un momento, en las películas, la gente que pierde las piernas se sigue sintiendo los pies. Luego se despiertan y se dan cuenta de que ya no los tienen». Así que miré hacia abajo y vi que mis pies se movían.

Había un gran charco de sangre a mi alrededor, de unos treinta centímetros de diámetro, que no paraba de crecer y que se había empezado a filtrar por las grietas del suelo del barracón. De hecho, eran dos charcos: estaba perdiendo muchísima sangre. De repente, escuché disparos muy cerca. Recé a Dios: «No dejes que me vuelvan a disparar. Por favor, que no me vuelvan a dar. Dedicaré mi vida a la Iglesia, lo que tú quieras, Señor, pero no me dejes morir aquí».

La puerta se abrió de golpe y todo saltó en mil pedazos a mi alrededor. El Vietcong entró acribillando a tiros el barracón, pero pensaron que estaba tieso y se marcharon. Yo seguí allí tirado, haciéndome el muerto.

Habían lanzado gas lacrimógeno en un búnker y se había esparcido por todas partes. Cogí un calcetín y me lo puse debajo de la nariz. En ese momento, oí que alguien entraba en el barracón y levanté la vista. Era un sargento, que estaba junto a la ventana disparando al exterior. Miró hacia

atrás y me vio respirando a través del calcetín. Me había dado por muerto. Se acercó corriendo y me preguntó:

—¿Sabe alguien que estás aquí?

—Sí, un tío —dije, recordando al bueno de Larry, que había salido por patas.

—Voy a buscar ayuda.

Salió corriendo de allí y trajo un jeep del puesto de socorro del batallón. Unos tíos me subieron a una camilla y me llevaron hasta el todoterreno.

Echo un vistazo a mi alrededor y veo que todo está en llamas, teñido de rojo. Veo las trazadoras [48] volar de un lado a otro. La gente grita, aúlla. Se oye el «¡pam!, ¡pum!» de los fusiles, el «ra-ta-ta-ta-tá» de las ametralladoras. Reina el caos. Alguien se ha dejado la radio encendida y Mary Hopkins canta «Goodbye» por encima del tumulto.

Pasamos como una flecha entre el batallón y todo aquel follón para llegar al puesto de socorro. Está lleno de gente, se agarran con fuerza la barriga, llevan vías en los brazos. El tercer *chopper* para evacuaciones médicas es el mío. Se ven los helicópteros surcar el cielo. Las luces se apagan y descienden dibujando una espiral, bum, bum, bum… Me suben a la parte trasera y salgo volando de allí.

Estoy cerca de una ventanilla, así que miro atrás. Es como verlo por la tele. Un minuto estás allí en medio y al siguiente, a millones de kilómetros. Todo queda bajo tus pies.

Hay un Spooky [49] sobre una lluvia de trazadoras, rodeando el batallón, sembrando la tierra de balas. Siento lástima por cualquier cosa que haya ahí fuera. Por cada trazadora que se ve, hay cuatro balas que no se ven. Eso es mucho plomo.

Me llevaron hasta un hospital militar al sur de la montaña de Son Tra, en Da Nang. Me sacaron del helicóptero y me llevaron a toda prisa a una barraca *quonset* [50] . Dentro esperaban los médicos y las enfermeras con las mascarillas puestas. Del techo colgaban unas bombillas desnudas. El suelo estaba un poco inclinado hacia el centro, donde estaban los desagües, y había unos caballetes en fila.

Hay tres soldados delante de mí; colocan sus camillas sobre los caballetes; también la mía. Y empiezan a operar. Me pinchan todo tipo de cosas porque me han herido en la espalda. Me meten un depresor lingual en la boca para que lo muerda y, sin más dilación, empiezan a cortar.

Siento cómo me sacan algo del cuello y noto brotar la sangre como un volcán. A mi lado están operándole la rodilla a un soldado y veo cómo el hueso blanco reluce. Debían de estar operando a diez personas a la vez.

Después de eso, no recuerdo mucho más. Solo que me alegré cuando dejaron de cortarme, porque era desagradable. No duele, pero notas la presión. Tengo un agujero en la espalda, pero no llegó a la espina dorsal por cosa de medio centímetro. Es una incisión quirúrgica de unos diez centímetros.

Después, me ingresaron durante un mes en el hospital de Guam. Allí veíamos dos películas al día. Había un montón de pilotos y también soldados en sillas de ruedas a los que les faltaban los brazos o las piernas. Y, si los tenían, eran como ramitas chamuscadas. Yo me iba sacando trozos de metralla de la cabeza. Se quedan entre el hueso y la piel; todavía tengo algunos. Al finalizar el mes, volví al frente.

~

Llegué a Vietnam en septiembre de 1970. De los que viajábamos en el avión, éramos pocos los que íbamos por primera vez. Los demás volvían después de un permiso por casos de emergencia, porque se había muerto su madre o algo así. Tenía que ir vestida con el uniforme de clase A, o lo que es lo mismo, con medias, tacones y falda. El vuelo duraba veintiséis horas. Tenías que ponerte una faja para sujetarte las medias y se te hinchaban los tobillos. No te imaginas qué dolor. Además, el avión estaba lleno de tíos, solo íbamos tres o cuatro mujeres. De ningún modo iba recorrer todo el pasillo del avión para ir al baño. Ahora parece una tontería, pero entonces no lo era.

Al otro lado del pasillo iba sentado un negro de la Policía militar. Era enorme, debía de medir más de un metro ochenta, y muy flaco. Se llamaba Midge. Se pasó todo el vuelo animándome. «Eres una niña —me dijo—. No sabes dónde te has metido.» Midge sí lo sabía, así que intentaba hacerme reír. Llevaba una especie de serpiente de goma enorme y me la lanzaba al regazo cada vez que intentaba echarme una siesta. Creo que no pegué ojo en todo el vuelo. Supongo que, en algún momento, tuve que ir al baño. No lo recuerdo, pero seguro que fui.

Cuando el avión empezó a descender sobre Bien Hoa, el piloto dijo por megafonía: «La ciudad de Bien Hoa está siendo atacada. En cuanto

aterricemos y se abran las puertas de la cabina, que todo el mundo se agache y corra». Mientras nos acercábamos a la pista de aterrizaje notamos el impacto de los disparos.

Cuando aterrizamos, desconectaron el aire acondicionado y dejó de circular aire fresco. Cada vez hacía más calor y yo sentía cada vez más ansiedad. No sabía si me costaba respirar porque me pasaba algo en los pulmones o porque no había aire.

De repente, se abrió la puerta y Midge gritó:

—¡Vamos, vamos! ¡Muévete!

Intenté correr por el aeródromo, con los zapatos de tacón, la falda ceñida y los tobillos como globos.

Aquel lugar olía como un baño de carretera: a rancio, sudor y humedad. A todos los olores repugnantes que se te ocurran.

Corrimos hasta una habitación mal iluminada. A uno de los lados había sillas vacías para que nos sentáramos todos los pringados que acabábamos de llegar. Al otro, esperaban los muchachos que se iban a casa. Uno de ellos soltó un rugido espeluznante al ver que ya podía ocupar nuestro lugar en el avión. Miré a aquellos muchachos, lo felices que estaban por largarse de allí, y empecé a darme cuenta de dónde me había metido.

Nos quedamos allí dentro sentados durante lo que me pareció una eternidad. Tardaron horas en ponerme al corriente. Después pasaron lista y comprobaron esto y aquello, y finalmente me dieron las órdenes.

La primera noche dormí en una pequeña choza. Al día siguiente me desperté muy temprano; el sol brillaba con fuerza y hacía calor. Ya estaba allí. ¡Joder! Tenía que salir a ver cómo era todo aquello. Había visto las diapositivas de Corea de mi padre cientos de veces y me encantaban. Salí corriendo y, ¡Dios!, allí estaban aquellas personitas con sus sombreros en forma de cono, corriendo de aquí para allá al otro lado de la verja. El aire olía diferente y todo parecía diferente; estaba emocionada. Al principio eres una idiota y no te enteras de nada.

Luego fui a las letrinas. Cuando entré y me di cuenta de que no podía quitar todos los bichos que había en el papel higiénico, decidí que no lo necesitaba. No quise ducharme, porque no me van mucho los bichos. Nunca he sido una tía aprensiva, pero no estaba acostumbrada a ver tantos a la vez. Una habitación llena era demasiado para mí.

No había mucho que hacer; pasabas el rato y jugabas un poco al billar, hasta que te asignaban el trabajo. Los soldados sí que tenían que formar

cada mañana. Se ponían todos en fila para que pasaran revista, supongo, y cada mañana Charlie [51] los bombardeaba con morteros; los mataban antes de que los destinaran dondequiera que los fuesen a destinar. Luego los metían en una bolsa y los devolvían a casa.

Nos habían dicho que podíamos llevar noventa kilos de equipaje. Estoy segura de que fui la única enfermera que llevó solo cuarenta y cinco. Eso sí, cuando llegué tiré la casa por la ventana en el economato; me gasté unos cuarenta dólares en ropa interior y sujetadores. Lo llevaba todo en dos maletas de color marrón que mis padres se habían llevado de luna de miel y las tuve que atar con unas cuerdas para que no se abrieran. Nos habían recomendado que no llevásemos nada de calidad porque acabaría hecho polvo. En el aeródromo llovía a mares y el viento soplaba con furia. Los muchachos siempre querían ayudar a las pobres enfermeras, y uno de ellos cogió mi maleta para tirarla a la parte de atrás de un camión. La cuerda estaba podrida, la maleta se abrió de par en par y mi ropa interior salió volando por todo el aeródromo. Bragas y sujetadores sin estrenar por todas partes. Los chicos que había cerca rompieron filas; trepaban por la valla y corrían por la pista, como locos por llevarse un souvenir.

No iba a admitir que era mía. Ni de coña. Por allí había bastantes enfermeras y yo hice lo mismo que el resto: mirar a mi alrededor para ver de quién era la maleta: «¡Jesús! ¿Quién es la pobre que ha tenido tan mala suerte?».

Por fin, cuando mi maleta estuvo otra vez en el camión, la subieron en el avión y se la llevaron hasta el hospital en el que iba a trabajar. Estábamos en la base de una montaña que a mí nunca me pareció de verdad. Era extraña. ¿Sabes las típicas montañas de plástico que hay en las maquetas de trenes eléctricos? Era idéntica. Parecía que la hubiesen colocado allí a propósito, que aquel no fuese su sitio. Estaba cubierta por un manto verde porque llovía siempre. Creo que durante mis primeras dos semanas llovió sin parar.

Todo el mundo era muy amable. Se alegraban de verme y me ayudaron a instalarme. Mi primera compañera de habitación era una directora de la Cruz Roja. Iba siempre bebiendo de un vaso en el que echaba unas gotitas de un fármaco para enfermedades coronarias. Si tienes arritmia, se supone que te vuelve a poner el corazón a ritmo sinusal. Se ponía una copa a escondidas y le echaba una de esas gotitas. Me preocupaba un poco. Me parecía un poco raro.

La primera vez que entré en el pabellón olía tan mal que no me atreví a respirar hondo. Trabajaba en la Unidad de Cuidados Intensivos, que tenía capacidad para veinte o veinticinco pacientes. «Bien, teniente, mejor será que empecemos —me dijeron—. Puede ocuparse de cambiar las vendas.»

Eso consistía en coger el carrito en el que estaban guardados los apósitos e ir cambiando los vendajes y las gasas de las heridas. Todos los pacientes ingresados tenían infección por pseudomonas [52]. Cuando veías que un paciente tenía las vendas manchadas de una sustancia verdosa y purulenta, sabías que las heridas estaban infectadas por pseudomonas.

El primer vendaje que cambié fue el de un muchacho que había pasado dos días metido en una acequia llena de agua, esperando a que alguien fuese a rescatarlo. No solo tenía neumonía, lo que significaba que estaba lleno de líquido, sino que cuando le quité la venda del brazo vi que no tenía brazo. Solo había hueso. La carne se le había llenado de gusanos en la acequia. De hecho, fueron los bichos los que debieron de salvarlo, porque se habían comido todo el tejido muerto. Así que allí estaba yo, intentando hablar con el chaval y aguantarme las arcadas a la vez, para no vomitar. A él le dio igual; tenía mucha fiebre y estaba ido. No tenía ni la menor idea de qué vendas utilizar. Al final, comprobé cuáles le habían puesto y usé las mismas. Tenía músculo y hueso. De los gusanos no había ni rastro, gracias a Dios, porque creo que me habría largado. Lo dejo, me voy a mi casa. Esta mierda que la haga otra, yo no la pienso hacer.

Tuve que esconderme en el cuartito de la limpieza, entre las fregonas y las escobas, para recuperarme, mentalizarme y ocuparme de los demás.

~

La verdad es que podría haber cumplido mi estancia en Vietnam sin meterme en líos, pero una noche cometí el error de abrir la boca. Dije: «Si viera a un Vietcong y él no me viera a mí, no me lo cargaría, porque sabría que tiene mujer e hijos». A la mañana siguiente, estaba en la pista de aterrizaje con todas mis cosas camino a una unidad de combate en primera línea del frente.

Llegué a un pequeño campamento base con perímetro en forma de estrella en el 3.º Cuerpo del Ejército de Vietnam, en la región del Altiplano Central, a menos de un kilómetro de la frontera con Camboya. Estaba tan cerca del país vecino que se veía cómo adoctrinaban a las tropas de Vietnam

del Norte; tan cerca que podían lanzarnos morteros y misiles. Pero nosotros no podíamos responder porque eso hubiera significado violar los acuerdos fronterizos.

La pista de aterrizaje estaba en territorio enemigo. Cada vez que llegaba un avión, tenía que descender en espiral para evitar el fuego enemigo. Tenías diez segundos para bajar del avión y salir cagando leches hacia el búnker, si no, eras hombre muerto.

El día que llegué, el avión tuvo que pasar un rato sobrevolando la zona porque nos estaban atacando. No me podía creer que aquel fuese el sitio al que me habían destinado. Cuando finalizó el ataque con morteros y llegué a mi unidad, pedí hablar con el capitán. Me dijeron que había salido de la zona principal del campamento.

—Bueno, ¿puedo ir a buscarle?

—Claro, está por allí, entre aquellos árboles.

Salí para presentarme y asumir el mando. Me lo encontré muerto, con la cabeza reventada y la polla fuera del pantalón. Los morteros le habían sorprendido haciéndose una paja y le habían volado la cabeza. Allí estaba, tieso como un palo y con la polla en la mano.

~

En Okinawa te contaban un montón de gilipolleces: «En el avión te dan las armas y un chaleco flak. Cuando aterrizas, tienes que salir cagando leches del avión, porque si no te revientan seguro». Te mueres de miedo. Aquellos tíos ya habían cumplido con sus trece meses de servicio y se iban a casa, así que se cachondeaban de los novatos.

—¡Joder, tío! Pero ¿qué están diciendo? ¡Yo no quiero ir! —decíamos.

—Es demasiado tarde, no os podéis echar atrás.

Resultó que no era muy distinto de como nos lo habían pintado. Cuando ya estábamos llegando y el avión sobrevolaba la zona, un oficial se levantó y dijo:

—Mirad por la ventanilla. Eso es Vietnam. Espero que no nos disparen durante el aterrizaje.

Yo pensé: «Pero ¿qué coño dice? ¿Es que aquí arriba no estamos a salvo?».

Lo que quería decir era que no estaríamos a salvo en ninguna parte.

Por suerte, no nos atacaron al aterrizar. Lo único que nos atacó fue el calor. Salimos del avión y la temperatura era de por lo menos 38 grados. No había aire ni brisa ni nada. Nada más rebasar la puerta ya estaba empapado. Sudaba a chorros.

Cuando bajamos del avión nos hicieron correr hacia un barracón *quonset* enorme, una mierda de metal que retenía todo el calor. Nos repartieron unas pastillas de sal y nos dijeron:

—Tomaos dos al día. Que no se os olvide, porque si no os dará un golpe de calor; las necesitáis para sudar.

Algunos se lo tomaban a guasa, pero yo pasaba de ponerme en ese plan. Oye, si me dicen que me tome las pastillas, me las tomo y punto. Nos entregaron chalecos flak y cascos, nos hicieron formar y empezaron a pasar lista.

Cuando oí mi nombre, me hice a un lado y me entregaron un M-16. «Joder, sí que te dan cosas al llegar», pensé. Y entonces me dijeron que me iba a unir a la 2.ª División de los Marines: «Seréis trasladados en avión desde Da Nang hasta Quang Tri».

Así que aquello era Da Nang. No me había entusiasmado, precisamente, pero entonces no sabía que no pisaría un lugar mejor. Las mujeres amamantaban a sus hijos en mitad de la calle; aquello me dejó a cuadros: «¡Pero qué coño! ¡Tío, tío, mira a ese bebé con la teta en la boca!». Nos descojonábamos.

Los tíos que estaban allí tenían las botas relucientes y el uniforme para la jungla planchado con raya. Charlaban y tal. Fumaban, se reían… Eran unos Strak [53] en toda regla, con sus galones y todo.

«Bueno, no es que sea la leche, pero, si va a ser así, tampoco es tan terrible», me dije. Nos habían contado que incluso algunos soldados tenían catres con colchones. «Pues no está nada mal», pensé.

Cuando llegamos a Quang Tri la cosa empezó a torcerse un poco. No es que pintase demasiado mal, pero era peor que en Da Nang. Bajamos del avión y empezaron a dividirnos. A unos cuantos nos metieron en unos camiones en dirección a Phu Bai por la carretera nacional 1.

Phu Bai se parecía un poco a Quang Tri. La gente no tenía un aspecto tan cuidado, pero, aunque en general estaba todo más sucio, las instalaciones eran más o menos iguales. «Bueno, pues este es mi destino —pensé—. Tampoco está tan mal.»

En el batallón nos dijeron que nos separarían en compañías y a mí me asignaron a la Fox Trot. «¡De puta madre! —pensé—. Me gusta ese nombre.» Empezaba a hacerse de noche, así que nos dijeron que ya nos darían el uniforme al día siguiente. «¡Toma ya! ¡Joder! Si hasta voy a poder dormir a gusto.»
—Pero os toca montar guardia.
—¿Montar guardia? ¡Pero si acabamos de llegar! Bueno, ni eso, que yo estoy como si siguiera en el avión.
Nos pusieron a cinco en cada búnker con otro soldado que llevaba ya un tiempo allí. Se notaba que aquellos tíos no dormían, no pegaban ojo.
—No abráis fuego —nos advirtió—. Si veis algo, me despertáis.
Estaba allí de pie, montando guardia y me pareció ver algo negro moviéndose muy despacio. Al rato, volví a mirar: «Hostia puta», pensé. Los otros cuatro estaban despiertos, mirándome, porque eran los siguientes en montar guardia. El tío que estaba al mando dormía como un tronco. Pasaba de todo, era evidente.
—¡Despiértalo! ¡Vamos, despiértalo!
—¿Qué pasa?
—Ahí fuera hay algo.
—Es un búfalo de agua, imbécil.
—No sé, tío. Joder, me has dicho que te despertara si veía algo, ¿no?
—¿Cuánto te queda para el relevo?
—Diez minutos.
—Pues venga, el siguiente.
Se corrió la voz por todo el perímetro, así que todos los novatos de los búnkeres empezaron a despertar a todo Dios, «¡despierta!, ¡despierta!», todos en alerta máxima. Al final llamó el comandante:
—¿Qué cojones está pasando ahí?
—Nada, el chaval, que ve cosas.
Intenté dormirme, pero no hubo manera.
Desayunamos a las seis de la mañana y luego llegaron unos camiones para mandarnos a LZ Stud, el último puesto de avanzada como tal antes de llegar adonde estaba toda la mierda. Allí fue donde empecé a darme cuenta de que la cosa se estaba poniendo fea. Solo había búnkeres. Tenían un par de barracones normales, pero no eran *quonset* ni estaban construidos con madera. No eran más que unos tablones sobre los que habían colgado pedazos de lona por encima de cualquier manera. Había catres, pero no

quedaban colchones ni tampoco almohadas. Los chavales usaban sus macutos como cojín. Tenían comida caliente, pero yo solo me quedé lo suficiente como para almorzar. Después me dijeron que me trasladaban a Khe Sanh:

—Te vas a Khe Sanh; necesitan hombres.

—¿Cuándo? En un par de días, ¿no?

—No, sales ahora mismo.

—¡Pero si acabamos de llegar! Anoche tuvimos que montar guardia en el Phu Bai de los cojones. Luego nos han soltado aquí y ¿ahora tenemos que ir a Khe Sanh? ¿Es que aquí no aclimatáis a los nuevos o qué?

—¡Claro! Con el EET.

—A ver, un momento, ¿qué es eso de EET?

—«Entrenamiento en el trabajo.» Así aclimatamos a los nuevos.

Aquello no olía bien. Mi futuro empezaba a ponerse muy negro. Estaba cagado de miedo. Ya estaba asustado al llegar, pero cuanto más al norte iba, peor estaba. Joder, las cosas pintaban fatal. Cada vez veía más y más jungla. Las historias de tíos heridos en combate se sucedían y empiezo a ver a los chavales tirados por la zona de LZ Stud con heridas y mordeduras de rata. La metralla les ha jodido las piernas y van cojeando por ahí, de modo que o se recuperan o se los lleva el *medevac* [54] .

Nos subimos en un helicóptero. Cuando sobrevolábamos Khe Sanh, miré por la ventanilla y vi una montaña redonda gigantesca con una línea irregular alrededor de la cima. Era la trinchera. Los *choppers* solo podían acercarse cuando no atacaban, pero atacaban cinco veces al día.

La primera vez que entendí dónde estaba y adónde iba fue en ese helicóptero. La realidad me estalló en la cara. Era peor que una pesadilla: estaba en la guerra. Dios mío, morir era una posibilidad. Hasta ese momento no me lo había tomado en serio. Sí, estaba pasando, pero no me parecía real. Era como en la tele, con sus héroes y tal. Pero no era así: en realidad, podía morir en aquel puto lugar. No estaba preparado para eso. Se me hizo un nudo en el estómago, temblaba de la cabeza a los pies. Aterrizamos y nos ordenaron bajar corriendo del helicóptero.

—¡Compañía! —me gritaron—. ¿De qué compañía?

—Fox Trot.

—¡Los de la Fox Trot allí! ¡Allí! —me dijo, señalando y haciendo gestos con la mano—. Delta Bravo, por allá. ¡Venga, venga, venga! ¡Cerrad la puta boca y en marcha! ¡Moveos, moveos!

¿Quién cojones eran esos tíos? No llevaban ninguna insignia en los hombros o los cascos, todos tenían pinta de soldados rasos. Gritaban y berreaban como si fuera idiota, pero yo corría de todos modos. Todo el mundo corría por todas partes.

Se suponía que iba a ser artillero. No era el sueño de mi vida, pero era la MOS [55] que me habían asignado. Sabía por el entrenamiento que primero tendría que encargarme de llevar la munición hasta ascender al rango de ayudante del artillero. Dos meses después, podía aspirar a convertirme en artillero de pleno derecho. Me parecía bien, así tenía tiempo para ir adaptándome.

Cuando llegué a mi unidad, dijeron:

—Me han dicho que tenemos un artillero.

—Sí, soy yo.

—Muy bien, toma tu arma.

—Ah, no, ya tengo el M-16.

—No, no, te ha tocado la M-60 [56] .

—Pero ¿no se supone que primero me tengo que encargar de llevar la munición?

—Sí, claro. Llevarás doscientas balas… y la ametralladora.

Ni siquiera me habían dado el uniforme para la jungla. En LZ Stud me habían dado las botas, pero no habíamos tenido tiempo de cambiarnos los calcetines y ponérnoslas. Entonces conocí al comandante de mi pelotón, que se me acercó y me dijo: «Ponte las botas y date prisa. Salimos ya».

Estaba asustado, pero corrí, porque era lo que me habían ordenado. Miré todos esos búnkeres y la larga trinchera y el alambre de espino y los bidones y los agujeros que había abiertos por todas partes y me quedé alucinado. A los nuevos se nos veía el terror en la cara, en plan, ¿dónde coño nos hemos metido? Me parecía estar en el infierno.

Luego vi unos montones de ropa; montones de camisas y montones de pantalones. Me acababa de poner las botas para la jungla nuevas y las estaba arrastrando un poco para que no se notara tanto lo verde que estaba. Entonces llegó un teniente y dijo: «Coge una camisa de ese montón y un pantalón del otro». Sus botas no parecían mucho más viejas que las mías. Las del resto estaban destrozadas, tan rojas como el fango. Supuse que un teniente podía tener todas las botas que quisiera.

Cogí una camisa y rebusqué en el otro montón hasta dar con un pantalón que parecía de mi talla. Me lo puse. Doblé el uniforme oficial y me dispuse

a ir a guardarlo al barracón.

—¿Dónde está nuestro barracón?

—¿Qué barracón? Aquí tenemos búnkeres. Baja a la trinchera y te toparás con el agujero. Allí duerme la escuadra de artilleros.

No me hizo ninguna gracia tener que bajar a ese sitio tan oscuro para buscar un lugar donde guardar mis cosas.

Cuando volví de la trinchera, el comandante del pelotón me miró de hito en hito. «¿Por qué me mira así?», pensé. El tío siguió mirándome fijamente y, de repente, gritó:

—¿De dónde has sacado esa mierda? ¿De dónde?

—¿Qué? ¿De qué me habla?

—¡El uniforme!

—La camisa la he sacado de ese montón de ahí y los pantalones de este de aquí.

—¡Quítatelo! ¡Quítatelo, hostia!

Y mientras me está gritando, me empieza arrancar la ropa con las dos manos, desquiciado perdido, mientras yo intento zafarme de él y tranquilizarlo.

—Vale, vale, un momento. Un momento, por favor, ya me lo quito. No hace falta que me lo arranque.

—¡Quítate esa mierda! ¿Es que no sabes qué coño son esos montones?

—¿Cómo lo voy a saber? El teniente me ordenó que cogiera el uniforme de ahí.

—Ese imbécil solo lleva aquí dos semanas. ¡Esa ropa es de los KIA!

—¿Qué coño es un KIA [57] ?

—«Muerto en combate» ¿Te ha dicho que saques la ropa de ahí? Esa mierda no se toca. Se la mandamos a los chavales de la retaguardia, que se la pongan ellos. Ahora te buscamos otro uniforme. No voy a permitir que gafes a toda la escuadra.

Alguien me pasó otros pantalones y un indio, mucho más corpulento que yo, me dio una camisa que me llegaba hasta las rodillas. Las mangas me colgaban a medio palmo de la punta de los dedos. Parecía un payaso.

—No te preocupes, ahora le corto las mangas y te las enrollas —me dijo.

Para entonces, ya llevaba allí más o menos una hora.

—Todo el mundo a papear, salimos de patrulla en quince minutos —anunciaron.

—Pero, un momento, si no hace ni una hora que he llegado.

—Tienes suerte. Te hemos esperado.

—No me habéis hecho ningún favor. ¿Se supone que debo alegrarme? Podéis salir de patrulla sin mí, ¿eh?

—Necesitamos un artillero. Como eres el nuevo, sales tú y los demás se quedan aquí. Mañana patrullarán ellos. Vamos rotando; es sencillo. Ya te acostumbrarás.

Pero lo que me dejó a cuadros fue lo que hicieron para tranquilizarme. Nos sentamos todos juntos, y mientras se reían y hacían el idiota, el comandante se encendió un porro.

—Toma, dale una calada —me dijo—. Fumas, ¿no? Venga, dale unas caladas. Relájate. Tienes tiempo de sobra para asustarte. Ahora disfruta.

Me seguían temblando las manos, pero fumé. Todos reían y contaban unas historias muy raras. Sus bromas eran sobre cuando se cargaron a aquel o aquel otro, o lo que hacía un tío cuando el enemigo atacaba: cogía una silla, la plantaba delante del búnker y se ponía a escribir una carta. Se ve que aquel tipo solo escribía a su familia bajo fuego enemigo. «¡Bah! ¡Eso no es nada!» A mí no me entusiasmaban sus bromas, pero me daba igual. Al cabo de un rato me empecé a relajar, pero para entonces ya habían pasado los quince minutos.

—Venga, ¡a por vuestras alforjas!

Sabía lo que significaba eso: que cogiera mi equipo, que nos íbamos. Mierda.

En aquella primera patrulla fuimos a un lugar donde los marines habían emboscado a un grupo del Vietcong. Me hicieron mover los cadáveres, del Vietcong y del EVN [58] . Aparté un fiambre del camino, a otro le di la vuelta; todo eran tripas y cabezas medio reventadas. No paraba de vomitar.

—Venga, continúa. Ahora ese, llévalo allí.

—Pero ¿para qué?

—Te tienes que acostumbrar a ver cadáveres antes de entrar en combate y hacer que nos maten a todos. Eres el artillero, y el artillero no puede cagarse en los pantalones.

Era una detrás de otra. Estaba acojonado antes de empezar y de repente tenía delante toda esa mierda. Seguí moviendo cadáveres y, al final, dejé de vomitar, pero la situación no era para tirar cohetes.

Cuando se dieron cuenta de que llevaba un rato sin vomitar, me dejaron descansar diez minutos. Seguían riéndose y cachondeándose. Le encontraban la gracia a cualquier mierda.

Después, me ordenaron patear un cadáver en la cabeza hasta que se le salieran los sesos por el otro lado.

—Acabo de mover un cadáver. ¿De qué va todo esto?

No le veía ninguna lógica, aunque más adelante lo comprendí. Pero en aquel momento pensé: «Estos cabrones llevan aquí demasiado tiempo. Están todos tarados». Yo estaba hundido en la mierda y ellos se descojonaban.

—Venga, dale fuerte —me dijeron—. Empiezas a enterarte de lo que es matar. El tío está muerto, pero en tu cabeza lo estás matando otra vez. Vamos, que no es para tanto. ¡Mira, mira! —Y tiraron unos cuantos cadáveres desde lo alto de un peñasco. Vaya mierda.

—Ahora tú. Elige uno y tíralo. Pero hasta que no le revientes los sesos a patadas, no entenderás lo que tienes que hacer cuando te digan que revientes una cabeza a patadas. Así podrás contar lo que es reventarle la cabeza a patadas a alguien. Venga…. ¡Dale!

Lo decían en serio. Y entonces empezaron a corear: «¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!».

Y ahí estaba yo, apenas rozando la cabeza de aquel desgraciado con la punta de la bota. «¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!» Y, de repente, lo único que oigo es: «¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!», cada vez más alto: «¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!». «Si no le das, serán ellos quienes te den, y te matarán. ¡Dale!» Bajo la vista y el «¡Dale! ¡Dale! ¡Dale!» me retumba en los oídos.

Ahora sí que lo estoy pateando. Doy una patada, y otra, y otra y, de repente, se le empiezan a salir los sesos por el otro lado de la cabeza. Joder. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo pensé que me iba a morir, en serio, pensé que me moría. Empecé a vomitar otra vez, pero ya no me quedaba nada que echar, solo me sobrevenían arcadas. Dios, aquello me estaba matando. Intenté beber agua para tener algo que echar, pero no sirvió de nada.

Eran hombres serios, entregados a lo que habían ido hacer. Y en aquel momento su obligación era enseñarme, prepararme para que, cuando la muerte nos golpeara —y podía golpearnos a cualquiera, a ellos o a mí—, cuando viera morir a un amigo, no me derrumbara. Y eso lo viví. Vi a chavales que acabaron muertos, que provocaron que se cargaran a casi todo un pelotón, porque se dejaron llevar por el pánico o porque perdieron el control o porque estaban heridos y no fueron capaces de soportar la visión

de su propia sangre. Por eso se habían propuesto enseñar a los novatos a qué tenían que enfrentarse y cómo asimilar dónde estaban.

¡Buuum, buuum, buuum! De pronto se oyen diez o quince estruendos. Salto detrás de una roca con la ametralladora en la mano. Estoy listo… pero ellos se empiezan a partir la caja otra vez.

—¡Eh! Eso nos ha pasado por encima —dijo uno.

Entonces oí los silbidos por encima de nuestras cabezas. Estaban atacando la base de Khe Sanh con la artillería que el EVN tenía en Laos. Veía los destellos de luz allá en Khe Sanh. Unos segundos más tarde, nos llegó el sonido de la explosión.

—Da gracias que estás de patrulla —me dijeron—. Porque allí se acaba de desatar el infierno. Mañana, nosotros estaremos allí cuando empiece el bombardeo y ellos aquí, en el quinto pino. Serán ellos quienes estén mirando.

—¿Nos atacan todos los días?

—Cinco veces al día. Nos despertamos con bombardeos y almorzamos con bombardeos. Luego nos bombardean sobre las siete de la tarde y después a eso de las diez y media o las once. Depende del día que haya tenido el EVN. Si les apetece irse a la cama temprano, nos bombardean a las diez en punto. Si no les importa quedarse despiertos y tienen ganas de tocar los cojones, nos bombardean a las once. Y algunos días se levanta algún zumbado en mitad de la noche y se lía a disparar un rato. Cuando te acostumbras, te metes corriendo al búnker y listo.

Me dije que aquellos tíos eran unos profesionales, pero que estaban todos como una cabra. ¿Cómo se acordaban de todo eso? Se había convertido en su forma de vida. Yo no sabía dónde coño iban a parar aquellos proyectiles ni quién los lanzaba. Pero empiezas a detectar cada sonido de muerte. Te los aprendes. Empiezas a distinguir si la muerte te pasa por encima o viene a por ti.

~

Mandaron a mi pelotón a montar guardia a un lugar llamado Anu Tan, un molino de arroz rodeado de cabañas. No era un lugar seguro; allí moría gente. Vivía en un búnker, pero por la noche no podía entrar porque había tantas ratas que te mordían. Si te muerde una rata, no puedes atraparla para

que la examinen a ver si tiene la rabia o no. Dabas por hecho que todas la tenían. Así que te vacunabas y punto.

Vivíamos de forma muy primitiva. Nos traían la comida por aire y por la noche nos podíamos comprar una lata de cerveza caliente. No teníamos nada que hacer. Te morías del aburrimiento. No había nada que comprar y era un sitio tan pequeño que los oficiales te podían controlar: «¡Nada de ir de putas, soldado!». De hecho, solo había tres o cuatro putas, así que a ellas también las tenían controladas.

Cada tres noches, más o menos, abrían fuego desde la selva. A veces los disparos venían de un cementerio a unos ochenta metros de mi búnker. Era una forma de hostigamiento, más que otra cosa. Se acercaban a hurtadillas y nos pegaban unos cuantos tiros.

Una tarde, antes de que oscureciera, empezaron a disparar cuando yo estaba encima del búnker. Para entonces ya no me dejaba llevar por el pánico. Mantuve la calma y fui metódico, como cuando te parece que te estás observando a ti mismo desde fuera. Clint Eastwood habría estado orgulloso de mí. Apunté con el M-16 de forma que se viera el destello de la boca del arma desde el cementerio. El tío disparó y yo contraataqué con ocho o nueve disparos.

Oí un grito muy fuerte que sonó como si de pronto a alguien lo hubieran desconectado del altavoz. Supe que me había cargado a alguien por primera vez. Oí un gorjeo que duró treinta o cuarenta segundos, una especie de grito estrangulado que se extendió en el tiempo. Me sentí extraño. Las consecuencias de apretar el gatillo llegaron al día siguiente, cuando descubrí restos de sangre, pelo y piel encima de una lápida. Supongo que me lo cargué.

~

Miré por la ventanilla y solo se veía la selva, a un lado y al otro. Estaba en Nam y era precioso. Nunca había visto la jungla.

Cuando salimos del mar de la China Meridional, empezamos a ganar altura para que no nos alcanzaran los misiles. Intentábamos tomárnoslo a broma. Sin embargo, cuando empezamos a descender hacia tierra, se acercaron dos cazas de las Fuerzas Aéreas para escoltarnos y vi que estaban bombardeando la zona. También a ellos les atacaban. Los cazas volaban por

debajo de nosotros y liberaban napalm a diestro y siniestro. Los árboles estallaban en el aire.

Descendimos sobre Bien Hoa mientras el Vietcong bombardeaba con misiles el terreno. Ni por esas tuve miedo. Me dije: «Ya sé que voy a morir, pero no será aquí. Moriré en la selva».

Nada más aterrizar, abrieron las compuertas y nos ordenaron salir del avión. Si hay algo de Nam que no puedo olvidar es el olor. Ese olor. Ese olor a napalm y a carne humana quemada. Eso vivirá conmigo hasta el día que me muera. No hay nada que huela igual que Vietnam. Corrimos hasta los búnkeres envueltos en ese olor y esperamos allí a que dejaran de lanzar misiles.

Cuando terminó, nos hicieron salir y formar para la charla de presentación. Se nos puso delante un teniente, un tío que venía del campo de batalla. Tenía el uniforme mugriento y hecho jirones, con granadas de mano colgando, la bandolera con la munición y el M-16. Si le mirabas a los ojos veías que estaban vacíos de toda alegría. Aquella base aérea era como un mundo poblado de zombis.

—Acabáis de llegar a la República de Vietnam —dijo—. El plan de hoy es el siguiente: vais a morir todos en Vietnam. Este es nuestro mundo, y si no hacéis lo que yo os diga, desapareceréis de este mundo.

Captamos el mensaje. «Efectivamente, estoy en Nam».

Nos quedamos allí hasta que se hizo de noche. Durante el día había visto a muchos *gooks* , pero estaban todos muertos, destrozados contra la alambrada.

De Bien Hoa fuimos a Long Binh, a unos tres kilómetros por carretera. Nos dijeron qué hacer y qué no hacer. Nos entregaron un fusil. Aquella noche no dormimos: tuvimos que salir para comprobar el perímetro porque estábamos siendo atacados. Resultó ser la Ofensiva del Tet.

Fue automático. No pensaba, todo era espontáneo. De repente, dejé de ser el negro musulmán revolucionario. Me había convertido en uno más. El Vietcong había traspasado la alambrada y yo disparaba. Disparaba con el M-16, disparaba con el M-60, disparaba con todo lo que sirviera para disparar.

Aquella noche, había *gooks* en la alambrada. Eran *gooks* corrientes, VC, lugareños. Por el día son tus amigos y por la noche son del Vietcong. Disparamos a unos cuantos. Yo mismo maté a un par de ellos. En lo más profundo de mi ser, pensaba que me iba a derrumbar, que lloraría por haber

matado a alguien, pero no significó nada para mí. Los había visto acribillados a tiros. Había tanta gente disparando desde los búnkeres que me dio igual.

Cuando terminó el combate, lanzaron una bengala blanca para indicar que estaba despejado. Nos quedamos allí toda la noche. A la mañana siguiente, tuvimos que salir a recoger los cadáveres. En aquel momento no caí en la cuenta, pero aquello era el recuento de bajas. Habían muerto un par de GI. Coges los cadáveres, los tumbas sobre el suelo y les quitas lo que llevan encima. Luego llamas al Cuerpo de Intendencia, que se hace cargo de los cuerpos. Traen unas bolsas verdes, te meten dentro y cierran la cremallera. No hay ningún médico que declare tu muerte. Creo que muchos chavales murieron dentro de la bolsa.

—Doc, compruebe a este de aquí.

—Sí, está muerto.

Y lo metían en la bolsa verde y ya está.

A los cadáveres de los *gooks* les quitamos las armas y los colocamos uno al lado del otro. ¿Has visto alguna vez esas fotos de safaris, de los que se van a África a matar elefantes? El cazador pone un pie encima del animal y luego le apoya el rifle también encima, como Teddy Roosevelt en la foto con el búfalo de agua. Pues en Nam era igual. Primero les disparan, luego amontonan los cadáveres y después ya podían llamar a los de las noticias, a la NBC o a la CBS. Esos no estaban nunca durante los tiroteos, pero sí venían durante el recuento de bajas. Les sacaban fotos a los cuerpos ahí tirados y a los americanos que andaban por ahí. Los trofeos de la jornada de caza. ¿Cuál es la presa de hoy?

Contaban los cadáveres, los llevaban a la selva y los quemaban. Nadie se tomaba la molestia de enterrarlos. Los rociaban con diésel y les prendían fuego. Ya estaba en Nam, no cabía duda. De repente, me había dado cuenta de que estaba allí.

Tuvimos que poner rumbo al sur, a Saigón, que estaba siento atacada durante la Ofensiva del Tet. Nos tocó luchar en la zona de Cholon. Necesitaban más efectivos para liberar Saigón.

Combatimos de casa en casa y de calle en calle. Cuando teníamos que entrar en alguna vivienda, primero disparábamos al interior con el fusil y después con el M-60. Luego entrábamos para asegurarnos de que no quedara nadie vivo. No teníamos lanzallamas; tampoco vi ningún tanque. No había nada de todo eso que sale en las películas de la Segunda Guerra

Mundial o en la televisión, y me sorprendió. Yo esperaba que en algún momento llegase un tanque para ponerme a hacer de John Wayne, pero lo único que teníamos que hacer era derribar la puerta a tiros, entrar y cargarnos a quienquiera que estuviese dentro.

Esa gente tenía gracia. Nos disparaban, pero cuando entrábamos en sus casas escondían el arma —tenían dobles paredes para ocultarlas— y decían: «Yo no VC, yo no VC. No conozco VC». Nosotros teníamos que registrar la casa hasta dar con las armas. Una vez las encontrábamos, ya fueran armas o pequeños misiles chinos, les pegábamos un tiro. Era lo habitual, todo el mundo parecía saberlo. Yo solamente llevaba allí un día más o menos, por lo que supuse que era así como se hacían las cosas.

Cuando oigo hablar de prisioneros y cosas así, no tengo ni idea de a qué se refieren. Nosotros no hacíamos esas tonterías. Les disparaba y listo. Los ponías de pie contra la pared, les apuntabas bien cerca de la cabeza y les decías: «¡Habla o aprieto el gatillo!». También podías agarrar a la mujer o a la hija del tío y follártela delante de él, y así se le soltaba la lengua. Si ni por esas hablaba, le pegabas un tiro a la mujer, y luego a él. Quitar una vida no significaba nada. Era lo normal.

Tras una o dos semanas, controlábamos Saigón, más o menos. La ciudad volvía a estar en manos de las fuerzas estadounidenses. Pero los tíos no se rendían. Ibas caminando y te lanzaban una granada. Era una práctica habitual, te acabas acostumbrando. O te disparaban. Esperábamos que sucediera. Era como cuando se te pone una mosca en la oreja; te la quitas de un manotazo y listo.

Ese día recogimos un centenar de cadáveres, no solo en mi unidad, sino en las varias que había. En Nam teníamos una costumbre: cortarles las orejas. Eran trofeos. Si tenías un collar de orejas quería decir que eras un buen asesino, un buen soldado. Se nos alentaba a cortar orejas, narices, los penes de los hombres. A las mujeres les cortábamos un pecho. Se fomentaban este tipo de cosas. Los oficiales esperaban eso de nosotros; si no lo hacías, pensaban que no eras de fiar.

Estaba en un entorno en el que tenía que comportarme de acuerdo a sus normas. Después de dos o tres días en el país, seguía siendo reacio a disparar de cerca, a bocajarro, pero tampoco me preocupaba. Al cabo de dos semanas ya cortaba orejas; de hecho, solía pelearme por ellas con un par de chavales. Llevaba un collar hecho con un una cuerda de nylon verde. Las orejas solo te duran unos tres días, luego se vuelven marrones, empiezan a

pudrirse y se llenan de moscas. Yo llevaba un collar de orejas. Eso demostraba que era un soldado eficaz.

Ese día tiramos aquellos cien cuerpos al río Saigón, que pasa por Cholon, pero se acabó convirtiendo en un problema. Nos habíamos cargado a tantos VC que atascamos el río y la Marina se quejó al Ejército sobre lo de tirar muertos al río. No era en plan, «¿pero por qué no los enterráis?», no; la Marina se quejaba porque los cadáveres se enredaban con los buques patrulleros. De algún modo, se les atascaba la hélice con un brazo o una pierna, y si se te meten tres o cuatro muertos en la hélice te pueden joder el barco.

La queja llegó hasta arriba, y el mando ordenó que sacáramos los cadáveres del río. Así que volvimos a bajar al Saigón para sacar los fiambres del agua. Esos cuerpos ya llevaban días allí: estaban hinchados, habían cogido color y los peces habían empezado a comérselos. Los sacamos, los amontonamos en un dique, los rociamos con diésel y prendimos una hoguera.

Era como lo que ese teniente nos había dicho en la base aérea: «Este es nuestro mundo. Habéis ido al infierno y seguís con vida». Ahora lo entendía.

De hecho, empezaba a gustarme. Me gustaba disparar y matar, me ponía hasta cachondo cuando le pegaban un tiro a un *gook* . Pero si le disparaban a un GI, aunque no lo conociera, aunque fuera de otra unidad, me cabreaba. Un GI era una persona. Que muriera un americano sí era una pérdida. Pero matar a un *gook* era como pisar una cucaracha.

Esa es la cuestión sobre Nam que la gente no entiende. Matar a un *gook* no tenía importancia, pero si mataban a un americano y se quedaba allí tirado en mitad de la selva, o en las calles de Saigón, con un tiro en la cabeza, sí que empatizabas. Decías: «¡Joder!, ¿dónde coño está el médico? ¿Por qué no ha venido nadie a sacar a este tío de aquí? No podemos dejarlo tirado en mitad de Saigón, abierto en canal, para que se lo coman las moscas y los gusanos». Los tíos se pillaban un rebote de tres pares de cojones y le exigían al comandante que sacara a aquel tío de allí. Llamábamos a los *choppers* por radio para que se llevaran a los heridos, sin importar dónde estuviéramos o de qué color tuvieran la piel, porque sabíamos que eran personas de carne y hueso. Pero ¿un *gook* que llevaba dos semanas flotando en el río Saigón? Podía sacar cadáveres como si nada.

~

Recuerdo los primeros chavales que vi morir. Habíamos ido a proteger a un grupo de ingenieros del Ejército a una isla formada en la bifurcación de un río. Allí había un complejo R&R [59] del VC. Los ingenieros lo estaban derribando para convertirlo en un gran aparcamiento y ganarle ese terreno al VC. Hacíamos una batida y ellos nos seguían con los buldóceres. Yo iba al mando del pelotón de artillería, lo que significaba que tenía que ir detrás del comandante. Era una mierda.

Estábamos comprobando la zona y, de repente, hubo una explosión. Saltamos por los aires. Luego se hizo un silencio sepulcral.

—¡Un médico!

Yo estaba justo al lado del sanitario, así que salí corriendo con él. Había un hombre herido en el camino y otro al lado. El que teníamos más cerca se retorcía en el suelo, arqueando la espalda. Estaba sin aliento y gemía, tratando de llevar aire a sus pulmones. Tenía un agujero redondo y limpio, del grosor de un lápiz, justo en medio del esternón.

Y de repente dejó de moverse. El sanitario empezó a hacerle el boca a boca, mientras yo me encargaba del masaje cardíaco. No respondía, así que el «doc» le hizo una traqueotomía: le abrió la garganta y le metió un tubito de color negro. Empecé a respirar a través del tubo mientras el sanitario le hacía el masaje, y después cambiamos de sitio.

Lo intentamos durante unos cinco minutos, pero no sirvió de nada. El chaval estaba muerto, lo habíamos perdido. Excepto por ese agujerito, no había ni una gota de sangre. Solo un agujerito en el pecho.

Lo miré. Era rubio, con el corte de pelo típico de soldado estadounidense y ojos azul claro. Me puse de pie y clavé la vista en aquellos ojos. Parecía que me estuvieran mirando, que me traspasaran el cráneo y viesen incluso lo que había detrás. Me di la vuelta para mirar el cielo en la misma dirección que él, para ver qué contemplaba tan fijamente. Pensaba que vería algo.

Por un instante, me pregunté si su madre lo habría percibido. O su padre. Si alguien habría sentido que acababa de morir. ¿Habría notado su madre una sacudida mientras cogía una lata de guisantes en el supermercado, sin saber a qué se debía? ¿Sabría alguien que lo quisiera que acababa de morir?

Estábamos en el culo del mundo. En medio de ninguna parte, en un lugar perdido en la nada, olvidado, pintado de verde y marrón, pero que tenía una

pinta de mierda y te hacía sentir como una mierda. Y aquel chaval estaba muerto.

Del bolsillo de su chaleco flak asomaba una caja de puros Hav-a-Tampa, esos con la boquilla de madera. A día de hoy, todavía no puedo ni acercarme a un Hav-a-Tampa, no los puedo ni ver. Me ponen los pelos de punta.

Corrí hacia el otro herido. Nunca había visto nada igual. Tenía la parte superior de la cabeza como desplazada, a unos quince centímetros de donde debería empezar la frente. Era todo lo contrario que el otro chaval, un amasijo de carne y de sangre. No me podía creer que un ser humano pudiera sangrar de esa manera. Jadeaba. Le habían pegado un tiro en el cráneo: era hombre muerto y lo sabíamos. El sanitario estaba bañado en sangre. No había vendas suficientes en el mundo para parar toda la sangre que estaba perdiendo. Murió en el *chopper* mientras lo evacuaban.

~

En mi primer intercambio de fuego, una mujer pasó junto a nosotros asintiendo. Normalmente, tan al norte del país nadie iba por ahí caminando. Sabemos que son todos Vietcong. Aquel día, los muchachos tenían ganas de guerra, porque la dejaron pasar.

—Pero ¿no se supone que no podemos dejar que se acerquen? —protesté—. ¿No tenemos que capturarlos, dispararles o algo?

—No te preocupes —me contestaron—. Eso sí, quítale el seguro al fusil. Vamos a meternos entre esos árboles, por ese lado que tiene forma de herradura.

Todos quitaron los seguros de sus armas.

—Pero eso es una zona de emboscadas —insistí—. Hasta yo lo sé, es de manual. ¿Qué cojones estáis haciendo?

—Que no te preocupes —repitieron.

Me iban a matar por su culpa. Iban directos a una trampa. Llevaban tiempo sin pegar tiros y tenían ganas de emociones fuertes.

Entonces empezó a llovernos la mierda. Salto detrás de la acequia, en un arrozal, y empiezo a disparar. Y, de repente, asoma una fulana con una sonrisa de oreja a oreja. Algo me dijo que tenía que pagar por todo aquello, así que le metí un balazo. Fue mi primera muerte confirmada.

Le eché la culpa a ella. Tardé mucho tiempo en darme cuenta de que, en realidad, si alguien tenía la culpa eran los tíos de mi unidad. Ellos habían tomado la decisión de empezar aquella refriega sabiendo lo que iba a pasar. La emboscada era evidente. Si no nos cargábamos a aquellos *gooks* entonces, podrían habernos atacado ellos más tarde, cuando los nuestros no estuvieran preparados. Tuvimos tiempo de quitarle el seguro a las armas. Estábamos preparados física y mentalmente. Ya habíamos empezado a liberar adrenalina.

Cuando estalló, yo ya estaba disparando, moviéndome con la ametralladora en marcha. Había aprendido a disparar en ráfagas de solo tres tiros. Tenía que hacerlo así para evitar que el enemigo que estuviera cerca supiera quién llevaba el M-60, si no, irían todos a por mí para dejar al artillero fuera de combate.

Nos movíamos a un ritmo constante. Mi ayudante me dijo: «Izquierda, a las once en punto». Habíamos practicado mi respuesta a sus indicaciones. Todo lo que tenía que hacer era localizar los objetivos, y entonces yo me orientaba hacia esa dirección. Corríamos y disparábamos. Si él decía: «¡Corre!», yo corría; si decía: «¡Abajo!», yo me agachaba, y luego me volvía a levantar. Él seguía gritando órdenes. «¡Munición!», y el primer pelotón tenía que encargarse de darme otras doscientas balas, o las que necesitara, no importa cómo. La misión del ayudante del artillero era tener controlada la situación. Hasta insertaba la cinta de munición a la ametralladora. Cuando me quedaban entre cincuenta y setenta y cinco disparos, me recargaba el arma con cien balas más. También se ocupaba de que la munición no acabara cubierta de barro. Y así nos desplazábamos siempre, disparando y corriendo.

Mi primer error en combate casi me cuesta la vida. Un par de objetivos habían entrado corriendo a una pequeña cabaña de paja. Me tiré al suelo y empecé a hacerlos picadillo — ¡ra-ta-ta-tá!; ¡ra-ta-ta-tá!—. Los estaba haciendo pedazos. De repente, oí: «¡Arriba! ¡Arriba!». Era mi ayudante, que ya se había resguardado detrás de un montículo de grava. Los francotiradores habían descubierto quién manejaba el M-60 e iban a por mí. A mis pies, las balas levantaban polvo.

Pensé que ni de coña iba a salir vivo de allí. De repente, la ametralladora, que hasta entonces me había parecido muy ligera, pesaba un quintal. La munición también pesaba más de la cuenta. Me costaba respirar. Estuve tan cerca de la muerte que me quedé sin aire. Todo se desvaneció a mi

alrededor. No soportaba el peso de toda esa mierda. Pero salté y corrí detrás del montículo.

El del M-79 [60] se acercó y nos dijo: «Creo que los he localizado». Llamamos por radio a los de los morteros de 80 Mike-Mikes [61] para que nos cubrieran en la selva y poder retirarnos. Nos pidieron por radio las coordenadas de nuestra posición. El tipo del M-79 disparó un Willie Peter —fósforo blanco— con el lanzagranadas. Luego los morteros lanzaron otro. Cuando el Willie P. impactó en el objetivo, el sargento dio la orden: «¡Fuego!». Se acercaban. Se iban a ir acercando cada vez más a nuestra posición y estaba en nuestras manos salir de aquella encerrona. Los morteros mantendrían a los *gook* s ocupados y nosotros podríamos salir de allí.

Corrimos, corrimos y corrimos sin descanso. De repente, oímos tiros en dirección a nosotros —¡pum, pum, pum, pum!—. Nos dimos la vuelta y casi se cargaron a toda la escuadra por mi culpa. Mientras me volvía, vi un destello entre los árboles. Empecé a coserlos a tiros de lado a lado con el M-60 y todos los demás se tiraron al suelo detrás de mí. Yo disparaba y disparaba, pensando: «Joder, los muy idiotas. No me vais a dar, cabrones». Les habría disparado a todos, incluso a mis propios hombres, si los hubiese tenido delante. Me habría dado igual, y ellos lo sabían. Estaba demasiado acojonado.

—Venga, ¡vamos! —dije, y echamos a correr otra vez.

Volvimos al campamento. No podíamos ni respirar, pero lo primero que hicieron fue descojonarse. Me quedé mirando a ese atajo de tarados y me eché a reír yo también. En momentos así descubres que reírte de la muerte es, en realidad, reírte por seguir vivo. Te has enfrentado a ella, le has echado un pulso y has sobrevivido. De repente, todo te parece una broma.

—Bueno, este Jim es bastante bueno.

—¿Sí? ¿Qué tal se ha portado en su primer combate?

—¡Joder! ¡Le gusta correr, al muy cabrón!!

~

Mi primer encontronazo con la muerte fue por culpa de una trampa cazabobos. Yo iba en cabeza y atravesaba la zona donde estaba enterrada, con dos cables que llegaban hasta dos VC que aguardaban a menos de cien metros escondidos en un socavón. Esperaron a que el grueso de la columna

pasara por encima, conectaron los cables a una batería de ocho voltios y once soldados volaron por los aires. La muerte les llegó de sopetón mientras caminábamos tranquilamente.

Aquella primera vez no fue tan horrible. Fue impactante que les pasara a ellos, a hombres que conocía y que eran muy importantes para mí. De repente, estaban muertos. Habían saltado por los aires. Estaba furioso. Estaba enfadado porque no habíamos tenido la oportunidad de luchar. Simplemente, estallamos en pedazos.

Yo estaba junto a los heridos cuando llegó el coronel. El médico le estaba colocando un parche en el ojo a un GI. El oficial saltó del helicóptero y vino hacia nosotros. Estaba enfadado, se le veía en la cara. Aquel hombre se preocupaba por nosotros, cuidaba bien de sus soldados.

—¿Cómo te encuentras, hijo? —le preguntó al herido.

—Bien, mi coronel —contestó el chico levantando la vista—. Creo que solo he perdido el ojo.

—Estamos orgullosos de ti, hijo. El país entero lo está —le aseguró. Se sentía tan impotente como nosotros.

A partir de aquel momento, nos adentrábamos en la selva con otra mentalidad. Entrábamos para matar, queríamos vengarnos por lo que nos habían hecho.

Los primeros años del conflicto teníamos prohibido disparar sin pedir permiso. Una vez, cuando salía de la jungla a la cabeza de la patrulla, vi a cinco tipos armados corriendo por un arrozal. La reacción inmediata es disparar, pero las órdenes son que no puedes hacerlo sin solicitar permiso. Se lo pedí a gritos al teniente, que tenía la radio. Llamó al cuartel general, pero le dijeron que esperase, porque tenían que ponerse en contacto con el S2 [62] de inteligencia. El S2, a su vez, tenía llamar al G3 [63] , que estaba al mando. Y, mientras tanto, nosotros los veíamos huir sin poder hacer nada. Sabíamos que habían sido ellos. Ellos habían hecho estallar la bomba.

Cambiamos mucho. El cambio fue individual. Trajo silencio y cautela. La ira salía de dentro, de haber visto cómo aquellos muchachos saltaban por los aires. De esa ira brotaron palabras, aunque nadie las dijo en voz alta: «Ahora os vais a enterar, hijos de puta. En cuanto os encuentre, al que sea, moriréis igual que murieron ellos. Os voy a reventar la cabeza hasta esparcir vuestros sesos por el suelo». Volvimos a la selva, llenos de rabia, en silencio y decididos a hacer aquello para lo que nos habían entrenado: matar.

Tres días después, dejamos de solicitar permiso para abrir fuego. Cuando matábamos a uno del Vietcong sin haber pedido permiso en un operativo, le pegábamos un tiro a la radio antes de volver al campamento. Decíamos que nos habíamos visto metidos en una refriega y que no habíamos podido solicitar la autorización. Empezábamos a darnos cuenta de lo que era una guerra.

~

Yo no sabía una mierda de Vietnam ni de la guerra. Pensaba: «¡Bah! Seguro que mandarán a tíos de verdad para combatir. No van a mandar a los niñatos como yo». Pero, ahí estaba yo, con el resto de los niñatos, pasándomelo en grande. Se trata de encontrarle el lado bueno a una situación de mierda, de arreglártelas tú solo. Coges a un puñado de críos, los sueltas en medio del caos y ellos se las arreglan como pueden. O te centras o no sales de esa.

Era la fantasía de cualquier niño. De pequeño jugaba con mis amigos a polis y cacos, así que cuando vi lo que estaba pasando en Nam, me entraron ganas de apuntarme. ¿Por qué no? Era como si te invitasen a jugar con los mayores.

Nos llamaban siempre hombres, marines o soldados; nunca niños. Pero durante mi primera contienda en Nam se me escapaba la risa. Nos habían acorralado unos del Vietcong con armas automáticas. El que llevaba nuestra ametralladora disparó. Y lo siguiente que oí fue: «¡Ostras! ¡Les he dado! ¡Tío! ¿Has visto cómo le ha reventado la cabeza?». Cosas de críos. En la unidad no había nadie mayor de veintiún años.

Intentabas divertirte. Las emboscadas eran divertidas. Teníamos que actuar como profesionales, pero no lo conseguíamos.

—¡Ostras! Ahí viene. ¡Lo tengo!

—No, es mío.

—No, es mío. Tú ya te has cargado al último.

—Que no, tío, es para mí. ¡Búscate a otro!

—¡Es mío!

—¡Que no!

—¡Que sí!

—¡Que no!

Me encantaba volar en el helicóptero por lo rápido que ibas. Te sientes poderoso, como si fueras en un Corvette. Hice algo que había querido hacer

desde crío: tocar las nubes. Cada vez que el helicóptero ascendía, me asomaba por la puerta para intentar atraparlas, solo para poder decir que había cogido una. Además, vi el final del arcoíris y sé por qué no puedes conseguir la olla de monedas de oro que hay en su extremo: porque, cuando te acercas, el arcoíris salta a otro lugar. Durante un tiempo, pensé que ver eso era lo que me hacía seguir con vida, hasta que mataron a uno de los chavales que lo había visto conmigo.

Yo era de esos idiotas que colocaba el casco sobre el fusil cuando un francotirador se cargaba a uno de los nuestros. Cualquier cosa me servía para escapar de la monotonía. Recuerdo atravesar corriendo una cortina de fuego y quedarme callado detrás de otro marine que estaba escondido detrás de una pagoda. Mientras masco chicle y voy haciendo globos, miro al tío a los ojos y le digo: «¿Es tu primera vez, chaval?». El otro es un tiparraco de metro ochenta que se me queda mirando fijamente: un chavalito de ciudad con un montón de mierda a sus espaldas. «¿Es tu primera vez? Ya te acostumbrarás.» También era mi primera vez, por supuesto, pero yo tenía sentido del humor.

Tenía un yoyó y, cuando estaba pasando el rato, o incluso si llevábamos un buen rato caminando y me sentía bien, lo sacaba y empezaba a hacer trucos, un lanzamiento lateral, «pasear al perrito», «la vuelta al mundo»… Un día estaba jugando con él y el capitán me gritó:

—¡Dame esa mierda ahora mismo! ¿Qué coño te crees que estás haciendo? —Me lo quitó de un manotazo y lo tiró a la selva—. No es momento de jueguecitos. Eres un puto marine, compórtate como tal.

Yo seguí mascando chicle y miré a los demás rascándome la cabeza, en plan: «¿Qué coño dice este tío?». Volví sin ganas a la fila.

Fue una de las pocas veces que vi a ese tío perder los papeles. Lo descoloqué. No le gustaba pensar que estaba ahí con una panda de críos. Le habían dicho que tenía hombres a su cargo, así que nos trataba como a hombres. Éramos marines. Pero, a la hora de la verdad, se daba cuenta de que estaba tratando con críos. Les ayudaban a ganar la guerra, pero volvían locos a muchos oficiales.

Una vez, un oficial —uno de los buenos— se puso en pie de un salto en medio de un intercambio de fuego y empezó a gritar: «¡No son más que unos niños y los están matando a todos! ¡Solo son niños! ¡Niños!». Se lo tuvieron que llevar.

Si tienes que llevarte a alguien a luchar en una guerra, llévate a los críos. Son los mejores. Están aprendiendo, son capaces de subir las colinas… Pueden soportarlo. Y no se lo toman como algo personal.

Gracias a Dios por los chavales de dieciocho años. No están ahí por la política, por todo ese rollo del bien y del mal. Para nosotros era como estar en las calles de Brooklyn. Imagínatelo: tú y yo, que nos conocemos de toda la vida, vamos paseando por una avenida, ¿no? Y entones te cruzas con otro tío al que yo no conozco de nada. A ti se te cruzan los cables, te encaras con él y le sueltas alguna gilipollez. Si te mete un sopapo, por mucho que te lo merezcas, voy a por él, porque tú eres mi colega. Me da igual si te has ganado la hostia o no. Pues así era el rollo.

Fui soldado de infantería y estaba a cargo de la radio, así que iba atrás con el oficial y mantenía al pelotón unido. Vi la guerra entera con mis propios ojos. Me encantaba quedarme sentado en la zanja y ver morir a la gente. Sé que suena fatal, pero me gustaba mirar, pasara lo que pasase, sentado con una taza de chocolate caliente. Era como ver una peli en el cine.

Veía a gente saltar por los aires como si nada. Te sientes mal, claro: «Vaya, ¡se han cargado a Zamallo!» o «se han cepillado a Baird», pero lo que piensas la mayor parte del tiempo es: «Por Dios, espero que a mí no me destrocen la cabeza con un trozo de metal».

Ver morir a los chavales es un bajón, pero la guerra también tiene su parte didáctica. La primera vez que vi a un tío con las tripas fuera, por muy asqueroso que fuera, me dije: «Anda, así que así somos por dentro». Si quieres, puedes acercarte y meter la mano, incluso lavar las tripas y quedártelas. Puedes hacer de cirujano ahí mismo.

Cuando llevas un tiempo en Vietnam, el mundo entero se convierte en algo absurdo. Hacías cosas que ahora no parecen correctas, pero entonces sí lo parecían. A mí me encantaba acercarme a tíos que acababan de recibir un balazo en el pecho o en las tripas y fingir que era médico. Tenías carta blanca para hacer lo que te diera la gana. Iba y les metía la mano en las tripas, o las cogía, las enjuagaba, o les hacía un masaje cardíaco. Experimentaba con lo que se me ocurría; ya no les podía hacer ningún daño, estaban muertos. Y había algo que me encantaba de hundir las manos en la sangre caliente, sobre todo en la temporada de los monzones.

Estás rodeado de cadáveres, así que si quieres hacer algo absurdo, lo haces y punto. Todo el mundo lo hacía, o al menos eso creo yo. Puedo decir

con total seguridad que nunca me he sentido mal por nada que hice en Nam, menos por ese tipo de cosas que hacía de vez en cuando. O por sentir placer mientras las hacía.

Si muere alguien a quien aprecias te da pena, claro. Pero enseguida aprendes a tomártelo con filosofía. «Vaya, otro más. Que tengas un buen viaje». Y un buen viaje lo tienes con una maleta llena de hierba.

Es difícil de creer, pero durante el tiempo que estuve en Nam no tuve ni una sola preocupación. Me levantaba por la mañana cubierto de barro hasta los ojos, miraba al cielo y dejaba que la lluvia me mojara la cara y sonreía. «Estoy vivo.» Lo único que te preocupaba era morir, y si eso pasaba tampoco te ibas a enterar. Así que qué más daba.

¿Sabes qué era lo que acojonaba de Nam? Un tío se murió por accidente: se fue a nadar durante un descanso y se ahogó. Se me había olvidado que también teníamos que enfrentarnos a los designios del Señor. Nunca pensé que eso estuviera previsto en la trama. Eso me acojonó vivo.

II.
OPERACIONES

Soldados rasos

Solo era un trabajo. La mayoría de veces, consistía en tareas de poca importancia. Los GI cavaban trincheras; eran administrativos y animales de carga que se esforzaban bañados en un mar de sudor frío. El poco entusiasmo con el que afrontaban su trabajo no tardaba en desvanecerse, y lo único que quedaba en su lugar era el instinto de supervivencia. Su única distracción era la posibilidad de que los mataran: «Rezaba para entrar en combate solo para poder dejar de caminar un rato».

Eran adictos a la adrenalina, zombis producto del miedo. Trabajaban sin rechistar en la cadena de producción, arrastrando los pies por la fábrica de la guerra. La ansiedad, incluso la muerte, se integraban en su normalidad. Se ganaban la vida intentando sobrevivir.

«La guerra no consiste en matar. Matar es lo más fácil. Sudar veinticuatro horas al día, ver cómo los chavales se desploman de un golpe de calor, pasar días sin comer, horas sin beber, semanas sin dormir más de tres horas cada noche… Eso es la guerra. Supervivencia.»

Su hogar estaba a miles de kilómetros, pero aún más lejos en su mente. Cuanto más trabajaban por el sueño americano, más crecía su rencor contra el sistema. Los ideales rotos, abandonados, empezaron a tejer un manto de cinismo.

«El 20 de julio de 1969, estaba sentado en mi barracón viendo la retransmisión por satélite de los astronautas aterrizando en la Luna. Vi a Neil Armstrong pisando la superficie por primera vez. Cuando dijo esa frase absurda me puse furioso: "Un pequeño paso para el hombre, pero un gran paso para la humanidad". Menuda chorrada. "Ven aquí y sigue mis pasos durante un día, hijo de puta", pensé.»

Salía el sol. Sacabas agua de uno de los hoyos que dejaban los proyectiles y le echabas una pastilla de halazona para poder lavarte los dientes. Estábamos hechos polvo, pero cada día sudabas hasta quedarte limpio. Después, arrancabas un pedazo de C4 [64] —un explosivo plástico— y lo prendías para calentarte la comida.

Luego sacaba el mapa. Bien, teníamos que ir junto a la línea azul, que debía de ser un río. Bajábamos la ladera de la montaña hasta llegar al valle. Era más difícil bajar una montaña que subirla.

Llevábamos francotiradores, así que usaba la mirilla telescópica de uno de sus fusiles para ver hacia dónde íbamos. Con esos chismes se veían hasta los nervios de las hojas. Desplegaba hombres a los flancos para proteger a la unidad y para que el enemigo no nos sorprendiera por los laterales. Era un trabajo duro en los flancos, porque tenían que abrirse paso por la selva a machetazos. Los demás caminábamos junto a la orilla del río y nos deteníamos de vez en cuando a esperarlos.

Nos partíamos la espalda subiendo las putas colinas, cruzando por encima de las rocas, atravesando el agua. A veces hasta teníamos que ir a cuatro patas por entre las raíces de los árboles. El sol te daba de lleno en la cabeza y te sudaban hasta los huevos.

El noventa por ciento de las veces era aburrido. No pasaba nada; era como hacer turismo, como dar un paseo bajo el sol. Sin embargo, no se te olvida que te pueden pegar un tiro en cualquier momento: te proteges estratégicamente para asegurarte de estar bien cubierto. Dispersar a los soldados por el terreno te permitía apoyarlos con fuego de cobertura.

Se trata de cazar al animal más listo del mundo: el ser humano. Ni te imaginas lo listo que puede llegar a ser un hombre. Si consigues cargarte a uno, es por pura casualidad. Durante todo el tiempo que estuve allí, solo tuvimos una muerte confirmada durante una patrulla diurna, lejos del batallón. Ellos son los dueños y tú estás en su terreno.

Marchas por los arrozales y por las aldeas. Cuando digo aldea, me refiero a un claro con un puñado de cabañas de bambú con el suelo de tierra. Eso sí, todas tenían un pequeño altar en su interior. La gente siempre estaba

cocinando. La comida era muy picante, cabezas de pescado, pimientos, ese tipo de cosas. No veías ni un hombre, ni siquiera adolescentes, solo niños pequeños, mujeres y ancianos.

Le rezan a su Buda, van a trabajar al arrozal, vuelven a casa, se van a dormir. Llevan una vida sencilla. El vehículo familiar era un búfalo de agua.

Los niños se te acercaban corriendo desde la aldea y te decían: «*Hancho* [65] , hola, *hancho* . ¿*Cigmo* [66] , Joe? ¿Tiene *cigmo* ? ¿Chop-chop [67] ? ¿Tiene chop-chop?

«*Didi, didi mao* », les contestabas. «Largo de aquí.» Te llamaban de todo. El país llevaba tanto tiempo en guerra que aquellos críos no habían tenido infancia. Nosotros estábamos por ahí, en algún arrozal, a tiro limpio y ellos seguían a lo suyo: una mujer y su hijo con un cubo atado a una cuerda, echando agua de la acequia de un arrozal a otro, ancianas cargando a la espalda fardos de arbustos que parecían pesar setenta kilos.

Westmoreland [68] me ponía negro con su discursito de mierda sobre ganarse el corazón y el alma de la gente. A veces, cuando ibas por esas aldeas, te sentías como una mierda. Había gente guapísima, aristocrática, mucho más civilizada de lo que jamás hubieras pensado. Se te acercaban y te decían: «América y americanos, número 1 [69] . Vietnam, número 10 [70] . ¿Tienes novia? Mejor vete con ella. Aquí no te queremos». ¿Acaso alguien nos quería allí?

A veces era precioso. Una vez, estábamos en mitad de un bosque de bambús y nos encontramos un templo budista muy antiguo, con los muros cubiertos de vides y unos Budas enormes y de colores, con esvásticas invertidas y arabescos. Me sentía como el primer explorador en pisar las ruinas de Angkor Wat [71] . Los monjes salieron para recibirme. Aseguré la zona y ordené a todo el que quiso entrar que lo hiciese desarmado. Sabía que los monjes no nos darían problemas; eran hombres cultos, hombres santos.

Siempre estaba cansado. Matar es lo fácil, pero estás agotado, siempre, todo el puto tiempo. El calor te quita las fuerzas. Te sientes tan hecho polvo que cuando estás en la columna, bajando una colina, te apoyas en un árbol y te quedas dormido. Sales a patrullar todos los días. Los de Inteligencia dicen que el enemigo está ahí fuera, así que te toca peinar la zona en pequeños triángulos. Ve a este puesto de control, ahora a aquel otro, ve aquí, ve allá, y así todo el santo día. Al final, esa rutina tediosa te acaba absorbiendo y te conviertes en un puto zombi.

Los humanos están ahí fuera, vigilándote. Saben adónde vas antes de que llegues. Los ves correr a lo lejos, vestidos de negro, con sus sombreros de paja.

Las trampas cazabobos provocaban bajas constantemente. Cada mes, siete de cada diez bajas eran por amputaciones de brazos o piernas. En una batida, los soldados forman una larga fila y se ponen en marcha. Caminas con ojos en la nuca, miras dónde pones cada pie, mientras te preguntas a quién le va a tocar esta vez. Porque sabes que a alguien le va a tocar. Peinas y peinas y peinas la zona, ya llevas más de medio día y todavía no ha pasado nada. ¿Nadie va a pisar una trampa hoy? ¿Nadie va a saltar por los aires? ¿Quién será? Era agotador. Mentalmente, te consumía.

¡BUM! Y así, sin más, alguien se queda sin pierna o sin pie. El mundo se detiene durante un segundo; la radio echa humo. Un helicóptero llega para llevarse al herido. Trac-trac-trac-trac, y se larga. Yo pienso: «¡Joder! Cuando termine esta guerra habrá un montón de gente sin pies». Pero todavía no he visto a nadie. ¿Dónde están?

Luego vuelves a lo tuyo: cazar humanos. Estoy deseando que alguno asome la cabeza, tío. Se la reventaría de un tiro, a ese hijo de puta. Si el mundo pudiera verme… Lo que se esconde ahí fuera es malo, pero yo soy aún peor. Vamos armados hasta los dientes. Si consiguiera volver a los Estados Unidos con mi pelotón intacto, podría conquistar el mundo entero. Atreveos a tocarme los cojones, venga. Atreveos. Venid a por mí.

Pero cuando vienen a por ti… Hostia puta. Ni siquiera te sale la voz para pedir fuego por radio. Te salen gallos, como a los críos cuando llegan a la adolescencia. Tragas saliva y te obligas a transmitir las coordenadas. Todo va a cámara lenta, como si estuvieras en una película. Intentas mantener la calma, estar tranquilo, sereno, y lo estás… Más o menos. No eres John Wayne, eso seguro.

¿De dónde viene? ¿A quién le han dado? No quiero morir. Ves lo que sucede solo en términos inmediatos: vida o muerte.

No hay nada más emocionante que un combate en el que todo sale bien. Has podido pedir fuego de apoyo, has calculado bien los campos de fuego, has desplegado a tus hombres, te has enfrentado al enemigo y has acabado con él. No hay nada que se le parezca. Es increíble. Comparado con eso, estar colocado no es nada; esa sensación es mucho mejor que cualquier droga. Es la realidad elevada a su máxima potencia.

Y tampoco hay nada mejor que una muerte confirmada. Te vuelves loco; quieres más y más. Sabes que cuando vuelvas al campamento todo el batallón te mirará con envidia. Acabas de anotar un *touchdown* delante de todos tus fans. Tus colegas te respetan; allí todos hacemos lo mismo. Cuando el tanto lo marca otro, eres tú el que piensa: «¡Qué suerte ha tenido, el muy cabrón! Ojalá hubiéramos sido nosotros».

Pero, de repente, todo eso se desvanece. Es algo de lo que se habla para ir marcando los días, un punto de referencia. Se lo cuentas a los nuevos. «¡Eh, tío! ¿Te acuerdas de cuando el cabrón de Jay-Jay saltó en pleno tiroteo?». Luego vuelves a la rutina, al tedio. Vuelves a ser un zombi que camina por la jungla.

Empieza a oscurecer, así que ocupas el terreno más elevado. Aseguras el perímetro y mandas a los LP [72] a montar guardia. Al final no es para tanto. Yo siempre me quedaba cerca de la radio y nunca pasaba gran cosa.

Pero cuando se ponía el sol se te encogía estómago. Te quedas completamente a oscuras. Pierdes uno de tus sentidos, el más importante de todos. La vida se detiene. No hay electricidad, no hay tecnología. Solo casuchas fabricadas con chapas de metal ondulado, cajas de Coca-Cola, cartones, palos y paja. Eso es todo. La única tecnología que tienes es la de la muerte: M-16, granadas, bombas de mano, Claymores, M-79, M-60, morteros, uniformes para la selva, chalecos flak, botas, explosivos C4, equipos de radio y aviones a reacción cargados de napalm. Esa era la clase de tecnología que había.

Te ponías a pensar en la gente que seguía en el mundo real, que podía pasear por el centro de la ciudad y salir a tomar una cerveza. Y tú estabas allí, forzando tanto la vista para ver algo en medio de tanta oscuridad que tenías que tocarte los ojos para asegurarte de que los tenías abiertos.

Durante los operativos, intentabas dormir al raso. Me quitaba el casco y el chaleco flak y colocaba las planchas protectoras de forma que se adaptaran a mi espalda. Después le daba la vuelta al casco y apoyaba la cabeza justo en el revestimiento. No iba a ninguna parte sin mi toalla verde de la suerte. Me la enrollaba en la cara, dejando solo un agujerito para la nariz. Me ponía la camisa de manga larga del uniforme, me metía las manos debajo del sobaco y me pasaba la noche escuchando el zumbido de los mosquitos. Estaba seguro de que alguno se me acabaría metiendo por la nariz y me chuparía la sangre del cerebro. Era deprimente.

Sabías que el día siguiente sería igual que el anterior… aunque también podía ser peor. Mejor no iba a ser, eso seguro. Teníamos un dicho sobre lo malo que podía ser algo: tan malo como un día en Nam.

~

Se llama la región del Altiplano Central, pero de plana no tiene nada. Allí solo hay montañas y más montañas. Nos pasábamos todo el santo día pateándonos la zona. Tenía la espalda destrozada. Subíamos y bajábamos montañas a cuarenta grados, por lo menos. Me quería morir. El calor te dejaba sin fuerzas. En la selva hay mucha humedad, pero, aunque me costaba la vida seguir el ritmo, lo conseguía. Eso sí, cada vez que parábamos a descansar, me desplomaba. No bebía mucha agua; me la tiraba encima para refrescarme. Estaba hecho polvo de tanto andar.

Cargábamos todo el día con unos macutos que debían de pesar cincuenta kilos. En mi compañía, solo dos tíos eran capaces de ponérselos de pie. Los demás nos lo quitábamos delante de un árbol para luego poder ponérnoslo sentados. Cuando te ibas a levantar, te lo ponías sentado y te agarrabas del árbol para ponerte de pie. Todos los días cargábamos con ese armatoste durante cuatro, cinco, seis o siete kilómetros.

Cada tarde, buscábamos un lugar donde apostarnos para pasar la noche en la colina más alta de la zona, por razones de seguridad. Así que te pasas todo el día pateándote las montañas —y eso te está matando— y entonces, a las tres o cuatro de la tarde, cuando llegas la colina 600 [73] , 604 o 723 y estás a punto de caerte en redondo, tienes que subir la más alta de todas. Y eran montañas muy escarpadas. A veces tenías los pies del que iba delante en la cara.

Cuando llegabas a la cima, la compañía establecía un perímetro circular y se delimitaba una zona de responsabilidad para cada pelotón. Las unidades se iban asentando una al lado de la otra, de forma que no quedaran fisuras en la línea. Luego aplastábamos toda la jungla que quedaba en el centro del círculo para que los *choppers* pudieran traer los suministros: agua, comida y munición.

Para entonces quedaban dos o tres horas hasta que se hiciera de noche y teníamos que ponernos a cavar. En cada agujero tenían que caber tres o cuatro personas a lo ancho y la profundidad debía ser, como decíamos nosotros, «hasta las tetas». El terreno del Altipano es tan duro que también

nos tocaba cargar con hachas, picos, palas y otras herramientas. Con cada golpe, el pico se hundía poco más de cinco centímetros. El primer soldado empezaba a marcar la forma del agujero: picaba, picaba y picaba, hasta quitar unos centímetros de tierra. El siguiente la sacaba con la pala y la iba apilando en un montón. Cada hombre cargaba con veinticinco sacos terreros vacíos, que íbamos llenando con la tierra que sacábamos del agujero.

Mientras uno cava, otros bajan la colina a cortar árboles para cubrir la trinchera. Talábamos los que tenían troncos de diez o doce centímetros de diámetro. Tenías que cortarlos a machetazos. Los machetes eran una mierda, tan eficaces como cavar un agujero de cinco en cinco centímetros. Las empuñaduras se rompían cada dos por tres y tenías que envolverlos con una toalla para no destrozarte las manos.

Cuando tenías un agujero que te llegaba «hasta las tetas», ya habías llenado unos cien sacos de tierra. Con ellos levantabas unas paredes alrededor del agujero. Lo cubrías con los árboles que habías cortado y luego añadías más sacos por encima, por si nos atacaban con morteros.

Cada día era igual. Te levantas. Primero quitas la cubierta y la tiras al agujero de una patada. Luego vacías los sacos de tierra hasta rellenarlo y después te largas y subes y bajas montañas todo el santo día.

Lo raro es que me reconocían el mérito por cargar con mi macuto todos los días, porque muchos no podían hacer ni siquiera eso. Estaban tan hechos polvo que se desplomaban en la última montaña. Los nuevos siempre se derrumbaban al final de la columna.

Yo también era nuevo, pero nunca me quedaba atrás. Seguía el ritmo. «Venga, muévete, ¡adelante, adelante!», nos decían siempre. Me encontraba con chavales que se habían descolgado de su pelotón. Estaban perdidos, tirados a un lado del camino, sudando sin parar y con el macuto en el suelo. El procedimiento habitual de los tenientes y los sargentos era obligar físicamente a los rezagados a volver a ponerse el macuto y seguir: «¡Venga, marica! ¡Muévete, cabrón!». A veces les daban patadas o bofetadas. No eran agresiones graves; normalmente se limitaban a insultarlos. «Eres un mierda, ¿esa mochilita es demasiado para ti? ¡Mira a los demás! Ellos sí pueden.» Los machacaban cuando peor estaban.

Aunque a mí no me pasara, no era agradable ver cómo hacían eso con los demás. A nadie le gustaba especialmente tratarlos así, pero había un cierto sentido de la responsabilidad que te empujaba a hacerlos cumplir y cargar con su propio macuto, casi como un espíritu de equipo.

El asunto me asustaba de todos modos, porque yo era una excepción. El que estaba tirado en el suelo podría haber sido yo. No llegué a serlo nunca, pero sentía que estaba siempre en la cuerda floja.

Los maltrataban, insultaban y pateaban, y luego les quitaban las armas y los dejaban ahí. Antes de que anocheciera, al cabo de media hora, o incluso un par de horas después, los veías llegar. Todos sabíamos que allí no había descanso. Si no aguantabas, nadie se paraba a pensar por qué. Era la ley del más fuerte. A nadie le importaba una mierda.

Eso sí, los que conseguían subir la montaña sin desfallecer, llegaban con pinta de estar al borde del infarto. Un tío que acaba de subir una montaña parece como si acabara de salir de la piscina, empapado en sudor. Al final del día apenas puedes levantar los pies. Y la cosa no mejora.

~

Acabé con las manos tan llenas de úlceras tropicales que solo podía cargar con el fusil si lo sostenía con la cara interna de los codos, levantando las manos a la altura de la cara. Me dolían y me escocían tanto que no lo podía coger. Los pies los tenía igual.

~

Estás sentado en la ladera asquerosa de una montaña roja y llena de fango. Estás prácticamente en pelotas y tienes el pelo mugriento, lleno de barro y de grasa y de sudor y de ramitas. Llevas meses sin lavártelo. Hay un tío que, si quieres, te lo cepilla y te lo corta. Dice que quiere practicar para ser barbero cuando se largue de Vietnam.

~

Se convirtió en un ritual: lo hacía cada día exactamente igual. Para vestirme, empezaba siempre con el pie izquierdo. Un calcetín en el pie izquierdo, otro en el pie derecho. Luego la bota izquierda, después, la derecha. No me podía atar los cordones de la bota izquierda hasta que no me hubiese puesto la derecha. No sé de dónde saqué aquella toalla verde, pero era útil. La usaba todo el tiempo. Me la colgaba alrededor del cuello y me la metía por dentro del chaleco flak. Se convirtió en un amuleto: mi toalla verde de la suerte. Sin ella no estaba cómodo; me sentía desnudo,

vulnerable. Pero, cuando me la ponía alrededor del cuello, era como llevar un escudo protector invisible. Todo estaba en su sitio, estaba preparado para salir y enfrentarme a lo que fuera. Además, era muy suave. Quizá lo que me gustaba era que, si me mataban, dejaría un bonito cadáver, con la toalla verde de la suerte alrededor del cuello.

Llevaba una cuchara de plástico en el bolsillo derecho del uniforme para la jungla, el mismo donde guardaba el mapa y una fotografía del cuello a los muslos de Raquel Welch con un biquini de ante. De vez en cuando la sacaba para mirarla. Me encantaba contemplar su cuerpo. Era algo que podía sacar y tocar, una forma de no perder el contacto. Un cuerpo de mujer que contemplar. Me hacía sentir bien. La foto estaba cortada a la altura del cuello, pero tenía unas curvas… En el bolsillo izquierdo del chaleco flak guardaba una *frag* [74] . No la usé nunca, pero siempre la llevaba encima.

~

¿Sabes cómo consigues dejar de irte por la pata abajo? Comiéndote la mantequilla de cacahuete que viene en el rancho. Después no volvías a cagar hasta que te bebías el zumo de uva. Era bebértelo y cagarte otra vez. Entre el zumo de uva y la mantequilla de cacahuete, cagabas normal.

~

Por las mañanas, en Vietnam, ves salir el sol cuando te despiertas. Es precioso, pero entonces hace fresco y es cuando más te apetece dormir.

Recuerdo bajar una colina rodeada de grandes arrozales. Cuando más o menos el diez por ciento de la compañía los había cruzado y se adentraba en la selva, nos atacaron.

Y entonces corro, corro y corro. Me disparan una y otra vez. Los muchachos van cayendo a mi alrededor, no tanto porque les hayan dado sino porque se resbalan en el barro. Dura unos cinco minutos. Eso es mucho tiempo si tienes que correr con toda esa mierda cargada a la espalda.

Me vuelvo y digo: «¡Por el amor de Dios, dejadlo de una puta vez!».

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam! Y no puedes hacer nada. Han herido a un chaval y, claro, tú no quieres pararte a recoger al pobre desgraciado, porque apenas consigues llegar al otro lado tú solo. Pero te paras y lo levantas.

Hay una base de apoyo avanzado apuntando al francotirador. Lo acribillan con artillería, pero sigue disparando, el muy hijo de puta. Estás

tan cansado que te dejarías caer allí mismo, en el arrozal. Si no lo haces es solo porque los demás siguen moviendo el culo. Si se hubieran tumbado, seguro que yo también lo habría hecho.

~

Nunca tuvimos toque de diana. Nos despertábamos antes de que saliera el sol. Te aseabas, te lavabas la cara y a veces te afeitabas. Luego ibas al comedor, te sentabas por ahí y esperabas para poder entrar. Entonces, te tomabas un café y cualquier cosa enlatada que fueses capaz de comer.

Después volvías a tu zona. Lo primero que hacía era limpiar las armas, ponerlas a punto. Por las mañanas no había mucho movimiento.

Los vietnamitas empezaban a llegar a la carpa médica sobre las diez de la mañana. Los soldados tonteaban con las chicas jóvenes, bromeaban con ellas y les vendían Coca-Colas. Les comprábamos verduras, les vendábamos las heridas o les dábamos tiritas o aspirinas, o les vendíamos algún refresco. Los soldados del ERVN [75] también pasaban por allí. Venían en todoterreno para traernos bloques de hielo de doce kilos, que nos vendían a dólar el kilo. Siempre tenían un agujero en medio.

Vino un tío de la aldea y nos dijo: «Soy el barbero de la aldea y me gustaría montar un puestecito para cortaros el pelo». Al artillero y al capitán les pareció una idea estupenda: «Ah, qué bien, nos van a cortar el pelo, así recuperaremos la disciplina». Así que el barbero volvió con una sillita y todo el mundo se puso a la cola para que le cortara el pelo. Nos cobraba veinte piastras, o algo así.

Casi ninguno de los chicos iba a papear a mediodía, porque a esa hora ya hacía mucho calor. Sobre la una salía una patrulla de reconocimiento. Convocas a las tropas, inspeccionas las armas y te aseguras de que todo el mundo se prepare. Después te reúnes con los comandantes de las escuadras y echáis un vistazo al mapa. Compruebas que todo el mundo tenga munición, llamas a un sanitario y lo mandas con la patrulla. Buscas al operador de radio y haces las comprobaciones rutinarias para asegurarte de que el aparato funciona. Sales por la alambrada y te pones en marcha.

—Eh, ¿por qué no vamos a echar un vistazo al burdel? A ver si allí pillamos a alguien.

E íbamos a echar un vistazo.

—Joder, sargento, necesito echar un quiqui.

—Va, venga, entra. De todas formas, íbamos a acampar aquí para comer. Cuando vuelvas, tráenos unas cervezas frías.

Así te pasabas el día.

Después vuelves a la base y todo el mundo está jugando a las cartas. Mandas a los soldados a sus puestos de vigilancia. Has cuadrado todos los turnos; todo el mundo sabe quién tiene que relevar a quién. «Prohibido entrar al búnker con cerveza», dice el cartel. Un tipo se queda fuera bebiendo cerveza, se coge tal cogorza que pierde el sentido y, al final, se cuelan por la alambrada y se cargan a alguien.

No nos enfrentábamos a ellos. Teníamos que esperar a que ellos quisieran luchar, y entonces nos limitábamos a protegernos el culo. Ellos podían ir a por nosotros, pero nosotros no podíamos ir a por ellos de la manera tradicional. «Bueno, me han destinado aquí —te decías—. Es como si estuviera de servicio en Estados Unidos. Es lo que hay. Tranquilo.» Te lo tenías que tomar así.

Cada vez que había luna llena, nos llegaba la orden: «Esta noche preparaos para un ataque, porque el Vietcong aprovechará la luz de la luna llena». Pero no nos atacaban. Si no había luna, la orden era la misma: «Preparaos para un ataque esta noche». Y no nos atacaban. «Esta noche no hay nubes, os atacarán.» Y nada. «Esta noche llueve, no habrá ningún ataque.» Y entonces nos atacaban. Te iban a atacar cada noche; siempre había algún motivo.

Los primeros dos meses, por la noche todo el mundo es de gatillo fácil. Todos. Uno tío observa la alambrada y ve una caja vieja del rancho. La brisa la mueve lo justo para darle la vuelta, y el tío le mete tres balazos. Otro hace lo mismo desde su búnker, al otro lado del recinto. Y, de repente, el de la ametralladora piensa: «¡Joder! Llevo aquí dos semanas y no he apretado el gatillo ni una sola vez». Y lo aprieta. Y entonces recibes una llamada del centro de mando de artillería que solicita iluminación para la batería Uno-Cero-Cinco. Se monta un intercambio de fuego de cojones y ahí no hay nada de nada. Lo único que conseguías era disparar a un puñado de casuchas vietnamitas y darle un susto de muerte a la población.

O estás sentado, de noche, vigilando con la mirilla telescópica infrarroja del rifle de un francotirador y ves a un Charlie cruzando las cuatro hileras de concertina. Ha empezado sobre las diez de la noche y no ha llegado a la última hasta las cuatro de la mañana. Ha tardado seis horas en cruzar todo eso, y ni te imaginas la de cables trampa diferentes que hay por ahí, además

de minas, cargas de dedo [76] y Claymores. Cuando consigue pasar, le disparamos.

A la mañana siguiente sales a sacar el cuerpo de las concertinas y resulta que no es otro que el barbero que lleva dos meses afeitándote.

Podíamos pasarnos dos semanas seguidas sin disparar una sola vez, sin ver absolutamente nada. Y entonces, una noche, descubres a unos zapadores [77] intentando traspasar la alambrada. O igual hay una aldea de diez o quince familias por la que pasas desde hace semanas y, de repente: «Es una aldea del Vietcong. Entrad y quemadla». La unidad de artillería estuvo dos meses y medio sin disparar un solo proyectil, a excepción del fuego de H&I [78] .

En toda guerra hay anécdotas de combate. En un intercambio de fuego tienes, por un lado, a veinte tíos disparándote y, por el otro, a veinte o treinta de los tuyos disparándoles a ellos. Solicitamos apoyo de artillería; fuego de mortero. Y entonces alguien dice: «Vale, ya está bien por hoy», y se acabó. Pero nadie ganaba terreno. Nadie ganaba nada y los frentes no se movían.

Durante un tiempo, la acción se concentraba en las tropas de Vietnam del Sur. Me sentaba en lo alto de una colina y miraba cómo las Fuerzas Aéreas de Vietnam del Sur se abalanzaban sobre su propio Ejército de Tierra porque dos generales estaban cabreados. ¿Te imaginas leer en un periódico americano que las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos han bombardeado Fort Bragg, Carolina del Norte, porque el General Jones y el General Smith han discutido? El presidente Carter intervino, pero el gobierno era débil. Los generales eran poderosos, tenían aviones y armas. Así eran las cosas allí.

Volví a Estados Unidos con un permiso por motivos de fuerza mayor. Cuando estaba en el funeral, con mi uniforme de gala azul, una mujer me miró y me preguntó:

—Tengo entendido que has vuelto de Vietnam, ¿no?

—Sí, señora.

—Vaya, pero supongo que no estás en la zona de combate.

—Sí, señora, allí estoy.

No se podían creer que estuviera en la zona de combate. Pero no estabas allí todo el rato. No te levantas por la mañana y dices: «Venga, a disparar», ni tampoco: «Bueno, ya son las cinco, lo dejamos por hoy y vamos a dormir».

Va y viene y, mientras tanto, cumples con tus obligaciones. Solo éramos un puñado de chavales haciéndolo lo mejor que podíamos.

~

La mayoría de nuestras patrullas eran al otro lado de lo que llamábamos «la calle de las Trampas Cazabobos». Teníamos que atravesarla todo el tiempo. Tenía siete u ocho kilómetros de largo y, teniendo en cuenta el tiempo que tardabas en cruzarla, sabías que en algún momento tendrías que parar a descansar. Nos daban clases sobre cómo pararte a descansar en la calle de las Trampas, aunque en realidad te servían para cualquier sitio.

Antes de sentarte, sacabas el cuchillo o la bayoneta. Cuando decidías dónde te ibas a sentar, despacio y con mucho cuidado, ibas pinchando en la superficie donde ibas a plantar el culo, o un poco más si pensabas tumbarte. Casi siempre encontrabas algo. En ese caso, no lo tocabas: buscabas otro sitio donde sentarte. Después te sentías más o menos a salvo, pero tampoco tenías ninguna garantía. Algunos tíos lo mandaban todo a tomar por saco, se sentaban y se tumbaban, sin más. Se la jugaban.

Pasar por ahí era un coñazo. El truco estaba en hacerlo todo a cámara lenta. Tenías que aprender a ser paciente, y al final aprendías.

La peor era la Betty Saltarina. Una Betty Saltarina era una mina terrestre. Pisabas un muelle aquí y la Betty Saltarina aparecía por allá. Saltaba hasta un metro y medio de altura y explotaba en mil pedazos, arrasando con todo. Lo único que podías hacer cuando estallaba era intentar quedar por debajo de la explosión. Te tirabas cuerpo a tierra y te quedabas tan pegado al suelo como podías. Si estabas lo bastante cerca, no te alcanzaba o, como mucho, se te incrustaba algún trozo de metralla en algún lado; podías vivir con eso. El problema era que siempre era otra persona la que hacía estallar a Betty. Puedes tener todo el cuidado del mundo, pero si hay un gilipollas brincando por el camino, puede que haga que te estalle una Betty Saltarina encima.

El terreno estaba plagado de estacas Punji, troncos oscilantes y pequeños explosivos escondidos en viejas latas de rancho. Por eso no me gustaba un pelo aquella zona. Era capaz de enfrentarme a un hombre —eso significaba medir mis aptitudes para sobrevivir contra las suyas—, pero ¿cómo te enfrentas a alguien que ni siquiera está ahí? Algunos tíos acabaron apañándoselas mejor con las trampas cazabobos que con el cuerpo a cuerpo.

~

Cuando tenías que adentrarte en la selva se te cortaba la respiración, era como zambullirse de golpe en agua fría. Llegas a la LZ [79] y notas el calor. La puerta se abre y sales corriendo y gritando. Hay misiles zumbando por el aire; tienes la sensación de que podrías alargar la mano y coger uno. Le podría haber ganado una carrera hasta a Bob Hayes [80] , a pesar de ir cargando con todo el equipo. Me podría haber escondido detrás de un paquete de Camel sin que asomara ni un solo pelo. No debe de haber en el mundo nada más chungo que aquello. Tenías adrenalina suficiente para días.

~

Mis colegas me dieron una medalla por cavar un agujero con mis propias manos y por caminar a través del agua. Me conocían por ser un superviviente redomado. Pero, una vez fuera del helicóptero, no perseguía demasiado a Charlie. No lo hacía, lo siento, tengo que reconocerlo. Una de las primeras cosas que entendías cuando llegabas a Nam era que no íbamos a ganar aquella guerra. No había forma alguna de ganarla tal y como hacíamos las cosas. Después del primer mes, tanto yo como todos los demás concluimos: «Voy a cumplir con mis doce meses y luego me voy de aquí cagando leches. No vale la pena».

~

Cruzas el cercado, cargas el arma, le pones el seguro y te santiguas. Se te pone la piel de gallina. Hay cables trampa y bambú para que nadie pueda acercarse corriendo para atacarte. Salimos de uno en uno y los demás se quedan agazapados. Cuando alguien se aleja hasta que apenas lo ves, sale el siguiente. Nos comunicamos haciendo gestos con la mano.

Era la primera operación de Hutchinson y, justo cuando íbamos a salir, dijo: «¡Ay! ¡Creo que estoy enfermo!». Y vomitó. ¡Plaf! Nosotros no le dábamos mucha importancia a aquella mierda, era como el cosquilleo que sientes antes de un partido de fútbol americano importante. Yo sabía que a Hutchinson no le pasaba nada, y él también lo sabía. Todo el mundo lo sabía, joder, pero aquel día se escaqueó. «Bueno, ve a que te miren —le dije —. Ve a ver al sanitario y a ver si te recompones.»

~

Tuve un amigo, uno de verdad. Se llamaba Bobby y llevaba dieciocho meses allí. Había extendido el tiempo de servicio porque lo habían destinado a Phu Bai con la Policía militar y allí se había hartado a follar y tal. Le prometieron un trabajo fácil, así que fue y se volvió a alistar… Y lo metieron en infantería. Así fue como nos conocimos.

Llevábamos unos cascos de camuflaje viejos, con una tira de goma en la parte inferior para meter las cerillas y el repelente para los bichos. Del de Bobby colgaba una cabellera arrancada, y si lo veías desde atrás parecía que tuviera el pelo muy largo. Siempre tenía cara de mala hostia y se pasaba todo el santo día hablando de motos, motos y más motos: «Cuando vuelva a casa me voy a comprar una Harley de puta madre y me voy a pasar el día montado en ella».

El día que se lo cargaron, Bobby y yo habíamos discutido sobre cuál de los dos iba a abrir camino, porque los dos queríamos ir delante. Íbamos a tender una emboscada nocturna antes de que oscureciera del todo.

—El camino lo abro yo, hostias —le dije.

—No —me respondió—. Déjame a mí.

Llevaba un uniforme nuevo. Había limpiado el arma hasta dejarla reluciente, y también las botas.

—¿De dónde coño has sacado ese uniforme?

—Lo tenía guardado para una ocasión especial.

—Ocasión especial, mis cojones.

—Sí, la ocasión especial es que esta noche abro camino.

—Que no, tío, que hoy me toca a mí. Ayer fuiste tú delante; hoy me toca a mí.

—No, en serio, voy yo.

—Vale, pues ve tú. —Había terminado hinchándome los cojones, ¿sabes? —. Pero voy a ir pisándote los talones, cabrón. Voy a ser peor que tu sombra.

Y eso pensaba hacer.

Bobby llevaba desde el día que lo conocí diciéndome lo mismo: «No se te ocurra jamás atravesar una verja si está abierta. Nunca». Mientras saltaba la valla, estuve a punto de decírselo yo a él: «No pases por la verja abierta, Bob». Pero, joder, fue poner un pie en la verja y una carga explosiva le estalló de pleno. Se quedó allí tirado, chillando:

—¡Me voy a casa! ¡Me voy a casa!

A mí me alcanzaron unos pedazos de metralla y quedé cubierto de su sangre, su piel y toda la mierda. Me acerqué a él y no supe si llorar, chillar o volverme loco. Se lo llevaron envuelto en vendas; el sanitario tuvo que usar todas las que llevaba. Le faltaba una pierna y el pie de la otra, y tenía la cara negra y chillaba:

—¿Dónde está mi moto? ¡Mi puta moto! ¡Que me voy a casa! ¡A casa!

—Joder si te vas a casa —le contestó el sanitario.

En el hospital estuvo así, en bucle y sin dormir, hasta el mediodía del día siguiente, cuando la palmó. Yo también habría querido morirme.

Tuvimos que recoger sus cosas. En su cantimplora se oían repicar los pedazos de metralla. La abrimos para vaciarla y estaba llena de agua ensangrentada. El casco y el fusil no los encontramos; habían volado en mil pedazos. La cartuchera se le había partido en dos.

Pero la cantimplora… Si la movías, oías la metralla y, cuando la vaciabas, salía sangre.

Por supuesto, aquella noche fuimos de patrulla de todos modos. Al día siguiente, al volver, fuimos repartiendo hostias por la puta aldea. Dimos unas cuantas palizas para desquitarnos. Habíamos estado allí hacía un par de días, preguntando si habían visto a alguien del Vietcong. «No VC, no VC», contestaron. Pensábamos que no habría problemas, que eran de fiar.

Y Bobby atravesó una verja abierta. No debería haberlo hecho. Lo sabía perfectamente; a mí me lo decía siempre: «No atravieses una verja si está abierta». Me lo recordó a gritos más de una vez y más de dos. «¡Por la verja no! ¡Te van a volar el culo en mil pedazos, gilipollas!»

Mira quién habla. Pobre desgraciado. Le quedaban menos de dos semanas para irse.

~

Nunca había sentido una soledad así hasta que viví mi primer monzón. Caminaba con el poncho por encima del casco. Puedes contemplar lo que te rodea, se ve todo. La lluvia caía con muchísima fuerza, pero llevaba puesto mi poncho y mi casco y me sentía a salvo. Estaba protegido y completamente solo en fila junto a los demás.

~

Cuando empezaron los monzones todo se quedó pasado por agua. Vas al cagadero y flotas, sentado sobre un bidón de doscientos litros medio lleno, meciéndote con las olas.

Una noche salimos a tender una emboscada y llovía tanto que empecé a ahogarme. No podía respirar. Me tuve que inclinar hacia delante para crear un espacio debajo de mi pecho donde poder coger aire. Se llenó de mosquitos al instante.

~

Cada vez que cruzábamos un arroyo, nos mirábamos por todas partes al llegar al otro lado: «¡Ah! ¡Oh! ¡Sanguijuela!». Las quemábamos. Pero te curtías de tal manera que, al final, cruzabas el arroyo y si se te enganchaba alguna ni te molestabas en quitártela: «Que le den, ya se caerá cuando me haya chupado suficiente sangre».

~

El primer día que lo vi, cantaba como una almeja porque no llevaba fusil. Parecía que todo el mundo lo trataba como el culo. El oficial al mando siempre le endosaba a él toda la mierda: si mandaban patrullas por las aldeas, él se quedaba a quemar la mierda y recorrer el perímetro. Si lo mandaban con el pelotón, los demás se cagaban en sus muertos y luego lo obligaban a cargar con todas sus cosas. Llevaba el doble de peso que los demás.

—¿Qué pasa con ese tío? —le pregunté a uno de los comandantes del pelotón.

—Es objetor de conciencia.

—¿Y eso qué significa?

—Que su religión le prohíbe matar.

Me pareció raro, porque pensaba que eso nos pasaba a todos.

Todavía me acuerdo de su cara. Llevaba unas gafas con montura de metal; tenía una expresión permanente de tristeza y una mirada penetrante que te descolocaba. Cuando íbamos a quemar aldeas en misión de «búsqueda y destrucción», lo único que hacía era llevarlo todo a cuestas. Todo el mundo pasaba de él y él tampoco le dirigía la palabra a nadie, se limitaba a hacer lo que tenía que hacer. Debía de estar mal de la azotea, porque se comía toda la mierda sin rechistar. Todo el mundo lo odiaba.

Nunca le dije nada, pero pensaba que tenía un par de huevos. Me caía incluso mejor desde que sabía que era objetor, porque, aunque estaba en contra de matar gente, no se había opuesto a servir a su país. La mayoría de los tipos que había en Nam no estaban allí para servir a su país. Tenían otras razones.

~

Miss América vino a visitar el hospital. Iba camino del trabajo y vi que el coche aparcaba junto al pabellón médico. Llegó con unas chicas jóvenes y adorables, todas con sus minifalditas rojas, blancas y azules. No me dio envidia; bueno, no demasiada. Imagínatelo: llevaba once meses sin hacerme la manicura ni darme un baño en condiciones y, de repente, aparecen esas muñequitas. Eran guapas, olían bien y no tenían manchas en el cuello de la camisa.

Se quejaban y lloriqueaban por no tener comida decente y porque estaban hartas de que los soldados quisieran hablar con ellas todo el tiempo. «¿Y qué narices habéis venido a hacer entonces?», pensé.

Teníamos muchos pacientes en muy mal estado. Un par de chicos habían muerto, pero se nos habían acabado las bolsas para los cadáveres y los habíamos tenido que tapar con una sábana. Estábamos intentando meter a otro en la última bolsa.

Los pacientes nos apoyaban mucho, porque sabían que nosotras tampoco lo estábamos pasando bien. Por ejemplo, si no querían comer, hacían el esfuerzo de todos modos, porque sabían que habíamos tenido un mal día. «Está bien, teniente —decían—. Me comeré esta basura, pero lo hago por usted.» Los muchachos sabían de qué iba todo aquello. Nos habían visto. Íbamos cubiertas de sangre, meado y mierda. No es por echarnos flores, las cosas eran así y punto. Teníamos una pinta de mierda y olíamos aún peor.

Y a esas que llega Miss América. Se acercó a un paciente meneando las caderas y le susurró: «Supongo que hacía tiempo que no veías nada tan bonito ni que oliera tan bien». El chico le habría pegado si hubiera podido. En su lugar, apartó la vista y rompió a llorar.

La otra enfermera que trabajaba conmigo era de Texas. Era bajita y gorda; la llamaban Albóndiga. Pues aquella escenita le provocó a Albóndiga un cabreo monumental. De hecho, estábamos las dos tan cabreadas que echamos a aquella tipa de la sala. Vaya, vaya, Miss América

expulsada. Había ofendido a todo el mundo. No teníamos por qué aguantarlo, ni tampoco íbamos a permitir que desmoralizara a aquellos pobres chavales.

Las noticias vuelan, así que todo el hospital se enteró de que le habíamos dado puerta a Miss América. Por la noche, cuando ya estaba oscuro, proyectábamos una película al aire libre y los pacientes que podían andar salían a verla. Los médicos la veían desde el tejado y las enfermeras nos poníamos donde podíamos. Albóndiga y yo habíamos terminado nuestro turno a las siete y media y habíamos decidido volver al barracón. Cuando pasamos por delante del grupo que estaba viendo la película —como si fuese el último acto de una mala obra de teatro— todos se pusieron de pie a aplaudirnos. Luego empezaron a cantar: «Por ahí se van las Miss Américas. Por ahí se van nuestros ideales» [81] .

~

A veces llegábamos cerca del mar de la China Meridional. Apostaba un pelotón para garantizar la seguridad y los demás nos quitábamos la ropa y el equipo, saltábamos al agua y nadábamos un rato en pelotas. Corríamos desnudos por las arenas firmes del mar.

Una vez, mientras saltaba entre las olas, vi una mancha a lo lejos, en el horizonte. De repente, tenía al piloto de un Phantom delante de los ojos. Me saludó con la cabeza y al cabo de un instante ya solo vi la cola del avión. Se convirtió otra vez en una mancha oscura y desapareció. Llegó y se fue en un abrir y cerrar de ojos, volando a menos de metro y medio del agua.

«Ese tipo debe de correrse de gusto —pensé—. Joder, ¡qué subidón! Con un cacharro así podría dominar el mundo.»

~

Está esa actitud: podrán matarte, pero no acabar contigo. No te puedes ahogar en un vaso de agua. Mis hombres solían decir: «Allí está, mi teniente. ¡Ahí está, joder!». En plan, «pero ¿qué intentas decirme? ¿Qué mierda me quieres enseñar? Tal y como están las cosas ¿qué me va a ayudar a entender mejor la situación? A mí no me tienes que enseñar nada. Un muerto es un muerto, y punto». Es algo que trasciende lo cotidiano.

~

Las botas, siempre te fijas en esas botas enormes que asoman por debajo del poncho. Nos hacían quedarnos con los cadáveres. Si metían treinta cadáveres en un TBP [82] , cabían también cinco o seis soldados. Al final te acostumbrabas a ver cadáveres, había tantos que a veces, en el búnker, tenías dos o tres cuerpos que todavía no habían repatriado. No los movíamos ni aunque llevaran allí dos o tres días y hubieran empezado a apestar.

Yo era el encargado de transmitir por radio los nombres y apellidos de los soldados que habían muerto. Los conocía a todos, pero nunca lloré por ninguno de ellos. Ahora me siento un poco mal por eso. Pero lo cierto es que siempre te decían que al día siguiente te podía tocar a ti.

~

Conocí a un tío que estaba pirado. Una noche se encendió un cigarrillo, ¡zas!, en mis narices, en una posición en la que nos podían pegar un tiro. Me cagué de miedo.

—¿¿Qué haces?? —le grité mientras le apagaba la cerilla.

—Cuanto te llega la hora, te llega —me contestó—. Solo Dios lo sabe.

Yo también lo creía. Había visto a muchos tíos que tomaban precauciones y acababan fiambres igual.

Recuerdo especialmente a un teniente que llevaba en el frente unos tres meses. Un día se quedó paralizado en una batalla, así que lo mandaron a la retaguardia por cansancio extremo. Se le pasó en cuanto volvió a la base, pero no del todo, porque a partir de entonces empezó a llevar siempre el casco puesto. La gente allí no hacía eso, era un lugar bastante seguro. Pero él se construyó una especie de cabaña con sacos terreros, con paredes de un grosor de dos o tres sacos. También los colocaba por encima. Dormía en el suelo en lugar de hacerlo en el catre y con el chaleco flak puesto.

Una noche empezaron a bombardearnos mientras él dormía en el suelo de su barracón. Cuando terminó el ataque, yo era el médico encargado de hacer la ronda por los barracones y los otros edificios para comprobar que todo el mundo estuviera bien. Me encontré al teniente muerto. Un trozo de metralla se había colado por un lateral del barracón, entre los sacos terreros o a través de alguno de ellos, y le había dado en el pecho. Había penetrado por el lado izquierdo y se le había clavado en el corazón. Era un buen trozo de metralla, bastante afilado.

Si alguien estaba protegido, era el teniente. Después de aquello llegué a la conclusión de que no podías hacer nada por evitar la muerte. Si estás allí, estás allí y punto. ¿Quién sabe quién será el siguiente?

~

Había un tío al que llamábamos One Shot Charlie [83] . Cada vez que aterrizábamos en la base, ese menudo vietnamita sacaba un arma enorme, una especie de trabuco que tendría más de cien años. Era tan grande que no podía levantarlo, lo tenía que apoyar entre dos estacas. Apuntaba al helicóptero, disparaba una vez y luego desmontaba el chiringuito y volvía a arrastrarlo al interior de su cabaña. Siempre que nos disparaba con ese viejo fusil de chispa que se cargaba por el cañón, nosotros lo saludábamos. Era su granito de arena por Ho Chi Minh. Disparaba a los americanos cada día, cuando llegaban. No se escondía: montaba aquel tinglado en su patio trasero.

Además de One Shot Charlie, había un francotirador del EVN [84] que no acertaba ni por casualidad. Era tan malo que lo dejábamos hacer: si nos lo cargábamos, quizá lo reemplazaran por otro que sí tuviese puntería. Era mejor que nos disparase un tío que no era capaz de acertarle ni a un granero. Nos encantaban los tiradores sin puntería. Nos disparaba y, de repente, veías una vaca que se desplomaba a un par de kilómetros. El muy idiota.

Había otro francotirador que era un fenómeno; era capaz de acertar a más de quinientos metros. Cuesta pensar cómo puede alguien calcular la trayectoria de una bala a esa distancia, pero ese tío podía. Nos disparaba hasta volvernos locos. Así se ganaba el pan.

~

En Khe Sanh había un francotirador al que llamábamos el Zorro. Era como un grano en el culo. Casi nunca acertaba, pero a veces me sacaba de quicio.

Un día, estaban llegando los helicópteros con comida caliente y el Zorro estaba en su colina, fumando y disparándonos. Acababan de empezar a descargar todo el papeo de los *choppers* y entonces, por culpa del Zorro, se tuvieron que largar con el resto de la comida. En la puerta del helicóptero había un cartón de veinte litros de helado. Se cayó desde una altura de

quince metros y reventó. Había barro y helado por todas partes y se nos fue la olla. Nos dio igual. Nos lo comimos de todos modos, cogiéndolo a puñados, con barro y todo.

~

Cada vez que volvías al batallón tras una operación, tenías un día de descanso. Podías comer y beber todo lo que te diera la gana: chuletones, perritos calientes, hamburguesas, cervezas, refrescos…. Comes y te pillas un buen pedo. Quedas relevado de tus responsabilidades.

Nos dedicábamos a hacer el idiota y hablar de mujeres. Buscábamos algo fresquito para beber, pero allí no había nada de eso. Pasábamos por el economato; veíamos la AFVN [85] . Siempre echaban *Star Trek.* Me encantaba. Teletranspórtame, Spock. Sácame de aquí, hostia.

Intentaba requisar algún jeep para acercarme a Freedom Hill, donde tenían un economato enorme y una cervecería. Además, allí podías hablar con las enfermeras de la Cruz Roja, aunque estaban un poco idas.

—¡Hola, GI! ¿Quieres una galleta?

—A la mierda las galletas, lo que quiero es tu coño.

Pero no podías. Todas estaban con coroneles, no querían saber nada de tenientes recién salidos de la selva.

Una vez, acababa de volver de la jungla de un operativo que había durado cincuenta y cuatro días. Después de las cervezas y los chuletones, me fui al barracón a charlar con el sargento de mi pelotón. Poder pasar el rato allí ya era increíble, te hacía sentir vivo. Eras tan consciente del tiempo que pasabas allí que lo saboreabas.

Mientras charlábamos, miré por encima del hombro y vi que había otra persona en el barracón. Me sobresalté, porque no había oído entrar a nadie. Y entonces me di cuenta de que me estaba viendo a mí mismo reflejado en un espejo y que no me había reconocido. ¿Ese era yo? Tuve que sonreír para asegurarme. Era el reflejo de un desconocido. Había cambiado. Era la primera vez que me veía. Me había convertido en uno de esos tíos que había visto al llegar a Vietnam. Tenía la misma mirada que ellos.

~

Nada más poner un pie en Vietnam, me ascendieron automáticamente a soldado de primera. Al cabo de tres meses ya era especialista de cuarta

clase [86] .

—Si sigues así —me dijo el sargento primero—, llegarás a sargento antes de irte del país.

—Supongo —contesté—. Vaya, eso espero.

Estaba muy motivado. Ya sabes, si tengo que hacer un trabajo, lo hago bien. Lo malo fue que aquel sargento se largó al cabo de dos semanas.

Recuerdo que estaba dentro del búnker cuando se presentó el nuevo sargento primero. Acabábamos de volver de una misión de «búsqueda y destrucción» a más de veinticinco kilómetros de la base. Estábamos muertos. Llegamos pronto, sobre las tres de la tarde, y el papeo no era hasta las seis, así que soltamos toda la mierda encima del búnker y entramos a echarnos una siesta.

Alguien dio unos golpecitos en los perfiles metálicos que sostenían la lona que cubría el sitio donde dormíamos.

—¿Quién está al mando de esta posición?

—¿Quién lo pregunta?

—Yo.

—¿Y quién es «yo»?

Era el nuevo sargento, un negro. Mediría un metro sesenta y cinco y debía de pesar noventa y cinco kilos. No quería pisar el campo de batalla, era un soldado de artillería, pero, como faltaban sargentos, lo habían destinado allí. Estábamos en la estación de los monzones y solían bombardear la base con morteros.

—¿Tú has visto esto? —Habíamos construido unas perchas con perfiles metálicos cruzados para colgar los picos, las palas y las hachas cuando no las necesitábamos. Se me quedó mirando y añadió—: ¿No ves nada que te llame la atención?

—No, mi sargento. Es el nuevo sargento primero, ¿no?

—Esas herramientas están oxidadas.

—Ya, ¿y qué? No les pasa nada por eso.

—Quiero que les quitéis el óxido.

—Eh… Vale, se lo quitaremos.

—Y ¿no hay nada más que te llame la atención?

—No, señor. ¿A qué se refiere?

—¿No ves este charco que hay aquí? ¿Y aquel de allá?

—Sí, señor, los veo. Son los agujeros que dejan los morteros.

—Me da igual lo que sean —me contestó—. Son un foco de mosquitos. Hay que drenarlos.

—Tiene que estar de broma —protesté—. ¿Cómo que son un foco de mosquitos? Llueve tres veces al día. Eso no es agua estancada.

—Los quiero vacíos.

—¿Sabe qué hay que hacer para drenar un agujero así en una colina? Hay que cavar casi un metro hasta llegar al fondo y seguir cavando montaña abajo. Pero… Está bien, lo haremos. Ahora nos ponemos.

Se marchó y nos fuimos a dormir otra vez. Volvió al cabo de media hora.

—Especialista, ven aquí —gritó. Se había olvidado de mi nombre.

—Mire, sargento, acabamos de volver de una misión de «búsqueda y destrucción» de quince kilómetros. Lo haremos esta tarde, después de la comida.

—Me importa un rábano dónde hayáis estado. ¡Lo quiero ya!

Se marchó y, acto seguido, volvimos a dormir.

La siguiente vez vino con el sargento de mi pelotón, que era uno de esos fanáticos que esperaba que lo ascendieran pronto a sargento de artillería, para luego seguir subiendo.

—Venga, Roma —intervino—. Haced lo que os ha pedido el sargento primero.

—Está bien —le respondí—. No se preocupe. Ahora vamos.

En cuanto se fueron, volvimos a la cama.

Y entonces el sargento primero volvió con mi teniente. Ese teniente era un tío raro, estaba un poco pirado. No era un mal tipo, solo era un poco raro. Era de ese tipo de tíos que quieren hacer carrera en el Ejército, pero solo podía conseguirlo si pasaba antes por Infantería.

—Roma, será mejor que arregles esto ya —me dijo.

—Teniente, usted tendría que estar de nuestra parte. Acabamos de llegar. Nos pondremos a ello después de comer. Todavía hace calor, el sol quema una barbaridad. Espere a que empiece a refrescar y entonces nos encargaremos de esa mierda, aunque no tenga ningún sentido.

—No me cuente milongas, soldado —me respondió—. Quiero que lo hagáis ahora mismo.

—Está bien, por el amor de Dios, ya vamos.

Nos levantamos y nos pusimos manos a la obra. Quitamos el óxido, pero no drenamos los agujeros, así que el sargento primero no tardó en volver.

Vino hacia mí y se me puso a un palmo de distancia. Qué ganas tenía de darle un puñetazo.

—¿Qué te he dicho, soldado?

—¿A qué se refiere?

—¿Qué pasa con los putos agujeros?

—Espere a que comamos. Ya hemos limpiado el óxido de las herramientas y haremos esto después.

—Soldado, ¿cómo te llamas y cuándo vuelves a casa?

—Vuelvo en junio y me llamo Roma —le grité sin apartarme, con la cara pegada a la suya.

—Vaya, vaya. Yo también vuelvo en junio. Seguramente, iremos en el mismo puto avión.

—¿Me está queriendo decir que tendré que soportar a un fanático como usted un año entero?

—Si no limpias toda esa mierda —insistió, cabreadísimo—, te haré la vida imposible.

—De acuerdo, mi sargento.

Tardamos dos horas en vaciar los condenados agujeros. Había unos quince. Cuando terminamos de drenarlos, lo llamé y le solté:

—¿Ya está contento?

—No me voy a olvidar de ti, soldado.

En el campamento, el agua era un recurso limitado, pero ese tío se afeitaba cada día. Se mojaba la cara con cuidado, dándose golpecitos, se afeitaba y se lavaba la cara otra vez. Tardaba una hora entera. «Será lo único que tienes que hacer hoy, hijo de la gran puta —pensaba yo—. Nosotros nos partimos el lomo y tú tienes una hora para afeitarte.»

Cuando íbamos de patrulla, casi nunca nos acompañaba. Siempre ponía alguna excusa: que si no podía, que si estaba enfermo. Era un pedazo de cabrón. No servía para nada.

Pero una noche sí que vino. Yo ese día llevaba la radio a la espalda. Cuando llevas la radio, también tienes que cargar con sacos terreros, granadas de humo, granadas de mano, el arma, tres cantimploras, veinte cargadores con munición… Llevaba fácilmente treinta y cinco kilos encima, atados a la espalda con una estructura de hierro. Y entonces aparece él con un macuto casi vacío. Lo levanté en cuanto tuve ocasión; no debía de pesar más de cinco kilos. Seguro que llevaba sus cosas para afeitarse.

Tenías que saber cómo desplazarte por un arrozal. En algunos el agua te llegaba a la cintura, pero otros eran como pantanos y la hierba sobresalía por encima del agua. Si no sabías cómo caminar por ahí podías acabar hundido hasta el cuello.

Ya era de noche. Allí, cuando oscurece, está negro como la boca de un lobo, no se ve absolutamente nada. El sargento primero iba más adelante; nos separaban un par de soldados. Y entonces se cayó. Cuando pasé por su lado, me dijo:

—Ayúdame a levantarme, soldado.

—Te has caído tú solito, cabronazo —susurré—. Ahora sal tú solito.

Todo el mundo se echó a reír; sabían que nos teníamos declarada la guerra. Los demás también empezaron a vacilarle.

—No podemos parar, mi sargento. Vamos muy cargados y usted no lleva una mierda. Y no chapotee así en el agua, no haga tanto ruido.

El tío tenía ganas de matarme.

—No vas a ascender en tu vida, Roma —me dijo.

—Mientras estés tú aquí, me importa una mierda.

~

A veces, justo antes de un ataque, una *mama-san* te vendía hierba. Te fumabas un canuto y te caías redondo. Supongo que iba bien cargadita de opio.

Estábamos de guardia en una torre a treinta o cuarenta metros del suelo, vigilando una base aérea. Nos fumamos un porro y nos quedamos fritos. Lo siguiente que recuerdo es mirar el reloj y ver que eran las seis y media de la mañana. Me despertó el motor de un jeep que se acercaba a toda leche por la pista de aterrizaje. «¡Joder! Nos hemos metido en un lío —pensé—. No hemos dado parte ni hemos contestado a la radio.» Así que corté los cables de la radio y del teléfono y dije que habíamos tenido problemas.

Como era de esperar, no se lo tragaron. Nos ordenaron montar guardia otro día y otra noche entera. Nos tocó los huevos, aquellas torres eran un puto horno durante el día. Y, para colmo, estar allí arriba era como estar en el centro de una diana.

A unos quinientos metros, había una mujer agachada en el campo, recogiendo la cosecha. Estábamos charlando y, de repente, uno de los chavales dijo:

—Te apuesto lo que quieras a que le doy.

—No digas tonterías —contesté.

Saltaba a la vista que no era una espía del enemigo y, además, estaba demasiado lejos.

Pero todo el mundo empezó a disparar solo para ver si eran capaces de darle. Yo era el único que no lo hacía… Al principio. No sé qué me pasó. Estaba cabreado, hacía un calor insoportable y llevaba dos días metido en aquella puta torre. Así que dije:

—Que os follen. ¡Mirad cómo se hace!

Disparé y cayó al suelo fulminada.

En aquel momento me di cuenta de la poca importancia que le daba a la vida de los demás. Antes no relacionaba la acción de apretar el gatillo con ver cómo alguien se desplomaba, porque me había dedicado sobre todo a tender emboscadas por la noche. En la oscuridad, no ves a quién narices le disparas, y luego tienes que salir corriendo. Al día siguiente, buscas los restos de sangre por la jungla e intentas calcular a cuántos te has cargado, pero en realidad no lo sabes. No me podía creer lo que acababa de hacer.

~

En Khe Sanh, un tío nos explicó cómo teníamos que dormir. Yo estaba sentado en el suelo del búnker, mirando. Éramos unos seis novatos y la mayoría pensamos que se estaba quedando con nosotros.

—Vamos a ver. Cuando os vayáis a la cama, tendréis que dormir así. Cogéis la colcha y os la metéis bien por debajo de los pies, así, unos quince centímetros. Os la echáis por las piernas y la metéis bien por los lados, hasta la mitad del pecho. Bien pegadita, ¿eh? Ahora os colocáis el arma sobre el pecho. Cogéis la otra mitad de la colcha y os la echáis por encima de la cabeza. Metéis los codos, cogéis las esquinas desde dentro, las lleváis por detrás del cuello y estiráis. Que no queden huecos, como si estuvierais en un capullo. De este modo, cuando se arme la gorda, podréis salir lo bastante rápido, pero no podrá entrar nada.

Estábamos en un catre estrechísimo, como un ataúd, con las manos apoyadas en los fusiles.

—¿Por qué? —pregunté.

—Ya sabía yo que me ibais a hacer esa pregunta. Siempre me la hacen. Bueno, pues os voy a contar por qué. Aquí hay ratas, unas ratas tan gordas

que podrían zamparse un gato y que dejarían a los perros tan hechos polvo que habría que llevárselos de vuelta a Estados Unidos. No habréis visto ratas hasta que no hayáis visto estas ratas.

—Joder, tío, yo he visto ratas —protestó un tipo de Chicago—. Las ratas de Chicago matan a los perros. ¡Se los cargan!

Y, de repente, todo el mundo empezó a presumir de ratas.

—En Nueva York, las ratas son así de grandes.

—Pues claro que he visto ratas.

—Que sí, que sí —contestó el tío—. Pero las ratas que habéis visto no son tan grandes ni tan malas.

No mentía.

Yo pensé: «Bueno, si me han pedido que duerma así, duermo así». Me envolví bien con la colcha, tal y como nos habían explicado. Estaba dormido, o lo que allí se entiende por estar dormido, que es medio despierto. No encontraba la postura. De repente, algo me saltó encima y empezó a caminar. Me cagué de miedo. «¿Qué coño es esto?», pensé. Era enorme. No podía coger el arma y disparar porque tenía la colcha tan apretada que no podía moverla. Al final se fue. No sé cuánto tiempo lo tuve encima.

De repente, un tío empezó a berrear como un loco. Todo el mundo saltó del catre con el arma en la mano. Estaba totalmente oscuro, pero echamos a correr hacia el lugar de donde venían los gritos. Estaban lanzando bengalas y pensamos que el VC se había colado por el perímetro y se estaría cargando a alguien o descuartizándolo.

Había un tío corriendo por la trinchera. Un par de compañeros lo cogieron y lo zarandearon. «¿Qué pasa? ¿Qué te pasa?». Encendieron una linterna y lo miraron.

Le faltaba un trozo de cara. Había dormido con la cabeza fuera; según dijo, no le gustaba dormir con la cara tapada. Abrió los ojos, miró al techo y vio una rata apoyada en los travesaños del búnker. La rata lo miró a él y él miró a la rata. Cuando se quiso dar cuenta de que iba a por él, ya era demasiado tarde. Intentó moverse, pero la rata saltó y, cuando saltó, lo mordió y le arrancó un pedazo de carne.

Se tuvo que quedar allí hasta que se hizo de día, porque no iban a mandar a un helicóptero a buscarlo en mitad de la noche. Estaba llorando, con la cara llena de vendas, enfadado y confundido. Casi todos volvieron a la

cama, pero yo me quedé un buen rato con él. Sabía que, de todos modos, no podría volver a dormirme.

Volvía a casa, no había duda.

—Joder —dijo—, ni siquiera he tenido la oportunidad de cargarme a alguien. Ni he visto al enemigo. ¡No he hecho nada!

—¿Tú eres gilipollas? —le contesté—. Una rata te ha arrancado media cara y ¿lo único que te preocupa es no haberte cargado a nadie? Si lo tienes tan claro, ¿por qué no les pides que me manden a mí a casa en tu lugar? Yo sí tengo claro que no quiero estar aquí. Yo sí sé que aquí te pueden matar. Si quieres quedarte, quédate por mí y yo me largo.

—Ya, bueno, quizá no está tan mal volver a casa. Tengo una herida de un millón de dólares.

—Sí, una rata te ha dejado fuera de combate.

Empezaron a tomarle el pelo a la mañana siguiente. Lo llamaban Rata.

—No me olvidaré de vosotros —gimoteó.

—Bueno, nosotros de ti sí. Venga, lárgate ya.

Estuvo en Vietnam un día.

~

Para dormir, cogía una caja de cartón en las que venía el rancho y la estiraba en el suelo. Dormías con tu compañero. Nos quitábamos los ponchos y nos construíamos una especie de casita, de forma que debajo cabían dos tíos hechos un ovillo. Si te tocaba salir de patrulla por la noche, no la desmontabas. Le dejabas el poncho a tu compañero, aunque luego acabaras empapado. Allí duermes con el enemigo a un palmo de tu cara. Lo tienes ahí al lado; te podría dar las buenas noches.

En Nam, en las noches de luna llena, los soldados que se quedaban de guardia jugaban al póker. La luna lo iluminaba todo a kilómetros a la redonda. Hasta podías escribir cartas. Pero cuando llegaban los monzones y no había luna estaba demasiado oscuro.

Se supone que esos tíos no le tienen miedo a nada, pero ¿sabes cómo patrullan en la oscuridad? Se dan la mano, o se agarran del uniforme del tipo que tienen delante, como niños pequeños, como crías de elefante que caminan en fila india. Van todos pegados como sardinas enlatadas porque nadie se quiere perder.

Cuando el suelo de la selva ya está muy húmedo y todo empieza a pudrirse, el fósforo le hace algo a la madera y brilla. Nos pegábamos unos pedazos en la parte trasera del casco para poder vernos por la noche. Tenías delante un trenecito psicodélico, con lucecitas verdes que subían y bajaban.

La primera vez que salí de patrulla por la noche fuimos al Valle de los Elefantes. La hierba nos llegaba a la cabeza y no se veía nada a más de cinco metros, ni siquiera durante el día. El EVN y la guerrilla se escondían entre la hierba de elefante. Se suponía que nuestras órdenes eran peinar la zona para luego sorprenderlos en la oscuridad.

Pero, por la noche, los marines son los cabrones más escandalosos del mundo. Tropezaban, maldecían. Nos empezamos a asustar y a perder. Nos buscábamos a gritos: «¡Joe! ¿Dónde estás?», «¡Estoy aquí, tío! ¡Sigue mi voz!». Gracias a Dios, los vietnamitas que estaban por allí aquella noche no hablaban inglés. Debieron de pensar que nos habíamos vuelto tarumbas, corriendo por ahí y dando voces. Algunos nos saltaban delante, tirando las armas al suelo y gritando «*¡Chu Hoi!* [87] ». Pero, claro, estábamos tan asustados que les pegábamos un tiro igualmente.

~

Cuando te tocaba montar guardia por la noche, tenías mucho tiempo para pensar. Tres o cuatro horas en la oscuridad, todas para ti. ¿En qué narices vas a pensar? Le acababan de volar la tapa de los sesos a tu amigo. Se había muerto delante de ti. Intentas aceptarlo, encontrarle algún sentido, comprender que antes existías con él, pero ahora tienes que existir sin él. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué significa?

En aquel entonces, mi análisis de la situación no era precisamente sofisticado. A los dieciocho años no sabía nada de la vida. En esa época intentaba verlo desde un punto de vista místico, teológico. Ya había empezado a renegar de Dios, pero todavía pensaba: «Bueno, hay un Dios, así que debe querer que las cosas sean así». Era una forma simplista e ingenua de verlo, pero dolorosa de todos modos.

El hecho de que es real y permanente es lo que más cuesta aceptar. Era para siempre. No era la primera vez que asistía a un funeral. De pequeño había sido monaguillo y ayudaba al cura en los entierros. Había ido a velatorios y funerales de parientes y amigos de la familia; había visto muertos. Pero aquellos chavales eran muy jóvenes y, además, eran mis

compañeros; que murieran era impactante e inesperado. El concepto de permanencia no es aplicable a alguien que solo tiene dieciocho años, y ya está. Pregúntale a un chaval de esa edad qué piensa de la muerte y te dirá: «Yo no me voy a morir nunca. No me voy a hacer viejo». Yo era un chaval joven y con buena salud; me sentía capaz de comerme el mundo. Pero luego la realidad te estalla en la cara y es difícil de comprender.

Intentas sacarte la muerte de la cabeza. Tratas de no mortificarte, pero sí que piensas en ella. Viene y va. «Esta noche no voy a pensar en eso —me decía—. No quiero pensar en eso. Me pone los pelos de punta.» Pero estás cansado y la mente es débil. Cuando la muerte se te mete en la cabeza, ya no tienes fuerzas para sacarla. Estás demasiado cansado. Cuerpos de dieciocho años con mentes de treinta y cinco, el doble de nuestra edad. Y ahora que estoy a punto de llegar a esa edad me doy cuenta de lo condenadamente joven que era entonces. Me sentía mucho más viejo y cansado de lo que le correspondía a mi cuerpo de dieciocho años.

Cómo mantenerse despierto durante la guardia era siempre motivo de discordia. Jugueteabas con el arma. Hacías cualquier cosa; te aburrías. No podías leer porque estaba demasiado oscuro, así que nos la cascábamos. Nos masturbábamos. A veces llegué a hacerlo hasta cuatro veces en una noche, en un turno de guardia de cuatro horas, algo que ojalá fuese capaz de hacer ahora. No nos gustaba hablar de ello —supongo que éramos un poco puritanos—, pero todos sabíamos que los demás también se la pelaban. No sacábamos el tema, pero pongamos que un chaval le metiera un tiro al tocón de un árbol en plena noche. Le dirían: «Pero ¿a qué coño le disparas? ¿A tu fantasía?». Como si el chaval, mientras se la cascaba, hubiese visto a la chica de sus sueños intentando cruzar la alambrada.

~

Por la noche pasaba muchísimo miedo. No se veía nada. Cada noche, me escurría fuera e instalaba las bengalas. Saltaban todas y yo seguía sin ver una puta mierda.

Y luego también estaban los peces pulmonados. Estábamos rodeados de agua y esos peces nadaban cerca de la superficie. Cuando bajaba la marea, se quedaban atrapados en charcos, delante del búnker. Son peces con pulmones y hacen el mismo ruido que una persona cuando respira. Tú

estabas ahí, intentando dormir, y esos monstruos como sacados del circo de los horrores te respiraban en plena cara.

Una noche, durante mi turno de guardia, escuché perfectamente una voz que me susurraba al oído, con toda claridad: «¡Que te den!». Me di por muerto. Cogí el arma igual que Los Tres Chiflados en uno de sus numeritos, pero lo único que vi fue una especie de lagartija del tamaño de la palma de mi mano. El bicho expulsó aire por las branquias y se volvió a oír: «Que te den».

Desperté corriendo a los demás. «¡Tíos, tíos! ¡Un lagarto me ha dicho que me vaya a tomar por culo!». Y ahí nos tienes, tres hombres relativamente adultos, o tres niños viejos, en un duelo contra un lagarto de cien gramos. Al final, el cabrón les dijo «que te den» a ellos también.

~

A veces, por la noche, cuando estabas a punto de quedarte frito, empezaba el fuego de artillería y te quedabas literalmente a un palmo del suelo, como un gato con el lomo erizado. Se te tensaban tanto los músculos de la espalda que te levantaban de verdad. Si hubieras podido, te habrías agarrado del techo, habrías hincado los dedos y te habrías quedado ahí arriba, como un murciélago despatarrado. ¡Pum! ¡Pum, pum pum! ¡Pumpumpumpumpumpúm! Te iba el corazón a mil y te ponías de tan mala hostia que te entraban ganas de cargarte a alguien. El ruido te volvía loco, querías arrancarle a alguien la yugular. Todavía hoy, cada vez que oigo ruidos altos me cabreo. Me entran ganas de darle un puñetazo a algo.

~

Estaba una noche en una misión de escucha, en una colina, no recuerdo cuál. De pronto, oí un ruido sordo. Me volví a mirar y vi que alguien estaba tirando piedras. «Mierda, están comprobando si estamos dormidos», pensé. Me acojoné, pero, además, me lo tomé como algo personal. «¡Joder! ¿Tenían que empezar por este lado?» No quería abrir fuego, porque si luego no era nada pasabas mucha vergüenza. Y no solo eso: te quitaban la munición y te hacían quedarte allí sentado de todos modos. No se andaban con tonterías.

Estaba empezando a ponerme muy nervioso. Y entonces volvió a pasar: me tiraron un guijarro. «Joder, macho —pensé—. Me voy a hacer el

dormido y si se me acerca alguien lo reviento.»

Una pequeña figura se me acercó corriendo en la oscuridad. Tenía la cara marrón. No me dio tiempo ni a asustarme: le disparé sin pensar. En ese instante, empezaron a saltar desde detrás de los árboles; venían por todas partes. Los muchachos disparaban sin parar. ¡La hora del pánico, señores! Nos superaban en número; no tardé en quedarme sin balas. Pasó todo tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de cambiar el cargador. Metí otro de un golpe y ¡pam, pam, pam, pam, pam, pam, pam!

Nos quedamos toda la noche despiertos, asustados y temblorosos. Cuando nos calmamos, se hizo el silencio. Comprobamos las filas; nadie estaba herido. Empezamos a pedir refuerzos a todo el mundo, pero nos dijeron que no podían mandar a nadie hasta que amaneciera.

Cuando salió el sol, vimos seis o siete monos tirados por el suelo. Nos habían atacados los simios de las rocas. ¿Qué sabía yo? Creía que eran las guerrillas del EVN o algo así. Pero resulta que nos habían atacado gorilas, y no guerrillas.

~

Estás sentado a oscuras en mitad de la nada. Llevas un jodido mes ahí fuera y no has visto ni a un solo VC. ¿Dónde cojones están? Casi habíamos decidido ir a comprar algunos e importarlos. Pasas sentado horas, horas y horas. Se supone que tienes que estar muy serio y muy callado, porque no sabes cuándo se va a armar la gorda. Pero ya llevas ahí un buen rato, y alguien piensa: «A tomar por saco» —¡prrrrrrr!— y se tira un pedo de esos que te hacen la raya en medio. Y todos nos echamos a reír.

~

Vimos tres siluetas subiendo por una ladera de la colina. Al principio no estábamos del todo seguros, porque la luz de la luna aparecía y desaparecía. Se suponía que en aquella zona no había nadie, y había algo en su forma de moverse que no parecía realista. Llamamos por radio para preguntar si había alguien en aquella zona. Nos dijeron que no y nos ordenaron disparar y retroceder.

A la mañana siguiente, mandaron una patrulla y encontraron a tres personas, una de ellas con vida. Habíamos matado a dos, una mujer y un

hombre. Eran *montagnards* [88] , que no solían reparar en si estaban en una zona militar sin restricciones. No sé si el crío al final murió o no.

~

Cada vez que alguien iba a la retaguardia, tenía que traer alcohol y cerveza caliente para los oficiales y maría para los demás. Traía una bolsa llena de hierba o lo que llamábamos «pack de fiesta», que era un paquete con diez porros ya liados. Costaban cinco dólares, como un paquete de cigarrillos. Era fantástico. Estaban envueltos en plástico, así que si te mojabas no tenías que preocuparte porque se estropearan.

Luego empezaron a circular otros a los que llamaban «cientos», que eran más largos que un cigarrillo normal, pero iban a dólar el canuto. Esos iban cargados de opio, así que pagabas diez dólares por diez. Con la mitad de uno esos porros —y aquellos tíos se fumaban dos o tres por cabeza y solo estaban empezando— podían colocarse seis hombres. Nos lo guardábamos para cuando nos mandaban a la retaguardia, porque cuando estás tan drogado no sirves para nada.

Cuando era *short* —cuando te quedan unos setenta y cinco días para irte empiezas a ser un *short-timer* —, el comandante de mi pelotón, para vacilarme, me encomendó ir la retaguardia con la escopeta a buscar el correo y a traer cerveza para la compañía y alcohol para los oficiales. Solía apuntarme también la maría que quería cada uno. Los chavales venían a hacer sus pedidos y yo anotaba sus nombres en una libretita, con un número al lado que indicaba cuántos packs de fiesta querían. Volvía a la selva con una mochilita llena de hierba, y los chavales me gritaban en cuanto bajaba del helicóptero:

—¡Tú, ven aquí! ¡Ven aquí!

—Espera un poco, suéltame. Antes tengo que entregar el alcohol a los oficiales.

Y entonces les daba el alcohol y se quedaban la mar de contentos.

~

Un día, un par de tíos, dos gilipollas de campeonato, estaban fumando maría y dando vueltas con un todoterreno. Se me acercaron y me dijeron:

—Oye, ¿te hace un canuto?

Yo era un fumeta de los grandes, pero, no sé por qué, les contesté:

—Bah, paso.

Se metieron en un aparcamiento que tenía solo una entrada que hacía también de salida. Había por allí un par de oficiales de alto rango y los vieron riéndose y gritando. Total, que acabaron arrestando a seis tíos por fumar maría. Entre ellos había un soldado con el brazo escayolado, Ortega.

Lo que pasó fue que ese tal Ortega cogió los porros y, cuando vio que los Straks se aproximaban, se los escondió dentro de la escayola y luego, en mitad del interrogatorio, se le cayeron todos al suelo. Se la habrían abierto para comprobarlo igualmente, todo hay que decirlo. En un intento de mitigar las consecuencias legales, les dio el nombre de todos los soldados que fumaban maría, incluido el capellán del batallón. También les dijo dónde encontrar a algunas de las *mama-sans* que nos la vendían.

Los Straks ya tenían la excusa perfecta para no dejarnos ni respirar. Se presentaban en mitad de la noche y me encendían la linterna delante de los ojos para ver si estaban rojos. Periódicamente, venían a registrar mis cosas para ver si tenía droga. Iban a por mí.

Estaba cabreado, y no era el único. Para entonces, los que se la teníamos jurada a Ortega éramos unos quinientos. Los Straks lo iban trasladando de un campamento a otro, pero le querían partir las piernas allá donde fuera. Tenían que tenerlo vigilado en el barracón de los sargentos.

Cuando el tema estaba en su punto álgido, a Ortega lo mordió una rata que tenía la rabia. Cuando estás en tratamiento para curarte la rabia, no puedes beber alcohol. Por alguna razón, tienes una reacción chunga y te deja jodido del todo. Pero Ortega, como buen chicano, bebía como una esponja. Se puso tan desquiciado que tuvieron que atarlo a un catre del barracón.

Cuando me enteré de que lo tenían atado a una cama, no me lo podía creer. ¡Qué suerte! Cogimos un bidón de gasolina y fuimos corriendo a por él. Alguien le dio un porrazo al sargento primero; luego se lo tuvieron que llevar con un traumatismo en la cabeza. Ortega estaba convulsionando y revolcándose, diciendo cosas sin sentido. No fui yo quien lo roció con la gasolina, sino los demás. Yo tiré la cerilla.

Se lo llevaron con quemaduras graves en el ochenta y cinco por ciento del cuerpo. No sé si murió o no. Me dio exactamente igual.

~

Caí en la cuenta de que los que se iban pronto de R&R siempre la palmaban al volver. Te tienes que fijar en las pequeñas cosas, cada detalle cuenta a tu favor. Cuando volvían, te contaban historias de las tías con las que habían estado y luego les pegaban un tiro, porque ya no les quedaba nada bueno por delante. Tenía claro que si solicitaba el permiso demasiado pronto no me quedaría nada a lo que agarrarme. Lo único que me ayudaba a seguir adelante era pensar que podía largarme cuando me diera la gana. Era una verdad a medias, pero por la noche te ayudaba.

Un día que el Vietcong nos estaba dando duro llegaron los *choppers* con los suministros. El artillero gritó:

—¡Si alguien todavía no se ha ido de R&R y quiere irse ahora, que suba!

Yo era el que estaba más cerca, así que me subí de un salto.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

Cuando me dijeron que íbamos a Hong Kong, quise saltar del helicóptero. Yo quería ir a Australia. Joder, Hong Kong. Era uno de los sitios más caros y encima seguías rodeado de ojos achinados. Yo quería un sitio donde la gente tuviera los ojos redondos.

Primero fuimos a Da Nang, a la retaguardia, donde me dieron un uniforme nuevo, aunque sin las botas. Me aseé un poco y me volví a acostumbrar a usar un váter. Lo primero que haces es jugar con la cadena, como un crío. Tiras tres o cuatro veces y llamas a tu colega para que lo vea. Es un subidón.

Y luego fuimos a Hong Kong. Llevaba diez meses alejado de la civilización y era la primera vez en mi vida que estaba solo en una ciudad que no conocía. Estaba tan impactado que tenía incluso miedo.

—Venga, que eres un tío hecho y derecho —me dijeron—. No necesitas que te lleven de la manita.

Pero sí que lo necesitaba. Nueve o diez horas antes estaba en mitad de un intercambio de fuego. Acababa de salir de una zona de guerra con quinientos dólares en el bolsillo. Había llegado el momento de vivir a cuerpo de rey, pero no sabía cómo hacerlo.

Al final, reservé una habitación en un hotel. Los sastres de Hong Kong llamaban a la puerta y te decían con voz dulce: «Hola, me llamo Lou Chow y soy de Kowloon, Hong Kong. Querría obsequiarle con un traje». Te lo daban solo por una noche, para que luego fueras a comprarles uno. Todo el mundo se compraba un traje. Yo me compré dos o tres por treinta dólares cada uno.

Otro marine y yo teníamos dos trajes preciosos de tres piezas, pero todavía llevábamos las botas de la jungla, llenas del barro de Nam. La primera noche paseamos por Hong Kong con nuestros trajes elegantes y nuestras botas. Haces lo típico: pagar por mujeres. Eran caras, cincuenta dólares por un día y una noche. Por ese precio, en Taipéi podías tener una chica toda una semana. Me tocaba un poco las pelotas, pero me acostumbré. Lo más duro fue volver a Vietnam.

Te pasas tres días y cuatro noches en Hong Kong, viviendo como una persona, como un rey, con ropa bonita, una tía de diecinueve años —mayor que yo— que está buenísima y se pasa la noche entera chupándotela y follando. Desayunas huevos, beicon y chochito, y esa misma noche vuelves a estar en la puta lluvia, en el fango, con las sanguijuelas y esa gente que quiere matarte. Eso te volaba la cabeza. No me extraña que muchos de esos tíos acabaran muertos. Era como si apareciera una mano del cielo, te cogiera y te pusiera en otro planeta durante tres días.

Me arrepentí de haberme ido de permiso. Antes de Hong Kong, me había olvidado de que existían las servilletas. Me había olvidado de las camas y las sábanas. Me había olvidado de que por la noche, si necesitabas luz, la encendías y punto. De que podías meter cinco centavos en una máquina y comerte una chocolatina siempre que quisieras. Y casi me había olvidado de las mujeres.

~

Nuestra rutina diaria era una tontería como la copa de un pino. El día a día consistía en ir a la entrada y esperar a que llegara el convoy. Allí, sentados en la polvareda, comprobábamos los números de los camiones y cuántos cargamentos llegaban de cada cosa: cuántos de munición, cuántos de gas, cuántos de combustible, cuántos con artículos para el economato… Solo eran categorías de suministros. Luego dábamos el parte a través del sistema telefónico del Ejército, que era un despropósito, un galimatías de voces agudas de mujeres vietnamitas. No se entendía nada, pero al final te las arreglabas.

Me pasaba el día entero en la base, yendo de un sitio a otro para ver a quién se le había entregado qué. Hacía cosas como convencer al oficial del centro de suministros de artillería de que nos prestase una carretilla elevadora y un conductor para pasarme la tarde montando tráileres

averiados encima de otros tráileres para que se los pudieran llevar en el siguiente convoy.

Ese trabajo me llevaba tres o cuatro horas al día. El resto del tiempo podíamos hacer lo que nos diera la gana, aunque la mayor parte nos lo pasábamos esquivando misiles y morteros. Cuando llegué, nos bombardeaban tres o cuatro veces al día. Era bastante predecible, había una cierta regularidad. En aquella época, Quan Loi era una zona caliente. Estábamos muy cerca de una de las principales salidas de la ruta Ho Chi Minh [89] , así que había muchas unidades activas del EVN desplegadas en la zona, que además estaba plagada de LZ a las que teníamos que prestar apoyo. También teníamos dos o tres baterías de artillería. En resumidas cuentas, Quan Loi era un punto de suministro para las unidades que operaban en el terreno.

Además de la brigada de caballería, había una unidad de fuerzas especiales y algunos Lurps [90] . Y también estaban los desconocidos habituales que entraban y salían del país en aviones no registrados. De vez en cuando aparecía un grupo de mercenarios *montagnards* para montarse en un avión rumbo a Camboya con un tío vestido de civil. No era ningún secreto que los Estados Unidos estaban detrás de aquello.

Los barracones estaban construidos en fila y entre cada uno de ellos había un búnker, cavado tierra abajo. Los soldados dormían ahí. También había quien dormía en los barracones, pero yo no tardé en decidir que dormiría bajo tierra. No se me ocurría ninguna buena razón para tentar a la suerte. Había espacio disponible en el búnker, así que me lo agencié. En cada uno dormían siete personas.

Los barracones y los búnkeres estaban conectados. Se podía entrar en el búnker sin salir del barracón, pero no se podía entrar en el búnker desde fuera sin pasar por el barracón.

El barracón en el que vivía yo estaba en el peor sitio posible, teniendo en cuenta las circunstancias. Tenía detrás la pista de aterrizaje, donde la caballería acorazada tenía sus impresionantes helicópteros. Al otro lado estaban los puntos de repostaje para las aeronaves y los helicópteros. Al cruzar la carretera estaba el depósito principal de diésel y gasolina de la base y, no mucho más lejos, el polvorín, en el tercer cuadrante. En el cuarto se guardaban las armas de gran calibre. El polvorín, los depósitos de combustible, la pista de aterrizaje y la artillería pesada eran siempre

objetivos prioritarios en un ataque. Estábamos en la trayectoria de cualquier proyectil que se dirigiera a ellos y no llegara o los sobrepasara.

Teníamos que programar cuándo íbamos a ducharnos o a cagar en función de los horarios de los bombardeos. Enseguida me acostumbré a organizarme la vida así; no quería que los misiles me pillaran con los pantalones bajados.

Pero no tardé en darme cuenta de que prefería estar allí antes que en Long Binh, que era relativamente seguro. Eso me sorprendió bastante: yo, que era una persona apacible, había optado por el peligro. Era una especie de intercambio: más peligro a cambio de aguantar menos gilipolleces. Allí no tenías que aguantar gilipolleces. No había ningún oficial al mando de la pequeña unidad de transporte. El pelotón de intendencia al que estaba asignado sí que tenía un oficial que tenía autoridad sobre mí. Me llamaba para varios asuntos; estaba en la lista de turnos de guardia, por ejemplo. Pero no era así todo el tiempo.

Al fin y al cabo, allí solo éramos tres, así que teníamos que encargarnos del trabajo todos los días. No podíamos montar guardia veinticuatro horas y además cumplir con nuestro cometido, por lo que la mayoría de las veces no teníamos que montar guardia. He de confesar que era un alivio: sabía que el perímetro no era nada seguro. Los putos búnkeres de vigilancia ni siquiera estaban colocados de forma que pudiesen prestarse apoyo entre ellos, simplemente estaban construidos en una línea alrededor de la base. No estaban escalonados para que los campos de tiro se cruzaran. Y eso no me lo habían enseñado durante el adiestramiento militar, pero lo sabía. Seguro que los arqueros de Alejandro Magno también lo sabían.

Pero, por supuesto, eso formaba parte de la insensatez generalizada de todo el asunto. ¿A quién se le ocurriría realizar un ataque por tierra contra esa base? La potencia de fuego que había dentro de aquellos búnkeres era inmensa, aunque no pudieran cubrirse los unos a los otros. No sé cómo aquellos pequeños vietnamitas eran capaces de hacerlo, pero lo hacían a menudo y rematadamente bien.

Algunos puestos eran muy bonitos. La pista de aterrizaje estaba rodeada de plantaciones francesas con casas preciosas. La mayoría estaban deshabitadas, pero tenían sus cuidadores. Durante el día iban algunos vietnamitas. Los cristales todavía estaban limpios y, a veces, se veía ropa tendida. Sufrimos muchos bombardeos, pero todos aquellos edificios quedaron intactos.

Nosotros nunca lo vimos, pero el franchute dueño de aquellas tierras, o encargado de explotarlas, tenía el control del suministro de agua. Le pagábamos por el agua y por los árboles de caucho que talábamos. Alquilábamos el terreno en el que estaba la base a los dueños de la plantación. Ellos, a su vez, pagaban al Vietcong, al EVN, o a los dos, para proteger sus intereses. La plantación seguía funcionando en mitad de toda aquella mierda. Quizá operase solo a un tercio de su capacidad, pero no había cerrado.

Dentro del perímetro —y esto también era una locura— había una pequeña aldea vietnamita. Todos sus habitantes trabajaban en la plantación, pero creo que al menos la mitad era del Vietcong. Había túneles para entrar y salir de la aldea; todo el mundo lo sabía. Pero estaban detrás de la alambrada de púas.

Allí es donde iba a que me hicieran la colada. Se la tiraba por encima de la alambrada a Linn, la chica que me lavaba la ropa, que vivía cerca del cuartel de la Policía militar. Al día siguiente, volvía y ella me la devolvía del mismo modo, lanzándola por encima de la alambrada. Yo enrollaba unos billetes y se los lanzaba también. Aquella pequeña transacción económica era ilegal, pero la llevábamos a cabo en las narices de la policía militar.

He pasado mucho tiempo pensando en Vietnam y en los distintos grados que podía tener esa experiencia, en qué medida afectaba estar cerca del verdadero epicentro de la locura, del verdadero horror. Me di cuenta de que yo estuve lejos de ese epicentro durante casi todo mi tiempo allí. Mi experiencia no tuvo la misma intensidad que la de alguien que operase en el terreno, subiendo y bajando montañas todos los días. Pero también sé que yo estuve más cerca que los hombres que se quedaron en Long Binh, tecleando en sus máquinas de escribir. Estuve a medio camino, en una posición extraña. Era un entorno nocivo, sí, pero relativamente seguro.

Tuve contacto diario con las personas que sí estuvieron en el corazón de la guerra. Parte de mi trabajo era tratar con ellas o tomarme una cerveza con ellas. Hay cosas que saben y yo no sé. Han sentido cosas que yo jamás sentiré, o eso espero. Han estado en sitios a los que yo nunca querría ir. Es extraño. A veces, cuando pienso en ellos, siento la misma culpa que los que no fueron a la guerra.

Quizá porque estuve en medio, o quizá porque tenía veinticinco años, sentía un mayor desapego respecto a lo que ocurría, al menos

emocionalmente. O quizá construí ese desapego como un mecanismo de defensa, distinto al de la mayoría de los hombres con los que estaba, que eran mucho más jóvenes que yo.

No tenías las emociones tan a flor de piel como los demás. Los chicos de diecinueve años reaccionaban de forma más visceral; yo era más analítico. No necesitaba desahogarme, me lo tragaba todo. No me emborrachaba hasta perder el control, ni me ponía bravucón ni agresivo, ni buscaba pelea con la misma facilidad con que lo hacían los demás. No quiero decir que todo el mundo estuviera cortado por ese patrón, pero, cuando la ocasión lo propiciaba, reaccionaban de ese modo.

Pasé mucho tiempo observando lo que sucedía a mi alrededor. Ya lo hacía antes de llegar. Es un rasgo de mi personalidad, una facultad a la que llamo «el Observador». Allí todos observaban. Había una especie de voyerismo tácito, sin las connotaciones indecentes de la palabra. Todos eran voyeurs, hasta cierto punto, excepto los tíos que se desahogaban a tiro limpio. Las experiencias se dividían entre las que tenías y las que veías. Y yo vi muchas.

No sabía cómo me estaba afectando la guerra a mí, pero sí que veía cómo afectaba a las personas que había a mi alrededor. No es que estuviera decepcionado; sabía demasiado sobre el tema antes de ir. Pero, tras pasar una o dos semanas en Quan Loi, estaba muy enfadado. Lo estuve casi todo el tiempo y me llevé aquella ira a casa conmigo, como muchos otros hombres. Lo que vi allí me enfureció.

Fui testigo de lo que le pasó a Lawrence, un chaval de diecinueve años de Brooklyn que llevaba siempre un collar de cuentas y unas gafas con montura de metal. Hubo un ataque por tierra que fue devastador. Aquella noche, Lawrence y otro soldado que se llamaba Whip estaban de guardia en el mismo búnker.

El ataque empezó poco después de la medianoche. Era la hora punta: solía empezar entre las doce y la una de la noche, y continuaba hasta poco antes del amanecer. Cuando el ataque empezaba de forma continuada, sin descanso, sabías que iba a ser severo. Oías los primeros estallidos y pensabas: «Ya estamos otra vez». Pero entonces seguían y seguían. Los helicópteros estaban en el aire. Las trazadoras volaban por todas partes; caían cohetes por todo el perímetro. Los Cobra [91] bajaban en picado. Si la cosa se ponía muy fea, venía un Spooky y destruía la vegetación.

Había soldados que seguían durmiendo cuando sufríamos un ataque por tierra. Yo no podía. En realidad, se suponía que ninguno de nosotros tenía que estar durmiendo, ya que todos teníamos una posición defensiva dentro del perímetro. Yo siempre me vestía y me aseguraba de tener munición y de que mi arma estuviese intacta y lo bastante limpia. No tenía ni idea —porque nunca la usaba mucho— de lo fácil que era que un poco de barro te jodiera el M-16. De haberlo sabido, lo habría limpiado mucho mejor.

Después de la primera descarga, que era espantosa y duraba casi una hora, el bombardeo de cohetes y morteros se desplazaba hasta el perímetro. No estaba muy lejos, pero sí lo suficiente. Entonces me ponía el casco y, a veces, el chaleco flak y me sentaba en los sacos terreros que había junto a mi barracón a contemplar la guerra. Miraba las bengalas que había por todas partes, las estelas de humo que dibujaban patrones por el aire, las sombras extrañas que reflejaba el cielo. Observaba las trazadoras que caían, el catálogo completo de sonidos. Escuchaba el silbido de los RPG [92] . Sus morteros, nuestros morteros. El tableteo de los AK [93] , tan distinto del de los M-16. Sonidos que sé que a los noventa años aún seré capaz de reconocer y diferenciar. Todavía miro al cielo cada vez que escucho un Huey [94] .

Aquella noche, el teniente que estaba al mando del pelotón de intendencia estaba levantado, haciendo su trabajo, y de forma muy eficiente. Era un idiota y un incompetente, pero el ataque era grave y desde la brigada nos habían dicho que debíamos estar preparados para asumir nuestras posiciones defensivas. Alguien tenía una radio en el búnker y escuchábamos el cruce de mensajes de los soldados del perímetro. Pedían más munición y más bengalas. Se oían acentos puertorriqueños, las vocales arrastradas de los sureños, el deje nasal del Medio Oeste; toda la gama de voces americanas en un estado de máxima tensión.

En un momento dado, recibimos una llamada del TOC [95] . Nuestro teniente vino corriendo a informarnos de que el enemigo había entrado por la alambrada, cerca de la lavandería, y que seguramente se dirigía a la pista de aterrizaje. Nosotros estábamos entre esos dos lugares. Rápidamente, intenté imaginar los escenarios más increíbles. «¿Qué voy a hacer si me encuentro a una de esas personitas corriendo por la base?», me repetía. Estaba acojonado, muy acojonado, y más despierto que nunca. No recuerdo cómo llegué a esa conclusión, pero, por primera vez, supe sin sombra de duda que era perfectamente capaz de disparar a una persona. Hasta entonces

no me había parado a pensarlo, pero, de repente, lo supe. Era un hecho. Era un hecho la hostia de perturbador, pero debo decir que, a partir de ese momento, todo aquello me resultó más fácil. Era la elección definitiva, al menos en el aspecto intelectual. Siempre lo había sido. ¿Era capaz de disparar a alguien sin otra razón que la de salvar mi propia vida? ¿Era capaz de disparar a alguien que no tenía más razones que yo para estar allí? De repente, supe que sí, aunque no por ello tuve menos miedo. Estaba perplejo.

La noche por fin dio lugar al amanecer. El ataque terminó antes de que saliera el sol, como siempre. Poco después, comenzaron a llegar los soldados desde sus puestos de guardia. Habían pasado cinco horas y media bajo el bombardeo incesante de la artillería pesada del enemigo.

Cuando Lawrence y Whip regresaron, yo estaba, por casualidad, cerca de su barracón. Era la misma hora que en la fotografía de David Douglas Duncan, la del « amanecer humeante»: el humo de las armas en el aire, olores extraños, fuego que se desvanecía y algunas granadas que aún estallaban. Aquel día había niebla; solía haberla a primera hora de la mañana.

Los dos muchachos salían de entre la neblina, negros, sucios, enloquecidos. Era la primera vez que tenía que tratar con soldados que volvían de algo así. Me enfrenté a la situación en mi papel de observador.

Lawrence llegó antes. Lo primero que vi fueron sus ojos; siempre se ven primero los ojos. Es difícil describirlos sin caer en lugares comunes. No es fácil evitar la expresión «tenía la mirada perdida». Lo que vi en los ojos de Lawrence fue el Horror, con mayúscula. Y lo que más me asustó fue que me di cuenta de inmediato de que él mismo sabía que, a partir de entonces, todo sería diferente.

Los dos estaban agotados, pero no querían irse a la cama. No podían. Antes tenían que contar su historia. Fue Whip quien lo hizo; Lawrence no abrió la boca.

Habían quemado el M-60 en mitad de la batalla: habían fundido el cañón. Se habían quedado sin munición cuando faltaban casi dos horas para el amanecer. En ese momento, un escuadrón de la caballería acorazada estaba en su posición, así que había TBP y tanques Sheridan desplegados por la zona. El ataque había sido tan duro que la caballería acorazada había recibido órdenes de actuar entre los búnkeres.

Aquellos pobres desgraciados vestidos con un pijama negro y pantalones cortos no solo se habían tenido que enfrentar a búnkeres armados con un

mínimo de tres GI (lo que incluía al menos un M-60 y tres M-16, un montón de granadas, Claymores y, en algunos puntos del perímetro, colocados en las laderas de la montaña, barriles de napalm con detonadores a distancia). Además de todo eso, entre los búnkeres había TPB con una ametralladora pesada del calibre 50 y diez soldados con M-16, o un tanque Sheridan que disparaba cohetes *beehive* [96] . Sigo sin saber cómo fueron capaces de hacerlo.

Normalmente, su *modus operandi* consistía en mandar a primera línea a niños que reclutaban en la zona. Equipos de zapadores experimentados cortaban los cables de la alambrada y volaban un búnker o dos, así abrían un agujero en la línea. Luego mandaban a esos niños —porque eran niños, no debían de tener más de catorce o quince años— que habían sacado de la aldea más cercana al interior de la base. La unidad entrenada del EVN, si es que nos estábamos enfrentando al EVN, entraba tras ellos.

Whip estaba bastante seguro de haber causado once bajas en el enemigo, algunas de ellas muy cerca del búnker. Habían pasado por quién sabe cuántos momentos de pánico absoluto cuando se habían quedado sin munición y los habían visto colarse por la alambrada. Les salvó el cuello un tanque que había llegado para cubrir el hueco que habían dejado los zapadores tras volar el búnker de al lado.

No me puedo ni imaginar por lo que aquellos dos muchachos pasaron aquella noche. Lo único que sé es lo que vi a la mañana siguiente, y que Lawrence jamás volvió a ser el mismo.

No llevaba mucho tiempo en Vietnam. Era un chaval despreocupado, ingenuo, como un osito de peluche. Tenía acento de Brooklyn, pero se notaba que no era un gamberro. Venía de un barrio conflictivo, pero, de algún modo, era demasiado dulce para haber vivido en un sitio así. Y, pese a sus collares de cuentas, sus colgantes con el símbolo de la paz y la melena, ni siquiera fumaba maría. Ya había superado esa etapa y era un tío tranquilo, muy majo.

Creo que estaba intentando cumplir con el servicio pasándoselo lo mejor posible. Cada vez que entrabas en el pequeño club de los soldados, siempre era Lawrence el que elegía los discos entre la media docena que teníamos y que escuchábamos constantemente; se encargaba de la barra, siempre servicial y dispuesto a ayudar. Siempre animaba el cotarro.

El soldado que regresó aquella mañana no era el mismo que había salido veinticuatro horas antes. Nunca volvió a ser esa persona. Probablemente,

sigue sin serlo, y nunca lo será.

Lawrence pasó una semana casi sin mediar palabra. Cuando volvió a hablar, no lo hizo nunca con el mismo entusiasmo de antes. Tenía los ojos mortecinos y apagados, como los de un viejo; parecían incluso habérsele hundido más en el cráneo. De haber tenido arrugas, habría sido un cínico de setenta años.

Aquel primer ataque por tierra fue devastador. Por la mañana encontramos más de doscientos cadáveres de «ellos» tirados en los alrededores de la base y la alambrada. ¿Quién sabe a cuántos heridos y muertos se habrían llevado ya? Nosotros contamos veintidós bajas. No sé cuál fue el total de heridos, pero veintidós bajas durante una incursión nocturna en un puesto tan pequeño era una cifra considerable.

A diez metros de mi cabaña estaba el punto GR [97] de la base. Yo vivía con los soldados que trabajaban allí y vi cómo trasladaron a aquellos veintidós cuerpos desde el pabellón médico. Allí, en los *reefers* —unos contenedores con unos pequeños generadores para refrigerar los cuerpos—, solo había espacio para ocho, como máximo, así que tuvimos que apilarlos en el patio. En el informe oficial de americanos caídos solo constaban ocho bajas. Es horrible solo pensarlo. Solo eran estadísticas, no personas.

Cuando me di cuenta de que en *Stars and Stripes* [98] falseaban nuestros informes de bajas me puse furioso. Yo sabía cuál era el número de muertos en cada uno de los casos, lo sabía, pero las cifras que daban siempre eran más bajas. Falseábamos el número de muertos del enemigo; ¿por qué no falsear también los nuestros? Empecé a darme cuenta de la magnitud de la mentira, de todas las mentiras. No me creo que solo murieran 53.000 personas en Vietnam, ni por asomo. No tengo ni idea de cómo se pueden maquillar miles de muertes, pero estoy convencido de que murieron miles de americanos más de los que constan oficialmente en los informes. Lo veía cada día con mis propios ojos.

Artes marciales

Las proezas físicas y las habilidades especiales eran muy codiciadas entre los muchachos, pues el prestigio que otorgaban los hacía destacar entre la masa de tercos soldados. Los Lurps —aquellos que llevaban a cabo patrullas de reconocimiento de largo alcance arrastrándose por el suelo— podían comprar por correo cuchillos de caza hechos a mano e incluso se llevaban al frente raciones congeladas y desecadas de espaguetis con albóndigas. Un boina verde tenía asiento reservado en cualquier bar de Vietnam del Sur, Camboya o Laos, siempre que llevase puestos su sombrero y uniforme de camuflaje.

Los trabajos especializados prometían el glamour de las estrellas de cine, algo de Los cañones de Navarone *o* Doce del patíbulo*. A la élite se le concedía respeto y privilegio. Un hombre podía incluso convertirse en leyenda.*

«*En el batallón corría el rumor de que en el control de plagas había un soldado al que llamaban el Príncipe de la Oscuridad. El Príncipe no salía nunca de día, jamás veía la luz del sol; se pasaba el día en el búnker, en la más absoluta oscuridad. Llevaba meses acostumbrando su retina, acumulando púrpura visual, para poder conducir su todoterreno armado con una visión nocturna infalible. No encendía ni siquiera una cerilla. Estoy seguro de que se colocaba y que cuando daba una calada, cerraba los ojos.*

»*Según la leyenda, si nunca lo vi fue debido a sus hábitos nocturnos. No sé si existió de verdad o no, pero la gente creía que sí.* »

Un hombre me contó que cuando lo trasladaron del cuerpo de infantería a los Lurps, desarrolló «*la capacidad de oler a los* gooks*, de detectar dónde se encontraban solo a través de los sentidos* »*, pero era complicado*

estar a la altura de eso. Muchos tíos se conformaban con escribirse en la espalda del chaleco flak unas palabras apropiadas para la ocasión: «*Sí, aunque camine en el Valle de la Muerte, no temeré mal alguno, porque soy el peor hijo de puta del Valle* ».

Eran especialistas. Habían elegido vivir atrapados en el abrazo de la guerra; estaban dispuestos a vivir en el epicentro de la locura. Algunos estaban realmente locos, eran adictos a caminar por el filo de la navaja. Pero aquel resplandor no era más que un efecto estético digno de Hollywood. Los artilleros de puerta de los helicópteros, los oficiales de inteligencia, los boinas verdes y los Lurps solo eran trabajadores cualificados en una misma obra de demolición. Debajo de los disfraces y el maquillaje, detrás de la fanfarronería, no había más que otro grupo de soldados rasos asustados y bañados en sudor.

«En el norte, podíais cargaros a quienquiera que se os pusiera por delante. O eran el enemigo o no pintaban nada allí. Pero aquí, en el sur, no hacemos eso.» Vale, contestamos. Estábamos riéndonos y bromeando, porque tampoco esperábamos encontrarnos con tanto jaleo. Al fin y al cabo, éramos los del control de plagas. Se suponía que teníamos que ir recorriendo las carreteras para evitar que los *gooks* las dejaran plagadas de minas, aunque se las arreglaban para conseguirlo de todos modos y los jeeps seguían saltando por los aires.

Íbamos cuatro en cada todoterreno. El conductor iba armado con una escopeta y el copiloto, con un M-79. Detrás iban el artillero con su M-60 y su ayudante con un M-16. Aquel pequeño jeep contaba con una potencia de fuego considerable.

Nada más salir en mi primer día en el control de plagas, nos disparó un francotirador. ¡Pum! Me di la vuelta apuntando con el arma y eché un vistazo a mi alrededor. Había una aldea.

—Y, ahora, ¿qué se supone que tenemos que hacer? ¿Abrimos fuego o no?

El conductor, que era el que tenía el rango más alto, contestó:

—Que les den. ¡Fuego!

En aquella zona, todos éramos recién llegados. Abrimos fuego y desatamos el infierno en la tierra. Dos patrullas más del control de plagas que andaban cerca acudieron al oír los disparos. Ahora éramos tres todoterrenos, todos con el mismo arsenal, cosiendo a tiros aquella aldea. No teníamos autoridad para hacerlo, pero nos dio igual. Nos había disparado un francotirador, ¿qué íbamos a hacer?

Cuando regresamos a la base, se volvió a desatar el infierno, pero, esta vez, para nosotros.

—Pero ¿qué coño habéis hecho, idiotas? ¡Os acabábamos de decir que no podíais hacer eso!

—Pero nos estaban disparando.

—¡Aquí disparan a todo el mundo!

—Bueno, pues nosotros respondemos cuando nos disparan.

Estábamos acostumbrados a responder a los ataques, pero, como nos amenazaron con mandarnos de vuelta al norte, dijimos:

—Uy, no, no, no se preocupen por nosotros. No dispararemos más. Nos quedaremos tranquilitos.

~

Durante las primeras fases de la guerra, uno de los pilotos de los helicópteros de vigilancia se hartó de que le disparasen todo el tiempo. El tío se las ingenió para colocar tres lanzacohetes en un lateral, los conectó al sistema eléctrico del aparato… y funcionó. Así que comenzaron a equipar los helicópteros con armamento pesado. Eso es ingenio americano primitivo.

Nuestro helicóptero de combate era un UH-1C Bell. Si el tiempo acompañaba, podía alcanzar los ciento ochenta y cinco kilómetros por hora. Los últimos modelos, los helicópteros Delta y Hotel, eran más potentes y rápidos, pero no se podía maniobrar con ellos con la misma facilidad. Tenía dos cápsulas para cohetes a cada lado, con siete cohetes de 6,5 cm que el piloto disparaba mediante el sistema eléctrico del aparato. Dentro tenía dos sistemas XM-21 [99] , las Miniguns. Cada una podía disparar seis mil balas por minuto, aunque nuestros helicópteros llevaban incorporados unos inhibidores en su sistema electrónico que reducían su cadencia de tiro hasta las dos mil balas por minuto. Las Miniguns tenían lo que llamábamos un eje de diez grados: se movían automáticamente hasta cinco grados a un lado y a otro.

En una de las películas que nos proyectaron en los entrenamientos, un helicóptero con una de esas ametralladoras en el morro volaba sobre un campo de fútbol americano de cuarenta y cinco metros de ancho por noventa metros de largo en el que habían soltado a un conejo. El helicóptero lo sobrevolaba una única vez y lo mataba. No fallaba nunca. El ruido que hacía no parecía una ametralladora. Sonaba como un eructo largo, profundo y estruendoso. «¡BRAAAAAH!»

En una escuadrilla ligera, formada por dos helicópteros, caes en picado desde 1.500 pies de altitud, más o menos, mientras disparas los cohetes y, a veces, también las ametralladoras. En el momento en que empiezas a remontar, haces un giro muy brusco. Ese es el punto límite. Según quién fuera el piloto, podías llegar a ese punto a unos treinta metros sobre el lugar

al que estabas disparando. Durante esa maniobra crítica, las ametralladoras no servían de mucho y el helicóptero estaba en una posición vulnerable, así que, en ese momento, el artillero de puerta era clave. Yo estaba en la puerta con una ametralladora M-60. Hacía verdaderas acrobacias para disparar hacia atrás y por debajo del helicóptero para acribillar toda la zona. Cuando el punto de la remontada quedaba atrás y yo ya no estaba a tiro, llegaba el segundo helicóptero, disparando sus Miniguns, o su cañón de 40 mm, o lo que llevara.

El cometido de esos helicópteros nunca fue desplazar tropas ni llevar cartas o suministros. Eran enormes máquinas de la muerte blindadas que sobrevolaban la zona y nada más. Los comandantes de escuadra más creativos se arrastraban debajo de su *chopper* y pintaban mensajes como: «Si sois majos, no os mataremos». Tenían nombres muy originales: Los Cazarrecompensas, La Escuadrilla de la Mantarraya o el Turbante Mágico. El nuestro se llamaba Cañón Despiadado.

La mayor parte del tiempo lo pasábamos en la barraca que había cerca del aeródromo, preparados, esperando a que nos llamaran. Nos tocaba aguantar muchas gilipolleces, pero no eran de las peores. Recuerdo hablar con un piloto sobre filosofía, del universo como entidad única y ese tipo de cosas. Había otro tío al que le encantaba Isaac Asimov y se pasaba el día hablando de la teoría de la relatividad de Einstein.

Y, de repente, sonaba el teléfono de la barraca: «¡Despegue de urgencia!». Era como en las películas. Corríamos por el aeródromo como alma que lleva el diablo, entrábamos al helicóptero de un salto, despegábamos, volábamos hacia la zona que nos hubieran indicado y la hacíamos saltar por los aires.

A veces, cuando desplegaban tropas sobre lo que sospechaban que era una zona caliente, nosotros la sobrevolábamos antes de que aterrizaran los soldados y ametrallábamos y bombardeábamos el terreno. Muchas veces salíamos en misión de fuego de contra-batería. La forma más rápida de detener un ataque con morteros contra la base no era abrir fuego de artillería contra ellos ni mandar una patrulla de reconocimiento, sino tener un helicóptero preparado. Cuando empezaban a disparar morteros contra la base, salíamos corriendo a la pista, despegábamos a toda leche y buscábamos desde el cielo el siguiente destello de los morteros. Cuando los descubríamos, caíamos en picado sobre su posición y los hacíamos saltar en pedazos.

Los del Vietcong no eran tontos, así que no tardaron en entender nuestra estrategia. Empezaban a destruir nuestros generadores con morteros y luego dejaban pasar aproximadamente un minuto y medio, el tiempo que, según sus cálculos, tardaríamos en salir corriendo hacia los helicópteros. En tres o cuatro ocasiones, una lluvia de morteros nos sorprendió mientras corríamos por el aeródromo. Nos nominaron a todos para la Cruz de Vuelo Distinguido dos veces, por correr hacia los helicópteros en mitad de la cortina de fuego.

Una noche que volábamos en dirección sur, bastante lejos de la base, recibimos una llamada. Un zona estaba sufriendo un ataque por aire y por tierra y la cosa estaba movida. Aterrizamos para repostar combustible, nos sentamos en cabina y miramos hacia el lugar donde se estaba librando la batalla. Normalmente, en estos casos, se veía a los aviones de combate abrir fuego a destajo, disparando a tierra con las Miniguns, mientras que desde tierra respondían de forma esporádica. Esa noche, en cambio, se veía el fuego que abrían los aviones, pero todavía se veía más el ataque desde tierra, con munición del calibre 50.

—¡Madre mía! Creo que deberíamos pensárnoslo, tío. En serio, esto no pinta bien. Pero que nada bien.

Una ametralladora del calibre 50 no es para tomársela a broma. En el cine no les han hecho justicia a estas armas tan grandes y potentes que, si abren fuego en la manzana de una ciudad, no verás ningún edificio en pie en el que puedas cobijarte. Esas balas lo atraviesan todo.

—No, venga, vamos a ir y los vamos a destrozar. ¡Esos hijos de puta no se van a salir con la suya!

Fue una batalla encarnizada, la peor que había visto. Cuando nos disparaban desde tierra, las balas parecían pelotas de béisbol o latas de cerveza. Las veías como flotar, acercarse a ti a cámara lenta, y tenías la sensación de que, cuando estaban a punto de llegar, aceleraban de repente y pasaban zumbando a tu lado. ¿Alguna vez has estado en la calle, borracho, apoyado en una esquina oscura donde hay mucho tráfico? Lo ves todo un poco borroso y las estelas de luz pasan por tu lado a toda velocidad. Pues aquello era como estar en medio de ese cruce, solo que esas estelas de luz iban a por ti. Tenían trazadoras verdes, trazadoras blancas y trazadoras rojas.

Creo recordar que hicimos seis salidas. Salíamos, gastábamos la munición, volvíamos a la base, recargábamos y regresábamos a la batalla.

Cuando por fin despuntaban los primeros rayos de sol, todo había terminado. Entonces vimos cómo cientos y cientos de vietnamitas, literalmente, huían de allí como podían. Reinaba el pánico. Había salido el sol y la batalla había terminado: era hora de poner pies en polvorosa. Aquello no era una aldea, sino una enorme zona pantanosa. Huían en botes, a pie, de todas las formas posibles. No sé si se habrían quedado sin munición o qué, pero en aquel momento casi no nos atacaban y nosotros nos cargábamos a todo el mundo.

Aquello fue una cacería. Estaban indefensos. Había otras tres o cuatro escuadrillas de helicópteros sobrevolando la zona y masacrando a cientos de personas. Los cadáveres flotaban por el agua. Era una locura.

Y yo estaba allí, haciendo lo mismo que ellos. Los sacábamos a tiros de los botes y los arrozales, los hacíamos caer de los árboles, por el amor de Dios. Teníamos sed de sangre; no hay una forma mejor de describirlo. Nos dejamos llevar por el momento. Recuerdo un pensamiento absolutamente demencial; sentía que yo era Dios y que aquel era el momento de impartir el castigo divino, mediante las ametralladoras y las Miniguns que manejaba y con los cohetes que disparábamos. Aquello fue una matanza. No fue mejor que ponerlos en fila al borde de una zanja y pegarles un tiro en la nuca. Fue una masacre que perpetré con entusiasmo.

Ahí es cuando empiezas a entender cómo puede llegar a producirse un genocidio. Me considero un hombre decente, pero aniquilé a toda aquella gente desde mi helicóptero. Muchas de las personas que matábamos por la mañana eran las mismas que habían intentado matarnos por la noche, así que intenté convencerme de que nos estábamos cargando al enemigo. Sin embargo, comprendí, de la forma más macabra, que si las circunstancias son propicias cualquiera puede transformarse en un asesino que mata indiscriminadamente. Yo lo fui. Yo lo hice. Fue extraño, pero así fue. Fue muy extraño.

~

En el pabellón no había mucha rotación de pacientes hasta que no llegaba el *medevac,* y entonces nos librábamos de veinte o treinta de golpe. Estabas desayunando y pensabas: «Ay, Dios, ¿seguirá aquí Tracy? ¿Y Homer?». A veces, casi deseabas que se hubieran muerto para no tener que volver a entrar. Pero, en el fondo, eras consciente de que no se iban a ir a ninguna

parte. No tenían adonde ir. El pabellón estaba siempre allí y no podías escapar de él.

Hacíamos turnos de doce horas, siete días a la semana. Si no teníamos mucho trabajo, nos podíamos tomar un día libre o, al menos, unas horas de descanso.

Algunos días, cuando no podíamos más, las enfermeras hacían de sanitarios y los sanitarios, de enfermeras. Esos días me ofrecía para limpiar las letrinas y fregar al suelo. No lo soportaba más; simplemente, no era capaz de ver un solo paciente más, así que me ocupaba del trabajo sucio.

Entre el calor que hacía y lo que te tocaba ver cada día, acababas hecha polvo. Ni siquiera me molestaba en almorzar. Ponía el despertador para que sonara al cabo de una hora y media y aprovechaba ese rato para dormir. Lo hacíamos todos. Tenía que venir alguien a despertarnos porque no oíamos el despertador.

El pabellón estaba dividido en dos: en un lado estaban nuestros soldados y en el otro los vietnamitas. Los turnos eran rotatorios: un día tratabas a los soldados y al día siguiente a los… odio usar esta palabra, pero es lo que eran, un puñado de *gooks* . Cuando llegué, me di cuenta de que a los vietnamitas no los trataban igual que a los GI, y pensé: «Estas tías, ¿quién coño se creen que son? No pueden hacer esto. Las personas son personas y punto».

Al cabo de seis meses, hacía lo mismo que ellas. Me daba igual que fueran civiles que se hubieran visto atrapados en fuego cruzado o que tuvieran una herida en la cabeza —admitíamos todas las lesiones craneales y a los civiles heridos por los nuestros—. No querías ocuparte de ellos, y punto. Al final, incluso te molestaba que te tocase ir a aquel lado del pabellón.

Si andábamos escasos de medicamentos, en lugar de ser justos y darle a cada paciente la dosis que le correspondía, se los dábamos solo a los GI. Si no había bastante para el día siguiente, los vietnamitas no recibían la dosis que necesitaban: las guardábamos para los soldados americanos que estuvieran en peor estado de salud. Sé que muchos chavales se sentían mal por eso. Los médicos ni preguntaban, porque sabían que no había suficientes y no querían saber cómo los administrábamos.

Éramos el país más rico del mundo, pero teníamos que trabajar con unos recursos de mierda. Junto a la cama de un paciente teníamos instalado un equipo de aspiración con unas bombas cutres y minúsculas, del tamaño de

botellas de Coca-Cola. Si aspirabas la sangre para que un paciente pudiera respirar, en dos minutos tenías la botella llena. Y ¿qué hacías entonces? Vaciarla. Y ¿dónde la vaciabas? No había donde hacerlo, así que tirabas toda la sangre al suelo. No siempre conseguías llevar el equipo de succión hasta los vietnamitas, así que los dejabas morir. Había gente que necesitaba aspiración cada hora o incluso con más frecuencia y, bueno, ya sabes, los soldados necesitaban ayuda, así que los cuidábamos a ellos y pasábamos de los vietnamitas.

Tuvimos ingresada a una monja europea, aunque no tardó en morir. Tendría unos treinta años. Mientras iba en su moto por la ciudad, cuando ya era tarde, se cruzó con un soldado que estaba intentando regresar con su unidad. Ya se había hecho de noche y estaba haciendo autoestop, así que lo recogió. Unos soldados del ERVN les dispararon por error. Mataron al GI y dejaron a la monja paralítica.

Entró en parada cardiaca un par de veces, pero logramos que remontara. Ella también era enfermera y sabía que su pronóstico era grave. «Si vuelve a pasar, no me reaniméis. Dejad que me vaya. Dejadme ir y ya está», dijo.

Tenía la misma edad que el médico y que yo, así que aquello nos heló la sangre. Después, nos fuimos al club a beber. «¿Qué vamos a hacer si vuelve a entrar en parada?» La cantidad de alcohol que bebimos mientras le dábamos vueltas a esa pregunta fue alucinante. De hecho, la cantidad de alcohol que bebíamos en general era alucinante.

La última vez que entró en parada, todo el mundo se dejó la piel por ella. En estos casos, tienes muchos frentes abiertos. Una persona le pone una vía intravenosa y le administra los medicamentos; otra le hace el masaje cardíaco; otra supervisa el tiempo de administración de los medicamentos. Los demás, en teoría, tenían que vigilar al resto de pacientes. Un par de sanitarios fueron a echar un vistazo a los soldados, pero, por supuesto, nadie se encargó de los vietnamitas. Como no había mamparas para separar a los pacientes, siempre les tocaba ver ese tipo de cosas y todos estaban pendientes de la monja.

Cuando terminamos, no solo había muerto la monja; también la había palmado un paciente vietnamita. Se le había formado un tapón mucoso en la tráquea, pero nadie se había dado cuenta. Fui a su lado del pabellón y me quedé mirándolo. Había muerto por asfixia y tenía una expresión espantosa. Calcular qué edad tenían los vietnamitas era muy difícil, pero, si hubiera tenido que adivinar, le habría echado unos quince años, aunque bien podría

haber tenido diez más. No solo se había gastado la bombona de oxígeno, también se le había obstruido la tráquea y había muerto. Estaba prácticamente tetrapléjico por una lesión en la espina dorsal, como la monja, y también tenía una contusión en la cabeza. No sabía si debía sentirme culpable, avergonzada, o qué.

Luego, algunos fuimos al club. Después de beber unas cuantas copas, te pones muy filosófico. La conclusión a la que llegamos sobre el chaval era que estaba mejor muerto. Ese era el pan nuestro de cada día.

Normalmente, en los Estados Unidos, si ves a un niño de cinco años ingresado en un hospital es para que le quiten las amígdalas, para operarle una hernia o un testículo no descendido. Pero a uno de los primeros niños que traté en Vietnam, un soldado le había dado una granada para que jugara con ella, vete a saber por qué. La granada explotó y, básicamente, hizo estallar aquel cuerpecito en pedazos. Vivió un día y una noche, y después murió.

La mayoría de los soldados estaban como locos con los niños; siempre los cogían en brazos. Ingresamos a uno al que habían utilizado como trampa cazabobos. Tendría unos cinco años. Le habían atado una bomba y lo habían mandado a un bar al que acudían los soldados. Cuando uno de ellos lo cogió en brazos, explotó. Mató a cinco hombres.

El niño estuvo muy poco tiempo en el hospital. No vivió mucho. Estás ahí y piensas: «Joder, ¿qué mierda es esta? No quiero tratar a este niño». Pero luego piensas: «Solo tiene cinco años. ¿Qué posibilidades tiene de sobrevivir?» Al final, lo más fácil era no pensar en ello y punto. Te decías: «Pues nada, esto es lo que hay. Si, total, se va a morir de todas formas». Y luego seguías con lo tuyo.

Una vez nos trajeron a una prostituta. No me acuerdo de cuál era la historia exactamente, pero creo que había estado con un par de soldados y la habían pillado intentando robarles. No sé qué paso, pero habían muerto dos tíos y ella había sobrevivido, aunque le habían disparado. La ingresaron en nuestro pabellón. Tenía mi edad, veintipocos años.

—Joder, se va a morir —le dije a un amigo—. Espero que no se muera durante mi turno, porque paso de tener la responsabilidad de reanimarla. Me importa una mierda lo que le pase.

Aquel chico era muy majo.

—¿Por qué te sientes así? —me preguntó.

—La odio con toda mi alma. No importa si a la puta la ha usado alguien o no, están todos en el mismo saco y tienen que pagar las consecuencias. De momento, solo han pagado esos tíos; ahora le toca pagar a ella.

La odiaba con toda mi alma.

—Cuando llegue el momento, estoy seguro de que harás lo que tengas que hacer —respondió.

—Ni hablar. No pienso mover un dedo por ella. Ni de coña.

Como no podía ser de otra manera, sufrió un paro cardíaco cuando yo estaba de guardia y, sí, le hice la RCP mientras otra persona se encargaba de la ventilación. Al final se murió, pero no porque yo no hiciese nada. Fue duro de todos modos.

Ahora creo que no tendría que haber pasado por esa experiencia. Nadie quiere saber que pasan cosas así en el mundo. No quieres saber que una persona puede sufrir heridas como esas, ni que puede sufrirlas tanta gente a la vez. No quieres saber que hacen estallar a los niños en mil pedazos. No quieres saber lo mal que se pueden poner las cosas, ni lo mala que puede llegar a ser una misma. No quería decidir quién tendría medicamentos y quién no. Deberíamos haberlos tratado a todos como seres humanos, pero no lo hice.

Por la noche no dormíamos; nos echábamos una siesta en algún momento del día y listo. Hacía cualquier cosa con tal de no irme a la cama. Jugábamos al *cribbage* [100] hasta que estaba tan ciega que no veía los agujeritos y no podía meter las clavijas. No sabía ni si estaba moviendo las mías o las de otro. Al final se convirtió en un chiste; hacíamos bromas sobre no ser capaces de irnos a la cama. Pero, en el fondo, nadie se reía. Teníamos miedo. Solo dormías si estabas borracha como una cuba, o si te metías por la vena, o si te fumabas seis porros y acababas en estado comatoso.

Ni siquiera los pacientes conseguían conciliar el sueño. Cuando me tocaba trabajar por la noche y me sentaba en el escritorio para completar los historiales, tenía como mínimo a seis o siete sentados a mi alrededor. No hablaban. Quizás alguno te decía que quería casarse contigo, pero, en realidad, lo único que querían era compañía. No podían dormir, les daba miedo, aunque estuvieran en el hospital. No tenían forma de defenderse y estaban heridos. Y yo estaba allí con una luz encendida; había luz y un cuerpo cálido y no tenían que volver a la cama, a enfrentarse a lo que fuera que tenían que enfrentarse cada vez que cerraban los ojos.

Nos quedamos sin sangre para las transfusiones. Nos quedamos sin antibióticos. Pero siempre teníamos macedonia de frutas, botas de goma y chanclas para la ducha.

El miedo de todas las enfermeras era que nos secuestrara el enemigo y no tuviéramos Tampax. No podíamos recurrir a coger hojas de la jungla porque la habían deforestado. Nos dijeron que tuviéramos siempre la maleta preparada porque, si nos invadían, nos evacuarían, aunque era todo una patraña. Más tarde, descubrí que no tenían ni plan de evacuación ni pollas en vinagre. Si nos invadían, mala suerte, amiga. Pero, fuera como fuese, todas metimos lo mismo en la maleta: algo de dinero, una cámara y Tampax. Mi chaleco flak estaba tan lleno de Tampax que no lo podría haber atravesado absolutamente nada.

~

Estábamos al lado de Dak To, una ciudad pequeñita de la provincia de Quang Ngai, uno de los bastiones tradicionales del Vietcong, a tres kilómetros del mar de la China Meridional.

Estuve en la brigada de Calley [101] un año después de la matanza de My Lai.

Cuando llegué me convertí automáticamente en el oficial al mando, pues era el que tenía el rango más alto. Había otros tres suboficiales, rangos muy respetables para alguien que no llevara mucho tiempo allí. Llevábamos el uniforme para la jungla, pero sin insignias, solo las iniciales «U.S.» bordadas al cuello y el nombre de nuestra unidad: Los Guerreros de la Jungla [102] .

Cuando entré a formar parte de ella, la unidad contaba ya con un grupo fijo de doce espías vietnamitas en nómina. Los identificábamos con una letra seguida de un número, del D-1 al D-12. De vez en cuando, aparecía alguno de ellos para darnos información. Les pagábamos con lo que llamábamos «fondo de contingencia»: alcohol, tabaco o dinero en efectivo, según la calidad de la información que nos dieran. Algunos de ellos tenían una especie de sueldo, así que les dábamos lo que les correspondiera.

Mi unidad tenía fama de buscar activamente enfrentamientos con el enemigo, no solo para descubrir sus planes, sino para actuar sobre la información que recibía.

Pronto empecé a darme cuenta de que esta reputación era una especie de justificación para los de infantería, una excusa, porque aquellos tíos no tenían que entrar en combate. Los de inteligencia no tenían que pasarse el día con un macuto a cuestas ni lidiar con los peligros diarios a los que se enfrentaban los soldados de infantería. Sin embargo, se les había permitido construir aquel mito a su alrededor.

Había un tío en particular que era el arquetipo del mercenario. No lo controlaba nadie; ni siquiera él tenía control sobre sí mismo. Yo lo llamaba el Asesino.

Era de Georgia y había jugado al fútbol americano durante un tiempo. El Asesino era, de hecho, un tío encantador, pero detrás de esa fachada se escondía la mente incansable de un depredador.

La mayoría de los soldados de inteligencia eran conscientes de que estaban allí para evitar el combate, pero el Asesino tenía ganas de repartir leña. Y yo, que a pesar de ser el novato era el que mandaba, tenía que tomar una decisión. Había una parte de mí que, emocional e intelectualmente, estaba del lado de la facción que se oponía a ejercer de unidad de combate, pero también tenía otro lado que, aunque inconsciente, era temerario y quizá un poco aventurero. Tenía veinticuatro años y mucha curiosidad.

El día de mi primera patrulla era la típica mañana del principio de la temporada de los monzones. Todo empezaba a ser un poco húmedo y un poco gris. No nos habían atacado ninguna vez desde mi llegada y todo el mundo empezaba a estar nervioso, porque ya tocaba. Por otra parte, ya estábamos cómodamente instalados; jugábamos mucho al póker.

Y ahí estaba yo, sentado en el barracón, intentando, de algún modo, establecer un procedimiento operativo estándar para toda la unidad. Tenía claro que también tenía que mantener el tipo con mi comandante y producir alguna gilipollez, mandarle algún informe.

Entonces el Asesino se puso como loco porque apareció D-9, uno de los agentes vietnamitas. Vi su silueta en el marco de la puerta. Era un poco más corpulento, un poco más alto, más seguro de sí mismo y entrenado que los demás. No era un campesino. Era diferente. Tenía unos cuarenta y cinco años y vestía unos pantalones de pijama negros, pero una bonita camisa blanca tropical. Llevaba una 9 mm sujeta en el cinturón y un par de granadas de fragmentación.

D-9 parece indiferente, tiene pinta de saber lo que hace. Su expresión no revela nada. No ha venido hasta aquí por el dinero ni por el alcohol, como

el resto de espías. D-9 cuenta con un pequeño séquito y es evidente que tiene autoridad.

Se acerca a la mesa, sobre la que hay desplegado un mapa de la zona en la que estamos llevando a cabo operaciones militares, con una hoja de acetato encima y un lápiz atado con una cuerda. El Asesino empieza a interrogarlo con ayuda de nuestro intérprete.

D-9 le informa de que una célula del VC se ha desplazado hasta la zona. El jefe de asuntos económicos y el recaudador de impuestos están en una aldea. Si, por casualidad, hubiera una patrulla de soldados americanos peinando la zona, el VC tendría que esconderse en uno de los agujeros de araña [103] destinados a este cometido. Él sabe todo esto porque tiene otro espía subordinado en la aldea, trabajando para él. Ese subordinado estará por la zona y esparcirá unos pedacitos de papel rojo en las inmediaciones del agujero de araña.

Me parecía todo muy interesante, pero no acababa de creérmelo, me daba la impresión de que nos la quería meter doblada. Me resultaba demasiado teatral.

Sin embargo, D-9 había demostrado ser de utilidad en el pasado, tenía un buen historial, y nosotros estábamos deseando que llegase una oportunidad para salir. Ya no se trataba de si la información era buena o no; se trataba de salir de allí a repartir leña.

Si hubiéramos tenido tantas ganas de marcha como creíamos, habríamos solicitado que nos trasladaran a una unidad de infantería o a los Lurps, pero, en realidad, no éramos más que una panda de gamberros aficionados, unos abusones. Teníamos la oportunidad de montar un buen pollo sin que mamá nos echase la bronca, sin que nos mandaran al despacho del director.

Trabajábamos con cuatro batallones. Convocamos al que le incumbía aquella información y se la dimos al oficial de inteligencia, el S2, que respondió que mandaría a un *chopper* a por nosotros. Cada teniente coronel tenía su propio helicóptero —su Charlie Charlie [104] —, que utilizaba para tener a sus tropas controladas. Si había lío, podía contemplar el espectáculo a cinco mil pies de altura.

Fuimos al helipuerto y apenas unos minutos después… Trac, trac, trac, trac: apareció un Huey. Nos llevó hasta la LZ, un puesto de avanzada del batallón que se encontraba sobre una colina.

Bajamos hacia el TOC —el Centro de Operaciones Tácticas— a grandes zancadas. Estaba en un búnker construido dentro de una colina y muy

fortificado, con travesaños y sacos terreros. Había un mapa colgado en la pared, un par de sillas y algunas mesas, igual que en las fotos de la Segunda Guerra Mundial.

Y ahí abajo estaba el jefe; tendría unos cuarenta y cinco años y se notaba que era un tío eficiente, con ganas de trabajar.

—Veamos, teniente, ¿qué tienes para mí? —me dijo.

Le señalé unas coordenadas en el mapa y le solté todo el rollo. El Asesino abogó por la credibilidad de D-9. El S2 estaba de acuerdo y aseguró que no era ninguna trola.

—Os proporcionaremos una escuadra del cuartel general y un helicóptero —dijo el coronel—. Ahora mismo, tengo un pelotón de reconocimiento en la zona con dos o tres vehículos de asalto. Os encontraréis con el teniente tal y tal, estableceréis un cordón alrededor del objetivo y procederéis en misión de «búsqueda y destrucción».

Nos montamos en el *chopper* , despegamos y fuimos a buscar al pelotón, que estaba abriéndose paso entre la hierba alta, y nos subimos a uno de los tres vehículos.

Era la primera vez que estaba allí, adentrándome en el Vietnam rural, en sus praderas y arrozales. De vez en cuando, pasábamos junto a bosquecillos de banianos y bambú, pero casi todo el paisaje estaba cubierto de hierba alta, como espadañas o juncos. A lo lejos se veían las casitas de paja de los vietnamitas. Estaban por todas partes: dos cabañas por aquí, tres por allá, separadas por los arrozales. Ancianos y niños caminaban chapoteando por los campos, junto a un búfalo de agua que tiraba de un arado.

Al llegar a una arboleda, D-9 nos hizo una señal para que nos detuviéramos. El teniente de la patrulla de reconocimiento ordenó a sus hombres que formasen un círculo de unos noventa metros de diámetro alrededor de la zona. Habría cerca de treinta y cinco soldados. Allí estábamos también el grupo de mando: el Asesino, D-9 y sus subalternos, el intérprete, el S2 y un servidor.

Por fin, uno de los hombres de D-9 salió del bosquecillo con un papel rojo. «Joder, qué raro —pensé—. ¿Será verdad?» Pero enseguida me dije: «Bueno, pues claro que han tirado algunos papeles rojos por ahí. Ahora nos pasaremos una hora y media buscando y no encontraremos nada, volveremos a los vehículos de asalto, el helicóptero nos recogerá y nos llevará de vuelta a la barraca». Cuanto más buscaban, más crecía mi escepticismo.

Pero, al final, encontraron la tapa que cubría el agujero de araña. El Asesino se echó cuerpo a tierra, se arrastró hasta el agujero y lanzó unas cuantas granadas de fragmentación. Luego quitó la tapadera de una patada y vació dentro unos cuantos cargadores, de pie, rollo Audie Murphy [105], ametralladora en mano.

No pasó nada. Discutimos sobre qué hacer a continuación y decidimos lanzar una Claymore, como niños que pasan de un petardito de dos centímetros y medio a un petardo con el doble de potencia. Conectaron los cables, la lanzaron dentro, conectaron el cable al detonador y… ¡BADABUM! A tomar por culo el agujero. De todos modos, era casi todo *flechettes* [106], tampoco tenía mucha potencia explosiva.

Al lado de la entrada del agujero había un árbol. El especialista en demoliciones puso explosivo plástico contra la corteza, metió el cable de detonación, lo desenrolló y: «¡Todo el mundo a cubierto!». ¡BUM!

Para entonces, a mí ya no me quedaba ninguna duda: ahí abajo no había nadie. Era un juego surrealista. Cuando el humo se disipó, nos acercamos al agujero. Todo el mundo tenía algo que decir, estábamos indecisos. Al final, D-9 ordenó a uno de sus hombres que bajara a inspeccionarlo. Unos minutos después, sacó una pierna. Después, el cadáver de un hombre al que le faltaba una pierna. Luego sacó otro cuerpo. Y, finalmente, otro más —uno joven, casi un niño, quizá en los últimos años de la adolescencia—. Habían tenido una muerte horrible. Estaban ahí abajo apretados como sardinas; era evidente que el hombre al que le faltaba una pierna era el que estaba más cerca de la entrada.

Tenían pinta de ser mandamases. Eran de mediana edad; llevaban algunas piastras encima, aunque tampoco una fortuna. No parecía que acabáramos de pillar al recaudador de impuestos después de hacer la ronda. Llevaban algunos documentos, entre ellos el de identificación, pero ningún diario. Lo recogimos todo y lo mandamos a analizar.

Después de que sacaran los cuerpos, los soldados, como nadie les había dado la orden de abandonar el perímetro, empezaron a acercarse con sus macutos a cuestas. De repente, empezaron a sacar las Instamatic; los flashes saltaban por todas partes. Experimenté una sensación muy extraña, como si me hubiera proyectado fuera de mi cuerpo. ¡Clic! ¡Clic! ¡Clic! Lo veía todo a cámara lenta, como si fuera una pantomima: aquellos tíos metiendo una mano en un bolsillo oculto del uniforme, con destreza y elegancia; el efecto

estroboscópico de los flashes en forma de cubo. Sonreían de oreja a oreja, felices, como si acabara de suceder algo maravilloso.

No quiero que parezca que yo no me sentía eufórico por cómo había salido el operativo. Has hecho tu trabajo y te has marcado un tanto; te espera una palmadita en la espalda. Yo intentaba ser uno más, así que no expresaba la confusión que sentía, las dudas que me asaltaban. Estaba allí de pie, asintiendo, como todos los demás.

—¡Vaya! Tres KIA. Recuento de bajas: tres. El coronel se va a poner contentísimo. ¡Sois la polla! —nos felicitó el S2.

Entonces alguien se dio cuenta de que al tercer fiambre, el más joven, se le movía el pecho. Seguía respirando.

El Asesino se arrodilla, lo agarra del pelo y le levanta la cabeza. Con la otra mano, saca su revólver del 38 y se lo pone en la sien. Entonces, el Asesino levanta la vista. Supongo que buscaba nuestra aprobación, consenso. Si lo hubiera hecho de forma espontánea, automática, no habría habido forma de salvar al muchacho. Pero el Asesino quería que todos estuvieran de acuerdo, que fuera una decisión de grupo. No podía hacerlo solo. Dijo algo así como:

—No tomamos prisioneros, ¿verdad?

Entonces pasó algo. Volví a tener los pies en la tierra. Tomé la decisión en un instante, sin dudarlo ni un segundo.

—No —dije—. No puedes matarlo así sin más.

El Asesino se pilló una rabieta del copón.

—Si llevamos a este tío a la policía y lo entregamos como sospechoso de ser parte de una célula, lo tendrán allí encerrado unos días y luego aparecerá un familiar suyo, untará a quien tenga que untar y este tío volverá a estar fuera plantando minas por la carretera. O lo matamos ahora o seguirá matando a los nuestros. Es la política de esta unidad, teniente. No tomamos prisioneros.

—Pues esa no es mi política. No sé de qué me estás hablando —le contesté.

Les solté un discurso moralista sobre cómo lo que acabábamos de hacer aquella mañana era justificable, un acto de guerra legal, pero que matar a un hombre a sangre fría era algo que no estaba dispuesto a autorizar. Después, para salvarme el culo, añadí:

—Además, este tío podría proporcionarnos información importante sobre el enemigo.

El otro teniente llamó a su sanitario, que saltó al agujero donde estaba el chaval y le puso una vía intravenosa y fue evacuado. Por lo que sé, podrían haberle cortado el cuello en el mismo *chopper* y haber arrojado el cadáver al vacío.

Después de aquello, los chicos no volvieron a confiar en mí.

~

Se abrieron las puertas del infierno. Salté tras el tronco de un árbol, me agaché y me asomé a mirar. Oía a uno de los soldados que me acompañaban chillar a pleno pulmón. Le habían volado una pierna en pedazos. A su lado, la tierra saltaba por los estallidos de las balas: los francotiradores estaban intentando cargárselo. Había otros tres compañeros más adelante, tumbados boca abajo en un pequeño arroyo.

Detrás de mí estaban los de la ametralladora; se suponía que esa mierda tenía que estar disparando, pero no se oía nada. Supuse que se habían cargado al artillero y el resto de la unidad estaba fuera de juego. Yo debía de ser el único cabrón que seguía con vida. El resto estaban muertos o jodidos.

Abro fuego con mi M-16, cambio un cargador tras otro mientras intento por todos los medios quitarme el macuto de los cojones para poder moverme con libertad. Sé que están cerca, así que disparo y disparo.

El herido no para de gritar. Yo le digo que se calle la boca y se haga el muerto. Cuanto más y más fuerte grite, más le dispararán.

—¡Está bien, está bien! ¡Voy a por ti! —le digo.

Cambio el cargador, salto el tronco y doy cuatro o cinco pasos, sin dejar de disparar ni esquivar balas. De golpe, vuelvo a estar donde estaba, al otro lado del tronco. Me ha explotado una carga de mochila en las narices y me ha tirado hacia atrás. Estoy ciego.

No veo nada, pero sé que estoy rodeado de *gooks* . Con la cartuchera colocada de forma que pueda saber cuánta munición me queda, sigo disparando y disparando. Los maldigo, profiero todos los insultos que se me ocurren. No sé si volveré a ver la luz del día. Estoy furioso. Lo único que quería era poner a ese hombre herido a cubierto y he sido yo el que ha saltado por los aires.

Oigo movimiento en los arbustos que tengo detrás. Me doy la vuelta y empiezo a disparar en esa dirección. Alguien cae sobre los malditos arbustos.

—¡No, no, espera! ¡No dispares!

Es Jackson, uno de los míos, que llega junto a mí. Me había dado por muerto.

—¿Tiene mala pinta? —le pregunto.

—No quieras saberlo.

—¡Joder, que me digas si tiene mala pinta!

No quiero tocarme la cara, porque me arde la herida. Sé que está sangrando; noto cómo el líquido se me desliza por el cuello.

—En realidad, hay tanta sangre que no te puedo decir si es grave o no.

Me dejo caer hacia atrás, pensando: «Dios mío, me he quedado ciego para siempre». Estaba seguro. Además, supuse que también habría quedado desfigurado. Si no me podía decir si era grave o no, es que era muy grave.

Al cabo de un rato, empecé a secarme los ojos poco a poco con la toalla que llevaba en el cuello. Joder, quería volver a ver. Seguí secándome los ojos con cuidado. Debía de llevar diez o quince minutos ciego. En un combate, el tiempo puede pasar en un instante o alargarse una eternidad. Se pierde la noción del tiempo. A mí me pareció un año.

Al cabo de un rato, empecé a ver borroso. La explosión me había impactado por la derecha, así que tenía ese lado de la cara lleno de metralla. Cuando empecé a palpármela con los dedos, las esquirlas empezaron a desprenderse y a caerse por entre mis dedos. Supuse que no me había explotado muy cerca, porque la metralla se me había quedado en la piel y no se me había incrustado en el cerebro, pero me había jodido de todos modos. Como había vuelto a recuperar la visión, miré a mi compañero.

—Joder, tío, en serio, ¿tiene mala pinta o qué?

—Bueno, te acabas de limpiar casi toda la sangre.

Se lo estaba tomando a la ligera y yo seguía medio ciego. Me entraron unas ganas locas de darle una paliza. Luego empecé a disparar otra vez.

—¿Cuántos han caído? —le pregunté—. Hace rato que no oigo la ametralladora.

—Los artilleros se han escondido detrás de una roca. Todos. Todo el equipo.

—¿Qué?

Para entonces, ya se oían los refuerzos, que se acercaban corriendo hacia nosotros, arroyo abajo.

—¿Qué coño pasa con la puta ametralladora? —gritó alguien.

La habían colocado encima de una roca, pero estaban todos agachados detrás. Nadie disparaba.

—¡Dispara, Jackson! —le dije—. ¡Dispara con el automático!

Ahora que empezaba a ver un poco, me di cuenta de que los tipos que estaban tumbados boca abajo en el agua se movían. Los mismos que había dado por muertos hacía un rato.

—¿A cuántos han dado?

Contestaron todos en voz alta

—¡A mí no!

—¡A mí no!

—¡No estoy seguro!

—¡Sois unos hijos de puta! —les grité.

Nos dieron orden de recular. El fuego casi había terminado para entonces; el VC también se estaba retirando. Nosotros hicimos lo mismo. Empecé a patear al artillero y a su ayudante por no abrir fuego. Estuve a punto de pegarles un tiro a los dos.

Cuando me tranquilicé, el artillero dijo:

—Qué tío, ese Baldwin. Eso sí es un hombre.

Pero ¿acaso vino un *medevac* a por mí? Pues claro que no. Si te habían herido en las piernas, te evacuaban. Los que tenían heridas en la cabeza o en los brazos se quedaban en la jungla. Tuve que seguir andando con toda la cabeza vendada, metida en una especie de turbante blanco.

—Tenéis que pintarme esta mierda. ¿Dónde voy con esto en medio de Nam? Soy una puta diana.

Cantaba que no veas. Al final, me lo taparon con pintura de camuflaje.

Más tarde nos enteramos de que nuestra compañía se había enfrentado a una división entera, pero lo único que vimos fueron un par de huellas de unas zapatillas deportivas y un par de sudaderas con el logo de la Universidad de California en Los Ángeles. Empezamos a preguntarnos contra quién narices estábamos luchando. Estábamos empapados y congelados bajo el monzón y los tíos del EVN llevaban sudaderas de la UCLA.

~

Estaba siguiendo un rastro de sangre. Quienquiera que fuera perdía cada vez más cantidad. El combate había terminado hacía veinte minutos, así que

algunas de las manchas que había encontrado junto a los primeros matorrales ya estaban secas. El color de la sangre iba cambiando a medida que avanzaba. Se iba haciendo más vívido y húmedo, de aspecto más espumoso. Eso significaba que le estaba ganando terreno.

A cada paso que daba, la tensión iba en aumento. Conocía las historias de los héroes de los cojones, que a pesar de estar malheridos se quedaban atrás para que sus compañeros pudieran avanzar. Las películas bélicas americanas están llenas de escenas así. Di por hecho que los vietnamitas eran iguales.

Cuando vi que el rastro era más fresco, empecé a moverme más despacio. Al principio había mucha sangre, pero supuse que se habría intentado parar la hemorragia. Cuando lo alcancé, vi que se había hecho un torniquete en la pierna izquierda. Le habían pegado un tiro y tenía una herida con muy mala pinta. El torniquete no estaba nada mal. Dirías que… Aunque, bueno, quizá no, al fin y al cabo, era un norvietnamita ignorante. Pero podría haber sacado una bandera blanca y así yo lo habría dejado en paz, no sé, lo habría capturado y punto. Se podría haber rendido, o algo así. En aquel momento tampoco tenía ganas de joderlo.

Oí un ruido en un arbusto y los dos soldados que me acompañaban y yo abrimos fuego. Disparamos unas trescientas balas. Y ahí terminó todo. Se quedó tieso. Cuando lo vimos, fue decepcionante. No estaba armado. A cuatro o cinco metros del cadáver había un AK-47.

Llevaba puestas unas zapatillas deportivas, de esas de tela negra con una especie de pelota a la altura del tobillos, como las que llevábamos nosotros cuando éramos pequeños. Recuerdo las huellas de sus zapatillas en el suelo.

~

A veces, los francotiradores acompañábamos a la compañía con la esperanza de localizar a algún observador avanzado enemigo y reventarle la cabeza a la mínima oportunidad. Si la compañía se topaba con algo sospechoso, me llamaban a gritos y yo me adelantaba y disparaba donde me dijeran. Unas veces era un *gook* y otras, un ciervo. Nuestro comandante había conseguido su ciervo en Vietnam. Nos lo llevamos a rastras a la base para que pudiera colgar la cabeza en la pared. Era un marine de poca monta, de esos con las botas tan brillantes que parecían limpiadas con saliva.

Otras veces te tocaba perseguir a un tipo en concreto. Eso ya era otra cosa. Ese tío tenía identidad. Sabías cuál era su cometido específico, sabías quién era. De esos sí me acuerdo.

Los de inteligencia te decían dónde estaba, de dónde vendría y a qué hora llegaría. Y esa gente era puntual.

Salíamos dos tíos a por él, un francotirador y un rastreador. Los *choppers* descendían en seis o siete puntos distintos, para que nadie pudiera saber exactamente dónde estábamos, y luego, normalmente, nos colocábamos al lado de alguna carretera. Para entonces ya había mucha tensión, así que no hablábamos mucho. Hasta que no me acostumbraba al terreno, estaba nervioso. Después, comprobaba las líneas de tiro. ¿Qué pasaría si salía mal? ¿Qué pasaría si no le daba al objetivo, o si lo acompañaban otros veinticinco tíos? Barajaba todos los escenarios posibles con el rastreador.

Me preparaba y, en cuanto lo localizaba, lo acribillaba. Cuando ya estaba hecho, me acercaba a él corriendo para quitarle lo que llevara encima, le registraba los bolsillos y corría al punto de recogida. Tenía que solicitar la evacuación por radio. Entonces, el piloto me preguntaba si había peligro y le contestaba que sí o que no, y entonces bajaba y me recogía.

Esas misiones me tocaban los cojones. Podía racionalizar los intercambios de fuego en el frente. Sabía que ellos conocían los riesgos igual que los conocía yo; era una pelea justa. Si de pequeño no me hubiera tragado tantas películas de indios y vaqueros, quizás no me sentiría tan culpable. Pero la televisión me enseñó que había una forma correcta y una incorrecta de matar a la gente. Mamé esa mierda desde pequeño. La televisión fue mi padre adoptivo.

No siempre disparas con ira; tardé mucho tiempo en acostumbrarme al hecho de que no mataba a nadie por venganza. Esa gente no me había hecho nada. Tiempo después, me asustó haber sido capaz de hacerlo sin darle más vueltas al asunto. «Joder, hacer ese tipo de cosas sin pensar y luego decir que no cuenta, que no ha pasado nada, es raro de cojones —pensé—. No debería ser capaz de hacer eso. ¿Qué coño me pasa?».

~

Un coronel de la caballería acorazada tuvo la mala fortuna de tener que llevar a mis hombres, con cierta frecuencia, hasta un punto desde el que partíamos de emboscada. Cada vez que iba, un tanque pisaba una mina y le

destrozaba una oruga, cosa que implicaba pasar medio día o un día entero en mitad del camino. Pues resulta que el hijo de puta del coronel dijo:

—Es la última vez que os llevamos.

—Pero ¿a qué viene eso?

—Te diré a qué viene, soldado. Viene a que cada vez que salgo con vosotros me quedo sin tanque. ¡Y ya no os vais a cargar ninguno más, hostia! Me importa un rábano lo que les pase a tus hombres, ¡pero no pienso perder un puto tanque más!

—Pero, mi coronel, lo único que se hace con los tanques es llevarlos hasta el perímetro por la noche y utilizarlos como arma fija. No entiendo dónde está el problema si un tanque no se puede mover. Mientras pueda conducirlos hasta el perímetro, ¿qué diferencia hay?

Al coronel no le hizo ni pizca de gracia lo que le dije, así que una mañana no nos sacó del campamento base y nos atacaron. Justo cuando nos atacaban, me dio una rampa en la pierna. Estaba en una acequia con barro hasta la nariz y con la puta rampa. No podía moverme porque el dolor me estaba matando, así que me tocó ponerme a dar saltitos en mitad del puto fuego cruzado. Y mientras yo saltaba, los de los tanques, los muy hijos de puta, estaban de pie encima de sus putos tanques mirando la que nos estaba cayendo encima.

El VC nos estaba disparando desde una colina en la que solía tendernos emboscadas, así que tampoco estábamos tan mal como parecía. Pero cuando te atacan, al principio no sabes ni dónde ni quién ni qué ni nada. Te tiras al suelo y esperas a ver qué pasa. Y así estábamos, tumbados en el barro mientras los chicos del coronel vitoreaban, pero no a nosotros, sino al VC. Llevábamos un cabreo de la hostia. Hay casos y casos, claro está, pero tu vida es tu vida e intentas salvarla. No es para tomárselo a cachondeo.

Así que le teníamos muchas ganas a ese cabronazo. Pero ¿qué podíamos hacer? No nos lo podíamos cargar, y tampoco nos podíamos cargar a sus hombres… Así que decidimos darles un buen susto. Hacer que se les pusieran los huevos de corbata.

Aquella base no la atacaban nunca. Jamás. El VC miraba el campamento, veía esos jodidos tanques y sabía que no conseguiría entrar ni en un millón de años. Ni de coña. Ochenta tanques en fila esperando a que alguien se atreva a acercarse es una imagen que impresiona a cualquiera.

Me las arreglé para que nos tocara cubrir la zona sur de su campamento base, donde no tenían tanques. Esa noche, descolgué el teléfono y pregunté

a uno de mis hombres del búnker de al lado:

—Oye, ¿veis algún movimiento ahí fuera?

—No lo sé —me respondió, el muy gilipollas.

Lo habría matado. Pero, de repente, otro tío que también estaba al aparato intervino:

—¿Sabes qué? Creo que estoy viendo algo.

Pero ese tío no era de los nuestros.

—¿Dónde? —le pregunté—. ¿A tu derecha?

—Sí.

—¡Sí! —grité—. ¡Yo también lo he visto!

Mis hombres empezaron a meter baza:

—¡Yo también lo he visto!

—¡Y yo!

Y, de repente, estábamos hablando de lanzar un ataque por tierra desde la línea de búnkeres.

Me pongo en contacto con la unidad de defensa:

—Arizona seis-cinco, vamos a abrir fuego de reconocimiento.

Y, ¡zas!, cuelgo el puto teléfono. No quise darles la oportunidad de que dijeran que no. Verás, si abres fuego de reconocimiento, delatas la posición del armamento automático, y eso no les gusta. Pero el enemigo ya sabe dónde están los búnkeres y sabe que donde hay un búnker, hay un arma automática, así que ¿qué puto sentido tiene no abrir fuego? Íbamos a delatar una posición que ya conocían.

Así que abrimos fuego. Establecí contacto otra vez:

—Arizona seis-cinco, aquí el comandante del búnker. Necesitamos iluminación, ¡iluminación!

Y colgué el teléfono otra vez. Y en cuanto hubo iluminación, ya estaba hecho. Todo el mundo se puso a disparar con todas las armas que tuvieran. No importaba si podían ver algo o no, no había ninguna diferencia.

Después me llevé a cuatro soldados y cruzamos la base disparando contra el Regimiento de Caballería Acorazada que estaba de guardia en una parte del perímetro en la que no estaba pasando nada. No has visto nada igual en tu vida, te lo aseguro. Nuestra discreta potencia de fuego y el repiqueteo de unas cuantas balas contra las placas de metal de los tanques bastaron para que todo estallara.

El coronel me llamó por teléfono:

—¿Qué coño estás haciendo? Dime, ¿qué coño haces? ¡Acabas de revelar la posición de todo el armamento automático!

—Nos están atacando, mi coronel.

—¿Qué?

—Sí, señor, nos están acribillando.

Y le colgué sin decir nada más. Él solicitó apoyo aéreo; llegaron los Cobra y empezaron a bombardearlo todo.

Nosotros nos sentamos por ahí y empezamos a fumar maría.

—¡Guau! ¿Has visto esa explosión?

—¡Joder! ¡Mira qué colores! —dije—. Espera, que voy a pedir más iluminación por aquí. ¡Qué preciosidad!

Al cabo de dos horas y media, nos habíamos ventilado, fácilmente, casi sesenta mil dólares en munición. Cuando terminó todo no encontramos ni un solo cadáver. Porque no había ninguno, claro.

Al día siguiente me llamaron para leerme la cartilla.

—¿Qué cojones pasó anoche ahí fuera?

—Nos atacaron, señor.

—Pues no hemos encontrado ni un solo cable cortado. Ni escaleras ni huellas ni cadáveres. He puesto a los de inteligencia a investigar qué ha pasado.

—Bien, buena idea, señor. Quizás descubran quién nos estaba atacando.

Y salí del despacho.

En ese campamento base en particular nos lo habíamos montado muy bien. Podíamos mover una parte de la alambrada de espino para que entraran las putas a follarse a todos los tíos del búnker. La noche siguiente, todos estaban nerviosos por cómo íbamos a colar a las putas, porque se suponía que los de inteligencia estarían vigilando el búnker para ver qué hacíamos. El tío de inteligencia, el muy gilipollas, se puso entre los búnkeres y la alambrada, cavó una trinchera y se metió allí a pasar la puta noche.

Pues teníamos un problemilla. Nos queríamos traer a las putas pero teníamos a ese cabrón ahí en medio, justo por donde tenían que pasar. Pero, ¡ja!, no llevaba radio, el muy imbécil, y empezamos a disparar hacia donde estaba. No podía ni sacar la cabeza. Nos trajimos a las putas en medio de todo aquel fuego, disparando hacia su posición y acojonándolo vivo. Cuando entraron todas, cerramos la alambrada. Cada vez que al tío se le ocurría asomar la cabeza, le disparábamos. Nos pasamos la noche follando.

A la mañana siguiente apareció temblando. Y así fue como dejamos la Caballería Acorazada.

~

No querían que los tíos del frente se acercaran siquiera a Da Nang, así que íbamos a un bar que quedaba a medio camino entre aquello y Quang Tri. Allí fue donde conocí a un tío al que llamaban Ochenta y Nueve. Lo llamaban así porque se había cargado a ochenta y nueve hombres en un día. Se habían cepillado a todo su pelotón, o algo así, y lo habían encontrado con ochenta y nueve muertos confirmados a su alrededor, una bayoneta en una mano y la culata de un rifle en la otra. No le quedaba munición, pero tenía las dos armas manchadas de sangre.

Cada vez que su unidad entraba al bar, todo el mundo se apartaba. Joder, yo estaba acostumbrado a que los *pogues* [107] se quitaran del medio a nuestro paso y, de repente, éramos nosotros los que nos teníamos que mover. Yo no quería, pero mis colegas me convencieron. Muchos de aquellos tíos tenían una trenza larguísima que les caía por un lado de la cara y una parte de la cabeza afeitada. Otros llevaban cresta, o una trenza como la de Yul Brynner en *Los diez mandamientos* . La mayoría de los negros llevaban crestas porque no conseguían que les creciera el pelo lo bastante como para hacerse trenzas.

Ochenta y Nueve y sus hombres eran marines de las fuerzas especiales. Yo les tenía mucho respeto. Estaban como una cabra, pero los respetaba. Eran de los que coleccionaban orejas.

Las dejaban encima de la barra y al que tuviera más orejas desparejadas le tocaba pagar las rondas de los demás toda la noche. Jugueteaban con ellas, intentando emparejarlas. Si no tenían las dos, no contaba como muerte confirmada: significaba que probablemente se la había robado a otro. Si alguno se quejaba, en plan: «¡no me dio tiempo a cortarle la otra!», contestaban: «¡Y una mierda! Seguro que la has robado».

Esos tíos me fascinaban. Estaban ya en su segundo o tercer año de servicio. A los que estaban en el tercero les habían dicho que tenían que volver a casa esta vez, que no les quedaba otra. Los lazos que les unían eran aún más fuertes que los nuestros. Y no es que fueran por ahí diciendo: «somos lo peor de lo peor», es que ni siquiera reparaban en que había más gente a su alrededor. No recuerdo cómo acabé hablando con el tal Ochenta

y Nueve, pero descubrí que creía firmemente en lo que estaba haciendo. Esa era la diferencia. Los demás estábamos allí porque no queríamos ir a la cárcel, o por la razón que fuera, pero él estaba allí porque creía en la causa.

En el fondo me daban lástima. Llegaron ahí y descubrieron que su único talento era matar, y que se les daba de lujo. Habían probado a qué sabía matar y les había gustado. ¿Qué iban a hacer cuando terminara la guerra? Cuando llegas a la cima, lo único que te queda es caer.

~

Éramos un operativo militar extremadamente profesional, las únicas tropas en todo Vietnam que seguían una disciplina estricta en lo que respecta al ruido y la luz. Teníamos todas las partes móviles de los fusiles pegadas con cinta. Les habíamos quitado los guardamontes para que fuera más fácil disparar. Éramos totalmente silenciosos. Era imposible percatarse de que nos movíamos.

Salíamos a patrullar solamente con el uniforme. No llevábamos ni insignias ni chapas de identificación ni cigarrillos, nada americano. Si nos atrapaban, no había forma en el mundo de identificarnos con las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, excepto por el hecho de que éramos americanos.

Solo llevábamos unas tarjetas que decían que el portador trabajaba para el Servicio de Inteligencia Militar. Si el portador era hallado muerto, no había que tocar el cadáver. No había que quitarle nada e informar de su localización. Esas tarjetas eran lo único que nos podía relacionar con el Ejército de los Estados Unidos. En algunas misiones, no llevábamos ni siquiera eso.

Fuimos a un par de misiones de dudosa legalidad. A veces sabes exactamente adónde vas antes de ponerte en marcha; otras no lo sabes hasta que llegas y abres el paquete que contiene el mapa y las armas. Entonces te quedas ahí plantado y le das vueltas y más vueltas al mapa, intentando orientarte.

El problema era que si se descubría lo que había pasado en Camboya, habría sido el fin de la carrera de Nixon, así que las operaciones que se llevaban a cabo en suelo camboyano no eran solo un asunto clandestino, sino que se negaban hasta en los altos mandos.

En una misión tuvimos que borrar a un pueblo camboyano del mapa, y con esto quiero decir que lo aniquilamos entero. Cuando terminamos, leí unos informes de inteligencia que decían que la población estaba proporcionando suministros a Vietnam del Norte, pero de todo eso solo podías creerte la mitad. Muchas veces, cuando los reclutadores del EVN llegaban a una aldea, cogían a la persona más vieja, la ataban, le rajaban el estómago y dejaban que los jabalíes le devorasen las tripas mientras aún estaba viva. Y luego preguntaban: «¿Quién quiere unirse a nosotros?». Que Dios ayudara a quien no quisiera.

Llegamos a esa aldea y juntamos a todo el mundo como a un rebaño; habría unas sesenta o setenta personas. Mujeres, niños, a todo el mundo. Quemamos las casas hasta los cimientos. Pensábamos que los iban a evacuar.

En el último segundo, desactivé el silenciador del receptor de la radio. Normalmente, no se habla por radio porque el enemigo puede calcular tu posición e incluso oírte. No se utiliza y punto. Quité el silenciador solo porque pensaba que tenían que sacar a aquella gente de allí, que se los llevarían a un campo de prisioneros para interrogarlos y descubrir quién estaba haciendo qué y dejarían en libertad a los demás.

Pero el tío que habló por radio dijo:

—Liquidadlos.

—¿Liquidar el qué? —pregunté.

—Liquidadlos a todos.

—Pero estamos hablando de sesenta o setenta personas. Puede que alguno esté de nuestra parte. ¿Sois conscientes de eso?

—Liquidadlos —repitió.

—¿Me puedes facilitar tu nombre y rango? —le pregunté, porque no pensaba matar a toda esa gente.

—Mira, chaval —respondió—. Te aseguro que tengo cinco rangos y veinte años más que tú. Y te estoy diciendo que los liquides.

—¿Cómo sé que no eres un civil? —le pregunté—. Podrías ser un agente de la CIA operando en el terreno, o algo así. No voy a liquidar a nadie hasta que no se ponga alguien en esta puta radio que me diga quién coño es y con qué autoridad me ordena que los liquide. Y, cuando eso pase, quizá haga algo al respecto.

Dos personas que aseguraban ser oficiales de muy, muy alto rango se pusieron a la radio. Uno de ellos me dijo:

—Por orden del comandante en jefe de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, le informo de que debe cumplir con lo especificado en la transmisión anterior.

—Lo siento, pero de verdad que no puedo creer lo que me está diciendo.

—De verdad que nos importa una mierda si se lo cree o no. Liquidadlos.

Me reuní con ocho de mis hombres; los otros dos estaban vigilando a los aldeanos. Les comuniqué que me acababan de ordenar por radio que hiciéramos picadillo a toda aquella gente. ¿Qué debíamos hacer? Pasamos una hora discutiéndolo.

Era un dilema. Si acatábamos la orden, tendríamos que cargar con ello. Si desobedecíamos, nos meteríamos en un buen lío al volver. No había una buena solución.

Sin embargo, algunos de mis hombres disfrutaban de lo lindo cuando mataban; eran los que estaban de guardia. Cuando les conté cuál era la situación, estaban impacientes. Sonrieron de oreja a oreja. Entonces, volvieron junto a los aldeanos y los hicieron tumbarse en el suelo boca abajo con las manos detrás de la espalda. Y los liquidaron. A las mujeres, a los hombres, a los niños. A todos.

Lo que más me cabreó de todo fue que, una semana después, los periódicos informaron sobre una aldea sin nombre que los militares norvietnamitas habían arrasado, aniquilando a sus setenta habitantes.

Aquello nos tuvo jodidos un tiempo. Fue entonces cuando las cosas empezaron a ir mal. Matar es algo muy impersonal, ¿sabes? Aprietas el gatillo y no ves caer a nadie. Más tarde, quizás, te enteras de si le has hecho daño a alguien o no. Tal vez un general que presenciara la batalla desde su helicóptero sí viera a alguno que otro caer en combate. Pero nosotros empezamos a tener un contacto muy personal con la gente que matábamos, y no me refiero solo a aquellos aldeanos. En general, algunas de las cosas que hacía me empezaron a provocar muy malas sensaciones. No se trataba de una cuestión de moral. Eran, simplemente, unas sensaciones de mierda.

~

Mandé a los intérpretes y a los de inteligencia a interrogar a un soldado vietnamita que teníamos preso. Quería que le sonsacaran todo lo que supiera sobre las bases del VC que había dentro de nuestra zona de operaciones. Volvieron con información importante. Justo en ese momento,

llegó el avión de nuestro destacamento en Da Nang que traía el sueldo de mis hombres. Eché al oficial que lo traía y me subí al avión. Informé al piloto y despegamos.

El piloto era casi un recién llegado y no tenía experiencia de vuelo en combate. Volábamos en un L-19, también llamado Bird Dog, que es básicamente un Piper Cub con dos asientos, uno delante y otro detrás. Además, tenía un juego de mandos extra que se podían acoplar en el asiento trasero. Normalmente, solía colocarlos, simplemente porque pilotar yo mismo el aparato era más sencillo que decirle al piloto adónde me quería acercar. Pero esta vez me monté con tanta prisa que no acoplé los mandos a mi asiento.

Mientras sobrevolábamos un río, vi algo que se asemejaba a un puentecito que no había visto antes.

—Sobrevuela en círculos —le indiqué al piloto—. Quiero echar otro vistazo a aquello.

Hizo un giro de trescientos sesenta grados y descendió muy cerca del suelo.

Las últimas palabras que le dije al piloto fueron:

—Estás volando demasiado bajo.

Las suyas fueron:

—¡Qué va! Remontaré antes de que se den cuenta de que estamos aquí.

Era una técnica que utilizábamos en los vuelos de reconocimiento. Si vuelas justo por encima de las copas de los árboles, hasta un avión poco potente es capaz de remontar el vuelo rápidamente, tanto que, para cuando quien está en tierra lo oye y levanta la vista, ya no tiene tiempo de coger el arma y dispararte. En un lugar llano, esa técnica funciona de maravilla. Sin embargo, en las montañas, donde el enemigo puede estar en un punto más elevado que tú, la cosa cambia.

Aunque nunca sabré lo que pasó con exactitud, estoy convencido de que al piloto le alcanzó la ráfaga de disparos de un arma automática. Creo que lo mató una bala disparada desde tierra. A mí también me dieron. ¿Ves esta cicatriz que tengo en la cara? Nos estrellamos y el avión explotó y ardió.

Lo primero que recuerdo tras recuperar la consciencia fue a un *montagnard* que tiraba del anillo de mi dedo con una mano y sacaba el machete con la otra. Decidí donar el anillo por la causa. Los primeros tres días me pasé casi todo el tiempo inconsciente; cuando me despertaba, estaba básicamente acojonado. Sentía mucho dolor, así que los primeros

meses no estuve muy seguro de lo que pasaba. Tenía tres vértebras fracturadas, quemaduras graves en las dos piernas y algunas heridas internas, además de lo magullado que me había dejado el accidente. Pasé por lo menos un mes escupiendo sangre.

Había seis o siete soldados del Vietcong y ninguno de ellos hablaba inglés. Me tenían atado y me llevaban de un sitio a otro en camilla porque no podía caminar. Al principio estábamos cerca de mi campamento, así que nos adentramos cada vez más en su territorio. Nos movíamos casi todas las noches, supongo que porque no querían que nadie descubriera mi paradero.

La mayoría de los campamentos a los que íbamos eran aldeas *montagnard* , con cabañas de paja y bambú. En las montañas de Vietnam del Sur hace un frío que pela, pero nunca me dieron ropa de abrigo ni mantas. Pasé casi un año entero sin entrar en calor, vestido con harapos y sin medicación. La comida consistía en un cuenco de arroz y verdura hervida, dos veces al día. La carne solo la olía una vez al mes. Según mis cálculos, mi peso bajó de sus ochenta kilos habituales a unos cuarenta. Podía rodearme la muñeca con el pulgar y el índice y subir hasta el hombro sin separar los dedos. Si me sentaba con las rodillas juntas, podía pasar el puño de lado entre los muslos sin rozarme siquiera la piel.

Al cabo de unos meses, el pelo y la barba me habían crecido tanto que tenía un aspecto bastante salvaje. Pero mi apariencia les daba igual, a no ser que quisieran exhibirme ante las tropas vietnamitas o los lugareños. Lo hacían para humillarme, para que todo el mundo viera que eran capaces de derrotar a aquellos americanos tan poderosos. Antes de ponerme una soga al cuello para exhibirme ante la gente, me cortaban el pelo y me obligaban a que me afeitara. Al final, caí en la cuenta de por qué lo hacían. Para los orientales, la barba era un signo de virilidad y de poder, hacía a un hombre respetable y digno de veneración. Dejar a un americano con barba habría sido como decir que merecía el mismo respeto que un anciano.

Al final, llegamos a un lugar en el sur en el que habían levantado un campamento solo para retenerme e interrogarme. Habían esperado tres meses para empezar a hacerlo, algo impensable para los Estados Unidos, ya que creemos que lo mejor es atacar de inmediato. Sin embargo, a ellos no les interesaba obtener información de tipo táctico o estratégico. Sabían más sobre mi zona de operaciones que yo mismo; me lo demostraron en un intento por doblegarme. Lo que querían eran fotografías, grabaciones, declaraciones firmadas, confesiones —ese tipo de cosas— para utilizarlas

con fines propagandísticos. No tenían ninguna prisa en conseguir que un prisionero se viniera abajo, aunque si retrasaron los interrogatorios fue, simplemente, por una cuestión de logística. Los interrogadores entrenados que hablaban inglés habían tardado tiempo en llegar.

Eran buenos. Dejaban a nuestros interrogadores a la altura del betún. Tenían formación en psicología, conocían muy bien la ideología comunista y hablaban mi idioma a la perfección. Eran tres; dos me interrogaban y el tercero era un comisario político que mantenía a los otros dos en su sitio.

Una de las primeras cosas que hicieron fue negar que fueran interrogadores. Me aseguraron que no empleaban técnicas de interrogación, adoctrinamiento o lavado de cerebro. Eran profesores y su único cometido era mostrarme la verdad sobre la situación que se vivía en Vietnam. «Una vez hayas comprendido la verdad, te dejaremos en libertad y podrás volver a Estados Unidos para contársela a los americanos.»

Aquello sonaba muy bien, pero, cuando me lo dijeron, pensé: «Y una mierda. Eso es mentira y lo sabes muy bien». Pero, por otra parte, yo quería creer que me iban a soltar y dejar volver a casa. Lo creas o no, años y años después seguían con la misma cantinela. Habían perdido su credibilidad, pero seguían diciendo: «No tenemos ninguna necesidad de retenerte mucho tiempo. Lo que queremos es enseñarte la verdad y soltarte».

Su forma de abordar el interrogatorio me dejó alucinado, porque yo me esperaba lo peor; llevaba tres meses esperando lo peor. Ya sabes, el típico interrogatorio con torturas físicas, el pack completo. Pero empezaron a contarme la historia de Vietnam remontándose cinco mil años atrás, aunque deformándola un poco para darme, por así decirlo, una versión comunista. En pocas palabras, el Partido se atribuía el mérito de todo lo bueno que había sucedido en cinco mil años y culpaba de todo lo malo a cualquiera o cualquier cosa que no fuese el Partido Comunista. Me hablaron de las invasiones mongola y china. Y, mientras tanto, yo me preguntaba: «¿Para qué coño me cuentan todo esto? ¿Cuándo van a llegar a la verdadera razón por la que me tienen aquí?».

Las sesiones diarias de interrogatorio duraban unas cuatro horas. Primero era una al día; después, dos y, al final, aumentaron la presión y llegaron a cuatro. Estaban intentando ablandarme, ver hasta dónde podían llegar. Querían hacerse una idea aproximada de cuánta información me podrían sonsacar.

Nunca llegaron muy lejos. Mi yo interior se rebeló contra todo lo que intentaron y me negué tajantemente a cooperar con ellos de forma alguna. Se esforzaban al máximo para hacerme hablar sobre cualquier cosa, aunque fuese algo sin importancia, con la esperanza de acabar sacándome algo. Yo lo sabía, así que me negaba a hablar de nada. Pronto empezaron a insultarme y a tratarme cada vez peor. Durante algo más de tres meses, me sometieron a todo tipo de torturas mentales, día y noche. Era tan espantoso que tenían que hacer turnos o dejarme allí solo, porque hasta ellos se cansaban.

Hacia el final, mi estado de salud se deterioró de forma drástica. Todavía no me había recuperado del accidente y había pasado la malaria un par de veces. Privarte de la medicación era otro de sus métodos para deteriorarte y obligarte a colaborar.

Me seguían machacando con el cuento de «si cooperas te dejaremos volver a casa. Cuando comprendas la verdad, sabrás lo que tienes que hacer. En cuanto nos demuestres tu buena fe, te dejaremos ir a casa». Demostrar tu buena fe significaba hacer lo que te dijeran. En mi caso, querían que escribiera un manifiesto político y lo firmara, pero me negué. Al final, lo escribieron ellos por mí, pero también me negué a firmarlo.

Ahí fue cuando empezaron las torturas físicas graves. Al principio no fueron muy originales, me azotaban con una vara y ya está. Pero, con el paso del tiempo, los métodos de tortura empezaron a ser cada vez más sofisticados, sobre todo cuando me trasladaron a Vietnam del Norte. Uno de los métodos más efectivos que tenían era el truco de la cuerda. Me ataban todo el cuerpo en una posición extremadamente incómoda y me dejaban así un par de días.

El dolor es un mecanismo de defensa natural del cuerpo. Si tocas algo que está muy caliente, el dedo manda una señal al cerebro y este, en milésimas de segundo, manda un impulso a los músculos para que quiten la mano de ahí. Es un sistema de impulsos eléctricos y, como cualquier otro, el sistema nervioso humano tiene sus propios disyuntores, ya que el cerebro puede tolerar una sensación de dolor limitada antes de que le cause daño. Cuando el dolor es demasiado intenso, esos disyuntores bloquean la sensación de dolor. Estoy seguro de que has oído hablar de casos de personas que pierden las piernas o los brazos en un accidente, de tráfico o de otro tipo, y dicen que no sienten nada. Al cabo de unos días, cuando el dolor comienza a aparecer, los médicos se sienten aliviados, porque eso

significa que están mejorando. El dolor debe disminuir para que puedan sentirlo. Ese mismo principio se aplica a la tortura.

Las palizas no son un sistema de tortura efectivo porque tras los primeros golpes no sientes nada. Obligar a una persona a ponerse en una postura extremadamente incómoda y a que permanezca así causa un dolor atroz, pero no el suficiente como para activar esos disyuntores.

Una vez me metieron en una jaula de unos cincuenta centímetros de ancho que no tendría más de metro y medio de largo. Yo soy más ancho de espaldas y mido bastante más de metro y medio, así que imagínate lo que dolía y me agarrotaba. Me encadenaron de pies y manos con unas esposas muy apretadas, me metieron por la fuerza dentro de la jaula y me dejaron allí tres meses. Me había negado a postrarme ante ellos. A los tres meses me sacaron, me dieron una paliza de la hostia y, al final, claudiqué, aunque tuvieron que sudar la gota gorda para conseguirlo.

Cuando terminó ese primer interrogatorio, estaba físicamente muy débil y mentalmente agotado. Al final, firmé el manifiesto. El objetivo es resistir hasta el final, pero cuando llegas a esos extremos y te das cuenta de que o te vas a morir o te vas a volver loco —dos opciones muy probables—, tienes que decidir si de verdad vale la pena morir por eso. Es un fenómeno bastante curioso. No lo puedo explicar. Al final de aquella sesión en particular, cuando me obligaron a hacer algo que me resultaba tan repugnante, fue casi como si me viese a mí mismo firmar el manifiesto desde fuera. Estaba de pie en un lado, junto a la pared del fondo, viendo cómo aquel hombre firmaba con mi nombre.

El aislamiento era parte del tratamiento que recibían los prisioneros. Estuve cinco años sin hablar ni ver a otro americano, que es una de las formas de tortura más crueles. Todos nos veíamos obligados a desarrollar algún tipo de ejercicio mental. Una de mis primeras experiencias con el aislamiento fue recordar todo tipo de cosas que había olvidado hacía mucho tiempo. Descubrí que recordaba los nombres de todos mis profesores del colegio, por ejemplo. Las canciones infantiles que había aprendido de pequeño volvieron a mi mente con toda claridad. Me divertía jugar con los recuerdos. Algo que me había ocurrido en sexto curso o el momento en que había construido mi casa del árbol bastaban para llenar un día entero. Mi primer recuerdo se remontaba a cuando tenía dos años y nos habíamos mudado a una casa nueva.

Era importante vivir en las fantasías. Yo mismo me ascendí a general del Ejército, me lancé sobre Hanói en paracaídas con una división de asalto aéreo y ganamos la ciudad. También empecé a hacer cálculos mentales con operaciones aritméticas.

Diseñé la casa de mis sueños, la que yo mismo construiría algún día. Y cuando tuve el diseño completo, decidí dar un paso más y construirla. Y eso hice, en mi mente, a tiempo real. Me pasaba el día con los ojos cerrados, y en mi mente estaba allí, supervisando las excavadoras que cavaban para levantar luego los cimientos. Si suponía que tardaría tres días en levantar los cimientos de la casa, me pasaba tres días trabajando mentalmente en ello. Y así construí la casa entera. Tardé unos seis meses.

Cuando la terminé, quedé muy satisfecho. Decidí que lo siguiente que haría para matar el tiempo sería calcular cuánto me había costado. No tenía nada donde escribir, pero empecé a calcular el precio de los metros de tablones de madera, el número de ladrillos y bloques de cemento, los tubos de cobre, los cables eléctricos, las instalaciones fijas y los pomos de las puertas y el material de ferretería. Ponía un precio a cada uno de los elementos, según podía recordar, y lo iba sumando.

Pasé mucho tiempo pensando en todas las religiones del mundo e intentado decidir si Dios existía o no. Creo firmemente que sí. Construí una preciosa capilla de piedra en mi mente y cada domingo por la mañana me despertaba junto a mi mujer y mis hijos, desayunábamos e íbamos a la iglesia. Nos sentábamos juntos en la capilla que yo mismo había construido, cantábamos los himnos y escuchábamos el sermón que le había preparado al pastor. El domingo siempre era un buen día.

III.
HISTORIAS DE GUERRA

Vencedores

«En Vietnam tuve un perrito. Lo tuve durante tres días y, cada vez que lo cogía en brazos, lo apretujaba hasta que aullaba de dolor o le retorcía alguna patita.

»Sabía perfectamente lo que hacía. Sabía que le estaba transmitiendo algo a ese cachorro. Alguien o algo tenía que sufrir el dolor que yo llevaba dentro y le había tocado a aquel perrito.

»Mi comportamiento me horrorizó tanto que acabé regalándolo. Tenía que apartarlo de mi vista. No creo que hubiera llegado a matarlo, pero tampoco sabía hasta dónde podía llevarme aquel ramalazo de sadismo, tan contrario a la persona que yo creía ser. Sentía que me estaban partiendo en dos.»

Te sube por la garganta de repente, en forma de náusea irrefrenable: el regusto amargo y seco de la maldad. Sacas de paseo a tu perrito y este, con su canina bobaliconería, se detiene para olfatear un adoquín del suelo; allí no hay nada, pero él insiste, y al final tiras de la correa con tanta fuerza que el collar casi le parte la tráquea en dos. Tu hijo grita «¡no!» en el momento menos indicado y tú tragas saliva al descubrirte acercándote amenazadoramente a la carne de tu carne con una mirada asesina. Pisas el freno a fondo, sales del coche y corres a por el tipo que conducía pegado a tu guardabarros con la intención de arrancarle la yugular antes de que le dé tiempo a subir la ventanilla. Un chiste de mal gusto se escapa del nudo de crueldad y mezquindad que hay en tu interior; sientes como si estuvieras contemplándote a ti mismo desde fuera mientras la broma se transforma en una provocación maliciosa. De repente, estás atormentando a otro ser humano —normalmente, a alguien que amas— hasta que esa otra persona intente golpearte a ti.

Ese sentimiento desaparece en un instante; te deja temblando al compás de los latidos de tu corazón, mientras te preguntas de qué lugar de este mundo tan ordenado y cuerdo ha salido un psicópata así. Ese psicópata eres tú, el otro tú, el lado oscuro, el que sabe de todas las cosas horribles que has hecho o que has pensado en la intimidad de tu mente, el reverso de tu conciencia que se aferra al más mínimo signo de desprecio y reclama venganza, por insignificante o desencaminado que esté.

Ningún chaval de dieciocho años se fue a Vietnam pensando: «Verás lo malo que voy a ser ahora», pero la mayoría conoció su lado oscuro en esa guerra. Unos pocos albergaban una cierta malicia adolescente que afloró de la peor manera, nutrida por las circunstancias que allí los rodeaban. Muchos aceptaban la crueldad que descubrían en sí mismos como parte de su instinto de supervivencia.

A pesar de palabras gloriosas como «deber», «honor» y «coraje», la guerra se nutre de la maldad; es como un reactor reproductor que, alimentado con una pizca de sadismo, expulsa al exterior un infierno plagado de dolor. Incentivaban el mal recompensándoles con medallas, con pasar un tiempo alejados del horror, con un plato de comida caliente. ¿De qué otra manera vas a persuadir a unos críos para que se maten entre ellos día sí, día también? Y cuando el lado oscuro se hace con el control, ¿de qué otra forma se puede excusar?

Los veteranos de la guerra de Vietnam no pueden permitirse el lujo de pensar que el mal es una aberración momentánea en un mundo que es, por lo demás, civilizado. Han visto con sus propios ojos los horrores que los seres humanos son capaces de infligir, que ellos mismos son capaces de infligir.

Las historias atroces se cuentan con una sonrisa nerviosa; son chistes soeces que pertenecen a un mundo distinto cuya gracia se pierde cuando se cuentan en este. «Si no estabas allí, no tiene gracia.» Pero en realidad no disfrutan contándolas. Las risas vacilantes son un mecanismo de defensa, un amago tembloroso de mantener el mal a raya. Si la comedia de la muerte se puede reservar para los dibujos animados, tal vez podamos negar la sombra de la crueldad un rato más o enterrar el dolor un poco más hondo.

Llegué a la retaguardia y me pasé una semana ocupándome de las tareas de mierda que nadie más quería hacer. Era lo que les tocaba a los recién llegados. Mi semana consistió en hacer un agujero en el suelo para las barbacoas.

El sargento primero estaba impresionado de tener allí a alguien de infantería.

—¿Has participado en alguna batalla? —me preguntó.

—Claro.

—Entonces ya sabes de qué va esto.

—Pues no, no sé de qué va esto, la verdad.

Para entonces ya habían empezado a asaltarme las dudas. Por ejemplo, no nos estaba yendo bien. No veía ningún avance en los intentos de proteger el país. Lo único que hacíamos era salir de vez en cuando a hacer estallar cosas y a cargarnos a unos cuantos vietnamitas. Y poco más. No ganábamos terreno.

Se suponía que estábamos salvando a aquella gente, pero era evidente que nadie nos veía como a sus salvadores. De hecho, no nos querían mucho. Cuando llegábamos a una aldea, nadie hacía ondear ninguna bandera ni venía corriendo a tirarnos flores ni salían chicas guapas para comernos a besos mientras desfilábamos con aire victorioso. «Ya tenemos aquí otra vez a los putos americanos. ¡Joder! ¿No aprenden, o qué?»

Oía cosas que no me gustaban un pelo. Uno de los soldados de mi pelotón me contó que una vez estaban registrando una cabaña en la que había una chica vietnamita joven y muy guapa. Se acercó a ella, le metió la mano en las bragas y empezó a quitarle la ropa. Ella no paraba de temblar, muerta de miedo. En la cabaña había dos o tres chavales más. Entonces entró la madre de la chica, armó un escándalo y ellos se apartaron. Si esa mujer no hubiera aparecido, creo que la habrían violado.

No sé cómo habría reaccionado yo si me hubiese tocado presenciar una escena como esa. Dudo que hubiera participado, pero creo que tampoco habría intentado detenerlos. Eso habría sido como precipitar mi muerte

repentina. Eran los típicos tíos con los que podías acabar a tiros. No les habría costado nada volarme la cabeza.

~

Me lo estaba pasando bien. Había un par de tíos que decían que no, pero no se lo creían ni ellos. Nos daba la sensación de que ya no éramos esos GI que tenían que marchar y hacer el saludo militar. Aquello era una mierda. No teníamos que saludar a nadie. Nos vestíamos como nos daba la gana. Si me quería poner el sombrero de la jungla, me lo ponía. Si quería llevar una manga de la camisa arremangada y la otra no, lo hacía. Si no me quería afeitar, no me afeitaba. Ahí fuera nadie se metía con nadie. Los oficiales saben que, si te tocan las narices, en el próximo intercambio de fuego pueden acabar con un tiro en la cabeza. Y esa era la forma de proceder en cualquier unidad de infantería. Quien te diga lo contrario, miente.

Si te metes con mi compañero escudándote en tu rango de suboficial o algo por el estilo, tengo derecho a volarte la tapa de los sesos, según nuestro código no escrito. Y los demás también lo harían. Los tenientes y el resto de oficiales no le tocaban los huevos a nadie. No te decían: «¡Soldado!, ¿por qué no llevas los pantalones por dentro de las botas? ¿Por qué llevas esas greñas?». A todo el mundo se la sudaba.

Sentía el poder. Sentía la destrucción. Mira, ahora, en los Estados Unidos tienen a la gente muy mimada. Le dicen lo que tiene que hacer. No puedes llevar un arma encima a no ser que quieras acabar en el calabozo. Dispararle a alguien está mal. Te miman constantemente hasta que te mueres. Los únicos que tienen autoridad son los jueces y el Gobierno.

Pero en Nam eras consciente de que tenías el poder de arrebatar una vida. Tenías el poder de violar a una mujer sin que nadie pudiera decirte nada. Esa sensación de ser como Dios la encontrabas en el frente. Sentíamos que éramos dioses. Podía acabar con la vida de alguien, podía follarme a una mujer. Podía darle una paliza a alguien e irme de rositas. En Nam te sentías como un dios y como tal podías comportarte.

~

Conozco a marines que, por su manera de maltratarlos, creaban más *gooks* de los que se cargaban. Es curioso; cuando no esperas compasión de nadie, tú también te muestras muy reacio a ser compasivo. Contribuyes a crear

gente horrible en pos de la seguridad nacional. Ahora, aquí, sentados en el sofá, puede parecer algo espantoso, pero entonces no lo era. Solo era lo que tenías que hacer. Teniendo en cuenta todo lo que pasaba allí, aquello era lo de menos.

~

Nuestra base era bastante tranquila. A veces, nos dirigíamos a montar guardia y el comandante nos decía: «Mirad, hace tiempo que no tenemos muertes confirmadas. Bajemos a la aldea, carguémonos a alguien y traigámoslo a rastras hasta el otro lado del río». En teoría, no podíamos disparar a nadie que no estuviera en nuestra orilla. Aunque no lo decía exactamente con esas palabras… en realidad lo que decía era: «Mirad, si queréis un día libre, necesitamos más muertes confirmadas». Era una insinuación.

Los chicos querían más días libres. Yo también, pero no tanto como para cargarme a nadie. Mi pelotón nunca recurrió a eso. Nosotros solíamos bajar a la aldea a follar cuando se suponía que debíamos estar tendiendo una emboscada, pero algunos soldados iban a la aldea, mataban a gente, incluso a mujeres y niños, y los arrastraban hasta la otra orilla del río. «¡Mirad lo que nos hemos cargado!»

Allí, la única forma de sacar tu frustración era echar un polvo o pegarle un tiro a alguien. Muchos tíos pasaban de follar, porque tenían miedo de las enfermedades venéreas y todo eso, así que iban y se cargaban a alguien.

Calley [108] masacró a todas las abuelas y los niños de aquella aldea. Eran las únicas personas que te encontrabas por allí durante el día. Nos cruzábamos con muchas de ellas y el noventa y nueve por ciento de las veces no intentaban hacerte nada. Y mira que íbamos constantemente, borrachos y colocados, dispuestos a pasar un buen rato y follarnos a todas las mujeres. Tuvieron miles de ocasiones de cortarme el cuello, pero nunca lo hicieron. Y Calley fue allí y se los cargó a todos.

~

A muchos de nosotros se nos olvidó que los vietnamitas eran personas. Al cabo de un tiempo, ya no los tratábamos como a tales. Era difícil separar las cosas. A mí no me gustaba maltratar a nadie, e intentaba con todas mis fuerzas no hacerlo… pero, de vez en cuando, lo hacía.

Conocí a una vietnamita en un bar. Un boina verde americano estaba bebiendo whisky y no paraba de molestarla. Le pedí que la dejara en paz, porque se estaba comportando como un gilipollas; una cosa llevó a la otra y nos acabamos peleando. Después de aquello, la chica y yo nos hicimos amigos. Más adelante me salvó la vida; lo más extraño es que probablemente era del Vietcong.

En Can Tho nos permitían ir a la ciudad todos los días entre las doce y las cuatro de la tarde. A eso de las cuatro menos cuarto, nos poníamos todos en fila en una esquina esperando que apareciera algún vehículo que nos acercara de vuelta a la base. Nos montábamos detrás de cualquiera que fuese en esa dirección.

A esa hora acudían también unos niños para lustrarnos las botas. ¿Quién coño necesitaba tener las botas limpias? Pero los dejábamos hacer. Luego les pagábamos un dong, que era como una vigésima parte de un centavo.

Una tarde estaba en la esquina, esperando a que apareciera algún camión, cuando se me acercó uno de esos pequeños limpiabotas. Hacía unos seis meses que correteaba por ahí, así que todos sabíamos cómo se llamaba. Tenía una cajita que usaba como reposapiés. Mientras me limpiaba las botas, vi que la chica que había conocido en el bar me llamaba desde el otro lado de la calle y me hacía gestos para que me acercara. Decidí ir a ver qué quería. Justo entonces, otro niño se acercó corriendo y le quitó el gorro al limpiabotas. Este echó a correr detrás del otro crío mientras yo cruzaba la calle. Y, en ese momento, la caja que hacía de reposapiés estalló. Era una carga de mochila que se llevó a veintitrés americanos por delante. La fuerza de la explosión me arrojó contra el suelo y me quedé inconsciente unos segundos, pero no me hice nada. Cuando volví en mí, la chica del bar se había esfumado y nadie volvió a verla nunca. Al crío, tampoco.

~

Una vez hice saltar una aldea entera por los aires. Cerca de allí le habían tendido una emboscada a mi pelotón. Otros tres líderes y yo entramos con tres cargas explosivas de C4 de nueve kilos cada una.

Acoplamos los detonadores a las espoletas con los dientes, los clavamos en el C4 y cargamos una choza con todo lo que teníamos a mano. Después, nos fumamos un cigarrillo cada uno para prender la mecha del detonador y calculamos el tiempo.

—Venga, enciéndelo.
—Oye, el mío no prende.
—Pues aligera, tío, el mío está a punto.
—Te quedan cinco o seis segundos, ¡venga!
Después salimos por patas de allí y ¡BUM! Fue una pasada.
Para entonces ya no había nadie, solo quedaban cerdos y gallinas. Nos pusimos en fila delante del ganado y lo acribillamos a balazos, y los cerdos allí chillando delante de nosotros. Fue una forma de liberar adrenalina. Nos montamos nuestro propio My Lai con animales de granja.

~

Aposté con un amigo que podía hundir un sampán con una roca. Así que, cuando nos contactó por radio uno de los botes patrulleros y nos confirmó que un sampán se acercaba hacia nuestra posición y que probablemente se trataba de un traficante de armas, me puse el arnés y me asomé con un pedrusco de tres o cuatro kilos mientras el piloto del helicóptero lo sobrevolaba. Entonces. lo dejé caer sobre la pequeña embarcación, la atravesó y se hundió. Recuerdo que los pequeños vietnamitas empezaron a gritar, a maldecir… y a nadar.

~

Avanzamos hasta a las afueras de una pequeña aldea y nos quedamos allí. Salíamos a patrullar cada día. La única forma de largarse a la retaguardia era que te pegasen un tiro.
Los aldeanos me llamaban Wa-ky Jake número 10. Wa-ky era como los vietnamitas llamaban a los americanos y número 10 significaba «el peor». Allí vivía un viejo chiflado —el tonto del pueblo— al que llamaban Dinky-dao. Supongo que tenía alguna enfermedad mental. El VC lo reclutó para que viniera a jodernos una noche, pero yo lo pillé y le pegué un tiro. La puta aldea entera empezó a odiarme después de aquello.
Teníamos que pasar por allí cada día para asegurarnos de que todo siguiera en orden. Al verme, las *mama-sans* dejaban lo que tuvieran entre manos y empezaban a chillarme:
—Wa-ky Jake número 10. Tú disparar Dinky-dao. Tú disparar Dinky-dao. Wa-ky Jake número 10, hijoputa. Wa-ky Jake número 10, *du ma* [109] .
—*Mama-san* , cierra la puta boca o te pego un tiro, VC de los cojones.

—Yo no VC. Wa-ky Jake número 10, hijoputa. Tú disparar Dinky-dao.

Patrullaba con el fusil al hombro y el dedo sobre el guardamonte. Me volvía hacia ellas y les gritaba: «¡Pum, pum, pum!», como si les disparara, y corría hacia ellas levantando aquella tierra roja por todas partes. Ellas huían escopeteadas, gritando por toda la aldea: «¡Wa-ky Jake número 10, hijoputa, hijoputa! ¡*Du ma* , *du ma* !». Unas mierdas rarísimas.

Arrinconaba a un par de ellas contra la pared de una choza y les decía:

—¿Qué me has llamado, *mama-san* ? Te voy a reventar la puta cabeza. Tú VC, tú VC.

—No, tú Jake, número 1, número 1.

—Así me gusta, joder. ¡Que no se te olvide!

Luego bajaba la calle y cuando ya había salido de la aldea, oía: «Jake número 10, Jake número 10». Me encantaba meterme con aquellas idiotas.

Por las tardes, cuando volvía, los niños venían corriendo hacia mí.

—¡Tú disparar Dinky-dao! —me decían con sus vocecillas— ¡Tú disparar Dinky-dao! ¡Tú VC, tú VC!

Y entonces fingía ser un monstruo, rugiendo y agitando los brazos en el aire, y ellos huían despavoridos.

—¡Yo no soy del VC, enanos! —les gritaba.

Una noche trajimos a rastras a unos *gooks* que nos habíamos cargado en una emboscada. Había que contar las bajas, ¿no? Las jodidas *mama-san* se arremolinaban a nuestro alrededor, chillando y lloriqueando. Es como una religión, tienen que expresar la gilipollez esa del espíritu. Cada vez que moría uno de ellos gritaban y lloraban como locas.

—Pero, *mama-san* , estos son VC —dije yo.

—Tú número 10 —me gritó—. Que te jodan, número 10.

—Que os jodan. Te voy a reventar a tiros, vieja de mierda. Un servidor ahí fuera, jugándose la vida, mientras los putos *gooks* le disparan y todo eso y ¿encima me llamas número 10, *mama-san* ? ¿A mí, que me estoy jugando el pellejo para protegeros?

—¡Tú matar hijo número 1! —chilló—. ¡Tú matar hijo número 1!

Joder, eran putos VC.

Te hacía sentirte superior. Te paseabas por la aldea luciendo el chaleco flak desgastado, con el casco y las cartucheras. Llevabas el fusil encima. Le sacabas una cabeza a toda aquella gente.

Al final, acabas por no fiarte de ninguno de ellos. No les hablas bien porque ellos tampoco te van a hablar bien a ti, a no ser que quieran que

pises alguna mina que te reviente el culo en mil pedazos. Así que intentábamos que se cagaran de miedo.

A veces, los civiles resultaban heridos. Me acuerdo de un tío del pelotón que disparaba a la gente y luego gritaba: «¡Serpiente!», en plan, no te preocupes, solo me he cargado a una serpiente que había al lado del camino. Cuando me tocaba ir en cabeza iba siempre detrás de mí, con su revólver del 45. Nos encontramos con un *papa-san* [110] que estaba agonizando en el suelo de su choza. Su *mama-san* estaba allí también, inclinada sobre él. El tío se le acerca, desenfunda el revólver y le vuela la tapa de los sesos. Se vuelve hacia mí y dice:

—Pobre cabrón, si le he hecho un favor.

Acto seguido, se da la vuelta otra vez y dispara a una mujer y su bebé. Sale de la choza y dice:

—¡Serpiente!

Mira que era raro, el muy hijo de puta.

La *mama-san* chillaba como loca, correteando alrededor del sargento. Pero lo que pasa en el campo de batalla, se queda en el campo de batalla.

~

Íbamos unos cinco soldados en el jeep. En un momento dado, el conductor bromeó:

—¿Quién se apuesta algo a que soy capaz de darle a esa vieja que va por el arcén?

Había una mujer mayor que caminaba por la cuneta con una barra apoyada sobre los hombros sobre la que se balanceaban, atados a cada extremo, dos grandes sacos de arroz.

—Apuesto a que no —respondió otro tío.

Entonces, el conductor dio un volantazo de golpe y le rompió la cadera a la muy desgraciada.

—Bueno, será mejor que llamemos a alguien —decidió el oficial.

Llamamos al *medevac* . Cuando lo vimos sobrevolando la zona, lancé una granada de humo para que nos localizaran y aterrizaron.

Cogieron a la anciana, la lanzaron a una camilla y luego tiraron la camilla dentro del helicóptero. Había visto a los sanitarios manipular cubos de basura con más delicadeza.

—Eh, pero ¿qué os pasa? ¿Por qué tratáis así a la pobre vieja? —les preguntó otro de mis compañeros.

Al parecer, estaban yendo a por helado y los habíamos interrumpido. Tener acceso a una aeronave significaba tener acceso a todo lo que había en la retaguardia: pizzas, helado recién hecho, cerveza fría… ese tipo de cosas. Aquel equipo de evacuación iba rumbo a buscar helado y, como los habíamos llamado por aquella emergencia, se habían quedado sin helado para la noche. Intenté encontrarle la lógica, pero lo único que se me ocurría era que estábamos en una zona de guerra y les habíamos jodido el tiempo libre… por culpa de una *gook* que se la sudaba.

Aquello fue lo peor que vi. No fui testigo de ninguna masacre. El conductor del jeep hizo una apuesta, sin más. No era un psicópata ni un tarado. Por alguna razón, sintió el impulso de atropellar a aquella mujer.

~

Nunca torturábamos a nadie con especial sadismo, pero una vez pillamos a uno del EVN que había capturado Silverman. Sabíamos que se iba a morir; estaba agonizando y retorciéndose de dolor. Tenía una herida en la barriga con muy mala pinta. Tendríamos que haberlo rematado; habría sido lo más humano. Sabíamos que no le quedaban más de unos minutos de vida y lo mejor habría sido ahorrárselos.

Pero no lo hicimos. En lugar de eso, nos turnamos para fotografiarnos apuntándolo con la bayoneta y ese tipo de cosas. No lo golpeamos ni nada, solo posamos y nos hicimos fotos. Eran todas diferentes, porque se revolcaba de lado a lado. Debió de tardar unos veinte minutos en morirse.

Si echo la vista atrás, siento vergüenza. Me alegro de no conservar ninguna de esas fotos. Me avergüenzo mucho más ahora que entonces. Supongo que lo hicimos para demostrar que éramos unos cabrones con los huevos bien puestos. Nosotros habíamos ganado y él había perdido. La emoción de la victoria y la agonía de la derrota.

~

La primera vez que vi las palizas que le daban a la gente, dije: «¡Joder! ¡Habéis perdido la cabeza!». Pero, entonces, algunos de tus amigos estallan en mil pedazos y todo empieza a importarte una mierda. Te da igual.

Ves los cadáveres de los putos VC por ahí tirados y no te provocan sentimiento alguno. Dices: «Putos *gooks* fiambres». Pero si ves unas botas que asoman por debajo de un poncho con un casco encima, sientes algo indescriptible [111] . Dices: «¡Joder! Otro americano muerto. Y ¿para qué?». Ahí los tienes, alineados, los pobres desgraciados. Seguro que murieron sin darse cuenta de cómo.

En Vietnam estuvieron a punto de hacerme un consejo de guerra por disparar a unos críos. Pensábamos que eran del Vietcong, claro. Estábamos sobre el terreno en una emboscada. Nos llamaron del cuartel general y nos dijeron que los francotiradores les estaban disparando desde una aldea y que teníamos que acercarnos en misión de «búsqueda y destrucción». «Arrasadla», dijeron. Y eso hicimos.

Yo era el líder del pelotón. Quemamos todo el arroz y también algunas chozas. Abrimos fuego contra dos o tres niños que corrían por los arrozales, porque estaba oscuro y pensamos que iban armados. Le di una paliza a un viejo. Me lo estaba poniendo difícil. Le di de hostias y, cuando estaba a punto meterle un tiro entre ceja y ceja, alguien vino corriendo y me dijo que era el puto jefe de la aldea.

Cuando regresamos, todo el pelotón tuvo que redactar una especie de declaración y el oficial me dijo: «Espero que todos digan lo mismo. Más te vale que coincidan». Así que nos reunimos, acordamos qué historia íbamos a contar y todo fue bien. Aquella vez habíamos traído unos cuantos prisioneros y el oficial me dijo: «La próxima vez, recuerda que los muertos no hablan. No traigas ningún prisionero». Ese detalle fue el que me dio problemas.

No mucho tiempo después, en una colina, uno de nuestros pelotones se vio en medio de un intercambio de fuego contra el ERVN por error y el líder del pelotón se cargó al capitán vietnamita. Además, otra compañía atacó una iglesia llena de gente, mató a todo el mundo y la quemó hasta los cimientos. Entonces, el oficial se me acercó y me dijo: «Pues ya no eres el único que está jodido. Ahora se van a olvidar de lo tuyo».

Las putas misiones de «búsqueda y destrucción». Primero te ordenan hacerlas y luego te quieren trincar por haberlas hecho.

~

En el campamento base vivíamos doce soldados de las Fuerzas Especiales y ochenta y siete *montagnards* con sus familias. Estábamos muy lejos de todo. Muy, muy lejos. Una vez al mes venía a visitarnos un general y yo mandaba a mis hombres a disparar a su helicóptero. El piloto le decía: «¡Nos atacan desde tierra!». Y el general gritaba: «¡Da media vuelta! ¡Media vuelta!». Durante el año que pasé allí, solo vino a visitarnos cuatro veces. El resto del tiempo se podría decir que iba a la mía, lo cual era estupendo. Podía conceder a mis hombres tres permisos de R&R en el interior del país y algunos otros beneficios.

Una de las veces que el general vino al campamento, decidimos no disparar al helicóptero. Nos habíamos enterado de que esa vez le acompañaban la CBS y la United Press International, así que le dejamos aterrizar. Esa misma mañana habíamos traído a rastras seis cadáveres desde el otro lado de la alambrada, unos tíos que nos habíamos cargado la noche anterior. Dos o tres veces por semana, aparecían dos o tres cadáveres al otro lado de la alambrada. Aquella vez, alguien debía de haberles dicho a los *gooks* que si conseguían colarse y vencernos podrían comerse toda nuestra comida, porque todos llevaban un P-38 [112] colgado de cuello. Qué puto asco de guerra.

Fuera como fuese, allí estaban los cadáveres, y lo primero que habían hecho mis hombres era cortarles las orejas, claro. Luego las dejaban secar y se las colgaban del cuello. El caso es que teníamos allí a los tíos de la CBS y de la UPI y a nuestros cadáveres les faltaban las orejas. El imbécil del general se puso hecho una furia. «Coge a tus hombres y las putas orejas y que se las vuelvan a coser. No voy a tolerar algo así.»

Nuestro sanitario era un tío al que llamábamos Grizzly, como el oso. Era un tipo corpulento de casi dos metros pero muy amable. Yo le llamaba el gigante bonachón. Luego resulta que era un cabrón cuando entrábamos en combate, el soldado más despiadado de todos, pero a la vez era una persona encantadora. Con las mismas manos con las que cogía el arma por la culata y le reventaba a alguien la cabeza, nos curaba las heridas, hacía algo de cirugía menor, cuidaba a los enfermos y hacía controles médicos. Grizzly se esforzaba especialmente por que los niños vietnamitas recibieran el trato adecuado y los mandaba adonde pudieran atenderlos.

A todo esto, Grizzly coge unas orejas, que ni siquiera eran las correctas, y va el tío y se las cose… pero del revés. Cuando volvió el general y vio

todas las orejas cosidas del revés, me cayó una multa al instante. En el mismísimo puto instante.

~

Tuve un paciente que en teoría era un mensajero del EVN. Lo habían pillado a las afueras de la ciudad con unos documentos. Le habían disparado en el pecho, así que tenía un par de tubos y una sonda para el drenaje.

Estaba custodiado por la Policía militar. Y por custodiado quiero decir que los agentes estaban sentados al otro lado del pasillo, leyendo un libro con las sillas apoyadas en la pared. Estaba enfermo, así que dimos por hecho que no se iba a ir a ninguna parte.

Las camisas del uniforme de las enfermeras tenían un bolsillito en la pechera izquierda en el que solíamos llevar las tijeras. Yo estaba arrodillada al lado de la cama, intentando extraer el líquido de los tubos del pecho, es decir, vaciándolos, para asegurarme de que no hubiera ningún coágulo. De repente, me quitó las tijeras del bolsillo. Levanté la vista y vi cómo se abalanzaba sobre mí con ellas en la mano, dispuesto a clavármelas en el pecho. Yo estaba manipulando los tubos del pecho y la sonda, así que se los arranqué, sin más. No hace falta decir que dejó caer las tijeras de golpe. Los de la policía militar estaban buscando una excusa para ensañarse con él y se lo llevaron del pabellón médico.

Volvieron unas horas después. Uno de ellos entró y me dijo:

—Teniente, ¿puede salir un momento? Tenemos que enseñarle una cosa.

Le habían quitado la piel a tiras, como si fuera una manzana. Yo no dije nada. No sabía qué decir. Como aquel tío había intentado matarme, creyeron que, a su manera, me habían hecho un favor. Me pregunto qué pensarán ahora al respecto.

No era extraño que interrogaran a la gente en el pabellón médico. Los de inteligencia venían con sus mapas e intentaban interrogar a los pacientes. Si a alguno de ellos le tocaba tomar un calmante, me decían:

—No se lo des. Tenemos que hablar con él y no queremos que esté adormilado.

En realidad, sus hábitos de sueño les importaban un rábano; solo querían que lo pasaran mal.

Pero el vietnamita que había intentado matarme seguía vivo y lo habían pelado igual que a una manzana. Luego se lo llevaron en una ambulancia. No sé qué fue de él.

~

Mientras me recuperaba de mis heridas, trajeron al hospital de campaña a un soldado herido del Vietcong. Estaba a cuatro camas de la mía, con vías intravenosas y botellas, inconsciente. Le estaban haciendo una transfusión de sangre y administrando una solución de dextrosa.

Por su parte, el médico estaba tratando a un soldado australiano. En cuanto le ponía sangre se le salía, de tantos agujeros que tenía. Debieron de ponerle unos setenta litros de plasma, aunque la iba a palmar de todos modos. Cuando una persona está a punto de morir, se le empieza a notar en el cuerpo. Se les nota la muerte en la forma en que respiran, el color de la piel y el modo en que les cuelga la carne. Aquel australiano se estaba muriendo.

El soldado del Vietcong recuperó la consciencia y, de repente, se dio cuenta de que estaba en un hospital americano. Se puso como loco. Se arrancó los tubos de los brazos y rompió las botellas que había al lado de la cama. Se acercó dando tumbos a la cama del australiano y le rajó la garganta con una botella rota.

El médico, que había pasado horas y horas tratando de salvarle la vida al soldado australiano, perdió los papeles. Jamás había visto a un médico hacer algo así. Cogió un revólver del 45, le metió el cañón en la boca al vietnamita y lo levantó con el arma misma. Entonces apretó el gatillo y acabé envuelto en los sesos del VC. El médico se había olvidado por completo del juramento hipocrático. Llevaba un cabreo monumental. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, se volvió loco.

~

Tras sufrir una emboscada, el VC y, a veces, también los soldados del EVN, soltaban las armas y salían corriendo. Nosotros las recogíamos, les sacábamos los cargadores, les poníamos un poco de C4 y los volvíamos a meter. Después las dejábamos por las rutas que sabíamos que utilizaba el enemigo. De vez en cuando, nos sorprendía un ataque por tierra y los veías

llegar. Uno de ellos levantaba el arma para disparar y… ¡BADABUM! Estallaba en mil pedazos.

Los americanos se llevaban los fusiles Kaláshnikov como trofeos. Habíamos puesto tantos explosivos dentro que tuvieron que publicar una advertencia en *Stars & Stripes* : «¡Atención! Si encuentra un fusil AK-47, no lo dispare sin antes cambiar la munición. Los boinas verdes están cargando de explosivos las armas. Utilice siempre su propia munición». Porque resulta que los soldados norteamericanos también los cogían y saltaban por los aires.

Llegó un momento en el que los soldados del EVN comenzaron a arrojarnos bombas cargadas de mierda. Aprovechaban el amoniaco que hay en la mierda para hacerla estallar. A uno de los nuestros se le ocurrió una idea brillante:

—¿Por qué no cogemos toda la mierda de los *montagnards* que hay en el campamento y hacemos bombas contra el EVN?

—Pero ¿qué coño dices? —le dije—. ¿Bombas de mierda? ¡Eso es lo que usa el Vietcong cuando no tiene otra cosa! ¿Quieres que nos pongamos a su altura?

—Bueno, señor, nosotros también somos soldados de guerrilla —intervino un gilipollas.

—Ajá… pues si queréis hacerlo, adelante.

Teníamos un arsenal enorme: dos tipos diferentes de granadas termita [113], granadas de fragmentación, granadas de contusión, Claymores, morteros, cohetes…

Pero lo mejor era el fu-gas. Mira que he visto cosas: un B-52 lanzando un ataque aéreo a ciento treinta metros, una distancia tan corta que reventó las válvulas de la radio y tumbó todos los edificios. Un poder de destrucción de cojones. O los cañones del acorazado *Arizona,* que retumbaban igual que el metro cuando entra en la parada de Times Square. Pero… no hay nada como el fu-gas.

Es muy sencillo. Coges gasolina y le echas jabón. Tras dejarlo reposar cuatro o cinco horas, la gasolina y el jabón crean una especie de napalm. Tienes que ir removiéndolo para que toda la mezcla tenga más o menos la misma consistencia y luego el ratio de dispersión sea más amplio. Luego coges una granada termita, la pones delante de un bidón de doscientos litros y debajo colocas un cartucho de dinamita. Por último, pones un detonador del 2 en la granada termita y otro del 4 en la dinamita. La dinamita hace que

la gasolina se eleve y acto seguido la granada la prende. Todo lo que esté a ciento ochenta metros a la redonda es pasto de las llamas.

Fabricábamos muchas de nuestras armas, además de toda la mierda que nos daban. Hacíamos nuestras propias trampas cazabobos. Preparábamos unos bloques de cemento de doscientos cincuenta kilos con barras de metal dentro, como las mazas de antaño. Después embadurnábamos las barras de metal con heces, las subíamos a lo alto de un árbol, las escondíamos entre las hojas y poníamos un pequeño muelle para accionarlas. Cuando alguien pasaba por el camino que había debajo… ¡BLAM! Aunque solo le diera de refilón, acabaría con una sepsis de caballo. Si no te los cargabas de una forma, te los cargabas de otra. Combatíamos el fuego con más fuego. Hacíamos lo mismo que ellos, pero nos daba la sensación de que lo hacíamos mucho mejor.

Utilizaba las latas vacías del rancho y las transformaba en trampas cazabobos con dispositivos que se activaban por alivio de presión. Eran muy pequeños. Metes el explosivo en la lata, le das la vuelta para que no se vea que está abierta y la colocas encima del explosivo. Si alguien la coge… ¡Pum!, se acabó. Nos encantaba hacer eso.

Tengo que admitir que disfrutaba mucho matando. Era un subidón. Cuantos menos vietnamitas hubiera, más posibilidades tenía yo de sobrevivir, esa era mi actitud. Aunque eso, al cabo de un tiempo, se te acababa olvidando. Matar producía cierto placer, una euforia difícil de explicar. Después de un ataque, los chavales estaban eufóricos. «¡Qué pasada, colega! ¿Has visto el balazo que se ha llevado ese tío? Hostia puta, ¿lo has visto?»

En los ataques por tierra, cuando se cargan a un tío y está a punto de caer al suelo, el fuego es tan intenso que el impacto de las balas puede levantarlo. Empieza a caer de nuevo y ¡pum, pum!, lo levantas. Competíamos para ver cuánto rato podíamos mantener el cadáver meneándose en el aire. Para la mayoría de gente, eso sería intolerable, pero nosotros éramos tan sádicos que intentábamos ponerlo en práctica una y otra vez. Te habías cargado al tipo veinte o treinta veces y ahí estabas, intentando que no se cayera.

~

El Gobierno de los Estados Unidos le dijo al vietnamita: «Vamos a tener un detalle con vosotros. Vamos a comprar bombas de agua de cinco caballos de potencia para vuestra gente. Además, con cada una van incluidas dos mangueras de diez metros, una para la toma de entrada y otra para la de salida. Y también tienen depósito de combustible». Cada bomba costaba al menos doscientos dólares. La intención del Gobierno de los Estados Unidos era que los vietnamitas metieran una de las mangueras en el río, el arroyo o la acequia y así bombearan agua a los campos de arroz.

Un GI muy listo se acercó a un vietnamita y le dijo «Eh, tío, saca eso del arrozal y dale un remojo a mi tanque». Le debió de arrojar un dólar en dinero militar al campesino.

«¡Oye, marine, marine! ¡Ven, ven! Limpiar carro, limpiar carro.» No tardaron en verse colas de *six-bys* y todoterrenos. Habían montado un lavadero de coches a un lado de la carretera y te cobraban un dólar por lavarte el vehículo y, mientras tanto, seguían usando las ruedas de paleta para sacar agua del río.

~

Cuando los niños de la aldea nos veían acercarnos canal arriba en el imponente cañonero acorazado, empezaban a pedir. Saltaban delante del buque y no nos dejaban pasar hasta que no les tirásemos algo de comida. Estaban dispuestos a sacrificar aquellos cuerpecitos solo por un poco de rancho.

Empecé a odiarlos, porque no soportaba pensar que habíamos irrumpido en la vida de aquella gente y la habíamos puesto patas arriba. Empezabas a darte cuenta de que a ellos les importaba una mierda si los que estábamos allí éramos nosotros, el Vietcong o quien fuera. Lo único que querían era cultivar sus tierras y ser razonables, pero fue llegar nosotros y que sus hijos saltaran delante de nuestro barco para mendigar comida.

~

En nuestra unidad teníamos lo que llamábamos un Kit Carson [114] , un soldado del Ejército vietnamita destinado a una unidad americana. Cuando nos mandaban a alguna aldea en misión de «búsqueda y destrucción», venía para hablar con los vietnamitas y descubrir si habían visto al VC en la zona. Luego salía y nos traducía lo que le habían dicho.

El nuestro estaba asustado. Ese tío era un fanfarrón. Era un Charles, ya me entiendes. Cuando destruíamos una aldea se le veía el resentimiento en los ojos. Pero allí seguía, con nosotros.

Si teníamos que interrogar a unos prisioneros, subíamos a dos o tres *gooks* a un helicóptero y ascendíamos a más de trescientos metros sobre el suelo. Nos acompañaba un oficial de inteligencia, de la sección G2 del Estado Mayor, vestido con ropa de civil, y nuestro Kit Carson, que venía para hacer de intérprete.

Cogía al primer prisionero y le decía:

—Habla.

—*Crakadil, sakmail, crakadil* —le decíamos nosotros en vietnamita. *Crakadil* significaba «matar».

El primer *gook* nunca decía nada. El de inteligencia nos hacía una señal (indicando la puerta con el pulgar) y entonces lo empujabas fuera y los otros dos *gooks* veían como el otro salía despedido por la puerta del helicóptero.

Si el segundo *gook* no parecía tener intención de decir nada o estaba mintiendo, el oficial de inteligencia decía: «Puerta», y lo tirabas de una patada, porque se suponía que tenías que obedecer a los de inteligencia. Hablaban en nombre del Ejército. Entonces el último prisionero se ponía a llorar y a hablar como una máquina de escribir. Hablaba en vietnamita como una ametralladora. Así es la naturaleza del ser humano. El tío no se callaba ni para respirar, tendrías que haberlo amordazado para que cerrase el pico. Nuestro Kit Carson iba traduciendo lo que decía.

Antes de regresar al campamento base, después de que el tío hubiera cantado y el oficial de inteligencia lo hubiera documentado todo, lo tiraban del helicóptero de todas formas. Hasta al *gook* bueno. «Puerta», y lo arrojábamos al vacío.

Despegábamos con tres prisioneros y volvíamos sin ninguno. Nadie te preguntaba: «Oye, os habéis ido con tres prisioneros, ¿qué ha sido de ellos?». Volvíamos y el oficial de inteligencia se iba a dondequiera que fuese y le trasladaba la información a su superior.

Jamás pude comprender cómo era posible que aquellos tíos sobrevivieran, los Kit Carsons. Para mí eran traidores. Trabajaban para el Ejército de Vietnam del Sur, pero los asignaban directamente a una unidad americana. Veían lo que les hacían a su gente, eran testigos de las atrocidades que se cometían contra los vietnamitas, y ahí seguían. Se

encargaban de los interrogatorios y sabían la suerte que iba a correr el último prisionero.

~

Coges a un grupo de hombres y los metes en un sitio donde no hay ni una sola mujer con los ojos redondos. Están aislados en un ambiente exclusivamente masculino. Afrontemos la realidad: no se puede luchar contra la naturaleza. Hay mujeres a nuestro alcance. Son mujeres de otra cultura, de otro color, de otra sociedad. No quieres una prostituta y tienes un M-16. ¿Para qué vas a pagar por una mujer? Vas a la aldea y coges la que quieras. Vi a tíos que diría que no se habían acostado nunca con una mujer y volvían siendo dobles veteranos [115] . No eran hombres que hubieran violado a una mujer. No tenían problemas psicológicos. Sin embargo, en un ambiente como ese, a un tío le das un arma y empiezan a pasar cosas raras.

Un arma significa poder. Para algunas personas, llevar siempre un arma encima era como tenerla dura constantemente. Apretar el gatillo era viajar al nirvana del sexo.

Recuerdo un día que estábamos camino de la ciudad de Hue, con un oficial y un par de tíos más. Yo llevaba un revólver del 45 enfundado en el hombro y un lanzagranadas en la mano. Le hacía ojitos a las mujeres eurasiáticas, las hijas de los franceses. La mayoría de ellas habían recibido una buena educación y hablaban más de un idioma. Las molestaba sin parar, les tocaba las narices. Al final, cuando alguna me decía algo, lo hacía en vietnamita, y eso me sacaba de mis casillas. Me entraban ganas de cargármela. El problema era que podría haberlo hecho.

~

Estuve una vez con una puta camboyana durante un operativo en el frente. No hablaba ni una palabra de inglés, lo único que sabía decir era «follar», «chupar», «sí» y «no». Pues, lo creas o no, nos pasamos toda la tarde charlando. Fuimos capaces de mantener una conversación.

Ella decía:

—Yo no chupar-chupar. Yo follar-follar.

—Yo no quiero follar-follar. Yo quiero que tú chupar-chupar. ¿Bien? —le contestaba yo.

—No-no-no-no-no. Yo no chupar-chupar. Yo follar-follar.

—Mira, lo que yo quiero es que tú chupar-chupar, y después nosotros follar-follar. ¿Vale?

—No-no-no-no-no. Yo no chupar-chupar. Yo follar-follar.

Así nos pasamos la tarde, y me lo pasé de puta madre. Te lo juro. Las putas eran una pasada.

Eran de lo que no hay. A veces nos esforzábamos un montón para no acabar hablando de nuestras misiones, porque eran alto secreto. Volábamos con Air America. Dos minutos después de poner un pie en tierra ya se oía el brum brum brum de las putas, que venían con sus motos Honda atravesando la condenada selva. No sé cómo nos encontraban, era increíble. Yo ni siquiera sabía que hubiera carreteras por los alrededores.

Había misiones en las que no aparecían, claro, aunque siempre nos acababan encontrando. Sin embargo, normalmente, ya estaban ahí cuando aterrizabas, «caramelos, refrescos, fotos guarras, bum-bum, maría», no necesariamente en ese orden.

Nunca tuve gonorrea y mira que siempre follaba a pelo. Era un descerebrado. No pillé ladillas ni tuve sífilis. Cuando volví a los Estados Unidos, antes de casarme con mi mujer, le dije: «Mira, no te pongas nerviosa, pero estoy convencido de que el análisis de sangre no va a salir bien. En Nam me follé a las putas más sucias que te puedas imaginar, sería un milagro que no hubiera pillado algo». Pero salió todo negativo.

Ahora sé que algunas putas se metían cristales en la vagina y que otras tenían una cepa de sífilis especialmente virulenta. La gama de antibióticos que se administraba en esa época no bastaba para matarla.

Para el Vietcong y el EVN, una baja en combate era una baja en combate. No importaba si un tipo no podía ir a la guerra porque tenía gonorrea y le dolía al mear o si no podía ir a la guerra porque le habían pegado un tiro en la cabeza. Era una baja de cualquier manera.

~

Formaba parte de un grupo de asalto móvil, así que teníamos helicópteros a nuestra disposición. El mando me decía por radio: «Partimos en una patrulla de reconocimiento de larga distancia hasta las coordenadas Yankee Zulu, uno-nueve-cinco-siete. Desactivaremos el silenciador de la radio cada dos horas». Según las veces que desconectaras el silenciador del receptor, podías comunicarte sin llegar a hablar por radio; solo esperaban a oír las

interferencias, así que reunía a mis hombres y nos íbamos a Vung Tau o a Saigón. Igual tenía a una puta chupándome la polla, pero yo giraba el dial del silenciador un par de veces y luego me echaba hacia atrás otra vez. Cuando regresábamos a la base, me inventaba un informe sobre los movimientos de las tropas. Lo hacíamos de vez en cuando, no todo el tiempo; pero sí, lo hacía, falsificaba los informes. De todos modos, ellos también falseaban la información que yo les daba. Por lo que a mí respecta, tampoco importaba mucho.

Cuando podía escaparme un rato de la guerra, iba casi siempre al hotel Hung Dao, una choza de tres plantas prácticamente en ruinas en la calle Tu Do de Saigón. La primera planta era como un hospital; había unas diez camas. La segunda era para las perversiones, así que en esa planta tenían pequeñas habitaciones individuales. Allí era también donde iban los oficiales o los soldados que querían follar en la intimidad. La tercera eran donde vivían las putas, donde cocinaban y todo eso.

Fue en Hung Dao donde pasamos nuestras tardes de desenfreno con las putas. Hacían lo que tú quisieras. En realidad, les importabas una mierda, excepto tu dinero, así que, si tenías efectivo, se esforzaban por complacerte. A mí eso me daba igual, yo pasaba de líos, no quería relaciones. Lo único que quería era echar un polvo.

A veces, estábamos allí una docena de nosotros y alguien gritaba: «Uno, dos, tres, ¡cambio!», y nos levantábamos todos de un salto, corríamos a otra habitación y nos follábamos a la puta que estuviera dentro. Ellas pasaban de todo, igual se fumaban un cigarro mientras tú te las follabas.

Había una niña que no tendría más de doce años y era fantástica. Era de mis favoritas. Aunque había otra mujer con la que juré que me casaría, pero me robó el anillo, así que no me casé con ella. Te robaban a la mínima de cambio, pero siempre tenían una bola enorme de opio para que pudieras fumar. El opio era lo mejor del hotel Hung Dao. De hecho, pasábamos tanto tiempo allí y nos tenían tanto cariño que nos hicieron camisetas: Hung Dao Nº 1, Hung Dao Nº2, Hung Dao Nº3… Cada uno tenía una camiseta con su número.

~

Nos estábamos encargando de la seguridad en una carretera dentro de la zona de fuego libre. En Vietnam estaba la zona segura y la zona de fuego

libre. Todo el que pasara por esa zona era un blanco en potencia. Cualquier *gook* —hombre, mujer, niño o niña— era una presa. Si alguien pasaba por allí tirando de un carro o caminando, registrábamos todas sus cosas.

Nos tiramos unos veinte días en el frente. En los almacenes de la retaguardia tenían chuletones, pero nosotros ni los olíamos. Comíamos sobre todo rancho, rancho asqueroso, y cosas resecas que venían enlatadas.

Un día, aparecieron unos *gooks* montados en una Lambretta, que es como una motocicleta en la que puedes llevar a gente de paquete. «Eh, paremos a esos *gooks* », dijimos. Salimos de entre los arbustos y los hicimos parar a un lado de la carretera.

—¿Qué tenéis ahí? ¿Sois VC? ¿Qué lleváis?

Eran una niña y un *papa-san* . Creo que la cría era una adolescente, tendría quince o dieciséis años. El *papa-san* tendría unos cuarenta, un hombre maduro.

¡Tenían una lata de peras! Peras americanas en una enorme lata verde, marcada con las iniciales «U.S.» bien grandes.

—¡Joder! —dijimos—. Y nosotros en el frente que ni nos acordamos de cómo son las peras. ¡Tienen peras! ¡Y nosotros no!

No me olvidaré nunca de las caras de los soldados, de toda la unidad, desde los GI al capitán. Estábamos en el frente y éramos la última mierda, y los tíos de la retaguardia les habían dado peras a los *gooks* . Joder.

Uno de los chavales sacó la bayoneta y abrió la lata. Nos pegamos de hostias, literalmente, por esas peras. ¡Comida! No eran frescas, pero al menos no era la misma mierda que hacen con productos químicos y meten en una lata. Era como si aquel hombre me hubiese traído un chuletón con patatas y estuviese en casa de mi madre, en la comida del domingo.

No hubo peras para todos. Yo me comí unas cuantas y también me pude beber el jugo de la lata. Después nos dimos la vuelta y dijimos:

—Vaya, vaya, ¿no? Vaya con los *gooks* , que se van paseando por ahí con peras. ¿De dónde las habéis sacado?

—GI me las da —contestó el hombre. Trabajaba en un comedor en algún lugar de la retaguardia.

—¿Los GI te han dado peras? ¿En serio? Pues, ¿sabes qué?, nos vamos a follar a tu hija.

Echamos a correr y la pillamos. Lloraba; creo que era virgen. Le bajamos los pantalones y la encañonamos con una pistola en la cabeza.

Empezamos a hacer turnos para follárnosla. Éramos como una manada de animales. «Date prisa, tío. Acaba de tirártela de una vez.» Ni siquiera nos poníamos de espaldas para no mirar. Hacíamos cola y nos la íbamos follando.

La tomé por la fuerza. Mientras yo me la tiraba y los demás estaban al lado con los fusiles, dijo:

—¿Por qué me haces esto? ¿Por qué? —Algunos *gooks* hablaban muy bien—. ¡Pero si eres negro! ¿Por qué me haces esto?

Después, nos volvimos hacia el padre y le dijimos:

—Así que los GI te han dado peras. Qué majos.

Los vietnamitas llevaban una especie de tarjeta de identificación, unos carnés grandes de plástico con una foto que indicaban que podían desplazarse por la República de Vietnam. Se lo rompimos.

—Chavales, tenemos un VC. Un VC que le ha robado suministros al Gobierno. Tiene que ser un infiltrado.

Y le disparamos.

Como ya te he dicho antes, estábamos en una zona de fuego libre, así que empezamos a liarnos a tiros hasta que lo reventamos. Ya no tenía ni cara.

La niña lloraba, así que un tío le puso el fusil en la cabeza y le disparó, para quitárnosla del medio, y luego le disparamos al cadáver hasta vaciar los cargadores. Cuando nos quedamos sin balas, comenzamos a pegarles patadas y a pisotearlos. Eso es lo que hacían el odio y la frustración. Después de violarla, desvirgarla y dispararle en la cabeza, pisoteamos literalmente su cadáver.

Todo el mundo se descojonaba. Era como ver a unos leones alrededor de una cebra que acaban de matar, como en los documentales esos de naturaleza salvaje. La manada junto a la presa muerta, dándose el gran banquete. Les aplastamos la cara a patadas, les pisoteamos las costillas y todo lo demás.

Luego empezamos a cortarles las orejas. A ella le cortamos la nariz.

—¿Quién se quiere quedar con las orejas? —preguntó el capitán— ¿Quién quiere la nariz? A ver, las orejas le tocan a tal.

A un buen amigo mío —un chaval blanco de California— se le fue la pinza en Nam. El tío se tiró al suelo lloriqueando, se puso de rodillas y rogó que le dejaran quedarse con las orejas.

—Bueno, que se quede con las orejas —dijo el capitán—. Tú te cargaste al último, ahora deja que se las quede él.

Así que el tío se quedó con las orejas. Luego le cortamos una teta y otro de los soldados se la quedó. Pero el trofeo eran las orejas. Yo me quedé con un dedo del *papa-san* . Fue lo único que saqué de aquel altercado. Dejamos los cuerpos allí tirados y mutilados.

Al día siguiente salimos en una misión de «búsqueda y destrucción». Pasamos por un par de aldeas que teníamos que registrar. «Hay VC en la aldea de Phu Hip, unos kilómetros hacia el norte —nos dijeron por radio—. Id a echar un vistazo.»

Llegamos a la aldea y empezamos a acosar a las mujeres y a disparar a los hombres. Miras a un tío y no te gusta su cara. Tiene los ojos achinados y no te gusta, y ya está. Le disparamos, aunque allí no había ningún VC.

Si estás en una aldea y los habitantes no te tratan bien, les haces pasar por un infierno. Nos miraban con arrogancia. No te decían nada, pero eran fríos. Esperábamos que salieran corriendo para recibirnos, como en la Segunda Guerra Mundial. «¡Bien, han llegado los americanos! ¡Ya están aquí!» Pero los vietnamitas se mostraban distantes.

En cuanto salimos de la aldea, el capitán dijo por radio: «Nos están atacando». Aparecieron los Phantom, soltaron bombas de 200 kilos y arrasaron la aldea. Una menos; a por la siguiente. En eso consistían las misiones de «búsqueda y destrucción». Si no encontrábamos al enemigo, cualquiera era el enemigo.

Llegaron los *choppers* para sacarnos de allí y llevarnos de vuelta a Long Binh. El coronel nos estaba esperando para felicitarnos:

—Te vas a llevar una distinción por esto, soldado. Nueve enemigos eliminados en una misión, ¡nueve! ¡Te la has ganado!

Nueve muertes confirmadas, aunque creo que maté a más gente. Como te decía, si vas a una aldea y ves a alguien que no te gusta, le disparas. Sin embargo, en el informe se dijo que fue durante un combate, que nos estaban atacando, y que no había habido bajas americanas, pero que el enemigo había sufrido muchas.

~

No sabes a ciencia cierta quién es el enemigo. Tienes que disparar a niños, tienes que disparar a mujeres. No quieres hacerlo, y quizá te arrepientas de ello, pero es posible que te arrepientas más si no lo haces. Esa es la puta verdad.

~

—Oiga, teniente, ¿quiere ver las fotos que he hecho?

—Sí, claro.

Eso solía pasar por la noche, cuando todo el mundo estaba durmiendo o, al menos, descansando. Me sentaba junto a la cama de algún muchacho y él sacaba una caja de cartón llena de fotos. Yo sabía desde el principio que llegaríamos a las fotografías de atrocidades. Pasaba siempre. Sacaban fotos de todas las cosas que hacían; no sé si era para justificar que había una razón para hacer todo aquello, o qué. Si yo hubiera estado en el frente y hubieran despellejado a mi mejor amigo, o le hubieran cortado la polla para metérsela luego en la boca, quizá habría hecho lo mismo de haberme cruzado con un *gook* . Era lo que hacían muchos de los soldados, y luego lo fotografiaban.

Nos las enseñaban a las enfermeras del hospital… Supongo que necesitaban contárselo a alguien. Después de ver aquellas fotos un par de veces, pensé: «Quizás debería decirle algo. Igual no sirve de nada, pero, si tiene algo que contar, tal vez se sienta mejor si me lo cuenta».

Sin embargo, también sentía curiosidad. Te crees que lo has visto todo y, de repente, te encuentras con otra imagen que te vuelve a poner los pelos de punta.

Siempre empezaba de la misma manera:

—Este es mi mejor amigo. Y este es mi teniente y el de al lado, mi sargento. Es buen tío. Es un militar de carrera, pero es buen tío. —Y seguía pasando fotografías hasta que llegábamos a una de ese tipo—. ¡Uy! Nos encontramos con unos del EVN…

Con el EVN había una chica, seguramente su enfermera, una versión de mí. Alguien le había metido una granada por el recto o la habían violado varios soldados, en manada. Eran cosas así. Al final, acababa contándome que era él el que había hecho todo aquello.

—Jamás pensé que sería capaz de hacer eso, teniente. Pero supongo que en una guerra se hacen cosas así, ¿no crees?

—Sí, bueno, haces cosas que jamás creerías que harías. Ves cosas en las que todo el mundo piensa, pero a las que nadie tiene que enfrentarse.

—Sí, claro… Supongo… Eso está bien. —Guardaba sus cosas y se iba a las letrinas.

Cuando llegaba la hora de la inspección nocturna, lo encontraba todavía sentado en el tigre, muchas veces con la jeringuilla colgando del brazo. Se chutaba porque se sentía culpable, o para poder dormir, o vete a saber por qué. Se había metido tanto que no podía ni caminar. Yo lo arrastraba de vuelta a la cama.

También me acuerdo de un chaval de dieciocho años que tenía un montón de fotos y lo único que quería hacer era matar *gooks* . «Tengo que matar *gooks* , tengo que matar *gooks.* »

—Por Dios, solo tienes dieciocho años. ¿No te parece que hay más cosas en la vida?

Tenía malaria; ya la había tenido un par de veces. Cada vez que venía al hospital de campaña, el álbum de fotos había crecido más. «Dieciocho años —pensé—. ¿Qué hará un muchacho como este cuando vuelva a casa?» Vi a muchos como él en Vietnam.

~

—Baja, que empieza el baile. Venga, vamos a enchufar a alguien.

Yo era el puto amo, así que me tenía que comportar como el puto amo. Bajaba a ver todos los interrogatorios de los prisioneros de guerra. Me escudaba detrás de mi rango, más para protegerme que para jugársela a nadie. Básicamente, no quería que me molestaran.

Cuando entraba, me encontraba a una pobre mujer o algún viejo; a veces, incluso a algún crío. No les enganchaban los cables en los genitales o en los pechos, siempre se los ponían en los dedos meñiques. Enrollaban uno en el de la mano izquierda y otro en el de la derecha. Luego le hacían una pregunta al prisionero y giraban la manivela del teléfono de campaña para que vieran lo que les iba a pasar. «*Khoung biet, khoung biet, khoung biet* —gritaban—: ¡No lo sé, no lo sé!»

Había una serie de preguntas estándar que les teníamos que hacer siempre. ¿Cuándo fue la última vez que viste al Vietcong operando en tu aldea? ¿Cuál de las prisioneras con las que te detuvieron es la líder de la organización de mujeres del Vietcong? ¿Quién es el líder de la organización de pescadores? ¿Quién es el líder de la organización de agricultores? Una retahíla de preguntas rutinarias.

Se los sometía a un dolor considerable. No duraba mucho, y tampoco es que se hiciera con mucho entusiasmo. En ello había un matiz de crueldad

adolescente, sin otro propósito que la satisfacción de los perpetradores. Iba más allá de la razón. Era como atar latas en las colas de los gatos.

Yo me concentraba en encontrar una forma de autojustificarme: que era algo transitorio, pasajero, que no les hacía daño. Pero no tenía ni idea de si les hacía daño o no. ¿Qué pasa si conectas a una persona a una fuente eléctrica que produce una descarga de alto voltaje? ¿Le hace algún daño? Yo no tenía ni puñetera idea de psicología, así que eso no lo tenía en cuenta. Estoy seguro de que tenía un impacto enorme, quizás no físico, pero psicológico, sí, sin duda. Y no nos ayudó a hacer amigos, eso te lo garantizo.

A menudo, la persona a la que sometíamos a descargas eléctricas era una joven atractiva. Eso tenía todo tipo de connotaciones sexuales: era dominación. La misoginia de la guerra consiste en que se te niegan las mujeres y, al mismo tiempo, solo tienes contacto con ellas en un entorno de subyugación.

Yo mismo giré la manivela del teléfono un par de veces. Ahora me siento mal por ello. Lo que más me atormenta es que quedó en duda mi propia humanidad, el concepto que yo tenía sobre mí mismo, que me consideraba una persona correcta y con valores. Me sentí expulsado de la humanidad. Me revelé como un bárbaro, igual que los demás. Mi experiencia, mi clase y mi educación me habían aislado un poco, así que no tenía que preocuparme por el trabajo sucio, pero en Vietnam me tiré de cabeza.

Todo el mundo tiene sus límites y el mío era ser testigo de la total destrucción de una persona. Supongo que ahí fue donde dije basta. De algún modo, pensaba que mi sentido moral estaba un poco por encima de eso, que tendría que haber marcado los límites antes.

La guerra me puso a prueba, a mí y a la cultura en la que había crecido. Esa cultura me había dado un marco, un punto de referencia para comprenderme como individuo, para comprender mi religión, a mis padres, para entender de dónde venía. Pero yo ya no era esa persona.

~

Yo no hablaba vietnamita, pero sí que entendía algunas frases. Un día, en mitad de un intercambio de fuego, por primera vez en mi vida, oí los gritos y los llantos de los vietnamitas heridos, y los entendí. Cuando alguien está herido, grita llamando a su madre, a su esposa, a su novia. Y oí las mismas

súplicas en boca del VC. Fue entonces cuando comprendí la futilidad de la guerra. «¡Dios santo! —pensé— Qué puto desperdicio.»

Víctimas

«Esta historia se remonta muy atrás en el tiempo, a cuando el mundo acababa de nacer…» Una voz profunda resuena en la oscuridad. La pantalla de cine improvisada estalla en un remolino de lava, como el napalm cayendo en cascada. El silencio que sucede a la explosión es interrumpido por el traqueteo del viejo proyector y los sonidos nocturnos del sudeste asiático, que, estos sí, son reales. «Hace un millón de años…» ¡Bum!

Hacía siglos que Gar no veía una película; llevaba casi cuatro meses allí. Por suerte, la base de Da Nang era bastante grande. Habían montado un cine al aire libre: una pared de madera pintada de blanco y unas hileras de asientos para que los soldados se acomodaran. Gar tampoco podía quejarse de la elección de la película: hombres de las cavernas vestidos con pieles de animales que gruñían, peleaban y cazaban con sus propias manos, perseguidos por iguanas gigantes que daban fuertes dentelladas con sus mandíbulas escamosas. Parecía una elección bastante acertada teniendo en cuenta lo que les había tocado vivir. Cuando aparecía Raquel Welch en pantalla con su biquini de piel de cintura baja y aquella melena rojiza que resplandecía sobre sus hombros desnudos, la multitud aullaba de emoción. «¡Toma ya! ¡Joder, está buenísima!», gritó Gar.

A lo lejos resonó un grito distinto del resto: «¡Nos atacan! ¡Nos atacan!». Raquel empezó a desaparecer poco a poco de la pantalla hasta que esta se apagó con un traqueteo. La mayoría de hombres corrieron hacia los búnkeres, incluso el proyeccionista, a pesar de la amenaza que se oyó entre el público: «Vuelve a encenderlo o te reviento la cabeza».

Solamente Gar y un puñado de soldados rasos se quedaron allí. Entre el resplandor rojizo de los misiles y los proyectiles de mortero que estallaban

a su alrededor, encendieron de nuevo el proyector y se sentaron para terminar de ver la película. Más allá de las luces parpadeantes, alguien gritó: «¡Están entrando!».

«Empezamos a disparar por todas partes —me contó Gar—. Todo el mundo sabía que hasta que no acabase la película no podían entrar, porque les pegaríamos un tiro. En ese momento, todo el mundo era el enemigo.»

El odio, la ira y el terror primitivos que la guerra sacaba del interior de los hombres no desaparecía cuando terminaba el ataque. Los soldados se transformaban en seres violentos y peligrosos; cualquiera servía como blanco de su agresividad, sobre todo si el enemigo oficial no estaba cerca.

Es difícil entender la fuerza de esas emociones y cómo cambian a una persona sin haberlas vivido en carne propia. Un veterano se ofreció medio en broma a iniciar una colecta para pagarme un viaje al país africano en conflicto que yo eligiera. Pensaba que quizá aprendería más sobre los hombres que estaba entrevistando si pasaba un tiempo viviendo en la piel de un mercenario. Así, al menos, podría responder yo mismo a las dos preguntas que más a menudo se les planteaban a los excombatientes de Vietnam: ¿A cuántas personas has matado? y ¿qué se siente al matar a una persona?

Rechacé la oferta. Había escuchado muchas de esas historias de guerra y estaba empezando a entender la frustración y el dolor que encerraban. Pero lo que más me intrigaba eran los fragmentos inacabados, las historias sin final que tenían que ver con una emoción que parecía muy ajena a la guerra: el amor.

En mitad de un relato plagado de sangre y vísceras sobre una cortina de fuego de artillería en Khe Sanh, el hombre que me estaba contando la historia se levantó, se fue a su habitación y se puso a rebuscar en la cómoda. Escuchaba los cajones abrirse y cerrarse de golpe. Regresó con la esfera de un reloj; el vidrio estaba tan resquebrajado que apenas se veían ya las manecillas. Lo había recogido del suelo junto al cuerpo sin vida de su amigo, que había muerto durante el ataque. La hora exacta de su muerte se había quedado congelada en aquel pequeño reloj y él lo había guardado durante todos aquellos años, como un monumento personal a la amistad que los había unido.

«Todo el mundo se interesa más por la gente que mataste que por los amigos que perdiste», me dijo. Devoramos la muerte y la destrucción con

macabra curiosidad; sin embargo, apartamos la vista avergonzados cuando el narrador nos habla del amor que sentían y las lágrimas que derramaban.

Los mismos veteranos de guerra parecen confundidos por los vínculos que experimentaron en Vietnam, que iban más allá del compañerismo. Diez años más tarde, muchos de ellos atribuyen el doloroso vacío que sienten en su interior a aquella afectuosa palmadita en la espalda, si es que sacan el tema a colación. La amistad y el amor sincero eran lo único que habrían querido traerse de allí, y lo único que no parecían haber podido conservar. La culpa, el dolor y las cicatrices siguen intactas; las lecciones sobre la amistad y la compasión se han perdido.

Era Cuatro de Julio, el Día de la Independencia, y hacía muy buen tiempo. Casi todas las noches, después del papeo, cuando los soldados se apostaban para montar guardia y el sol aún no se había puesto del todo —al inicio del crepúsculo—, se oían algunas ráfagas de disparos de los M-16, el fuego de las ametralladoras y la explosión de alguna que otra granada. Era lo que llamábamos el «minuto de locura». Sin embargo, aquel Cuatro de Julio no hubo un minuto, sino una noche entera de locura.

Ese minuto de locura seguía y seguía. Había empezado a un lado del perímetro y se había ido extendiendo. Se oyeron un par de balazos, luego, unas cuantas trazadoras, y después estalló. Al otro lado de la base, las bengalas iluminaban el cielo; de todos los tipos, rojas, blancas y verdes.

Todo el mundo sabía que las bengalas rojas no significaban nada, solo era un color. Estábamos colocados y hacíamos el tonto; las disparaban de forma que trazaran arcos cruzando la base. La celebración era la excusa perfecta para emborracharse más de lo normal, para drogarnos todavía más si cabe, o las dos cosas a la vez. Es lo que hice yo: me pasé la noche bebiendo cerveza y fumando porros.

Una unidad de la caballería acorazada acababa de llegar del frente. Venían del norte de la base, cerca de la frontera con Camboya, donde les acababa de llover la mierda. Se habían instalado al otro lado de la carretera, detrás del depósito de combustible, y estaban durmiendo al raso en la ladera de la montaña. Algunos tipos del escuadrón se pasaron por el club de soldados para beberse unas cervezas y pasar el rato.

Había conocido a un tío que era el comandante táctico de una unidad con un obús autopropulsado que era parte del escuadrón de caballería, un sargento, supongo. Era un tío muy majo. Antes de ir a la guerra casi había terminado la universidad y, por misterios de la vida, los dos habíamos estudiado lo mismo. Me recordaba a mí y sospecho que él también se sentía identificado conmigo. Estábamos pasando el rato en mi barracón, fingiendo que estábamos en una fraternidad universitaria. Íbamos muy fumados y estábamos bebiendo un montón de cerveza, pasándolo bien. También

teníamos una botella de whisky que alguien se había «encontrado». Habíamos montado un buen follón.

Sobre las diez y media de la noche se oyó alboroto en el club de soldados. Mi barracón estaba en esa calle, formada por dos búnkeres y tres barracones.

Se oyó una ráfaga corta de disparos de un M-16, justo a nuestro lado. Todo el mundo se tiró al suelo de inmediato. Se oían gritos en el club. Ese sargento y yo éramos los que estábamos más cerca de la puerta, así que nos arrastramos para asomarnos y ver qué estaba pasando.

Había un tío de pie delante del club con un M-16 en las manos. Yo vivía con él, era un negro de Alabama que se llamaba Cream. Tenía fama de ser un cabrón hijo de puta, pero si no le tocabas los cojones era inofensivo. Había un soldado en el suelo chillando como loco y Cream maldecía y gritaba, aunque no se le entendía nada. El chaval que estaba en el suelo clavaba los dedos en la tierra y había gente apelotonada en la puerta del club. Era evidente que Cream le había disparado. En ese momento, salió del club un tío que era amigo suyo —si es que se podía decir que tenía amigos —, otro negro, que intentó tranquilizarlo.

—Cream, colega, dame el arma, déjalo en paz.

El tira y afloja duró unos cinco minutos en los que nadie más se movió. Cream estaba completamente fuera de sus cabales.

El herido seguía aullando, unos gritos que no querrías oír en tu vida. No decía ni una sola palabra, solo eran sonidos. Por fin, el colega de Cream consiguió convencerlo de que entrara con él al club. En ese momento, otros tres tíos salieron del club y acudieron corriendo al lado de su amigo, el del suelo. Cream volvió a salir a toda prisa y le pegó otros tres tiros a un contenedor, berreando y chillando como loco. Luego se quedó allí plantado y dejó caer el arma al suelo. Su amigo se acercó a él, apartó el fusil, lo cogió del brazo y lo acompañó al búnker que había al lado de mi barracón. Todo el mundo se quedó esperando. Luego llegaron los médicos, seguidos de la Policía militar, mientras el herido seguía chillando en el suelo.

Todavía no sé qué causó la pelea, pero estaban borrachos y el tío al que disparó Cream era blanco. No fue por un tema específicamente racial, de eso sí que me enteré, pero sí que lo insultó o algo por el estilo.

Lo que sí sé es que Cream estaba casado y tenía un par de críos, y que el chaval al que disparó perdió las dos piernas y solo le quedaban nueve días de servicio. Nueve días. Iba a regresar a su casa y le habían dado una beca

para la universidad por ser jugador de fútbol americano. Era el último día que pasaba en el puto frente. Y así fue el Cuatro de Julio.

~

En mi cumpleaños, estuve tres días fuera con una escuadra de asalto. Al volver, me encontré una nota de la retaguardia que decía que tenía que presentarme en Phu Bai para recoger una caja enorme que mi primo me había enviado. Al ver la caja, pensé: «¡Mira, un pastel! Me lo voy a llevar a la jungla y me lo zamparé con los colegas». Pero, al cogerla, noté algo extraño: «¡Joder! Esta mierda pesa muy poco. ¿Cómo es posible?». La abrí.

Los tíos de la retaguardia habían tenido el morro de abrir la caja, comerse el pastel, dejarme un trozo como un dedo de ancho y volver a empaquetarla tal y como estaba, con la cuerda atada y todo. Menuda broma.

Cogí el minúsculo pedazo de pastel, pero no pude ni comérmelo. Lo aplasté, saqué mi revólver del 45 y fui a por ellos. Yo venía de la jungla, y en la retaguardia no se fiaban de los tíos de la jungla que iban armados. Abrí de una patada la puerta de la oficina donde se suponía que estaban, pero allí no había nadie. Si los hubiera encontrado, habría acabado el día en el calabozo, porque les habría pegado un tiro.

Yo tenía que pasarme el día en la jungla, partiéndome los cuernos para salvar el pellejo, mientras ellos estaban allí tranquilitos, poniéndose medallas y regalándose más R&R de la cuenta, y encima se atrevían a arrebatarme el único placer que tenía: recibir un paquete de mi familia. Con lo gordos que estaban los muy cabrones; no necesitaban hacer esa mierda. Mantuvieron las distancias el resto del día y se aseguraron de que me mandaran de vuelta a la selva.

Pero decidí que alguien tenía que pagar por aquello. No le iba a disparar a nadie, pero alguien tenía que pagar, y de forma física, nada de insultos o intimidación: me lo iban a pagar con dolor físico. Mis compañeros de pelotón comprendieron por qué me había puesto así.

Quizá me habían jodido con un par de paquetes, pero, después de lo del pastel, sabían perfectamente que si volvía a la retaguardia les haría daño. A partir de entonces, me llegaron todos los paquetes que me mandaban, sin excepción, y también se encargaron de que no tuviera que ir a la retaguardia a recogerlos.

Pero, por fin, pillé por banda a uno de los *pogues* que se habían zampado mi pastel. Le rompí un tobillo. Intentó huir, pero se topó con un amigo mío, que le puso la zancadilla. Cuando se cayó al suelo, me acerqué y le di un pisotón en el tobillo.

—¿Dónde están tus amiguitos ahora, eh? —le pregunté.

No dejaba de lloriquear, así que le dije que se olvidara del asunto y me largué.

Allí, las cosas llegan a un punto en el que ya no te andas con chiquitas, ¿entiendes? No me gustaba lo que hacían. Eran demasiados los tíos que leían en las cartas que les enviaba su familia: «¿Te gustó el paquete que te mandamos? Nos has escrito tres o cuatro veces pero no nos has dicho nada del paquete. Al menos podrías darnos las gracias».

~

Estábamos en temporada de monzones y estaba cayendo una tromba de agua. Allí las tormentas no empezaban, estallaban. Cuando estaba a punto de ir a buscar algo comer, entraron a decirme que tenía que volar.

—Joder, ¿otra vez? ¿No puedo ni cenar?

—No, salimos ahora mismo.

Me vestí tan rápido que hasta me olvidé de ponerme los calzoncillos.

Me monté en el helicóptero detrás del teniente Carver, un artista del tres al cuarto de Texas. Quería ser piloto al mando, así que se sentó en la parte derecha de la nave. El suboficial Tyler se sentó en el lado izquierdo, a los mandos del aparato. Normalmente, iban al revés. A mí Tyler no me gustaba ni un pelo. No es que fuera un incompetente, lo que pasa es que no me caía bien. Era mutuo; no nos podíamos ni ver. El jefe de la tripulación, que se llamaba Blake, estaba sentado a la izquierda, en la parte trasera.

Estuvimos allí sentados media hora. No había forma de despegar con aquella lluvia; era imposible.

—Podríamos haber cenado —gimoteé—. No va a parar durante la próxima media hora. Cualquier idiota se daría cuenta. Podríais dejarnos ir a cenar, ahora no podemos despegar.

—No, tenemos que estar preparados.

—¡Joder! Madre mía.

El techo del helicóptero tenía goteras y yo estaba soltando sapos y culebras porque se me estaba mojando la ametralladora, que había dejado

en el suelo. Eso no me gustaba, así que me incliné hacia adelante para moverla de sitio.

De repente, cayó un rayo en el *chopper* que teníamos detrás y electrificó el aparato. Los cohetes de ese helicóptero funcionaban con electricidad, así que se dispararon siete de ellos. Al salir de los tubos, se desplegaron los estabilizadores de seis cohetes, chocaron entre ellos e impactaron por todas partes de forma aleatoria. Uno de ellos fue hacia adelante, entró por el larguero de cola y destrozó la transmisión de la nave y el cortafuegos de la cabina. Si no me hubiera inclinado hacia delante me habría impactado en el lado izquierdo y me habría arrancado el brazo. Pero, por suerte, me pasó por encima del hombro.

Hubo una explosión tremenda. Fue rarísimo, no hubo ninguna advertencia, nada. Un segundo me estaba inclinando hacia adelante y al siguiente se oyó un estruendo y el mundo desapareció.

Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que no estaba muerto. A Carver se le había desgajado el pecho del cuerpo con un corte limpio, pero tenía la espina dorsal intacta y conservaba la cabeza en su sitio. Se quedó inclinado hacia atrás, como meciéndose de un lado a otro, con los ojos abiertos de par en par, justo delante de mí. Tenía su brazo y su hombro en el regazo.

La puerta y Blake habían desaparecido: el impacto los había arrojado a unos tres metros de la cabina. Blake había caído de pie y preguntaba: «¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado?».

A Tyler, la explosión le había arrancado media cara. Era un amasijo de carne. También había perdido parte del brazo —el pulgar y el antebrazo hasta el bíceps arrancados de cuajo—, ya no lo tenía.

Yo ni siquiera había reparado en que la puerta del lado contrario había desaparecido. Estaba muerto de miedo porque estábamos rodeados de llamas. Era el propelente sólido de los cohetes, que había prendido. No quería estar dentro del helicóptero cuando estallara el depósito de combustible; no quería morir ardiendo, pero mi puerta estaba atascada. Empecé a aporrearla; estaba atrapado, no había forma de abrirla. Clavé las uñas y tiré de ella, enloquecido, hasta que, no sé cómo, de repente, se cayó.

Hice ademán de saltar de la cabina, pero había una caja de munición con mil quinientas balas del calibre 7,62 que iba dando tumbos y se me había encallado en el pie, así que viví unos minutos más de pánico mientras intentaba liberarlo.

Logré salir del aparato y me alejé por la pista de despegue. Seguía lloviendo. Caminaba renqueando, en estado de shock y ensordecido.

La tripulación de otro helicóptero nos recogió a mí y a Tyler y nos sacó del aeródromo. Nos metieron en un camión y nos llevaron corriendo al hospital de campaña. En ese momento no lo sabía, pero pensaban que estaba al borde de la muerte; era todo sangre y pedazos de carne. No se habían percatado de que era casi todo de Carver. Estaba cubierto de pulmones y otros restos.

Tenía la pierna rota por varias partes, así que pasé un par de semanas en el hospital. Me condecoraron con el Corazón Púrpura; nunca sabré por qué. No estábamos en combate. Cuando desperté, me encontré la condecoración abrochada al lado de la almohada, como si me la hubiera traído el Ratoncito Pérez. Casi ningún soldado del hospital quería hablar conmigo. Yo seguía en estado de shock, aún más agravado por la culpa, una culpa irracional. «Tendría que haber hecho algo por Carver.» Estaba muerto, ¿qué podía a hacer por él? Pero me sentía culpable de todos modos.

Una gran delegación de soldados de mi compañía vino a verme al hospital.

—Bueno, ¿qué puesto quieres ahora?

—¿Qué quieres decir? ¿Que qué puesto quiero?

—Bueno, ya sabes, qué es lo que querrías…

Me ofrecieron trabajos fáciles, muy fáciles.

—Yo soy artillero de puerta —contesté.

Debo admitir que me gustaba mucho ser artillero de puerta. Me encantaba. Me encantaba volar. Me gustaba disparar a la gente siempre y cuando no fuese a corta distancia. No pasaba nada por matar a aquellas hormiguitas que se veían en el suelo. Y tampoco pasaba nada porque ellos me disparasen a mí; era parte del juego.

Debía de gustarme, y mucho, porque me condecoraron con quince medallas. Era parte de la élite, un artillero de puerta de cojones. Nos montábamos unas juergas salvajes con litros y litros de alcohol. Una vez le tocamos los huevos al oficial de turno, cuando vino de madrugada a inspeccionar nuestro barracón. Miró hacia el tejado con una linterna y preguntó:

—¿Quién coño anda ahí arriba?

Pero lo único que vio fue un arma apuntándole a la cabeza y una linterna que le deslumbraba.

—O te largas o te pegamos un tiro.

Con nosotros no se metía nadie, éramos unos tíos duros. Éramos como hermanos. Estábamos en la gloria; éramos los héroes, los que manejaban el helicóptero.

A veces, el copiloto me decía:

—Esto es un aburrimiento, quiero disparar la ametralladora.

Y yo le contestaba:

—Pues yo quiero pilotar el helicóptero.

Y nos cambiábamos. Tenía veinte años y pilotaba un aparato que costaba cientos de miles de dólares.

Cuando no estábamos reventando algo a tiros, nos entreteníamos jugando a lanzar granadas de humo a los burdeles. Entrábamos al club de soldados de la base y más valía que nadie nos tocara las narices, porque nos los habríamos cargado a todos. Me sentía como el sargento Rock [116] y no quería dejar de sentirme así. No me quería convertir en uno de esos excombatientes debiluchos.

Y así se lo dije a mis colegas. Para entonces, ya era un héroe.

—El muy cabrón, mira lo que le ha pasado y todavía tiene ganas de montarse en un *chopper* . Eso es tener huevos. ¡Qué tío!

Me sentía el dueño del mundo.

Tuve la pierna escayolada durante un mes. Le quité parte del relleno, me froté por dentro para que me saliera una herida en la espinilla y convencí a los médicos de que me la quitaran antes de hora. Después volví a subirme a un helicóptero. Estaba pirado.

~

Era el operador de radio de mi compañía, así que no solía salir a patrullar. Pero uno de los operadores de radio era mi colega, así que un día salí con él. Se llamaba Whitney y era de Brooklyn. Habíamos hecho la instrucción militar juntos y tres meses después descubrimos que vivíamos a seis manzanas de distancia y que él había salido con mi hermana. Éramos uña y carne. Fui yo quien le convenció para ser operador de radio. Hasta habíamos intentado contratar un seguro con Hawai Mutual y ponernos el uno al otro como beneficiarios, aunque no nos dejaron. Ya sabes, para que yo pagase sus primas y él las mías. De esa forma, si yo sacaba algo, él también, y a la inversa. Entre amigos hay que ayudarse, ¿no?

El caso es que me fui a dar un garbeo con ellos. Pasamos junto a una aldea; se nos estaba echando la noche encima. Y, de repente, ¡pum, pum, pum! Nos estaban tiroteando. Abrimos fuego, pero los hijos de puta no reculaban, y no era más que un pelotón. Los tíos iban a por todas, así que supusimos que debían de ser soldados del EVN. Intentábamos atacarles mientras otra parte de la unidad nos cubría, pero ellos hacían lo mismo.

Llamé por radio a la retaguardia para informarles de la situación y les supliqué que mandaran apoyo. Intenté que nos enviaran a la artillería. Les di las coordenadas y me contestaron:

—No puede ser, no os podemos mandar apoyo. Son aliados.

—¿Qué? Espera un momento —y entonces grité—: ¡Eh! ¿Habláis mi idioma?

—¡Joder! —oí desde el otro lado.

Mi mejor intercambio de fuego había sido contra otra unidad de marines.

Pero no quisieron parar. Tenías a dos pelotones que sabían perfectamente que estaban disparando a los suyos, pero seguían. Estaban cabreados. La puta jungla es asquerosa y hace mucho calor, el mundo entero está en tu contra y esos tíos estaban cabreados. Así que dos líderes de escuadra y yo nos sentamos tranquilamente a esperar. Cuando se quedaron sin munición, fuimos hacia allí. Ellos tenían dos muertos y cuatro o cinco heridos, y nosotros, tres heridos. No habían querido parar y tampoco nos habían dejado acercarnos. Así de loco se puso aquello. Y seguían cabreados.

~

Llegaron unos pilotos de LZ English para invitar a las enfermeras a una fiesta. A mí me pareció una idea estupenda, me apetecía cambiar un rato de aires. Nunca había sido muy fiestera, pero les dije:

—Si me dejáis pilotar el *chopper* , voy. —Y me dejaron.

Yo no tenía ni idea de cómo hacer despegar ese cacharro. Tenía unos pedales en el suelo y una especie de palanquita. El helicóptero estaba abarrotado de enfermeras y había un par de chavales detrás. Era de noche y uno de los chicos me dijo:

—¿Ves aquella luz? Vuela hacia allí y ya está.

Sobrevolé la autopista dando tumbos; todo estaba del revés.

—¡Quítale la palanca! ¡Quítasela! —gritaban los que iban detrás.

Pero al final llegamos bien.

En la pista de aterrizaje tenían unas lucecitas.

—Vale, ahora baja hasta allí.

Y bajé, pero no conseguía quedarme abajo. El helicóptero brincaba como un conejo. Siguió saltando por todo el aparcamiento hasta que, al final, fue el chico quien aterrizó.

Estaba en aquella fase en la que me creía capaz de cualquier cosa. El Ejército me había dado confianza en mí misma. No había nada que no pudiera hacer. Vale, no había sido capaz de mantener el helicóptero en tierra, pero había conseguido pilotarlo hasta nuestro destino.

Los chicos nos habían preparado un auténtico festín; había hasta langosta. Yo andaba buscando un baño porque ya no me podía aguantar más cuando, de repente, me tropecé con una habitación llena de colchones. El suelo estaba cubierto de ellos, de pared a pared. Se me dispararon todas las alarmas: «Tengo que avisar a las chicas», pensé.

Cuando volví con los demás, les dije:

—Oye, ahí detrás tienen una habitación llena de colchones, y algunos de estos tíos están intentando emborrachar a las chicas. —Además, había un montón de opio y de maría—. Tenemos que largarnos de aquí.

Intentamos crear un frente común. Las que estábamos lo bastante sobrias nos llevamos a las borrachas a la pista de aterrizaje de los helicópteros e intentamos encontrar a alguien que quisiera llevarnos. Los tíos estaban muy cabreados. Creímos que querían violarnos en masa, mira si tenía mala pinta. Pensaba que no saldríamos de allí con vida. Los GI nos llamaban «chochitos con ojos redondos» y, de repente, nos habíamos convertido exactamente en eso. Estábamos en una base enemiga. Habían bebido tanto que estaban furiosos y se negaban a llevarnos a casa, sin más. Su plan era darnos de comer, hacer que nos pillásemos un buen pedo y pasárselo en grande, y yo lo había estropeado todo.

Al final, un chaval cedió y accedió a llevarnos de vuelta al hospital. Menos mal que estaba él; supongo que su madre lo había educado como es debido. En aquel entonces, yo era bastante estúpida e ingenua, pero me largué de allí en el primer *chopper* .

Cuando entré en el Ejército, me bebía media lata de cerveza y me quedaba frita. Antes de ir a Nam no había fumado nunca marihuana y estoy segura de que había mucha gente como yo.

Veía a muchos pilotos volver después de pasarse la noche bebiendo, ya pilotasen helicópteros de combate o *medevacs* . Caían redondos, vomitaban

hasta la primera papilla y después se levantaban y a volar. Había visto a tíos que traían un montón de pacientes y luego potaban al lado del *chopper* , ya fuera por lo que acababan de ver o por todo lo que habían bebido la noche anterior. Y luego se montaban en el helicóptero y vuelta a empezar.

Salvo algunas excepciones, todo el mundo fumaba marihuana. Y luego estaban los bebedores empedernidos. Si te gustaba beber, bebías mucho y, si fumabas, fumabas como una chimenea. Lo llevábamos todo al extremo para luego, al día siguiente, tener agallas de enfrentarnos al pabellón, o a lo que fuera. Conocí a médicos que se habían metido heroína y a dos enfermeras que volvieron a casa adictas a ella.

Yo también la probé. Me pinché una docena de veces, más o menos. Me gustaba mucho el cuelgue, pero cada vez que me metía vomitaba hasta el hígado. Eso si, el colocón era estupendo. ¿Sabes esa sensación de estar cayéndote de sueño, sin poder mantener la cabeza recta? Recuerdo que pensaba: «Todo el mundo sabe lo que acabo de hacer, porque se me cae la cabeza». Pero, cuando se te pasaban las náuseas, entendías por qué la gente lo hacía: te daba igual lo que pasara. Los sanitarios se iban a comer y, si le daban a la botella, se iban al club y se tomaban unas copas. Yo salía del pabellón, me fumaba un par de porros —y se me ponían los ojos rojos como el fuego— y así conseguía sobrevivir al día.

~

Cuando cambié de división me empezó a llover la mierda. Para empezar, llevaba puesto el sombrero de la jungla y, al parecer, no estaban preparados para eso. Mi bigote de fumanchú les parecía demasiado largo y mis botas no relucían lo bastante y, encima, llevaba las chapas de identificación metidas en las botas y otra cosa colgada del cuello. Me desataba los cordones y me ponía una chapa en cada bota, y así por las noches no hacía ruido.

Aquellos tíos se creían que era un *short-timer* . Sí, entonces ya estaba hasta los huevos, pero en las demás unidades también se notaba que era diferente a los demás. Cuando me uní a esta, ya tenía mucha experiencia en combate y había ganado una Estrella de Bronce. Había perdido la cuenta de las batallas en las que había participado. Algunos de aquellos tíos podían contar las veces que habían entrado en acción con los dedos de una mano, y aún les sobraban. No habían visto al enemigo; ¡algunos no tenían ni muertes

confirmadas! Y pese a todo, me daban la tabarra con las botas y el uniforme. Parecerá una tontería, pero me molestaba.

Durante el primer combate, el líder del pelotón se cagó de miedo. No sabía si alguno de sus hombres había abierto fuego o no. No sabía adónde tenía que apuntar. Hasta el artillero estaba allí plantado como un pasmarote.

Primó el instinto de supervivencia. Le quité el arma de un manotazo y empecé a disparar.

—¡Levántate y sígueme! —le grité al ayudante del artillero— ¡Haz algo! ¡Tráeme más munición! ¡Munición! ¡Munición! —Pero nadie me traía nada. Me estaban disparando desde detrás de unas rocas, pero nadie me traía munición. Tuve que ir corriendo hasta donde estaban y decirles—: ¡Dadme la puta munición!

Me ascendieron en ese mismo momento a líder de pelotón. Al otro lo degradaron, se libraron de él.

Después, el líder de la escuadra de artilleros, que se llamaba Browne, y su mejor amigo y cuñado, White —dos apellidos muy coloridos—, vinieron para hablar conmigo. Eran del mismo barrio, habían ido a la universidad y todo eso. A Browne no le gustó que yo fuera el nuevo líder del pelotón, porque pensaba que le iban a ascender automáticamente a él cuando el tío que se había cagado de miedo se había largado.

—Bueno, tú ya eres un *short* —me dijo—. Dentro de poco el líder seré yo, porque a ti ya no te queda mucho.

—No soy tan *short* , no te creas —contesté—. Todavía me queda una temporada por aquí.

Resultó que los dos habíamos llegado casi al mismo tiempo. Le sacaba solo un mes.

—Pero no te preocupes —añadí—. Un día de estos tendrás la escuadra de artilleros para ti solito. Yo pienso largarme de aquí. Y tampoco quiero la puta ametralladora.

Me puse manos a la obra con la escuadra de artilleros. Estaban desmontando y limpiando las armas, pero se lo tomaban con calma y hacían el imbécil; las limpiaban siempre de día. Así que los puse a desmontarlas y limpiarlas con los ojos vendados.

—Pero ¿por qué tenemos que hacerlo así? —me preguntaron.

—Porque lo digo yo. No os quiero ni oír, a la próxima os pongo a correr, idiotas.

—¿Qué? —se pensaban que estaba pirado.

—No pienso dejar que me maten por vuestra culpa. Ya he visto lo que podéis hacer en combate: nada.

El artillero estaba de mi parte, así que, en un abrir y cerrar de ojos, todo el pelotón estaba desmontando y montando las armas. Hacían lo que se les había ordenado sin cuestionarlo, respondían a los sonidos, escuchaban. Al teniente le parecía gracioso. Lo miré y pensé: «A este tonto del culo se lo van a cargar». Estaba convencido de que no saldría de allí con vida, y no me equivoqué.

El capitán empezó a ofrecernos voluntarios para cualquier mierda. Cada vez que hacía falta algo como, por ejemplo, salir a matar a alguien, nos ofrecía a nosotros. Antes de que yo llegara, la compañía no era capaz de hacer nada y el capitán había empezado a desesperarse. Quería ascender a comandante y solo lo lograría si entraba en combate y conseguía un buen recuento de bajas.

Yo solo quería que mis hombres sobrevivieran. Si tenía que contar con unos tíos que andaban escondiéndose detrás de las piedras, iba a hacer que me mataran. No estaba dispuesto a que eso sucediera.

En aquella época llegó un chaval nuevo al que, no sé por qué razón, convertí en mi protegido. Se llamaba Stanley y era muy delgaducho. Era un niño rico, se notaba. Me contó que para su dieciocho cumpleaños su familia le había comprado una casa con no sé cuantas hectáreas, me habló de su Jaguar XKE y todas esas mierdas.

No sé que tenía en la cabeza. Cogía el agua para beber y se lavaba con ella las manos antes de comer.

—Y cuando te quedes sin agua, ¿qué vas a beber? —le dije—. Ya te arrepentirás, ya. ¿Qué vas a hacer? ¿Pedirle a alguien que te dé de la suya? No querrán. Si te la has bebido es una cosa; si tuvieras más sed, te darían, seguro, pero desperdiciar el agua lavándote las manos es otra muy distinta. Vas a tener que aprender a comer con las manos sucias.

—Bueno, vale, ya veré —se limitó a decir.

Stanley era gracioso porque no le salía casi barba; tenía cuatro pelos mal contados. No bebía alcohol y, hasta entonces, solo se había acostado con una mujer una vez en toda su vida. Los únicos negros que recordaba haber visto eran la criada y el chófer. Decía que en su colegio había tres hermanos negros, pero que no parecían negros.

—He visto a tu gente manifestándose y liándola por la tele —me dijo—. No sé más.

Cuando se sentó a hablar con nosotros, le pareció gracioso que fuésemos personas igual que él. Nuestros estilos de vida eran distintos, pero éramos personas. Aprendió algo que no habría aprendido de no haber estado de servicio. Fue beneficioso para él; empezó a comprender.

Los vietnamitas nos preguntaban: «¿Por qué estáis aquí combatiendo cuando en vuestro país ni siquiera podéis vivir donde queréis?». Y tenían toda la razón. Todos lo comprendíamos, pero Stanley no. Me tocó intentar explicárselo, intentar que cuando me mirase no viese el color de mi piel ni el de cualquier otro hombre de su pelotón. Su vida dependía de ello. Si se fijaba en el color, jamás ayudaría a ningún negro. «¡Bah! Solo es un negrata. No pienso arriesgar mi vida por él.» Y, si los soldados negros se enteraban de que pensaba así, quizá dirían lo mismo: «¿Y por qué tendría yo que ayudarle a él? Tiene prejuicios». No podíamos perder el tiempo con eso. Allí el color de la piel no importaba. Yo estaba orgulloso de ser negro, pero también lo estaba de ser un marine. Muchos hombres tuvieron que ver peligrar sus vidas para comprender eso.

Ascendí a especialista cuando conquistamos por tercera vez una colina llamada Razor Back. Subíamos a la cima, pasábamos una semana allí y volvíamos. Siempre perdíamos hombres, pero en esa puta colina no había nada. Estaba en mitad de ninguna parte, joder. Subirla, que te mataran y bajarla por la ladera contraria. Lo hicimos tres veces.

Un día decidimos llevar a cabo nuestra propia Ofensiva del Tet en aquella zona. Una patrulla de reconocimiento había detectado varias unidades enemigas e íbamos a ir en misión de «búsqueda y destrucción». Cuando llegamos al punto de encuentro, se veían marines sobre el terreno hasta donde alcanzaba la vista y el cielo estaba plagado de helicópteros que recogían a los soldados para llevarlos a la maldita colina; iban y venían lo más rápido que podían.

Cuando llegamos a la zona de aterrizaje se oía el fuego de los francotiradores impactando en los *choppers* . Los artilleros de puerta disparaban sin parar. Yo rezaba mientras los demás se santiguaban o cerraban los ojos para orar, como hacía yo. «Se va a liar una monumental», dije. Había participado en montones de combates, pero aquel me tenía acojonado. Estaba más asustado que en mi primer intercambio de fuego, y mira que aquella vez estaba cagado de miedo.

Echamos a correr en cuanto aterrizamos. Había visto a los *gooks* correr colina arriba disparando y a mis hombres perseguirles, como en una

película. Si asomaban las cabezas, les disparaban. Todos llevábamos encima una cinta de doscientas balas para las ametralladoras de los artilleros, un cohete o dos, la munición para el M-16 y un proyectil de mortero. Lanzábamos los proyectiles a los artilleros de los morteros, alcanzábamos la munición del M-60 a los de la ametralladora e intentábamos llevar los cohetes a los de los cohetes. De tanto llevarnos mierda los unos a los otros íbamos a acabar muertos. Los soldados se metían en sus trincheras. Estábamos perdiendo a muchos hombres, pero los *gooks* también caían como moscas.

Por fin, cuando empezaba a hacerse de noche, conseguimos asegurar la colina. Miré a Stanley y a otro chaval, Donald, que llevaba menos de tres meses en Vietnam. A Stanley le había caído bien e intentaba protegerlo.

—Mantened la cabeza gacha y los ojos bien abiertos. Hay francotiradores cerca —les advertí.

Stanley hizo lo que le había pedido, pero Donald se lo tomaba con calma y se reía. Estaban sentados detrás de una pequeña loma. Donald estaba mirando hacia afuera, de espaldas al perímetro. Justo cuando le estaba diciendo que mantuviera los ojos bien abiertos, se oyó ¡pam!

La bala le entró por el hombro, le salió por el pecho y luego le dio en el brazo a Stanley, que se acojonó.

La bala no mató a Donald de inmediato. Se le salían las tripas por la boca y por la nariz, como si las hubiera tosido tras el disparo. Me dolió verlo. No había tenido ocasión de trabajar con él, de enseñarle a sobrevivir, porque cuando había llegado estábamos siempre corriendo de un lado para otro. No había aprendido a obedecer las órdenes de inmediato, en cuanto se le daban. Me miró y lo único que vi fueron las lágrimas de sus ojos. Parecía decirme: «Sigo vivo, pero ¿qué hago? Me estoy muriendo». Pensé en pegarle un tiro en la cabeza para acabar con su agonía, pero no fui capaz, no sé por qué. No era más que un crío. Tenía diecisiete años y sus padres habían firmado una autorización para que pudiera hacer el servicio militar.

Stanley estaba en estado de shock.

—¡Baja hasta el *chopper* , vamos! Te vas a casa —le grité.

Stanley estaba atontado.

—¿Qué? —preguntaba una y otra vez— ¿Qué le ha pasado a Donnie? ¿Qué le ha pasado?

Decidí sacarlo de allí; le había cogido cariño. Lo agarré por el cuello de la camisa y empecé a tirar de él mientras corría hacia el helicóptero:

—¡No! —gritó— ¡Espera!

—¡No podemos esperar! —contesté—. ¡Ya no tienes nada que hacer aquí!

No podía dejar de mirar el cuerpo de su amigo. Stanley estaba muy apegado a él. Si se hubiera quedado allí, lo habrían matado.

Corrí con él a rastras hasta donde había aterrizado el *chopper* para llevarse a los heridos. Empujé a Stanley hacia la puerta y le dije:

—Escríbeme un día de estos, pero ahora tienes que irte a casa.

El helicóptero despegó y él miró hacia atrás y me dijo adiós con la mano. Yo le di la espalda. Ya sabes, déjalo, que le den. Túmbate. Luego volví a subir la puta colina.

Cuando llegué, Donald ya estaba muerto, así que lo tumbamos y lo cubrimos con un poncho.

—Lleváoslo de aquí. No lo quiero aquí. Lleváoslo.

Quería que se lo llevaran de la loma lo más rápido posible… para que otro soldado pudiera cubrir su posición.

Al final, pillamos al francotirador y a un par más.

Al día siguiente, Browne, el teniente y el resto de su pelotón fueron a patrullar por la zona. Nuestros artilleros de morteros, que estaban en la cima de la colina, dijeron que habían visto movimiento en el valle, pero no se les ocurrió llamar para confirmar si habíamos mandado una patrulla y abrieron fuego contra ellos.

Mataron al teniente y a un par de tíos más y jodieron bien a Browne. Cuando intentamos ir a buscarlos, los del Vietcong ya habían desplegado a sus francotiradores. Cada vez que nuestros hombres se acercaban, los *gooks* los abatían uno a uno. Tuvimos que dejar a Browne allí tirado toda la noche, todavía con vida.

A la mañana siguiente, cuando bajamos a por él, Browne no paraba de hacer gestos a los sanitarios para que se alejaran, en plan «no me toquéis». Pero antes de que pudiera decirles nada, le dieron la vuelta. Estaba encima de una trampa cazabobos y le reventó un lado del cuerpo. No querían hacerle daño, pensaban que estaban haciendo lo correcto. Llevaban máscaras de gas porque habíamos lanzado gas lacrimógeno y el cristal de las lentes les estalló en los ojos. Cuatro de ellos se quedaron ciegos al instante. Y además se cargaron a Browne, esta vez de verdad. Cuando lo sacaron de allí seguía vivo, pero ya era como si estuviese muerto. Le había estallado todo un lado del cuerpo, no le quedaba nada.

Jamás olvidaré los ojos de Browne. Me miró e intentó sonreír. White, su cuñado, lo vio todo. Después lo tuve que mandar a casa; se vino abajo. Estaban demasiado unidos. Sentí pena por los dos, aunque el sufrimiento de Browne tenía un fin. White, su colega, tendría que vivir con aquello. Pensaban que volverían a casa juntos. Joder, la puta colina. Fueron muchos los que salieron mal parados intentando tomarla.

~

Los convoyes tenían que pasar por el puerto de montaña de An Khe, y había muchos puntos donde podían tenderles una emboscada, así que a nadie le entusiasmaba pasar por allí con aquellos camiones tan grandes. Una noche, un crío de dieciocho años estaba celebrando que a la mañana siguiente le tocaba pasar por ahí por primera vez, y lo hizo a lo grande: se emborrachó, se buscó una prostituta y se pasó la noche haciendo lo que sea que hiciera.

La chica era un bombón, una tía muy dulce. Tan dulce que le metió un explosivo en el TBP. Hicieron sus cosas, ella se fue a casa y, poco después, estalló la bomba. Por supuesto, al estar en un lugar tan reducido, no solo se le llenó el cuerpo de fragmentos de metralla, sino que recibió el impacto de pleno. Nos lo trajeron sin brazos y sin piernas, con muñones a la altura de las rodillas. Todo lo que quedaba de él era una cabeza pegada a un tronco.

Yo tuve la suerte de encargarme de él. Estaba tan mal que le tocó el «trato especial»: una enfermera para él solo.

Tenía unas heridas abiertas enormes y había perdido muchísima sangre. Si le transfieres mucha sangre a una persona, tiene problemas de coagulación. No había manera de que aquel chaval parase de sangrar. Tenía unos vendajes enormes en los muñones de las piernas y los brazos, pero no dejaba de sangrar. Se estaba empezando a recuperar de la anestesia, y yo no quería que se recuperase, porque cuando viera lo que quedaba de él perdería la cabeza.

Además, en el pabellón teníamos ingresados a otros muchachos que lo conocían y que se estaban despertando. Cuando lo vieron, se volvieron locos, pero yo no podía hacer nada por ellos. Lo único que les podía decir era: «Si no os gusta lo que veis, mirad para otro lado. Lo siento, pero no podemos hacer nada más».

Cada vez que el chaval intentaba abrir los ojos o trataba de levantar la cabeza para ver cómo estaba, le metíamos un chute de morfina. Tardó dos

días en morir. El polvo de una noche le salió muy caro.

En Nam era importante que se viera que eran hombres. Salían, echaban un polvo y presumían de las veces que habían pillado la gonorrea. Yo me paseaba por el pabellón con una jeringa enorme de penicilina recién sacada de la nevera mientras la frotaba con las manos para calentarla un poco. Se tomaban a broma el hecho de pillarla, porque, claro, si tienes la gonorrea es porque eres un hombre. Cuantas más veces la pillaras, mejor. Luego se la iban a llevar a casa, a su mujer o a su novia, pero en eso no pensaban.

Pobre muchacho, tenía dieciocho años. Al cabo de unas horas, ya ni siquiera dejaba que abriera los ojos. En cuanto parecía que empezaba a recuperar la consciencia, le chutaba morfina.

~

Corría el rumor de que había un regimiento del EVN en la zona. El nuevo comandante de la base, que estaba visiblemente nervioso, dobló y, en algunos casos, triplicó las guardias del perímetro. En los búnkeres, que normalmente albergaban dos o tres soldados, había ahora nueve, o hasta doce. Yo no le veía ningún sentido, pero así eran las cosas.

Estábamos en una situación de alerta extrema, lo que significaba que nosotros, las tropas de apoyo, teníamos que ocupar nuestra posición defensiva dentro del perímetro. Yo me había puesto el chaleco flak y tenía al lado mi M-16 y mis cartucheras de munición. Habían llamado a muchos soldados de las dos unidades para que prestaran apoyo en la guardia. Hubo un par que hasta se ofrecieron voluntarios. El batallón de la caballería acorazada estaba en la base, así que había un montón de TBP, tanques y un par de Big Boys [117] .

Sobre la medianoche, estalló la actividad en el perímetro; los soldados empezaron a disparar constantemente. Los que estábamos detrás empezamos a ponernos nerviosos, a prepararnos para el combate. Se rumoreaba que el ataque había empezado, pero no oíamos nada. Normalmente, sabíamos distinguirlo incluso cuando toda nuestra línea estaba disparando; conocíamos la diferencia entre el fuego enemigo y el nuestro. No oímos ni un puto disparo del enemigo en toda la noche.

Sobre las dos y media de la madrugada, en mitad de la histeria colectiva, alguien que estaba en una torre de vigilancia —quizá colocado de marihuana, quizá no— creyó ver al EVN traspasar la alambrada y dirigirse

a un búnker. Avisó por radio y acudió un tanque Sheridan por la carretera interior del perímetro, se posicionó a unos setenta metros del búnker y abrió fuego a quemarropa con un misil *beehive* . Los misiles *beehive* contienen *flechettes* , es decir, proyectiles de 90 mm rellenos de pequeños dardos con estabilizadores.

Murieron nueve de los doce soldados que había en ese búnker. Nueve GI, y yo vivía con cuatro de esas nueve personas.

A las tres y media de la madrugada, nuestro capitán recibió una llamada por radio en la que le informaron de que habían herido a varios de sus hombres. No dijeron nada más.

Se siguió abriendo fuego sin tregua hasta las cinco de la mañana. Todo el mundo disparaba contra la nada, pensando que los estaban atacando.

Sobre las cinco y media, a nuestro capitán le comunicaron que habían trasladado a los heridos al pabellón médico. Como de costumbre, cuando teníamos montada una como esa, yo no podía pegar ojo. Los demás se habían ido al catre: «No nos ataca nadie, joder. Que os follen, me piro a dormir». Pero yo me quedé despierto. Cuando el capitán entró corriendo, buscando a alguien para que fuese de copiloto en el todoterreno en busca de la unidad médica, allí estaba yo, sentado sobre un saco terrero, contemplando una guerra que no existía.

Atravesamos toda la base hasta llegar a la unidad médica. El jeep llevaba las luces apagadas porque el capitán estaba nervioso. Yo no; estaba convencido de que allí no había pasado nada.

Llegamos al amanecer; había la luz justa para ver. Un M35, un camión militar con el remolque descubierto, estaba aparcado al lado. En el remolque descansaban ocho o nueve cadáveres.

Los sanitarios empezaron a bajar los cuerpos del camión. Me quedé allí plantado, mirando cómo sacaban una a una a aquellas cuatro personas que conocía, todas muertas. No había mucha sangre, tenían varios agujeritos rojos. Los médicos se pusieron hechos una furia —una furia silenciosa, pero furia al fin y al cabo— porque sabían perfectamente que quien había matado a aquellos chavales no habían sido «ellos», sino «nosotros». Lo supieron nada más ver las heridas; ya las habían visto antes. Los cadáveres parecían marionetas. Aún no había aparecido el *rigor mortis* ; aquellas personas a las que conocía se habían convertido en cuatro muñecos de trapo.

Más tarde, aquella misma mañana, mi capitán me vino a buscar después de desayunar y condujimos alrededor del perímetro hasta llegar al búnker para echar un vistazo. Nos encontramos con lo de siempre. Para entonces ya sabíamos qué había pasado exactamente; los soldados del búnker de al lado nos lo habían contado. También sabíamos que al tanque que había estado involucrado lo habían mandado a otra base a toda prisa.

Todo había sucedido entre las dos y media y las tres y media de la madrugada y el equipo médico no había llegado hasta las cinco. A uno de los chavales que había muerto quizá lo habrían podido salvar si hubieran acudido justo después y no dos horas más tarde. Ese soldado era el suboficial a cargo del punto GR de la base, un chaval joven. Justo la semana anterior, había recibido una carta de su mujer en la que le contaba que su primer hijo acababa de nacer. Su muerte había sido innecesaria, un sinsentido. Todas las guerras están llenas de historias como la suya, pero en Vietnam hubo más que en ninguna otra. O, quizá, como aquella guerra era un sinsentido en sí misma, cada vez que pasaba algo así era como aguantar un insulto más.

Cuando dieron las diez de la mañana ya teníamos toda aquella información. Nos ordenaron formar en el patio para celebrar una misa en memoria de los soldados caídos. La oficiaba el capellán militar de la caballería acorazada, que era teniente coronel del regimiento cuyo tanque había sido el culpable de lo sucedido. Formamos firmes bajo el sol y el polvo, escuchando a aquel gilipollas dar un discursito en el que aseguraba que aquellas personas «no habían muerto en vano». Si las miradas mataran, aquel hombre estaría muerto. De hecho, también estaría muerto si nos hubieran dejado a solas con él, porque nos habríamos abalanzado sobre él como los cuervos sobre un cadáver.

Sigo sin saber exactamente cómo me afectó todo aquello. Es algo que no he superado y que, la verdad, no creo que vaya a superar. Y tampoco debería, no solo porque todo aquello fuese en vano y demencial, sino por la forma en que lo manejaron aquellos que tenían puestos de autoridad. Es lo mismo que ver a la gente discutir en París sobre la forma que debía tener la mesa sobre la que se firmarían los acuerdos de paz. Es lo mismo que llamar pacificación a lo que en realidad es aniquilación. Lo mismo que el caso Watergate, que los beneficios de las petroleras. Se trata, como siempre, de negocios; este país es eso, o es en lo que se ha convertido. Quizá siempre lo fue.

Apenas pude contenerme para no gritarle al capellán. Lloraba porque mis amigos estaban muertos y por rabia. Lloraba como llora un niño cuando está enfadado. O, al menos, así lloraba yo cuando era pequeño. En una pelea me sentía totalmente indefenso porque me enfadaba tanto que me echaba a llorar, y en aquel momento me sentía exactamente así. Estaba tan enfadado y herido que lloraba.

Y no era el único. Eché un vistazo a mi alrededor, como hago siempre que los demás rezan. A muchos de los soldados les caían lágrimas por las mejillas. No a todos, pero sí a un tercio de nosotros.

Luego nos subimos a los camiones para que nos llevaran a comer. No estaba lejos, se podía ir andando, pero aquel día nadie lo hizo. Estábamos sentados igual que cuando estábamos haciendo la instrucción y nos llevaban al campo de tiro, uno al lado del otro, en la parte trasera de un camión, sin decir una palabra. Ni una sola palabra.

Lo que sentimos aquel día, fuera lo que fuese, fue una de las experiencias compartidas más poderosas de mi vida. Es más fácil decirse: «Estas cosas pasan todo el tiempo, la guerra es así. Mueran por fuego amigo o fuego enemigo, el resultado es el mismo», y no deja de ser cierto. Pero, en el terreno personal, fue una de las experiencias de la guerra que me enseñó de qué clase de comunión somos capaces los seres humanos. Nunca, en el resto de mi vida, he vuelto a experimentar algo parecido.

~

En Vietnam tuve un perro. Se llamaba Pussy [Chochito]. En Nam, sabes que eres capaz de amar, pero no hay nadie en todo el puto mundo que te ame a ti. Y, allí, lo único que pude amar fue un jodido perro. Quería mucho a Pussy.

Sufrimos una plaga de ratas y de rabia, así que empezaron a cargarse a los perros. Había una perra llamada Ralph que había tenido cachorros en Navidad. Cuando la Policía militar empezó a matar a los perros, le voló el morro a Ralph. La perra huyó carretera abajo y tuvimos que matarla nosotros de un palazo en la cabeza. Me juré que nadie le iba a tocar un pelo a Pussy. Cuando uno de los policías vino a matarlo, amartillé el M-16 y le dije:

—¿Qué quieres?

—He venido a por tu perro —me dijo.

—No, te equivocas. Has venido a por mí.

—No, solo tengo que pegarle un tiro al perro.

Llevaba guantes y los mataba con un revólver del 45.

—Mira, te voy a decir cómo va a ir esto. Si tú le disparas al perro, yo te disparo a ti. Así están las cosas. Así que, adelante. Dispara.

Se largó enseguida.

~

Hasta que no llegué a Vietnam nunca vi llorar a tantos hombres. Me asombraba la amabilidad con la que algunos sanitarios y soldados del frente trataban a sus compañeros. Morir solo era uno de los mayores miedos que tenían los muchachos. Muchos hombres llegaban al hospital muy malheridos y acababan muriendo, pero sus compañeros siempre se quedaban junto a ellos.

«Por favor, no me dejéis aquí solo. Por favor, no me dejéis.» Y no lo hacían.

Un día, cuando ya estaba harta de estar allí, entré al pabellón y vi a un soldado que se había quedado parapléjico pero que todavía podía mover las manos dándole de comer al chaval de al lado, que se había quedado ciego. «Quizá odies estar aquí, te sientas como una mierda, tengas un aspecto horrible y pienses que no puedes aguantar ni un día más, pero al menos no estás como ellos —me dije—. Si ese chico sin piernas puede darle de comer a su amigo ciego, tú también puedes cumplir con lo que tienes que hacer.»

Llegué a Vietnam pensando que los médicos del Ejército eran unos tíos duros de roer, pero no era exactamente así. Había una chica vietnamita que trabajaba en el pabellón y que tenía la misma edad que yo, veintiún años. Se dedicaba a limpiar las barracas. Solían limpiar con queroseno o algo parecido para sacar la cera. Un listillo arrojó una cerilla encendida al suelo mientras ella estaba fregándolo de rodillas y ¡zas!, se la tragó una nube de humo.

El cirujano que la trató se llamaba Paul. Cuando empezó con ella, tenía el cien por cien del cuerpo cubierto de quemaduras de segundo y tercer grado y, además, había inhalado mucho humo. Normalmente, una persona en ese estado no tardaba en morir, así que las dejabas ir. Sin embargo, ella seguía consciente, hablaba y los riñones aún le funcionaban, así que Paul tenía que intentar salvarle la vida. Le puso una vía y la trajeron a mi pabellón.

A los pacientes con quemaduras se les descaman los pulmones. Es como cuando te quemas por el sol, pero por dentro: te pelas. La chica tosía trocitos de pulmón y sangraba, se estaba asfixiando lentamente. Hablaba inglés. Agarró a Paul y le rogó que no la dejase morir.

La chica estaba cada vez peor y el médico tenía que tomar una decisión. O le hacía una traqueotomía para despejarle las vías respiratorias o la dejaba morir.

—Tengo que pensármelo —dijo Paul—. Necesito salir un rato de aquí. Vuelvo en una hora.

La hora pasó, pero él no aparecía. Pasó otra más y seguía sin venir. Al final fui a buscarlo. Se había metido en una habitación que utilizábamos como biblioteca y que tenía el tamaño de un vestidor. Estaba allí encerrado, llorando sin parar.

—¿Qué puedo hacer? No tendría que haberle puesto el catéter, pero estaba viva cuando la trajeron, ¡algo tenía que hacer! No le puedo hacer una traqueotomía. Vivirá unas seis semanas y luego tendrá una muerte horrible. ¿Qué puedo hacer por ella? ¿Qué hago?

Al final no hizo nada. Había decidido dejarla morir. Teníamos que cambiarle los vendajes y él no tenía más ganas de hacerlo que yo, aunque me ayudó de todos modos. La chica lloraba y lloraba y le suplicaba que no la dejase morir. Pero era inevitable. Murió al cabo de un día, más o menos.

Los médicos nos ayudaban a cambiar los vendajes, porque sabían que las heridas eran muy desagradables. A un paciente con heridas en todo el cuerpo tienes que cambiarle todas las vendas. Le das morfina para ahorrarle un poco de sufrimiento, porque está en un estado espantoso. A los médicos les sabía mal por nosotras. Había días en los que todo el mundo tenía los ojos llorosos; todos los pacientes chillaban y lloraban mientras tú intentabas hacer tu trabajo.

Durante una temporada, tuvimos un paciente que se llamaba Sam. Yo me ocupaba de él. Le había impactado en el pecho un proyectil para perforar blindajes justo antes de irse de R&R. Su mujer ya estaba esperándolo en Hawái. Nadie contaba con que viviera, pero sobrevivió a la operación. Lo tuvimos toda la noche en recuperación y también sobrevivió, así que lo trajeron a la Unidad de Cuidados Intensivos.

Era un turno de noche como otro cualquiera. Yo era la única enfermera que estaba de guardia. Había un par de sanitarios y un puñado de pacientes en las últimas. Sam estaba en la cama que había delante del escritorio. Tenía

una traqueotomía y un montón de vendajes de los que salían varios tubos. Me acerqué a ver cómo estaba, le tomé la tensión y le cambié la bolsa de los drenajes. Tenías que estar pendiente de las traqueotomías recién hechas, porque sangraban con muchísima facilidad. Todo parecía estar en orden. El muchacho no estaba bien, pero seguía vivo. Y, teniendo en cuenta que lo había herido un proyectil para perforar blindajes, estaba mejor que bien.

Al cabo de una hora, un sanitario fue a comprobar sus constantes vitales. El tubo que le habían puesto tras hacerle la traqueotomía estaba conectado a un ventilador integrado en un dispositivo con un tanque de agua, una bombona de CO_2 y otras cosas. Tenías que ir vaciándolo, porque si no podían ascender por el tubo y ahogar al paciente. Después de vaciarlo, el sanitario me dijo:

—Teniente, venga un momento a ver esto.

El agua tenía un color rojizo, como el óxido. No le di mucha importancia; pensé que debía de ser un poco de sangre de la traqueotomía que se había filtrado. Pero cuando me acerqué y le retiré el tubo de la tráquea para ver si estaba sangrando, empezó a salir espuma y sangre a borbotones. Aspiré y aspiré, pero seguía saliendo. Aquello subía, subía y subía, y yo seguía aspirando y aspirando.

Tuve que volver a conectarlo al ventilador para que pudiera respirar, pero en realidad no se le podía ventilar porque tenía los pulmones llenos de mierda. «Esto no pinta bien», pensé, porque tampoco había orinado. La cantidad de orina que se elimina del cuerpo es un buen indicador para saber cuál es el estado general del paciente, si le funcionan los riñones o si hay o no un colapso. En un vaso de chupito caben aproximadamente treinta centilitros de líquido; si eso es lo que expulsa en una hora, está bien. Sam había eliminado poco durante la primera hora y nada durante la segunda. Normalmente, los observábamos dos horas y si para entonces no habían evacuado nada de orina llamábamos al médico. Sam estaba en el límite.

Era más de medianoche. No teníamos muchos monitores para medir la frecuencia cardíaca y las pulsaciones, pero, por suerte, Sam tenía uno. Su electrocardiograma se alteró y, de repente, se le pusieron los ojos en blanco:

—¡Mierda! ¡Se nos va!

Cuando llamábamos a un médico para que acudiera al pabellón, solía venir, pero si lo pillabas en mitad de una partida de póquer, tenías que elegir bien las palabras: «¡Oye! Será mejor que vengas. Tal paciente está muy

jodido». Te parecerá gracioso, pero si decías que estaba «muy jodido», dejaban las cartas sobre la mesa y venían.

—Dile a John que venga ahora mismo —le pedí al sanitario—. Este tío está muy, muy jodido. Creo que lo perdemos.

Los médicos vivían en el edificio que había al lado del hospital. El sanitario tuvo que ir a oscuras, linterna en mano, y buscar el nombre del médico en la puerta, aporrearla y rezar para encontrarlo en su propia cama y que no estuviera con una enfermera o algo así. Aquella vez el problema era un poco más grave: el médico de Sam estaba en mitad de una crisis nerviosa.

Mientras tanto, Dave, el supervisor de las enfermeras, había llegado al pabellón. Le conté lo que estaba pasando y preguntó:

—¡Mierda! ¿Cuál es el problema?

—O la traqueotomía está sangrando una barbaridad o tiene un edema pulmonar —contesté—. Apenas ha eliminado orina y se le está llenando el cuerpo de fluidos. Quizá el problema sea ese. Tiene demasiado líquido y no lo expulsa.

La maniobra que usábamos entonces para tratar un edema pulmonar no era muy sofisticada. Incorporamos a Sam un poco para que el líquido circulara mejor y le fuese bajando hacia las piernas. Luego le fuimos alternando torniquetes en los brazos y las piernas para evitar que el exceso de sangre volviera al corazón y así darle tiempo a drenar el líquido que se le había acumulado en los pulmones.

—Bueno, ¿y ahora qué hacemos? —le pregunté a Dave.

Sin un médico no podíamos hacer mucho más.

—¿Dónde coño se ha metido John? —preguntó.

—Debería estar viniendo ya. Hace rato que he mandado a un sanitario a buscarlo.

John, en plena crisis nerviosa, se estaba vistiendo como si fueran a pasar revista. Se puso el uniforme abrochándose hasta el último botón y se ató las botas hasta arriba. Apareció en el pabellón veinte minutos después.

Dave y yo estábamos a punto de perder los nervios. John preguntó qué le pasaba al paciente y yo contesté:

—No hay orina, tiene la tensión por los suelos y su electrocardiograma empeora por momentos. Parece un edema pulmonar grave. Ha parado de sangrar, pero no dejan de salir fluidos por el tubo de la traqueotomía.

—Ponedle una solución de Ringer —dijo John.

Las soluciones lácticas de Ringer se utilizan para reponer fluidos. Es la solución intravenosa que se utiliza en cualquier operación y sirve para que el paciente se mantenga hidratado durante la intervención. Era lo último que Sam necesitaba. Me quedé mirando a Dave porque sabía que la decisión del médico no era la correcta.

—¡Pónsela! —me gritó John.

Así que colgué la botella de Ringer y la abrí. Era como ahogar al chaval. Al principio no nos dimos cuenta, pero John no era capaz de mirar al paciente, así que se estaba concentrando en la ausencia de orina en la bolsa.

—Necesita más suero. Cuelga otra botella de Ringer.

Llegados a ese punto, solo con mirar a John te dabas cuenta de que estaba en otro planeta. Se había pasado de la raya. Uno de los sanitarios se lo llevó y lo sentó junto al escritorio y Dave —que no tenía mucha más experiencia que yo— decidió que teníamos que hacer algo rápido. Sam entró en parada cardíaca; vimos la línea recta en el monitor. Otro sanitario empezó a hacerle la RCP y yo le administré un diurético para intentar sacarle el líquido de los pulmones. Sin embargo, se había acumulado tanto que no podíamos ventilarlo ni succionárselo. Y, delante de nuestras narices, se le fue el color y estaba muerto. Le puse seis inyecciones de epinefrina intracardiaca en el pecho.

El médico se quedó sentado junto al escritorio. Estaba ido. Había pasado un par de malas semanas; había perdido a muchos pacientes, aunque no por su culpa. Era un buen médico, pero había llegado a su límite, no podía más. Se quedó allí sentado mirándonos. Habían encendido todas las luces y lo más triste era que también los pacientes estaban mirando. Dave lloraba, yo lloraba, el sanitario lloraba… Qué desastre.

Para colmo, era tan alto que tuvimos problemas para meterlo en la bolsa para cadáveres. Nos costó horrores conseguir que entrara. No me puedo imaginar cómo debió de sufrir su esposa, que lo estaba esperando en Hawái y no recibió más que un telegrama.

Unos meses más tarde, vino al pabellón un amigo de Sam, se me acercó y me preguntó:

—¿Cómo está Sam? Me he enterado de que estaba jodido y que lo ingresaron aquí durante un tiempo. Yo estaba en el frente con él. Se iba a ir a Hawái. Lo he echado de menos en las patrullas.

Yo sabía quién era Sam. Ese nombre no se me olvidará nunca.

—Bueno, Sam murió.

El chico se puso a llorar. Un tío enorme con lágrimas en las mejillas.

Todos los amigos del médico que se ocupó de Sam, el de la crisis nerviosa, eran cirujanos. Ellos no identifican las enfermedades mentales como un problema, porque no puedes verlas y tampoco extirparlas. Si no lo puedes quitar con un bisturí, no existe. Sus amigos sabían que no comía, que se encerraba en su habitación y que estaba cada vez más aislado, pero se negaron a creer que tenía un problema. Podría haberles pasado también a ellos. Lo sacaron de allí poco después y lo mandaron a casa.

~

En Vietnam tuve un buen amigo, un amigo íntimo. No deberías tener amigos íntimos. Jamás. Vive con tus amigos, entérate de todo lo relativo a todo el mundo, pero evita hacerte íntimo de nadie. Nosotros habíamos estado juntos desde el primer día: fumábamos porros, tomábamos ácido… Todo.

Fuimos a tender una emboscada. El VC y el EVN mandaban a sus tropas a la jungla en grupos de tres. Pensaban que, si iba un soldado solo, igual decidía hacerse un *Chu Hoi* , es decir, rendirse; que, si iban dos, igual también se decidían por el *Chu Hoi* . Pero si iban tres, seguro que uno de ellos se mantenía fiel a Ho Chi Minh y evitaba el *Chu Hoi* de los otros dos.

Estábamos en una zona de emboscadas en una de las áreas principales. Vimos pasar a dos o tres grupos de tres tíos y, de repente, apareció una columna de veinte. Dimos por hecho que se trataba del grueso de sus fuerzas y nos los cargamos, pero resultó que solo era la avanzada de un batallón. Nos hicieron picadillo.

A mi amigo le dieron en el vientre; las tripas se le desparramaron sobre mis manos mientras yo intentaba sostenérselas. Cogí el poncho, se lo enrollé a la cintura con fuerza y me lo até a la espalda.

—Bájame, déjame morir —me decía—. Déjame morir.

—Ni hablar —le contesté—. Tú no te vas a morir. Vas a salir de esta.

Se estaba muriendo, no tenía más vuelta de hoja, pero yo no lo quería ver.

Después de aquello, solo cuatro de nosotros seguíamos con vida, todos los demás estaban muertos. Empezamos a caminar por la selva; él no dejaba de gemir y de chillar. No nos quedaba morfina porque nos la habíamos metido toda para colocarnos. Era un situación de mierda. Al cabo de un

rato, se calló. El calor de la selva de Vietnam te atonta. Sigues caminando, demasiado cansado para hablar. Él no pesaba mucho, apenas lo notaba.

Supongo que en algún momento se debió morir, pero yo no me di cuenta. Llegamos a un puesto de avanzada del ERVN y cuando me lo bajaron de la espalda, muerto, me puse hecho una puta furia. Me revolví, le di una hostia al que me lo había quitado, le pegué también a mis hombres, a todo el que había a mi alcance. Me pincharon cuatro veces no sé qué mierda. Yo seguía como loco; estuve cuarenta y ocho horas sin dormir. Después dormí un día entero y me levanté bien.

~

Un sanitario con el que hice buenas migas me dijo que un amigo suyo estaba a punto de llegar del frente y me preguntó si me apetecía ir con ellos a la ciudad, como si fuese una cita. Pensé que sería divertido. Me vistieron para ir y todo. Me puse un casco y un chaleco flak, me dieron un cuchillo y cogí un M-16. La enfermerita había desaparecido; parecía uno de los muchachos, un chaval alto y flaco con el pelo largo.

Cogimos prestada una ambulancia y nos fuimos hasta un barrio de las afueras de la ciudad. Había unos edificios que estaban a medio camino entre un templo y un hospital. El sanitario aparcó la ambulancia al lado y me dijo:

—Ahora vuelvo. Voy a preguntarle a la enfermera que trabaja aquí si puedo dejar aparcada la ambulancia un rato.

Lo único que tenía de enfermera era que iba vestida de blanco.

De repente, volvió corriendo y gritando:

—¡Ven, corre!

Entré corriendo como una tonta, cargando con las armas. Era una habitación oscura y sucia en la que había una media docena de camas. Dentro de cada una habían metido al menos a tres pacientes.

—Tienes que echar un vistazo a este bebé —me dijo el sanitario—. Esta muy enfermo.

Costaba adivinar qué edad tenía el pequeño; supongo que unos seis meses. El padre estaba al lado, cogiéndole de la manita. Lo toqué; estaba muy caliente, mucho, estaba ardiendo. Le pregunté a la enfermera cuánto tiempo hacía que estaba así. Por lo visto, llevaba varios días enfermo.

—¿Qué habéis hecho para tratarlo?

Por supuesto, no habían hecho nada. Llevaba un pañal y un jerseicito, como cualquier otro bebé vietnamita. Un jersey de punto con capucha. Habían encontrado una bombona de oxígeno y se la habían puesto, pero estaba vacía desde hacía vete a saber cuánto. Le habían puesto un pequeño catéter verde en la nariz para que respirara, pero debía de llegarle al estómago, porque lo tenía hinchado como una pelota. También tenía otro catéter en el recto. No sé qué pensaban que le iba a hacer eso.

Allí dentro apenas había luz, así que uno de los sanitarios se acercó a la ambulancia para traerme una linterna y el kit de primeros auxilios. Di una palmada delante de la cara del bebé y al lado de su oreja. No cerró los ojos ni se movió. «Mierda —pensé—. Lleva así varios días y seguro que está ciego y sordo, y fijo que la va a palmar.» Y ahí estaba yo, toda una Albert Schweitzer [118] , ¿eh?

—Avisa por radio al hospital y diles que vamos con un bebé.

Le dije al *papa-san* que íbamos a llevarnos a su hijo al hospital para cuidar de él y se alegró tanto que se echó a llorar.

Cogí al bebé en brazos y le saqué aquellos tubos ridículos de la nariz y del recto. En la ambulancia teníamos una de esas bolsas de frío instantáneo. Desnudamos al bebé, lo tumbamos en la camilla y lo rodeamos con aquellos paquetes fríos para intentar bajarle la temperatura. El *papa-san* estaba seguro de que íbamos a salvar a su hijo.

En el hospital no había pacientes en urgencias. Me enteré de que el médico no estaba porque había ido a pasar consulta a los soldados enfermos, así que fui a buscarlo. Con él había un puñado de chavales resfriados, con dolor de muelas o gonorrea. Todos querían que los viese el médico. Puse al bebé en una camilla apoyada en dos caballetes, corrí hacia el médico y le grité:

—¡Tiene que venir! Tenemos a un bebé muy enfermo.

Y volví corriendo junto al niño.

Le hice un torniquete para intentar ponerle una vía en el bracito. No se me ocurrió comprobar si respiraba o no, pero si no estaba muerto le faltaba poco.

El médico no apareció. No he perdido el control muchas veces en mi vida, pero aquella fue una de ellas. Simplemente, no me podía creer que el médico no hubiese venido corriendo. Cogí el M-16 y, mientras iba a por él, lo cargué. Luego le puse el cañón contra la nariz y le dije:

—Ven ahora mismo a ver al bebé o te vuelo la tapa de los sesos.

No hace falta decir que se levantó de inmediato y vino conmigo, no sin pedir a gritos a los sanitarios que avisaran al oficial al mando y le contasen lo que estaba pasando.

Yo estaba llorando, y eso que nunca lloro. Tenía los ojos tan llenos de lágrimas que no veía. El sanitario también lloraba, porque no podía creerse que aquel médico no quisiera atender a un bebé enfermo. Los tipos que estaban esperando para ver al médico también vinieron para ver qué pasaba, susurrando: «Esta enfermera está pirada, tío, al final la va a liar». Sin embargo, la mayoría acabaron llorando también.

—¡Ponle una vía o algo! —le grité al médico—. ¡Tenemos aspirinas! ¡Ponle oxígeno! ¡No te quedes ahí plantado!

Pero el médico seguía allí, mirando al bebé.

Entonces llegó el oficial al mando. Por suerte para mí, el chaval que estaba conmigo me quitó el arma.

—¿Te crees que puedes traer aquí a cada niño enfermo que te encuentres? ¿Dónde te crees que estás? En fin, ahora que lo tenemos aquí, tendremos que hacer algo.

Estaban buscando una vena donde ponerle la vía, pero no encontraban ninguna. El pequeño dio un par de respingos y se murió.

El médico al que había encañonado con el fusil se había puesto pálido, blanco como el papel. El oficial al mando le ordenó que volviera a su trabajo, aunque no parecía capaz ni de dar un paso.

—¡Y tú! —me gritó el oficial— Devuelve a este niño al sitio de donde lo hayas sacado y llévate al viejo también. ¡Y que no se vuelva a repetir!

Cogimos al pobre bebé muerto, le pusimos el jerseicito y se lo devolvimos a su padre. Mientras nos dirigíamos a la ambulancia, buscamos al soldado que nos había acompañado, pero estaba hecho mierda, tirado en su cama, llorando. Había ido directo a pincharse. Estaba tan ido que no habría podido conducir hasta la ciudad ni aunque hubiera querido. Solo quería colocarse y olvidarse de todo. El sanitario y yo nos pasamos el camino de vuelta al hospital donde dejamos al padre esnifando caballo.

~

Era Nochebuena y se suponía que la tregua empezaba a las seis de la tarde. A esa hora, todo se pararía y disfrutaríamos de tres días de paz sobre la Tierra. Los comandantes tenían una gran presión encima; debían asegurarse

de que nadie estuviera combatiendo entonces, porque nosotros éramos los buenos.

Una unidad terrestre estaba en el delta en plena batalla. Los estaban haciendo mierda. Estaban atrapados y la situación no pintaba bien.

Había quince escuadrillas ligeras en la zona, un total de treinta helicópteros. Algunos aviones de reacción de la Marina estaban llegando para intentar acribillar al enemigo y salvar a los nuestros. Un general de brigada sobrevolaba en círculos la zona, intentando que nos diéramos prisa, por que a las seis en punto teníamos que parar. De lo contrario, estaríamos violando el alto al fuego.

Estaba haciendo todo el numerito:

—¡Muy bien, caballeros! Quedan quince minutos para las seis, así que, que salgan los helicópteros. Los aviones, que estén preparados. ¡Quiero que lo sembréis todo de napalm cuando lo ordene!

Su voz nos llegaba desde arriba del todo, como si fuese un comentarista. Después, los líderes de las escuadrillas tenían que coordinarse.

—Está bien, entraremos en un ángulo acimut de tantos y tantos grados. ¡En fila! Cazarrecompensas, vosotros sois cinco-siete, vais primero. Cinco-seis y cinco-cinco, vosotros vais detrás. Recordad, un ataque contundente y limpio. ¡No tenemos tiempo de más!

Los aviones llamaron:

—A ver, las escuadrillas ligeras, mejor que os quitéis del medio rápido, porque en cuanto terminéis vamos nosotros y se va a poner la cosa calentita.

Además, también se oía a los tíos de los helicópteros, que hablaban entre ellos.

—Artillero, asegúrate de cubrirnos bien el culo cuando remontemos. ¡Fuego a discreción hacia tierra!

Todo el mundo estaba dándole a la lengua, incluso un desgraciado de ahí abajo, que decía: «salvadnos, por favor». Uno de los operadores de radio en el terreno se las había arreglado para que le pegaran un tiro y estaba ahí, gimoteando y suplicando por ayuda a micro abierto. Básicamente, era una única palabra la que se repetía: «¡Ayuda! ¡Ayuda!».

Por un lado tienes al general de los cojones, velando por guardar las apariencias de cara a la tregua. Por otro, a los tíos que se ocupaban de la mecánica de la operación. Luego estaban los de los helicópteros, que estaban decidiendo quién se iba a ocupar de qué de forma casi individual. Y, luego, el tipo que está desangrándose tirado en el suelo.

Que nos partiera un rayo si a las seis de la tarde no parábamos y nos largábamos. ¡Era Nochebuena! No sé qué haría el resto de las tropas de apoyo, pero nuestra escuadrilla se largó. Habíamos gastado la munición, habíamos hecho un par de movimientos peliagudos y no nos quedaba casi combustible. Yo, que iba en el helicóptero que lideraba el ataque, oí decir al comandante de la escuadrilla:

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer? Para cuando hayamos repostado y hayamos vuelto ya serán más de las seis. Venga, nos vamos.

El napalm ardía detrás de nosotros. Mientras nos alejábamos, aún oíamos al tipo de la radio, el que gritaba mientras se desangraba en el suelo.

Desconecté mi ametralladora del cable y la estampé contra el suelo. ¡BLAM! Los demás se me quedaron mirando. Alargué la mano hacia el pequeño panel de control del techo, el que tenía los controles de cuatro o cinco frecuencias de radio, y los apagué todos. Me quedé allí sentado. Estaba oscureciendo y nosotros nos alejábamos.

No me había dado cuenta, pero no había desconectado el interruptor de comunicación de la cabina de nuestro helicóptero. Nadie dijo nada en cinco o seis minutos. Al final, alguien se volvió y dijo:

—Oye, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás así?

Me sorprendió. No quería que me hablase nadie, así que ni me digné a responder. Casi me cargué el panel de control intentando desconectar el interruptor que me había olvidado apagar.

Su reacción hizo que empezara a darme cuenta de que todo aquello no estaba bien. Más tarde, el jefe de la tripulación, que era un buen amigo mío, vino y me preguntó:

—¿Qué te ha pasado hoy?

—¿A qué te refieres?

—Te estás comportando de una forma un poco rara. Los pilotos me han pedido que hable contigo. ¿Te has drogado?

—¿Qué quieres decir? Tú también estabas. ¿Es que no lo has oído? ¿Estás sordo? ¿No te das cuenta de lo que acaba de pasar? Hemos dejado a aquellos tíos abandonados a su suerte. Están muertos. Y todo por culpa de una puta tregua que empieza a las seis y que a nadie le importa una puta mierda, excepto a los de París, que estarán discutiendo sobre el tamaño de la mesa. ¿Y me preguntas a mí si estoy drogado? ¿Soy yo el raro? ¿No serás tú el raro?

—Vale, vale, perdona por preguntar. Relájate. No pasa nada. No estás drogado. Ya te dejamos en paz.

Creían que iba puesto de algo. Era la única explicación lógica que se les había ocurrido. Lo que pasaba era que me había dado cuenta de que aquello no estaba bien, que quizá aquello no era *Sgt. Rock* . Me gustaba volar y me gustaba ser artillero de puerta, pero a partir de aquel momento sentí que algo no iba bien, aunque no supe identificar qué. Era raro y ya está.

~

Gran parte de la zona donde estuvimos acabó desforestada. Durante las fiestas de Navidad, al salir del pabellón, olí un árbol de Navidad. Hacía tanto tiempo que no olía nada distinto al hedor de la orina y la basura del campo de refugiados, además de la peste del propio pabellón, que creí que estaba alucinando. Seguí el olor y descubrí que, en efecto, teníamos no uno, sino dos árboles de Navidad. Uno estaba en la sala de urgencias, donde podían verlo los chicos al llegar, y el otro estaba en las dependencias de las enfermeras. Recuerdo la noche antes de Navidad: me senté al lado del árbol a jugar al *cribbage* con uno de los muchachos; olía de maravilla.

Fueron las mejores Navidades de mi vida, porque no tenía nada que regalar a los demás. Un par de personas compraron algunos regalitos. Podías salir a la aldea y comprarle algo a alguien, pero, por encima de todo, tenías a la gente que estaba a tu alrededor. No tenías que andar pensando: «Mierda, este quiere un jersey y el otro, un libro. ¿Y si no encuentro el libro? Dios mío, ¿qué voy a hacer si no encuentro el libro?».

En Nochebuena hubo una misa y asistieron todos los pacientes que podían salir del pabellón. En el hospital había algunos que sabían tocar la guitarra, así que tocaron música para nosotras. Cuando llegué allí tenía mis dudas sobre Dios, pero ahora no tengo ninguna duda de que existe.

Todos recibimos paquetes de nuestra familia con comida o pequeños regalos y los compartimos con los pacientes del pabellón. Hicimos una colecta y compramos vino en el economato, así que, aquella noche, todos los pacientes pudieron brindar, a no ser que estuvieran muertos o en coma. Hasta los tipos que tenían tubos en el estómago. Se beberían el vino y se les saldría de inmediato, pero tendrían su vaso.

Solo hubo una parte triste: ingresamos a un chaval de diecinueve años que había perdido los dos brazos. Salió de quirófano temprano la mañana

del día de Navidad y lo pasaron a la sala de recuperación. Habíamos puesto calcetines en todas las camas y los habíamos llenado con algunos detalles, caramelos y cosas así, y estábamos desesperadas, porque no nos quedaba ninguno para el pobre chaval. Una amiga de la escuela de enfermería me había enviado un paquete y pensé: «Voy a abrirlo, quizás haya algo que nos pueda venir bien». Y así fue. Había un calcetín rojo, pequeño y mullido. Se lo pusimos a los pies de la cama y lo rellenamos. Cuando se despertó, todos los pacientes tenían sus regalitos de Navidad esparcidos encima de la cama. Los chicos en camas con estructuras ortopédicas tenían espumillón en las barras. Era horrible, pero al menos era algo. Estábamos en Navidad.

Cuando el muchacho se despertó y vio su calcetín, se dio cuenta de que no podía abrirlo porque no tenía brazos. Nos sentimos como una mierda, créeme. Uno de los sanitarios, aunque no le tocaba trabajar hasta el turno de noche, había ido al pabellón a ayudar a abrir los regalos. El pobre chico lloraba desconsolado. No podíamos hacer nada por él, así que el sanitario le hizo compañía un par de horas. El muchacho lloraba sin parar; ni siquiera le había quedado brazo suficiente para ponerle una prótesis decente. Resultó que su mujer acababa de dar a luz a un bebé, pero él jamás podría cogerlo en brazos.

Por lo demás, la Navidad no estuvo mal, porque todo el mundo compartía aunque no tuvieses nada que compartir.

—Bueno, el año que viene será mejor.

—Sí, igual estaremos en Laos.

~

El comandante de mi batallón me salvó la vida. Me llamó para que fuese a su tienda una vez, después de un operativo. Había una pila enorme de papeles encima de su escritorio.

—¿Sabes qué es todo esto? Son cargos contra ti. Todo.

—Me da igual —repliqué.

—Pero ¿tú con quién te crees que estás hablando? —me gritó—. He estado más años en guerra que tú en este planeta. ¡Siéntate!

Sacó una botella de whisky y nos sentamos a hablar.

—Te voy a sacar del frente. Te mando a Saigón, donde cumplirás con los tres meses que te quedan. Te pasarás el día sentado, o escoltarás a algún general, y tendrás que tragar mucha mierda.

Ya me había hecho a la idea de que no iba a volver vivo de Vietnam. ¿Qué más daba? Yo solo quería matar a tantos VC como pudiera.

Pero el comandante del batallón me devolvió la vida.

—Ya está —me dijo—. Has hecho un buen trabajo, has hecho todo lo que has podido. Estás loco. Voy a intentar salvarte la vida, porque eres un buen hombre.

Cogió todos los cargos que había contra mí, los rompió en pedazos y los tiró a la papelera.

Salí de allí hecho polvo. No supe cómo tomármelo. Me quedaba algo sin resolver; quería quedarme y vengar a todos mis amigos muertos por el VC. Las muertes de mis amigos se iban reproduciendo en mi mente una y otra vez, era un proceso constante. No me lo quitaba de la cabeza. Quería matar, no conseguía pensar en otra cosa. Pero, de repente, tenía la oportunidad de seguir con vida. Era una posibilidad que no había tenido en cuenta.

IV.
EL MUNDO

Vuelta a casa

El morro del avión se levantó de forma abrupta y las ruedas rebotaron contra el último bache de la pista de despegue. Cuando la aeronave se elevó por encima de los árboles, unos vítores resonaron brevemente en la cabina.

A unos kilómetros de distancia, un grupo de soldados que estaban tendiendo una emboscada nocturna alzaron la vista mientras el avión giraba y ascendía. No apartaron la vista hasta que las luces de navegación rojas, verdes y blancas se perdieron en el banco de nubes que había sobre el mar de la China Meridional. En las mentes de aquellos hombres palpitaban las mismas palabras: «Vuelven al mundo». Ese pensamiento colectivo pronto tomó rumbos distintos, cuando cada uno empezó a calcular cuánto tiempo de servicio le quedaba en Vietnam.

Los hombres a bordo del avión estaban en silencio; al cabo de una hora, la mayoría dormían un sueño profundo, con la boca abierta y saliva en las comisuras, como bebés, ajenos al mundo. Sus cuerpos, acostumbrados al calor tropical, tiritaban por culpa del aire acondicionado. Una azafata se afanaba en taparlos y arroparlos con mantas.

El vuelo de ida había sido frenético; los muchachos contaban chistes a grito pelado, iban de un lado a otro jugando a las cartas y ocupando el pasillo, y si tenían el estómago revuelto, atribuían el malestar al mareo. En el viaje de regreso, en cambio, reinaba la calma, a menos que una pesadilla perturbara el descanso de algún pasajero, despertándolo en su cuna con asiento reclinable.

La gran ave del paraíso volaba hacia casa, directa y sin vacilar. En treinta y seis horas, un soldado podía dejar los arrozales y las botas manchadas de barro atrás y encontrarse vestido de civil, paseando por la

calle Mayor de su ciudad natal, en busca de un destello de reconocimiento en los rostros de sus vecinos. Pero aquellos soldados nunca regresaron al mundo que habían dejado antes de marcharse.

Las personas, los edificios, los coches, los perros… Todo les parecería una imitación muy lograda del mundo real, pero el mundo con el que soñaban, el mundo del que hablaban cada día en Nam, había dejado de existir y había sido reemplazado por una mala copia de la realidad, plana y sin vida. Se dieron cuenta de que aquel ya no era su mundo, de que ya no encajaban. Nada iba bien. Nadie los quería. «Pasamos de vivir en una zona de guerra a vivir en una dimensión desconocida.»

Las cosas sencillas —la ropa, los peinados, los programas de televisión— cambian de un año a otro, pero nada había cambiado tanto como ellos. Habían visto demasiado, habían hecho demasiadas cosas; y ahora descubrían que también albergaban demasiadas esperanzas.

Mi amigo Al y yo terminamos el servicio militar el mismo día. Salimos desde un lugar llamado Freedom Hill. Un *chopper* enorme nos recogió y nos dejó en la cubierta del *New Orleans* , un portaaviones que estaba en mitad del puerto de Da Nang. Miramos atrás, al lugar donde habíamos pasado un año. Nunca había pensado en la posibilidad de morir, pero tampoco había pensado en la vuelta a casa. Sabía que si pensabas en volver, acababas diñándola, seguro.

Miré a Al y me eché a reír.

—Al, creo que lo hemos conseguido —le dije.

Él también empezó a reírse. Nos reímos tanto que acabamos llorando de la risa. No nos manteníamos en pie; me dolía el costado. Lo habíamos conseguido.

Pero había gente con la que habías pasado meses enteros que ya no estaba, que se había ido para siempre. Te alegrabas mucho de que tú fueras tú, de no ser ellos, y te alegrabas también cuando veías a los que habían sobrevivido junto a ti. Era fantástico mirarles a los ojos ahora que todo había terminado, ahora que podías exhalar, respirar hondo, saborear el tiempo y la vida.

Sentíamos amor, puro amor, por estar vivos, agradecidos por la felicidad que sentíamos al mirar aquellos rostros. Casi tenías la sensación de que todo había merecido la pena. Aunque supongo que no era así.

Después de navegar dieciséis días por el Pacífico, volver a ver este país fue maravilloso. Lloré; quise besar el suelo. Estaba en casa tras haber sido un extranjero en un país extraño. Allí, fuera de los Estados Unidos, estás en tierra de indios. Solo había un lugar que significaba algo para mí, y ese era mi hogar.

No veía la hora de volver a estar en casa, pero al cabo de tres o cuatro días me subía por las paredes. Volví a mi antiguo barrio y nada había cambiado. Las mismas personas, las mismas situaciones. El tiempo no había pasado para ellos. Era como si nunca me hubiera marchado, pero sí lo había hecho. Ya no era el mismo. Ya no me sentía cómodo haciendo lo que hacía antes. No sabía cómo matar el tiempo.

Después de ir cargado con un equipo de cientos de miles de dólares, de cargar con la responsabilidad de vidas humanas, había vuelto… pero ¿para hacer qué?

Ser un civil es una mierda. Si te equivocas, no la palma nadie. No pasa nada. Cuesta mucho emocionarse con nada de lo que pasa aquí. Los políticos cuentan tantas mentiras que te dan ganas de vomitar. Deberían mandarlos a ellos a la guerra. Ves a la gente con sus negocios; nunca se han tenido que jugar la vida, ni siquiera han tenido que esforzarse, y les va bien. No es justo.

En Nam, los soldados rasos éramos reyes. Yo caminé entre reyes. Cuando volvieran les iba a llover la mierda, pero en Vietnam eran reyes. Allí no te podías andar con tonterías. En un combate sabes exactamente quién es quién. Nada era falso, todo era muy real, lo más real que he hecho nunca. Desde entonces, todo me parece superficial. Una mierda pinchada en un palo.

La gente no lo entiende. Te odian por haber estado allí, como si tuvieras que sentirte culpable.

—¿Has estado en Vietnam? ¡Joder! ¿En qué estabas pensando?

—Anda y vete a echarle cereales al yogur. Que te den. A mí no me vengas con esa mierda.

Cuando estábamos allí, pensaba: «¡Por Dios! Si alguna vez regreso al mundo, me lo voy a comer con patatas. Seré el rey del mambo y no habrá nada que me detenga, ¡nada! Tendré todo lo que quiera». Pero aquí me ves, doce años después y dime, ¿qué coño he conseguido?

~

Viví en el culo del mundo durante seis meses y luego cogí un vuelo directo a los Estados Unidos. Estaba desorientado. Un chaval de la base aérea de El Toro me preguntó:

—¿A dónde te gustaría que te destinaran?

—Al cuartel de los Marines de Brooklyn —le respondí en broma.

—Tenemos un cuartel en New London, en Connecticut.

—Me sirve.

Estampó el sello en mis papeles. Pam, pam, pam. No tenía ni idea de qué cuartel era ese. Lo único que quería era estar cerca de mi barrio, para poder

pasar tiempo allí. Era un chaval de diecinueve años, era guapo y había estado en Vietnam.

Y cuando llegué al cuartel de los marines de Connecticut… ¡Vaya! Todos eran marines de embajada, con sus pantalones azules con raya roja, sus botas resplandecientes y sus órdenes. Esos tíos no habían estado en Vietnam y aquello no se asemejaba ni remotamente al cuerpo de infantería. Quizá aquellos tíos eran los mejores en cuestión de disciplina, pero no se preocupaban los unos por los otros. En Nam, los soldados aprendían a cuidar de sus compañeros; te preocupas de tus colegas y a los oficiales que los follen. Allí era lo contrario, todo el mundo hacía lo posible por trincarte. Era el juego de los marines: obedece las reglas, si no, te abrirán un expediente e irás al calabozo. Yo no quería saber nada de eso, acababa de volver de la guerra.

Fiché vestido de civil. Estaba solo y confundido, era demasiado para mí, iba demasiado rápido. «Joder, no, no quiero saber nada de esto», me dije. Solo pensaba en una cosa: en volver a Vietnam, donde me sentía como en casa.

Tardé dos horas en perder los papeles. Me puse a correr por el pasillo, tiré al suelo las normas y reglamentos que colgaban de las paredes, volqué los trofeos y las condecoraciones que me iba encontrando. Sin mediar palabra. Nada.

Unos diez soldados vinieron a por mí y me lie a puñetazos con ellos. Me dieron una paliza, me esposaron y me metieron en el calabozo del cuartel. Además, me pincharon algo que me dejó hecho polvo.

Cuando salí del hospital, fui hablar con el comandante. Le echó un vistazo a mi expediente y dijo:

—Eres soldado de infantería. ¿Qué estás haciendo aquí?

—No lo sé.

—¿Quieres abandonar esta unidad?

—Sí, señor.

—¿Quieres volver al oeste del Pacífico?

—Sí, señor, quiero volver a Vietnam, ese es mi sitio.

Y era cierto, sentía que era mi sitio.

No hubo ningún problema. Estuve fuera del cuartel en un tiempo récord.

El segundo año que estuve en Nam, me destinaron al Ala Aérea. Lo único que hice fue fumar maría y disparar la ametralladora desde el helicóptero. Estaban empezando a replegar a los marines e intentaron

mandarme de vuelta a Estados Unidos, pero yo no quería volver. Me tuve que presentar ante un coronel y contarle una trola para justificar por qué tenía que quedarme en Vietnam. Imagínatelo: un chaval de familia italiana de Brooklyn contándole al coronel que estaba metido en un lío, que tenía que devolverle dinero a un prestamista que me iba a matar, que le iba a hacer daño a mi familia. «Como puede ver en mi expediente, coronel, he ahorrado todo el dinero que he ganado y no me he ido de R&R», le dije, algo que, por suerte, era verdad. Se lo tragó. ¿Qué sabía él? Debía de ser de un pueblo de vete a saber dónde. Al final, dejó que me quedara.

Me iba a quedar un año más, el tercero, pero me obligaron a regresar a casa de manera anticipada. A algunos tíos tuvieron que encerrarlos porque no querían largarse de Vietnam. Muchos querían morir allí, y yo también. Todos mis putos amigos habían muerto allí.

Sentía que mi sitio ya no estaba en los Estados Unidos. ¿Qué iba a hacer allí? ¿De qué iba a hablar con los demás? Volví a Vietnam para ponerle fin cuanto antes, pero el fin no llegó. Volver fue un suicidio, un intento de acabar con mi vida, aunque en ese momento no lo sabía. Solo quería regresar a un lugar en el que estuviera rodeado de gente que conocía. No me importaba morir si estaba rodeado de mi gente.

~

Y por fin llegó el gran día. La gran ave del paraíso, así lo llamábamos. Cuando me dijeron que ya era hora de irse, me eché a llorar. Un colega me regaló una pulsera. Antes de irme, les dije:

—Me voy a casa pero vosotros os quedáis aquí, cabrones. —Recogí mis mierdas, las tiré dentro del camión y dije—: ¡En marcha! —Les dejé veinte dólares—. Compraos unas cervezas y os las bebéis a mi salud.

Antes de irme, me asignaron al cuartel general de mala muerte de un batallón, donde los *pogues* se pasaban el día calentando la silla con sus culos gordos. Me quitaron todas mis cosas. Me presenté con un sombrero que me habían hecho unos vietnamitas de la aldea, pero un sargento me lo quitó y se lo dio a otro de los tíos del cuartel. No estaban para monsergas. Si me hubiera cruzado con aquel gilipollas en el frente, se habría enterado de lo que es bueno, pero no quería líos. Me iba a casa.

En Okinawa me quitaron todo el equipo y nos dieron un uniforme nuevo. El mío no era de mi talla, me quedaba enorme. Nos metieron en unos

barracones viejos en medio de ninguna parte y no nos dejaban ir a la ciudad. Acabas de salir del puto campo de batalla y no puedes ni salir a tomarte unas cervezas y divertirte un poco. Nos tuvieron tres días recogiendo colillas del suelo. Era parte de nuestra «rehabilitación», para que recuperáramos la cordura. Aquel sargento de pacotilla que nos puso a recoger colillas, que era más joven que nosotros, nos dijo: «No os creáis unos putos héroes por haber estado en Vietnam. No lo sois».

No queríamos recoger colillas del suelo, habíamos pasado quince meses recogiendo cadáveres. Queríamos que nos dieran un poco de tregua. Marchábamos, formábamos… Lo único que queríamos era volver a casa.

Cuando llegué a los Estados Unidos me quedé en California, en casa de mi hermano. La primera semana dormí en el suelo porque en la cama no encontraba la postura. Si bebía cerveza fría me dolía la garganta, así que tenía que esperar a que estuviera a temperatura ambiente para bebérmela. Te lo digo completamente en serio. Comía como un puto animal. Mi familia no paraba de hacerme preguntas: «¿A cuánta gente has matado? ¿Qué se siente al matar a alguien?». Yo les contestaba que te sientes mucho mejor que si te disparan a ti.

Estuve una temporada en Quantico, en la Policía militar. Quería ser agente de policía una vez terminara el servicio, pero me dijeron que era demasiado bajito. Joder, pues cuando me enviaron a Nam nadie me dijo que fuese demasiado bajito. Nadie me dijo que no pudiera combatir. Nadie le da la oportunidad a nadie de hacer nada.

No sabía cómo comportarme ni qué ropa comprarme; no me gustaba la gente que llevaba el pelo largo, no me gustaba nada. Llevaba pistola. Tenía la impresión de que todo el mundo quería tocarme los cojones. Ya había visto suficiente mierda, no necesitaba más guerra. Pero vuelves y te dicen: «Ya veo que has vuelto de una pieza. No veas, eres lo más». Un gilipollas me preguntó: «¿Cómo es que no te han matado?».

~

Cuando me licenciaron, tuvieron los cojones de pedirme seiscientos dólares. Decían que en Vietnam me habían pagado de más. Y ¿cómo coño iba a saber yo que me habían pagado de más? «Bueno, te estaban pagando por un rango que no tenías», me contestaron. Pero no teníamos ni idea de cuánto dinero nos correspondía. Venía un oficial y te decía: «te toca tanto» y tú le

firmabas un pagaré. Te daban algo en moneda vietnamita o en certificados de dinero militar y luego metías el resto en un banco de Da Nang. Mandabas algo de dinero a casa. Y punto. Yo mandaba cien dólares, me llevaba veinte a la selva y el resto lo mandaba a la retaguardia. Era mi sistema. Tuve que amenazarles con recurrir a abogados civiles. Al final llegamos a un acuerdo por trescientos dólares. Tuve que pagar para que me licenciaran.

~

Cuando recibí mi licencia con honores, creía que sería un documento bonito. Pero me llegó por correo ordinario y era una hoja impresa con mi número de la Seguridad Social pegada en un trozo de cartón. Lo tiré todo a la basura. Menuda decepción. Creía que me darían al menos una plaquita o algo así.

~

Cuando volvimos, seis de nosotros estábamos andando por el aeropuerto y una chica —tendría dieciocho o diecinueve años, la misma edad que yo— me preguntó a cuántas mujeres y niños había matado.

—A nueve —le contesté—. ¿Dónde está tu madre?

Me pareció graciosísimo haberle pegado ese corte, pero por dentro no me sentía bien. «Joder, ¿por qué me ha tratado así?»

Pensaba que me recibirían como a un héroe de guerra, ¿sabes? Tampoco es que quisiera que me vieran con esos ojos, pero sí que esperaba que me trataran con mucho respeto, porque había hecho algo por mi país. En el fondo, creía que la reacción de la gente sería otra, que me dirían: «Oye, buen trabajo. De verdad, buen trabajo».

Mi familia sí lo dijo: «Oye, muy bien. ¿A cuántas personas te has cargado?». Eso tampoco estuvo bien. No les avisé de que volvía a casa porque no quería que me montasen ninguna fiesta, pero lo hicieron de todos modos. No fui capaz de aguantar hasta el final. Al cabo de una o dos horas, me fui por ahí con mis amigos. Agarré una taja descomunal.

~

Aterricé en la base aérea de Travis. En aquel entonces, mi hermano vivía en Berkeley. No me paré a pensarlo, lo único que sabía era que mi hermano vivía allí y que yo estaba cerca, así que podía ir a hacerle una visita. Era mi primer día en los Estados Unidos, había logrado sobrevivir. Lo había conseguido.

Cogí un taxi para ir hasta Berkeley. Cuando íbamos por la avenida Telegraph le dije al taxista:

—Pare, me bajo aquí. Quiero caminar.

—¿Caminar? —contestó—. ¿Aquí?

Iba vestido con el uniforme de gala, con las condecoraciones y las medallas y todo.

—Que sí, que sí, pare. Quiero caminar.

—Está bien, usted mismo.

Le pagué la carrera y me bajé.

Caminando por las calles de Berkeley, me sentí como un marciano recién llegado a la Tierra. Todo el mundo me miraba; oía todo tipo de comentarios. La gente me escupía. Estaba más asustado paseando por aquella calle que en Vietnam. Allí, al menos, tenía un arma para defenderme, pero al llegar a los Estados Unidos me la requisaron. Aquella gente parecía tener más ganas de acabar conmigo que el Vietcong.

Entré en un bar en cuanto pude y llamé a mi hermano para que viniera a recogerme. Los chavales del bar empezaron a tirarme cacahuetes. Luego llegó mi hermano con un puñado de colegas y me sacaron de allí cagando leches.

~

Cuando me hirieron por tercera vez en Vietnam, me mandaron a casa con un permiso. Estaba muy afectado, destrozado emocionalmente. Las dos primeras semanas en Long Island las cosas me fueron bastante bien. Me pasaba horas mirando la nevera, tirando de la cadena y abriendo el grifo para que saliera agua caliente. Me costaba un poco dormir, había demasiado silencio. Me encantaba escuchar el fuego de artillería por la noche, porque significaba que a alguien le estaba lloviendo la mierda.

Fui a una fiesta. Por alguna razón, allí me encontré con mucha gente que conocía de toda la vida y a la que no tragaba. No pude soportarlo, así que me largué, puesto de hachís, pero quise llamar por teléfono a la chica que

había organizado la fiesta para disculparme por haberme largado y decirle que no había sido por su culpa.

Entré en una cabina telefónica que encontré a unas manzanas de allí y metí unos centavos, pero el teléfono comenzó a marcar solo. Metí otra moneda y volví a intentarlo, pero empezó a sonar una especie de grabación. Metí otra moneda y pasó lo mismo. Y luego el teléfono empezó a escupirlas.

Vi una furgoneta Ford aparcada al otro lado de la calle con la puerta entreabierta. En la esquina había un grupito de personas trajeadas. Estaba convencido de que aquello era una broma de un programa de cámara oculta, de que el cámara debía de estar dentro de la furgoneta y la gente de la esquina debía de ser parte del equipo de producción. «Pues les voy a montar una escenita digna de sacar por la tele.» Cogí el auricular del teléfono y empecé a aporrear la máquina con él. Luego arranqué el disco de cuajo y empecé a golpear los cristales de la cabina con distintas partes de mi cuerpo, los codos, las rodillas, incluso la cabeza, hasta romperlos. Dejé la cabina hecha añicos.

Salí con una sonrisa de oreja a oreja, esperando que el presentador se me acercase corriendo y me dijese: «¡Sonríe! ¡Es una cámara oculta y estás saliendo en la tele! Firma el permiso por los derechos de imagen, por favor.»

No se acercó nadie.

Entonces me di cuenta de que el problema era yo. Estaba jodido. Me había vuelto loco; estaba paranoico. No encajaba en ninguna parte. El incidente de la cabina de teléfono fue el detonante. Me di cuenta de que no podía regresar a Vietnam. No podía volver al Ejército. El festival de Woodstock acababa de empezar, así que me largué sin permiso. Deserté.

«A tomar por culo», pensé. Iba a volver a Vietnam de todas formas, así que me tomaba unos días más. ¿Qué me iban a hacer? Que les den. Después de haber estado en Vietnam, Woodstock fue una pasada. Me hicieron cuatro o cinco mamadas y follé hasta perder el sentido. Había toneladas de droga. Volaba como en una nube. Después de Woodstock, después de todo ese rollo del amor, supe que no podía volver al Ejército.

Cuando les dije a mis padres que no iba a regresar, se pusieron como locos. No es que fueran muy patrióticos, pero no querían que dejara el Ejército, porque me quedaba muy poco para que me licenciaran. Yo me

cerré en banda: «No pienso volver y no me importa lo que me cueste ni lo que os cueste a vosotros. Jamás volveré al Ejército».

Lo primero que intenté para librarme fue hacerme el loco. Fui de una base del Ejército a otra inventándome historias disparatadas.

Mientras estuve desaparecido, siguieron pagándome. Una vez me pagaron tres veces en la misma semana. No sabían qué coño pasaba. Decía que estaba enfermo dos o tres veces al día en distintas bases militares. Me costó mucho, pero conseguí que me ingresaran dos semanas en el pabellón de psiquiatría de Fort Dix. Intenté aparentar que estaba deprimido, pero estaba tan feliz de no estar en Vietnam que me lo pasaba bomba. En aquel pabellón de chiflados me lo pasé como nunca en la vida.

Por las mañanas, una tía preciosa fijaba la cuchilla de afeitar en la maquinilla y se quedaba vigilándonos mientras nos afeitábamos. Siempre se frotaba y refrotaba contra mí; me ponía muy cachondo. Me afeitaba todos los putos días solo por la enfermera que vigilaba, pero si no querías afeitarte no tenías ni que salir de la cama.

El personal se sentaba y tomaba notas sobre cómo interactuabas con los demás pacientes. Dos veces al día, nos sentábamos todos en un corro y le contábamos a los demás lo jodidos que estábamos. Habían ingresado a una mujer porque había intentado suicidarse. Lloraba sin parar y los psiquiatras decían: «Ahora la señora Smith está aquí con nosotros. Está muy deprimida». Y la señora Smith dejaba escapar un alarido. La escena me hacía gracia, aunque, claro, a mí también me daban antidepresivos. Intentaba estar triste, pero no podía.

Me metí en un par de peleas monumentales. Estaba jugando al dominó con un tío al que habían trasladado desde Valley Forge [119] . Cada vez que ponía una ficha sobre la mesa, él respiraba con intensidad, dejando escapar el aire entre los dientes y me fulminaba con la mirada, como si quisiera matarme. Yo decía: «Sargento, creo que debería venir un momento». Al final, el tipo estalló e intentó pegarme una hostia. Por supuesto, yo cogí una silla y se la reventé en la puta cabeza. Las enfermeras se encerraron en su sala y entonces alguien intentó atacarlas. La violencia, cuando estallaba, se propagaba por todas partes como una plaga.

A veces nos llevaban a la bolera de Fort Dix. Los encargados dejaban todas las pistas libres para que los locos pudiéramos jugar a los bolos sin molestar a los clientes habituales. A mí todo me hacía gracia. Jugaba al

dominó y tocaba la guitarra. Me lo pasaba bien, sin más. Al cabo de dos semanas, el loquero me dijo:

—¿Qué quieres que haga?

—Mire, doctor, no puedo volver a Vietnam. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Entiendo lo que me quieres decir, pero no hay nada que pueda hacer por ti. Estás más cuerdo que yo. Podrías ser el encargado del pabellón.

—No puedo volver a Vietnam.

—No puedo ayudarte, lo siento.

Firmó la orden para que me trasladaran a una base militar para llevarme de nuevo al otro lado del Pacífico.

Mandaron a dos soldados para escoltarme hasta allí. A mitad de camino les dije:

—No hace falta que me acompañéis, ya sé dónde está. No es la primera vez que voy a Vietnam.

En cuanto me dejaron solo, volví a desertar.

Así estuve cuatro o cinco meses. Al final me harté y decidí irme a Canadá.

~

El día que me licenciaron, volé hasta el aeropuerto de Filadelfia. Tenía dos filas y media de galones en el pecho y me sentía orgullosísimo. Me había ganado el rango de sargento y me habían licenciado con honores. ¿Qué te parece eso?

En cuanto bajé del avión, entré en un bar. Lo único que sabía hacer en esta vida era beber. Me pedí un whisky Canadian Club y una cerveza y me quedé plantado junto a la barra con una sonrisa de oreja a oreja. En una mesa había un tío sentado con su mujer y sus dos hijos, unos chavales que tendrían mi edad, más o menos, diecinueve o veinte años.

—¿Estás de permiso? —me preguntó el chico.

—No, me acaban de licenciar.

—¿De dónde vienes?

—De Vietnam.

—¿Y cómo te sientes después de matar a todas esas personas inocentes? —preguntó de repente la madre.

No supe qué responder. El camarero que servía detrás de la barra se puso tenso, pero yo no dije nada. Ya me habían advertido de que tendría que soportar ese tipo de mierdas, pero no me lo había querido creer.

—Disculpe, ¿puedo invitar a todo el mundo a una ronda? —le pedí al camarero. Me sentía culpable. Sí, había matado a gente. Quería redimir mis errores de algún modo.

—No aceptamos bebidas de asesinos —me espetó la hija.

Me cabreé. El camarero me pidió que me tranquilizara, se acercó a la chica y le recriminó su actitud.

—¿Qué se siente al formar parte del Ejército? —siguió ella.

—Él no está en el Ejército, es un marine —la corrigió el camarero.

—Pues claro que sí, hostia, soy un marine de los Estados Unidos.

—¿Ahora te vas a poner chulito?

Me estaban acosando en un puto bar. Pagué mi consumición, le dejé una propina al camarero y me largué. Traté de olvidar lo que había pasado. Me monté en el coche con mi hermano y su mujer. Estaba muy contento de estar en casa y no quería que algo así me perturbara, pero lo habían conseguido.

Más tarde, cuando ya estábamos en casa, mi hermano me pidió que no me pusiera el uniforme. ¿Qué coño quería decir con eso? Yo quería ponerme el puto uniforme. Estaba lleno de galones. Estaba orgulloso de lo que había hecho; era un rey. Entonces no me dolió, pero ahora sí me duele.

~

Estuve once meses y veintiséis días en Vietnam. Luego cogí un avión rumbo a Japón. Durante mi primera noche allí me di cuenta de que había estado bajo mucha presión durante todo aquel tiempo. «Voy a dormir toda la noche del tirón, no me voy a despertar a no ser que haya un terremoto o se incendie el hospital.»

De Japón me mandaron a San Francisco. Lo primero que te dan de comer cuando aterrizas en Estados Unidos es un chuletón, pase lo que pase. Llegamos para el desayuno, así que nos sirvieron chuletón y huevos revueltos. Aún tenía las manos vendadas, pero no pensaba dejar que nadie me cortase la carne. Estábamos en la cafetería del hospital, donde comía todo el personal, no solo los pacientes, así que estaba rodeado de técnicas y de enfermeras de las Fuerzas Aéreas. Y cómo se comportaban todas

aquellas mujeres… Nos miraban de forma extraña y se apartaban de nosotros.

Estaba sudando la gota gorda tratando de comerme el chuletón. Tenía mucha hambre y quería comérmelo. Los demás se metían conmigo:

—¿Quieres que te corte el chuletón, Mikey? —bromeaban.

Estaba irascible. Llevábamos muchas horas despiertos, no había dormido bien y, además, me dolían las manos. Todo el mundo nos estaba mirando. «Me miráis todos como si fuera un animal, ¿no? —pensé—. Pues os voy a enseñar lo animal que soy.» Cogí el chuletón poco hecho con las manos vendadas, me lo estampé en la cara y lo mordí. El jugo de la carne me caía por la barbilla y yo gruñía como un animal. Las gente se empezó a largar, aunque mis colegas se partían el culo de risa.

Aquella fue la primera vez que noté que me trataban de forma extraña, como si fuera un psicópata o un niño con un cierto retraso y un historial de arrebatos de violencia: «Ahora toca portarse bien. No vas a causar problemas, ¿verdad? Sabemos que lo has pasado mal, pero ahora tienes que relajarte y tomarte las cosas con calma.»

«¿Por qué coño me hablas como si fuera retrasado? No llevo ninguna ametralladora, ¿no? ¿Por qué me tratas como si estuviera a punto de pegarte un tiro en la cara? No tengo previsto subirme a un helicóptero y masacrar el hospital entero, créeme.» Ser un psicópata fue divertido durante una temporada, pero luego resulta que nunca dejas de serlo.

Muchos chavales regresaron trastornados de verdad. Durante el vuelo de Vietnam a Japón, viajamos con un soldado que iba tumbado sobre una camilla y tapado con una manta hasta la barbilla. «Mira, este la debe de haber liado», pensé. El caso es que llevaba barba. Empezamos a charlar y al rato le pregunté:

—Oye, ¿cómo conseguiste que te dieran permiso para dejarte barba?

Le cambió la cara en un instante y empezó a desvariar.

—¡Quieren afeitarme la barba! ¡No lo van a conseguir! —chilló—. ¡No hacen más que pincharme mierda en el brazo! ¡No quiero que me pinchen más!

Gritaba cada vez más. Uno de los sanitarios que nos acompañaba en el viaje se acercó hasta la camilla para mirar debajo de la manta. Estaba esposado y atado a la camilla con unos cinturones de cuero con candados. El chaval estaba intentando soltarse con todas sus fuerzas. Le pincharon y se quedó como aturdido.

El sanitario echó un vistazo al informe del chaval. Era un soldado de infantería. Un tío lo había llamado hijo de puta y él le había sacado el cañón a una ametralladora M-60 y se había cargado a tres tíos a golpes.

Así pues, no tenía ninguna duda de que habían mandado a varios psicópatas de vuelta a los Estados Unidos, pero fueron casos puntuales; ¿por qué nos trataban a todos así?

Había cumplido con mi deber, no había huido a Canadá. No había fingido que estaba pirado para que me clasificaran como IV-F [120] . Todos sabemos que has sido un asesino y que eres un poco raro. No confiamos en ti, no del todo, porque has pasado por una experiencia terrible y desgarradora. Pero hiciste lo que te ordenaron y lo hiciste bien. Te han jodido, sin más.

~

Muchas veces me he preguntado qué habrá sido de aquellos tíos, los que sufrieron daños en la espina dorsal o los que pisaron una de esas Bettys Saltarinas. La explosión te destrozaba las piernas, el pene, el recto. Pues nada, lo llevas al hospital y le salvas la vida, pero si no se ha quedado tetrapléjico, le han hecho una colostomía y no podrá acostarse con nadie ni tener hijos.

Más de uno se suicidaba camino a Japón, o en Japón, o en un hospital para veteranos de guerra. Sé de chavales que colaron drogas en el pabellón médico para quitarse de en medio antes de que los evacuaran. Decían:

—¿A qué hora sale el avión? Tengo que informar a los soldados de mi unidad. Me van a traer mis fotos y mis cosas.

—Bueno, el vuelo no sale hasta las once, pero ya sabes cómo van aquí las cosas. No despegará hasta las doce o así.

Esperaban hasta que les trajeran sus cosas y se suicidaban en el avión rumbo a Japón. Sobre todo los que peor estaban. ¿Qué chaval de diecinueve años quiere vivir así?

~

Pasé unos cuatro días ingresado en un hospital de California. Me escapaba todas las noches, aunque era la primera vez que me atrevía a hacer algo así. El comandante intentó reprendernos.

—El comandante quiere verte ahora mismo.

—Dile al comandante que se vaya a tomar por culo. Estoy cansado, borracho y de resaca. Me voy a dormir.

—Te vas a meter en un buen lío.

—¿Y qué me va a hacer? ¿Mandarme a Vietnam?

~

Había prorrogado mi estancia en Vietnam otro año, pero las fuerzas armadas tomaron la decisión de mandarme a casa antes porque era «inestable». No les faltaba razón. Me costaba acatar órdenes. Llevaba tanto tiempo allí que creía saber más que los oficiales.

Era el capitán de un buque patrullero. Nuestro trabajo consistía en patrullar los ríos y evitar que Charlie los utilizara para llevar suministros a sus tropas. Éramos una presa fácil. Tenía una tripulación de cinco soldados y me empeñé en que todos volvieran a casa con vida. Si un superior me daba una orden que no me daba buena espina, no la obedecía. Nunca me adentraba en ríos que no me parecían seguros.

Se cabreaban porque pedía demasiado apoyo aéreo. Yo era un firme defensor del apoyo aéreo; teníamos unos aviones estupendos y un montón de bombas. Si veía algo que no me gustaba, pasaba de acercarme a descubrir qué era. Llamaba a aquellos bonitos Phantoms para que lanzaran sus bombas; de todos modos, estaban ansiosos por lanzarlas. Quizás no fuese más que un búfalo de agua, pero bueno. Luego navegaba hasta allí y lo comprobaba.

En treinta y cinco horas pasé de Vietnam a San Francisco. Dejé atrás un lugar en el que, si te apetecía, podías darte una ducha, pero daba igual, porque el agua estaba tan negra como tú. La ropa limpia era un lujo. Si encontrabas una prenda limpia, te la guardabas para una ocasión especial. Todos hablábamos una mezcla de inglés y vietnamita.

La primera vez que entré en un bar tras mi regreso, pegué un golpe sobre la barra y dije:

—*Chico-san, bami-bam* .

En los bares vietnamitas, detrás de la barra siempre te encontrabas a un chavalín, porque a los mayores de diecisiete años los llamaban a filas. *Bami-bam* significaba cerveza. El camarero se me quedó mirando como diciendo: «¿Qué coño te pasa, colega?».

De repente, me vi sentado en una mesa del Aeropuerto de San Francisco comiendo huevos. Era como estar en Disneylandia; hacía un año y medio que no veía unos huevos de verdad. Entonces caí en la cuenta de que ya no llevaba un arma ni tenía que guardarme las espaldas.

No llevaba ni cinco horas y media allí y ya estaba ligando. Tenía suerte. Había vuelto con el pelo relativamente largo, así que no parecía uno de esos colgados del Ejército. Conocí a una chica en el bar, empezamos a hablar y nos colocamos. Luego me invitó a su casa. Mientras nos quitábamos la ropa, se fijó en una cicatriz roja y espantosa que tenía en el codo. Me preguntó cómo me la había hecho y, sin pensármelo, le conté que me había alcanzado un trozo de metralla en Vietnam. Me sacó de la cama a patadas y me echó de su casa. Aquello me dejó hecho polvo.

Me puse en contacto con unos colegas que habían vuelto de Vietnam en el mismo vuelo que yo y decidimos parar en Las Vegas de camino a casa. Pillamos una habitación en el Caesars Palace y fuimos a apostar. Llevábamos una eternidad sin ver el mundo y queríamos pasarlo en grande. Uno de los encargados del casino nos oyó hablar y se enteró de que habíamos vuelto de Vietnam hacía un par de días. Nos dejó la habitación gratis y se encargó de que pudiéramos ver todos los espectáculos; hasta pudimos apostar con fichas del casino. Ese tío era lo más. Nos quedamos allí cinco días.

Una de las razones por las que decidimos ir a Las Vegas era porque nos parecía un lugar mágico. Era justo lo que necesitábamos. Si estás subido en un tiovivo y sientes que todo te da vueltas, no pasa nada. Pero si tienes los pies en el suelo y el mundo empieza a girar a tu alrededor, tienes un problema. La guerra de Nam no había llegado a Las Vegas.

~

Cuando llegué a California después de dos años combatiendo en Nam, quedé con un amigo que vivía en la costa. Se acababa de comprar un coche nuevo y nos fuimos a Las Vegas. Por qué no, llevo tres mil dólares en el bolsillo, vámonos a Las Vegas. Tengo veinte años, el pelo corto y toda la pesca. No he estado en Las Vegas en mi vida. No he ligado nunca con chicas. No sé de qué va el rollo. Tenía diecisiete años cuando me alisté en los Marines.

Total, que estoy en una máquina tragaperras y veo a una chica guapísima; está jugando a unas tres máquinas de mí y no deja de mirarme, así que me digo: «Venga, dile algo. Lo peor que te puede pasar es que te mande a freír espárragos». Así que me levanto, me acerco hasta donde está y le suelto la frase más tonta que se me pasa por la cabeza:

—Perdona, ¿hay alguien sentado en esta máquina?

Ella me mira con una sonrisa y responde:

—No, está libre.

Empiezo a sacarle temas de conversación: «¿Qué tal estás? ¿Vives por aquí cerca?». A la tercera moneda que meto en la máquina, gano el *jackpot* . Hago como si fuera lo habitual, recojo las monedas y me las meto en el bolsillo. Una empleada del casino se acerca, apunta unos números de mi máquina y me da un poco de dinero.

Yo mientras sigo a lo mío, charlando con la chica y, de nuevo, al meter la tercera moneda, gano el *jackpot* . Estoy ganando puntos y no solo con la máquina tragaperras. A esta tía me la follo, lo tengo claro. Así que me sigo comportando como si hiciera esto todos los días.

Esta vez, cuando la empleada del casino se acerca para apuntar los números de la máquina, me pide el carnet de identidad. Se ha creído que soy un profesional, uno de esos tipos que trucan las máquinas o algo así. Le enseño mi carnet y, cuando ve que solo tengo veinte años, me dice:

—Lo siento, pero voy a tener que pedirle que se vaya.

La miro y le digo:

—Deme el resto del dinero que he ganado. —Me lo da—. Me tengo que ir, ¿no?

—Sí, solo se permite la entrada a personas mayores de veintiún años.

Me sentí fatal. La chica que me estaba intentado llevar a la cama había escuchado toda la puta conversación, y yo, de repente, volvía a ser un niño pequeño.

~

Hubo un sanitario al que mandamos más de una vez hasta la otra punta de la pista de aterrizaje, pasada la oficina del USO [121] , para que cogiera un avión. Volvía un par de horas después porque se había quedado en tierra. «No sé qué ha podido pasar, teniente. Fui un momento al cuarto de baño y cuando salí, el avión ya se había ido.» Tenía miedo de volver a casa.

A mí me parecía una locura, pero cuando me tocó volver a mí, me puse enferma una semana antes. A día de hoy, todavía no sé si fue algo psicológico o no. Tuve disentería y perdí casi siete kilos en una semana. Además, cada vez tenía más ansiedad. No podía comer; ni siquiera podía tragar. Me costaba respirar.

En aquel entonces no pensé que aquello tuviera nada que ver con mi regreso. La reacción natural era tener ganas de volver, tener ganas de salir de allí. Pero, por mal que lo pasáramos en Nam, allí sabíamos exactamente qué podíamos esperar. Llevaba quince meses sin pisar mi casa y estar allí, de algún modo, tenía cierto encanto. Tus padres no te tocaban las narices. Podían escribirte una carta, pero no era lo mismo. Nadie podía tocarte las narices, ni siquiera el Ejército. ¿Qué te iban a hacer, mandarte a Nam? Me daba más miedo volver a casa que quedarme allí, pero, en poco más de un día, me fui de Vietnam, me licenciaron del cuerpo y me vi sentada a la mesa desayunando con mis padres.

Mi padre tenía una tostadora que era muy delicada. Tenías que colocar los panecillos dentro de una forma precisa para que se metiesen solos en las rendijas y yo no lo conseguía. Me ponía delante de la tostadora y los dejaba caer con cuidado, y luego sin cuidado, y luego los metía a golpes. Mi padre decía: «Mira, se hace así». Cogía un panecillo, lo colocaba en la tostadora y este entraba sin problemas. Era una inútil. Y antes de marcharme nunca había sido así.

Una mañana me desperté antes que mis padres y bajé a la cocina, pero no había manera de meter los malditos panecillos en la tostadora. La estampé contra la pared, luego la recogí del suelo y la volví a lanzar. Estuve así un rato hasta que ya no quedó nada que lanzar. Había cientos de miles de migas por todas partes. Llevaba en casa alrededor de una semana cuando eso pasó.

Cuando llegó mi padre, no me dijo ni una palabra, solo me miró.

—Es que los panecillos no entraban —me excusé con un hilo de voz.

Y eso que yo era enfermera en un hospital de campaña de Vietnam. ¿Qué sentiría un chaval que pasara del campo de batalla a su casa en veinticuatro horas?

Cuando volví, la gente me decía: «¡Qué pasada, has estado en Vietnam! ¿Has matado a alguien? ¿Es verdad que allí hay una enfermedad que se llama la sífilis negra?». Yo siempre respondía: «Bueno, no, no había sífilis negra. Había alguna cepa que costaba más tratar, pero…». Y entonces

miraba a mi alrededor y veía que nadie me estaba escuchando. En realidad no querían escucharme. Ni siquiera esperaban que les diera una respuesta. Les podría haber recitado de memoria los treinta y dos sabores de helados de Baskin-Robbins y el resultado habría sido el mismo.

No tenía ni idea de a qué se refería todo el mundo con eso de «biodegradable». Un día que mi cuñada y yo estábamos fregando los platos, lavé un frasco de cristal vacío y lo tiré a la basura.

—No tires eso a la basura. No es biodegradable —me dijo.

Me había perdido un pedacito de la cultura americana durante el año que había estado fuera.

Fui al supermercado y todo estaba muy iluminado y hacía frío. En primer lugar, no soportaba el frío. Lo segundo era que en Vietnam tienes la costumbre de vigilar a todo el mundo constantemente. No me pude quedar más de cinco minutos porque no era capaz de controlar lo que hacía todo el mundo, así que les dije a los demás que los esperaba en el coche. Lo peor de todo fue que se burlaron de mí.

Vivía en una pequeña ciudad universitaria. La calle principal no era demasiado grande, pero cuando no estás acostumbrada al tráfico pierdes la habilidad de calcular a qué velocidad van los coches. Cuando bajaba un pie de la acera, veía los coches que se acercaban y no sabía si me daría tiempo a cruzar o no, así que o me quedaba esperando a que no pasara ninguno o corría hasta la acera de enfrente como alma que lleva el diablo.

Las noches de los viernes eran lo peor de todo. A esa hora ya había amanecido en Nam. Los sábados por la mañana, si teníamos el día libre, acompañábamos a los médicos a la colonia de leprosos donde teníamos clínicas y quirófanos. Así que la noche de los viernes me quedaba despierta, pensando que allí eran las ocho de la mañana y los chicos se estarían montando en el jeep para ir donde los leprosos. Se pasarían la mañana trabajando y a mediodía las monjas les darían de comer. Y luego se irían a la playa.

La playa que había en aquella colonia era preciosa, un sitio de paz. Allí Charlie no te molestaba, porque tenían miedo de los leprosos. Te podías tumbar en la arena, a sabiendas de que no había ningún otro sitio donde pudieras estar más segura. El agua estaba tan caliente como la de una bañera. Pero mi vida cambió en veinticuatro horas y un puñado de husos horarios.

~

Una noche, después del papeo, vi un todoterreno de la Cruz Roja en el patio, delante del barracón del capitán. No le di mucha importancia, pero un escalofrío me recorrió la espalda, porque no se veían muy a menudo. Entré en mi barracón y empecé a dar vueltas, intentando decidir si ducharme entonces o más tarde, antes de acostarme.

De repente, el capitán se asomó por la puerta con un papel en la mano.

—¿Puedo hablar contigo? —preguntó.

Le respondí que claro y me pidió con gestos que le acompañara detrás del barracón, al lado del búnker. No tenía ni idea de lo quería. Se movía de un lado a otro, nervioso.

—Creo que no hay una forma correcta de decirte esto —murmuró.

Se me cayó el alma a los pies. Supe qué había pasado antes de que me dijera nada. No habría sido así de haberse tratado de mi abuelo o de un hermano. Tenía que ser mi madre.

—Acaba de fallecer tu madre —me anunció.

Y me entregó el papelito que llevaba en la mano. Era un mensaje escrito a máquina a toda prisa en una hoja de papel de la Cruz Roja. Mi madre había sufrido una hemorragia cerebral, que en ese papelito llamaban «hemorragia subaracnoidea».

Supe de inmediato que mi tiempo en Vietnam se había acabado, que me iba para no volver. La noticia de la muerte de mi madre me afectó tanto como saber que no regresaría. No quería marcharme. Me iban a licenciar por causa de fuerza mayor y tendría que hacerme cargo de dos adolescentes. Tenía veintiséis años y no me sentía preparado para ejercer de padre. Los tres años que pensaba disfrutar sin tener responsabilidades, sin buscar trabajo ni tomar decisiones sobre mi futuro se habían borrado de un plumazo. Mi oportunidad de estar solo se había esfumado.

No pude salir aquella misma noche. El capitán fue muy diligente e intentó por todos los medios encontrar un *chopper* o un *medevac* que tuviera que salir, cualquier cosa. Pero no había nada; por las noches no se volaba demasiado. Tuve que pasar una última noche allí y fue espantosa.

Deambulé como alma en pena durante un rato. No me salía ni una lágrima. Quería llorar, pero no era capaz. Me di una ducha e intenté hacerlo mientras estaba allí solo, pero no pude. Suponía que llorar me haría sentir mejor, pero había una parte de mí que pensaba todo lo contrario: «Como

empieces a llorar no vas a poder parar. Se te irá la olla, empezarás a llorar por todo».

El resto de la base no sabía cómo lidiar con mi pena. Tampoco es que yo lo fuera pregonando por ahí, pero, por Dios, mi madre acababa de morir. Fueron educados y me mostraron compasión, pero yo estaba a punto de marcharme y los demás tenían que protegerse: iban a perder un amigo. Allí debías tener cuidado con la profundidad de las emociones, con cuánto te implicabas.

Recuerdo que pensé: «¿Dónde se ha metido todo el mundo?». Aquella noche me costó mucho cruzarme con nadie. Todo el mundo estaba en otro lado. Tuve la certeza de que un par de personas me evitaban, en parte porque no sabían qué decirme. Era algo que había pasado en aquel lugar llamado «hogar». Era difícil pensar en nuestro hogar. Estaba a miles de kilómetros, era un sitio cada vez más extraño, cada vez más ajeno. Encima, los hombres y sus madres… Un tema complejo.

Además, mis más íntimos sabían que al día siguiente ya no estaría. Si me iban a echar de menos tanto como yo a ellos, era evidente que no querían afrontarlo. No los culpo; yo tampoco quería. Lo que dejaba allí era una familia, una familia pequeña y formada por miembros que también estaban a punto de marcharse, pero era lo único que tenía.

No pude dormir. Me quedé tumbado en el catre, despierto. Salí a pasear y a ver el resplandor intermitente de la contienda. Iba a ser la última vez que lo viera. Hice la maleta y, a la mañana siguiente, me monté en un Caribou [122] que me llevaría desde la base hasta Bien Hoa. Se suponía que mi orden de traslado de emergencia me estaría esperando en el mostrador, así que ni siquiera tuve que pasar por mi unidad. Todo se hizo lo más rápido posible.

En el avión, me senté al lado de un capellán. Era un gilipollas que llevaba el uniforme de gala en una funda de plástico, colgado sobre el asiento. Había sido capellán en Saigón o algo así. Se pasó la mitad del vuelo hablando de las fiestas en las que había estado. No me sentía capaz de hablar con él; ni siquiera quería ir sentado a su lado. No le conté por qué volvía a casa, no me interesaba oír lo que tuviera que decirme. No quería palmaditas en el hombro ni discursitos de mierda en plan «tienes que ser valiente».

Tampoco quería que se me acercaran las azafatas. No quería saber nada de sus sonrisas ni de sus tetas, no quería nada. Estaba furioso. «¿Qué coño os pasa en la cabeza para tener este trabajo? —pensaba todo el tiempo—.

¿Cómo podéis ser azafatas de vuelos como este? ¿Cuál es vuestro puto problema? ¿Cómo lo soportáis? Yo no lo soporto y he estado allí, ¿cómo es posible que nos aguantéis, semana tras semana? Es imposible que no sepáis lo loco que estoy.» Ellas hacían todo lo posible por ser agradables conmigo.

Dejé Vietnam y treinta y siete horas y media más tarde estaba en casa. En casa, en mitad del puto mes de noviembre, con llovizna y cero grados. Allí me esperaban mi hermano de diecisiete años y mi hermana de quince, que habían perdido a su padre y a su madre en solo cuatro años. A su lado estaba mi abuelo de ochenta y tres años, que había venido desde Florida. Mi madre era su única hija.

Allí, en la misma colina en la que me había despedido de mi madre el último fin de semana de Pascua, volví a ser americano de golpe, como quien se zambulle en el mar. Un americano doliente y cabreado. Para el funeral de mi madre me puse el uniforme de Clase A del Ejército, por supuesto. Estaba moreno, era malvado —para sus estándares— y estaba cabreado.

Todo el mundo estaba deseando que llegara la Navidad. ¡La Navidad! Desde que volví de Vietnam no soporto las fiestas. Me da un bajón dos semanas después de Acción de Gracias y no se me pasa hasta que terminan. Mucha gente que conocía seguía en Vietnam mientras todo el mundo estaba entusiasmado con las putas compras navideñas, como si no estuviese pasando nada en la otra punta del mundo. Es un cliché, lo sé, pero así es como me sentía. Quería que viniese alguien a meterse conmigo. Tenía ganas de pegarle a alguien, a cualquiera que se interpusiera en mi camino. Me pasé al menos dos años cabreado.

~

Fui directo a casa, desde California hasta el Aeropuerto O’Hare de Chicago. Llegué sobre las tres de la madrugada. En casa, todos se levantaron para saludarme, pero luego volvieron a la cama. A las ocho y media, mi padre, antes de irse a trabajar, me despertó para decirme:

—Oye, ahora que has vuelto, ¿cuándo te vas a poner a buscar un trabajo?

Hice las maletas y me largué. No he vuelto a casa desde entonces.

~

Iba de entrevista en entrevista para trabajos de tres al cuarto y un tipo me miró como si tuviera monos en la cara. Te entran ganas de agarrarlo de la corbata y arrastrarlo por la mesa. Es muy frustrante.

—Bueno, a ver, ¿tú qué sabes hacer? No sabes escribir a máquina y no has trabajado nunca como administrativo. No sirves para trabajar.

Un segundo eres el rey y al siguiente te has convertido en un paria de la sociedad. Nadie quiere tener nada que ver contigo. Hacen cualquier cosa para sacarte de su oficina: «Te deseo toda la suerte del mundo. ¿Cómo has dicho que te llamas? Joder, menos mal que ya se ha ido. No me mandéis a más mierdas como ese».

~

Siempre había oído que cuando volvías tenían que devolverte tu trabajo, pero cuando fui a reincorporarme, me dijeron:

—¿Qué quieres que haga? ¿Que ponga a otra persona de patitas en la calle? Tienen familia e hijos.

Después del numerito de rigor, me acabaron ofreciendo un puesto en el almacén, como cuando había empezado a trabajar para ellos. Pero si conseguí que me readmitieran fue solo porque amenacé con llevarlos a juicio.

Me dijeron que la antigüedad que había acumulado antes de irme no volvería a contar hasta que no hubiera estado un año entero trabajando. Me despidieron la segunda semana del undécimo mes, en noviembre. Con la antigüedad que tenía antes no habrían podido despedirme, pero estaban molestos por haberse visto obligados a readmitirme. Y eso que, gracias a mi esfuerzo, ya había recuperado el puesto de antes.

Fui a una oficina del VA [123] y les dije que necesitaba ayuda u otro empleo. Me mandaron a una fábrica en la que pagaban el sueldo mínimo. El primer día me di cuenta de que en aquel sitio nos explotaban. Acabé sin trabajo.

Fui a buscarlo a una planta eléctrica y quisieron hacerme un examen médico. Cuando, charlando con el doctor, este se enteró de que era un veterano de guerra, me preguntó si había ido a Vietnam. Entonces empezó a examinarme de arriba abajo, como si algo tuviera que ir mal por la fuerza. Me pidió que extendiera el brazo para tomarme la tensión y antes de tomármela lo miró minuciosamente, de la muñeca hasta el antebrazo y al

revés, por un lado y por el otro. Sabía lo que estaba buscando, pero me hice el tonto. Cuando terminó y me cogió el otro brazo para hacer lo mismo, no me pude aguantar:

—¿Tengo cara de gilipollas? ¿Te parece que me voy a creer que mi tensión es distinta en cada brazo? —Pero él seguía mirándolo y remirándolo, así que le dije—: Quítame las manos de encima, tío. Todo estaba yendo bien hasta ahora.

Estaba buscando marcas de jeringuillas y eso me sacó de mis casillas. No iba a permitir que me tratara de ese modo, así que le sugerí un lugar donde meterse el puesto de trabajo. La compañía telefónica me puso en la lista de espera y me dijo que no era su culpa que solo me hubieran enseñado a disparar en lugar de enseñarme un oficio. Entré en la lista de espera de una bolsa de empleo federal, en la lista de espera de UPS, la de la oficina de Correos y la de los funcionarios de prisiones. Al final conseguí trabajo en un aparcamiento. Ya de entrada me avisaron: «Así que eres uno de esos veteranos de guerra. No esperes tener un trato especial solamente por haber estado en Vietnam».

Eso fue lo que me escupieron a la cara en cuanto entré por la puerta. Lo único que yo pedía era un trabajo.

Al final, me agencié un taxi pirata y alquilé otros tres. La policía me tocó bastante las narices y acabaron quitándome la licencia, así que tuve que acabar haciendo lo que hacían los demás: vendía lotería ilegal, traficaba con maría, con coca… Tenía que sobrevivir. Tenía que sacar a mi familia adelante.

~

Estábamos todos atados con correas. Pensaron que tal vez no sabríamos comportarnos en el avión y la emprenderíamos contra la ventanilla o agarraríamos a una enfermera. De entrada te pinchaban y te dormían con morfina. Así volvían los psicópatas, los amputados, los chavales que se querían morir, etc.

Volví a casa en un *medevac* y con una actitud de pasota total. Cuando llegamos, me mandaron a un hospital para veteranos de guerra donde había un representante del VA que habló con nosotros. Nos empezó a explicar qué prestaciones nos correspondían, pero yo no tenía ganas de oírlo. Mi único plan era que me dejaran salir del Ejército. Me licenciaron con honores; iban

a condecorarme. Me mostraron un papel enorme en el que se enumeraban todas las medallas que me iban a dar, pero yo no quería ni verlo: «Os podéis quedar con el uniforme —les dije—. Y podéis coger las medallas y metéroslas por el culo». Me correspondían cuarenta y cuatro días de servicio, así que me los pagaron.

Regresé al mundo, pero aquel mundo no era el mismo que había dejado atrás. Había vuelto a nacer. Nacer de nuevo, como dice la Biblia. Ya no encajaba en el mundo real. Me había pasado doce meses en Vietnam imaginando las cosas que haría cuando regresara. Estaré con una mujer. Haré esto, haré aquello. Pero entonces volví al mundo y estaba lleno de gente que se manifestaba contra Nam. La gente odiaba a los soldados por haber estado en Nam. Nos culpaban de lo que había pasado. Me volví loco. No me lo podía creer.

La primera vez que oí a alguien decir algo al respecto estaba ingresado en el hospital para veteranos. «Los tíos esos de Vietnam, la madre que los parió. Mira lo que están haciendo.» Me afectó. Me sentía culpable, un criminal. Me habían condenado a muerte. Y aquella gente era la misma que cuando me había marchado el año anterior; era yo el que había vuelto y ya no pintaba nada aquí. Quería volver a Nam; me habría vuelto a alistar, pero estaba herido. Si no lo hubiera estado, me habría unido otra vez a filas. Aquel mundo, con lo que la gente decía, con lo que pensaba, te marginaba.

Cuando mi madre vino a verme era una persona distinta. No la odiaba, ni nada parecido; simplemente se había convertido en otra persona. No conseguí comunicarme con ella, me limité a mirarla. Hablamos y luego se fue.

Me quedaba sentado en mi habitación del hospital y mi mente volvía a Vietnam. Soñaba con Nam; con Nam y con la guerra. Me veía en el campo de batalla, cuando en realidad estaba en la cama, en un hospital para veteranos. Pero yo imaginaba que estaba en Vietnam.

Aquello no era el mundo. ¡Señor! ¿Cómo han podido hacerme esto a mí? ¿Cómo han podido devolverme a un mundo donde no entiendo de qué hablan? Los Estados Unidos dicen una cosa, pero la gente dice otra distinta. El presidente Nixon habla de una «mayoría silenciosa», pero la gente protesta en las calles. ¿Quiénes son esos que se manifiestan mientras los soldados siguen en Nam, pasando por un infierno físico y psicológico? Caminan bajo el monzón, soportan durante meses la lluvia incesante, son el blanco de los francotiradores. Los matan, las trampas los hacen saltar por

los aires, tienen pie de trinchera, úlceras tropicales; las sanguijuelas se los comen vivos. ¿Cómo se atreven a decir que la guerra no es justa? ¿Cómo puedes retirarte de la guerra de Vietnam y abandonar a esos muchachos en el campo de batalla o a los desaparecidos en combate?

No es que pensara que fueran antiamericanos, pero, joder, alguien nos había abandonado a nuestra suerte. Alguien nos había apuñalado por la espalda. Los ciudadanos de a pie que luchaban por la paz no lo comprendían. El mismísimo Ejército nos había apuñalado por la espalda mientras formábamos parte de él. Los defensores de la paz nos habían apuñalado por la espalda cuando habíamos vuelto a Estados Unidos. El presidente Nixon nos había apuñalado por la espalda. Lo que decía era absurdo. Henry Kissinger hablaba de paz y de acabar con la guerra. Mierda por un tubo.

Me sentía culpable. Me dije que no podía permitir que nadie se enterase de que había estado en Vietnam. Sabía que me mirarían y sabrían que era diferente.

Me dieron el alta en el hospital. Me pasaba los días sentado en mi habitación de casa bebiendo en completo silencio. No me veía yendo a fiestas ni estando con alguna mujer. Me sentía desorientado. Simplemente, no era capaz de adaptarme.

El primer Cuatro de Julio fue el día más duro. Mientras estaba en un supermercado, alguien tiró unos petardos y yo me tiré cuerpo a tierra. La gente se rio de mí. Me sentí como si me hubieran tirado una caja fuerte desde una ventana. «Saben que soy un veterano de Vietnam.»

En septiembre volví a la universidad. Pagué la matrícula y los gastos de mi bolsillo; no quise ni un centavo de los beneficios económicos que recibían los GI, porque no quería que nadie supiera que era un veterano de guerra. Me avergonzaba de serlo, porque todos los americanos odiaban a los soldados por haber estado en Nam. Traté en todo momento de ocultar mi pasado.

Pensaba que quizá, si volvía a la universidad, conseguiría volver a encajar, pero iba a clase y oía:

—Esos putos soldados que están en Vietnam…

Los profesores negaban con la cabeza y opinaban:

—Es una vergüenza que esos GI estén en Vietnam matando a personas inocentes.

Yo nunca decía nada.

En una clase, el profesor me pidió que hiciese una redacción. Estaba sentado en el aula y, de repente, se me cruzaron los cables. Lo único que veía era que yo estaba en Vietnam y que aquel profesor era un *gook* . Ni siquiera era asiático, pero yo veía un *gook* y me lo quería cargar. «Debería matar a este profesor —me decía mi cabeza—. Mátalo, tío. Es el enemigo. ¿Qué está haciendo aquí?» Mi cabeza estaba en Vietnam.

Oía a los demás a mi alrededor: «Lo que está pasando en Nam es una vergüenza. Tendríamos que unirnos al movimiento contra la guerra. Vamos a la manifestación». Aquellos chavales querían matar a aquellos que formaban parte de mi mundo. Eran el enemigo. Tenía que cargarme a esos hijos de puta.

Muchos veteranos, cuando volvían al mundo, cogían sus fusiles y disparaban a la gente. Yo lo entiendo; no conseguían adaptarse. Nos habían soltado en un lugar en el que ya no sabíamos vivir. Deberían habernos entrenado para volver al mundo. Tardé años en comprender que también formo parte de los Estados Unidos.

Heridos

Hechos mierda.

«Después de subir una colina acababas hecho una mierda.»

«¡Dios! Hemos hecho mierda a esos gooks.*»*

«Esa maría me ha dejado hecho una mierda.»

«La bomba lo hizo mierda todo.»

«Qué panorama de mierda.»

Vietnam dejó a los americanos hechos una mierda en gran variedad de formas y cuando volvieron a casa así es como les hicieron sentir. Los desecharon, como platos de plástico después de un picnic. Eran soldados de usar y tirar, hombres y mujeres a los que trataron como a la basura del vertedero.

Muchos siguen vagando sin rumbo por la calle, corriendo de un lado a otro, vestidos con chaquetas militares raídas, demasiado grandes y con el nombre de otra persona bordado en el bolsillo, con los pantalones metidos en las botas de combate, resplandecientes pero desgastadas. En la clínica de metadona del VA verás a unos cuantos. Hace diez años que se saludan con una palmadita en la espalda y bromean sobre las revisiones de genitales que les realizan sin faltar una sola semana.

Las cárceles, ya sean granjas penitenciarias o prisiones federales, han sido el refugio de muchos de ellos. Otros, todavía más, han optado por establecer un perímetro defensivo individual en una ciudad distinta cada pocos meses. Colocan sus sacos terreros en una habitación vacía con un plato de comida caliente y se quedan allí hasta que sienten la necesidad de volver a ponerse en marcha.

Sin embargo, la mayoría de los veteranos de guerra salen cada día a la América convencional en misión de reconocimiento: son guerrilleros

solitarios vestidos con un mono de trabajo o un traje de tres piezas. «Tengo dos currículos distintos; en uno aparece mi historial militar.» «Cuando te he llamado esta mañana para confirmar la hora de la entrevista, el chico que lleva dos años trabajando en el escritorio de enfrente me ha preguntado si estuve en Vietnam. Resulta que también es veterano y yo no tenía ni idea.» Vuelven a estar abandonados a su suerte, intentando salir adelante pese a tenerlo todo en contra.

La mayoría de veteranos a los que entrevisté nunca han hablado de su experiencia con otra persona: «Madre mía, creo que nunca había hablado tanto sobre Vietnam». «Te he contado cosas que no sabe ni mi mujer. No creo que fuera capaz de gestionarlo.» Cuando regresaban al mundo, nadie quería saber nada de su guerra. Ignoraban el asunto o lo rechazaban abiertamente. Un veterano me dijo una vez: «Hablar sobre Vietnam es como tirarse un pedo en una cena. Todo el mundo aparta la vista avergonzado y finge que no ha pasado nada. Bueno, discúlpeme usted».

Además, contar historias de la guerra es doloroso. Los veteranos se encogen de hombros con aire desafiante, como diciendo: «Y he visto cosas mil veces peores, pero no te las voy a contar». Sin embargo, eso no enmascara su dolor. Sus ojos los delatan. Vi el dolor en sus rostros una y otra vez. La mayoría de ellos todavía no han llorado. Les da demasiado miedo no ser capaces de parar.

Hice de entrevistador objetivo, los persuadí para que hablaran, insistí. Alterné el papel de abogado del diablo con el de confesor anónimo. Dejé correr el alcohol para que las historias salieran a la luz. Fui al cuarto de baño a por papel higiénico para que pudieran sonarse la nariz, con cuidado de tardar lo suficiente como para darles tiempo a recobrar la compostura. Yo mismo me sorprendí de poder mantenerla.

Una mañana temprano, mientras conducía a toda prisa por la autovía que une Providence y Boston, entre una entrevista y la siguiente, pensando sobre todo en las fechas de entrega, me eché a llorar. Las lágrimas empezaron a nublarme la vista y tuve que parar en el arcén. No lloraba por ninguna entrevista o historia en concreto. Ninguno de los veteranos se había desahogado conmigo del todo. Lloraba por el cúmulo de dolor indirecto, por el dolor de otros, por las voces y los espíritus rotos. Por las vidas hechas una mierda.

Mi primer impulso fue llamar por teléfono a mi mujer. Paré en el primer motel de carretera que encontré para usar el teléfono público:

—Hola, cariño. Soy yo. ¿Qué tal estás? —le dije.

—Bien, estoy bien. ¿Te pasa algo?

—No, nada; solo quería decirte que te quiero.

—Yo también te quiero —respondió ella—. Mucho.

—Me alegro. Solo quería decirte eso.

La Guerra de Vietnam abrió una herida en mi generación que todavía no se ha curado. Se ha cerrado sin que eliminemos la infección que sigue dentro y, cuanto más tiempo la ignoremos, más se agravará. El proceso de curación parece muy sencillo: lo único que tenemos que hacer es reabrir la herida hedionda, desinfectarla con cuidado y mantenerla limpia hasta que volvamos a estar bien.

Siento la tentación de decir: «Por favor, sal a la calle y dale un abrazo al primer veterano que te encuentres. Demuéstrale tu amor y llorad juntos». Pero eso es demasiado sentimental. Sé que pedir amor es pedir demasiado en estos tiempos tan frenéticos. «Démosle una oportunidad a la paz [124] *, lo único que necesitas es amor* [125] *.» Dejamos todo eso atrás y nos enfrascamos en el trabajo, como de costumbre. La compasión, cuando se mezcla con un mínimo de condescendencia, se estropea: se convierte en lástima, y eso no es lo que buscan los veteranos.*

Pero sí te voy a pedir una cosa. Mira a tu alrededor y localiza a las personas que conoces que tengan edad de haber participado en esa guerra. Pregúntales si estuvieron en Vietnam. Unos tres millones de personas sirvieron en las Fuerzas Armadas que se desplazaron al Sudeste Asiático entre 1964 y 1975, así que tardarás menos de lo que piensas en dar con un veterano. Intenta que te hable de sus experiencias si de verdad estás interesado en saber más acerca de ellas. Cuando empiece a hablar, limítate a quedarte en silencio y a escuchar. Puede que los dos aprendáis algo sobre aquel conflicto, sobre el espíritu humano o sobre vosotros mismos. Aunque acabéis hechos una mierda.

Si no te paras a pensar y sigues adelante, no te afecta. Pero si echas el freno el tiempo suficiente, lo acaba haciendo. Pasaron casi ocho años sin que tuviera ningún problema. Sí, claro, tenía pesadillas y esas noches no podía dormir sin dejar una luz encendida, pero me las apañaba.

Sin embargo, hará un año y medio, estaba en quirófano asistiendo a la operación de una paciente que, por circunstancias de la vida, no logró sobrevivir. No tuve nada que ver con lo ocurrido ni fui la causante de su muerte, pero se trataba de una niña de origen asiático.

Eso pasó en diciembre. En mayo ya casi no era capaz de ir a trabajar, ni siquiera podía levantarme de la cama. Estaba deprimida las veinticuatro horas del día; me sentía terriblemente culpable. Pensaba que la paciente había muerto por mi culpa, cuando en realidad ni era así ni había tenido control alguno sobre la situación. En términos morales y legales, no podría haber hecho nada más que lo que me pidieron que hiciera. Mis compañeros eran conscientes de que el incidente me había pasado factura, pero no sabían qué hacer al respecto.

No salía de casa, no hacía nada. Salía del trabajo y se me olvidaba parar en el supermercado para hacer la compra, así que tampoco comía. Una amiga vino a visitarme desde Missouri. Cuando me vio, me preguntó:

—Pero ¿qué te pasa?

Le respondí que no me pasaba nada, pero para entonces había llegado a un punto en el que casi no podía ni hablar. En el trabajo me las arreglaba para que mi rendimiento fuera aceptable, pero tenía que poner todo de mi parte para mantener la compostura. Vivía en un estado de ansiedad constante; tenía miedo de que sucediera algo más, de ser incapaz incluso de encargarme de los casos más leves. Pero la procesión iba por dentro; nadie lo sabía.

Un día vino un psiquiatra a darnos una charla sobre los trastornos de los pacientes con problemas cardíacos. Pensé: «Igual necesito tomarme unas vacaciones, quizá esté cansada». Cuando terminó, me acerqué para hablar con él. Era un tío bastante majo.

—¿Qué te sucede? —me preguntó.

—No puedo dormir, o tardo tres horas en quedarme dormida. Cuando lo consigo, al cabo de dos horas vuelvo a estar despierta. No sé qué me pasa. Una amiga mía cree que tengo depresión, pero no me siento deprimida.

—Bueno, ¿qué haces en tu tiempo libre?

Me quedé pensando en la pregunta y me di cuenta de que no hacía nada. Ir de casa al trabajo requería hasta la última gota de mi energía. El suicidio no se me había pasado por la cabeza; cuando estás tan deprimida, no te quedan fuerzas para llevarlo a cabo.

He estado yendo a hablar con él tres veces por semana desde hace un año, porque al final sí que intenté suicidarme. Le pregunté si los problemas que tenía existirían si no hubiera estado en Vietnam.

—Tienes el síndrome del superviviente y creo que fue la muerte de la chica asiática lo que desencadenó tus problemas —me contestó—. Si un hombre coge un arma y empieza a disparar a la multitud desde una torre, hay algo que lo empuja a hacerlo. Fue la muerte de esa chica asiática lo que hizo que tus problemas salieran a la luz. Era de origen chino, pero podría haber sido vietnamita. Cuando murió, no tenías ningún control sobre la situación y estabas haciendo lo que te pedían que hicieras. Mientras estuviste en Vietnam, ¿cuántas veces hiciste lo que te ordenaron?

Aquel hombre iba atando cabos. Estuve a punto de acabar encerrada en un manicomio. Lo único que me salva de que me encierren en un hospital es ver a este hombre tres veces a la semana. Estuve un año entero tomando antidepresivos. Ahora me siento bastante mejor; hace cuatro meses que dejé la medicación. Todo empieza a colocarse en su sitio.

Ahora me sienta bien contarle cosas como:

—¿Sabes qué? Un día vino un monje que estaba cabreadísimo porque los americanos habían profanado un cementerio. Se prendió fuego allí mismo, justo delante de mí.

—¿A cuántas personas se lo has contado?

—No se lo he contado a nadie. ¿A quién le voy a contar algo así?

Los excombatientes no tienen mucha gente con quien hablar de sus experiencias, pero quizá yo tenga todavía menos. ¿A cuántas enfermeras crees que puedo contarles este tipo de cosas? «Ah, sí, a algunas personas les negué la medicación. Vi cómo envenenaban a algunos pacientes porque no teníamos camas y las necesitábamos para los soldados. Eso es asesinato, ¿no?»

Muchas noches no puedo dormir, pero me niego a encender la luz.

—¿Qué tiene de malo encender la luz? —me preguntó el terapeuta.
—Bueno, es lo que hacen los niños pequeños.
—¿Tenías pesadillas cuando eras pequeña?
—No, solo desde que volví de Vietnam. Antes nunca había tenido problemas para dormir.

Voy mejorando, pero tendría que haber empezado a ver a este tío hace diez años. Él está de mi parte, es mi amigo. También tengo un frasco de pastillas vacío en la encimera de la cocina, para no olvidarme de que una noche me lo tomé entero. Había suficientes pastillas para matar a diez personas.

~

La chica con la que estaba prometido se había quedado embarazada de otro tío y se había casado con otro distinto. No me lo podía creer. Habíamos dejado de mandarnos cartas después de que me hirieran en combate. Lo veía todo negro y dejé de escribir a todo el mundo.

Acabé viviendo con mis padres. Desde julio hasta finales de septiembre, mi rutina consistió en recuperar la consciencia por la mañana. Por la tarde, cuando se me había pasado la resaca, me duchaba y por la noche salía a beber otra vez. Noche sí, noche también, bebía hasta perder el sentido.

Era extremadamente tímido con las mujeres. Por supuesto, solo era capaz de acercarme a ellas cuando estaba borracho como una cuba. Por las mañanas me encontraba en los bolsillos pedacitos de papel con números de teléfono y anotaciones crípticas. «Janet, bufanda roja, 555-6868.» No llamé nunca a ninguna.

Empecé a trabajar otra vez. Trabajaba para el ayuntamiento de Minneapolis, realizando pruebas de laboratorio. Era técnico de ensayo de materiales y trabajaba con cemento, asfalto y varillas de acero; ganaba unos quinientos dólares al mes. Mis problemas con la bebida fueron a más. No me presentaba a trabajar durante días y ni siquiera llamaba para decir que estaba enfermo.

Tenía una depresión de caballo. No conseguía hacer nada. La mayoría de mis amigos se daban cuenta de que algo no iba bien, pero ninguno sabía cómo ayudarme. Mi familia estaba preocupadísima. Todo esto pasó mucho antes de que se le pusiera nombre al síndrome de Vietnam. Me sentía estafado, mal conmigo mismo. La gente me trataba de forma extraña.

~

Hasta el mes de abril de 1970 no derramé una sola lágrima. No lloré hasta que llegó el día que habría terminado el servicio militar, el día que me hubiera tocado volver a los Estados Unidos si las cosas hubiesen ido de otra manera. Fue rarísimo. El 6 de abril de 1970 me desperté con los ojos llenos de lágrimas y me pasé todo el día llorando. Estoy exagerando; lloré desde las ocho y media de la mañana hasta las cinco de la tarde, prácticamente sin parar. Unas tres de esas horas fueron de llanto histérico y desconsolado. Lloré por todo.

Después me encontré un poco mejor, pero no mucho. No estaba preparado para gestionar todo lo que me había pasado. Supongo que no lo hice tan mal, pero estaba siempre al borde del precipicio. Nada de lo que pasaba era lo que yo quería. No encontraba consuelo en nada. No tenía a nadie con quien hablar, excepto con Rebecca, la mujer con la que me casé. Cogía el teléfono para llamarla y me pasaba dos o tres horas del tirón hablando con ella.

Ella comprendió desde el primer momento el problema emocional al que me estaba enfrentando. Tal y como ella lo describe, cuando volví de Vietnam estaba muerto de cuello para abajo. Mi cerebro funcionaba y, por inercia, ejecutaba mi rutina diaria, pero estaba vacío. En realidad, estaba muerto. La primera grieta apareció cuando lloré por primera vez. Durante los dos años siguientes fui saliendo del pozo, algo con lo que ella tuvo muchísimo que ver. Me ayudó a conectar de nuevo con mi propio cuerpo, a reconectar con mi sexualidad.

En otoño de 1972, casi tres años después de mi regreso, sufrí una crisis nerviosa. No fue irreparable, no me tuvieron que poner una camisa de fuerza, pero sí fue grave. Todo se paró de repente.

Fue por muchas cosas. No estaban todas relacionadas con Vietnam, pero sí la mayoría. Tenía una gran carga sobre los hombros y mucha culpa acumulada. Me sentía culpable por haber estado en Vietnam, me sentía culpable por la muerte de mi madre, por haber dejado atrás a los demás, por haber sobrevivido. Me preguntaba a todas horas qué rumbo estaba tomando mi vida. Me sentía desacompasado, como si estuviera viviendo en una cultura enloquecida, cosa que era cierta. Sabía todo eso, pero no había nadie que estuviera de acuerdo conmigo.

Al final, llegué a un punto en el que nunca antes había estado en mi vida. Una mañana, al levantarme, supe sin lugar a dudas que, pese a todos mis prejuicios contra los psiquiatras, necesitaba pedir ayuda. No era capaz de levantarme de la cama. Me sentía totalmente fuera de control y eso me paralizaba de miedo. Lo único que quería era quedarme en la cama sin ir a trabajar y llorar a mares.

Tuve mucha suerte porque Rebecca tomó las riendas de la situación y se preocupó de llevarme hasta donde me tenía que llevar. Se puso en contacto con mi jefe para que supiera lo que pasaba; se encargó de cada detalle de mi vida.

Para entonces, muchas personas que me conocían bien ya se estaban preguntando cuándo iba a suceder algo así. A mi mujer no le sorprendió. Llevaba tiempo caminando por la cuerda floja y en algún momento me iba a caer. Cuando miro fotografías mías de esa época, me veo rígido, oprimido. Me lo veo en los ojos.

Sé que Vietnam fue solamente una parte de lo que causó la crisis nerviosa, aunque quizá no represente ni la mitad del problema. Vietnam solo es un fotograma de toda la secuencia, pero era importante porque estaba conectado de muchas formas a muchas otras cosas. Había sido una travesía increíble que no había terminado. Aceptar lo sucedido fue, de algún modo, algo determinante.

Todavía siento que esa experiencia está incompleta. No he llegado a pasar página. De vez en cuando, veo en la lejanía las piezas que faltan para completarme, pero para lograrlo tendré que librar una batalla titánica. Soy más afortunado que la mayoría de veteranos; yo sí he recorrido un camino de verdad. He superado el ciclo de los diez años. He analizado y revivido mis recuerdos, he llorado por ellos. Los he gestionado y he aprendido a vivir con ellos, y eso es algo de lo que me siento orgulloso.

Pero aún no ha terminado. A veces todavía me altero mucho. Soy bastante razonable y organizado con todo este asunto, pero he necesitado mucho tiempo para salir del pozo y, a veces, de repente, algo me hace perder los estribos. Cuando eso pasa, sé que la causa es Nam. La ira que se desencadena viene de ahí. Cuando me topo con alguna estupidez, es Nam lo que me hace montar en cólera. Y entonces me doy la vuelta y me voy, porque sé que si me quedo alguien acabará haciendo que me ponga violento. Explotaría y acabaría metido en un lío. Si explotase, me

encerrarían y ni el mejor abogado del mundo podría sacarme del psiquiátrico.

No dejo de pensar que ya lo he superado, que lo he dejado atrás. He recuperado el control y ya no tengo ningún motivo para sentir esa clase de ira. Ya he superado esta rabia. Pero no es así. No lo es. La ira forma parte de mí y tendré que pasar el resto de mi vida gestionándola. Volverá una y otra vez, adoptando formas distintas. Quizás cuando la muerte llame a la puerta habré aprendido por fin a lidiar con ella.

A veces me pongo en plan superviviente y le digo a la gente: «Tú no lo entiendes, no comprendes cómo afecta a los demás estar así de jodido. No entiendes que la propia estupidez, esa estupidez consciente y deliberada, esa distorsión de la realidad, esa falsedad deliberada, hace daño. Y ni siquiera me voy a molestar en contarte el daño que me hace a mí mismo; sé que no estás preparado para eso. Pero sí que voy a contarte las muchas formas en que puedes hacer daño a otra persona. A ver si entiendes de una vez, cabrón, que cuando te comportas de ese modo pones en peligro la vida de los demás. Da igual si es en el frente y llevas un M-16 en la mano o si es en los Estados Unidos y solo vas armado con un talonario. Es exactamente la misma mierda». Es un milagro que sobrevivamos un día tras otro; el mundo está lleno de hijos de puta. A veces yo también me comporto como un hijo de puta, pero ya no lo hago de forma deliberada.

Cuando veo que la gente hace daño a propósito me cabreo un montón. Aflora mi lado más cruel. Deberíamos erradicar despiadadamente a los cabrones que hay en el mundo, porque ponen en peligro la vida de los demás.

Sé que de no haber sido por Vietnam no sería tan tajante. Seguro que sería tan rudo como el resto; no me cabe duda de que estaba hecho de esa pasta. Probablemente, habría sufrido una crisis nerviosa a los cuarenta y cuatro años y no me habría recuperado nunca de ella. Sé que, gracias a lo que he vivido, estoy más cuerdo ahora de lo que nunca lo había estado, o de lo que habría estado si la vida me hubiera llevado por el camino que estaba marcado.

En Vietnam también descubrí que la gente es capaz de mucho más de lo que cree. Me molesta que la gente sea capaz de hacerlo mejor y no lo haga solo porque no le parece lo suficientemente importante. Supongo que no hay razón para no enfrentarse a todo esto como si fuese importante. A mí sí me lo parece.

~

Todavía sueño con ello. Mi mujer me oye gritar en mitad de la noche. Juro por Dios que a veces me parece completamente real; siento que estoy en ese sueño y que no puedo despertarme. Tiene que ser un sueño, pero, Dios todopoderoso, vuelvo a estar aquí. Estoy en Vietnam. Estoy en mi tercer año y solo me quedan dos meses para volver. Me están volviendo a disparar, me han herido otra vez. Mi fusil no funciona y, de repente, ya no tengo fusil. Estoy solo y desarmado y los putos *gooks* vienen a por mí. Me despierto con una sensación extraña en el estómago. Me duele mucho la cabeza.

~

En el fondo, en Vietnam me lo pasé bien. Fue la parte más intensa de mi vida. Me gustaba lo anárquico que era, ya sabes, allí las leyes las ponías tú. No te molestaba nadie. ¿Tú sabes lo que se siente cuando vas por la calle con doce tíos armados hasta los dientes, sabiendo que si alguien se atreve a dispararte está vendido? Disfrutas de cada minuto. Estás con tíos que se preocupan por ti, tíos en los que puedes confiar. Echaba mucho de menos eso cuando volví a los Estados Unidos. Ahora que toda la sociedad te jode por sistema es cuando de verdad aprecias esas cosas.

Te voy a contar un secreto. Cuando volví a los Estados Unidos cometí bastantes atracos. Buscaba esa sensación. No me preocupaban cosas como que me pegaran un tiro. ¿Qué más daba eso? No habría sido la primera vez. Meterme en líos me importaba una puta mierda. Ya ves tú. Total, ¿qué me podía pasar?

Los tíos con los que trabajaba también eran veteranos y estaban todos como una puta cabra. Hay un montón de bandas así por ahí, bandas armadas que hacen este tipo de cosas, y todas están formadas por exmarines como yo. Lo hacían porque no habían sabido volver a la vida normal. No habían conseguido reintegrarse en la sociedad, así que habían decidido quedarse al margen. Yo no lo hacía por la pasta, lo hacía por un simple apretón de manos. Buscaba el subidón de adrenalina.

Era como estar de vuelta en Nam. Tenía la posibilidad de disparar y también de que me dispararan. Era lo único que sabía hacer. No tenía miedo de la muerte. Además, pensaba que si me mataban a los veintitrés años

saldría ganando igualmente, porque en Vietnam no debería haber pasado de los diecinueve. Así que me jugaba la vida a la ruleta rusa en los Estados Unidos, conducía sin frenos en una carrera mortal sin ser consciente de lo que estaba haciendo.

¿Sabes cuando la gente dice que a veces se pueden ver a sí mismos desde fuera, como si el cerebro saliera de su cuerpo y viese lo que estás haciendo desde el exterior? A mí me ha pasado cuatro o cinco veces en la vida, y siempre porque estaba haciendo algo que no debería haber hecho. Un atraco era parecido a salir de patrulla en Nam. Tenía mis razones para hacerlo, era una cuestión de prioridades. Me daba un propósito, una razón para existir. Y era algo que compartía con dos o tres tíos más.

Organizábamos operaciones de venta de droga sin tener drogas que vender. Cuando llegaban los compradores, les hacíamos creer que éramos polis y nos largábamos con el dinero. Una vez resultó que los tipos a los que íbamos a robar eran polis de verdad, las fuerzas del orden. Estábamos en medio de la calle, delante de todo dios. Había mujeres con sus hijos de la mano, gente que miraba por la ventana. Corrí hacia los policías y les grité:

—¡Policía, no se mueva!

Mi compañero y yo comenzamos a esposarles. Un coche patrulla paró a nuestro lado y le ordené que persiguiera a un Cadillac con matrícula de otro estado. No sé de dónde saqué la idea, pero me fue saliendo de forma natural. Me sorprendió mucho ser tan ingenioso. Fue una pasada y me importaba una puta mierda lo que me pudiera pasar, así que me recordó un poco a Nam.

Llevé pistola durante mucho tiempo. No me gustaba la idea de ir desarmado, y mucho menos en Nueva York. Eso no era aceptable, al menos para mí. Perdí más sangre en Brooklyn que en Vietnam. Me apuñalaron tres veces y dispararon dos. «Tío, has sobrevivido a dos años en Vietnam, con toda la mierda que había allí —pensé—. No te irás a morir aquí en un callejón de mala muerte.»

De hecho, al final me encerraron por tenencia ilícita de armas. Me cayeron dos años. Me tendrían que haber mandado a un sitio de bien donde pasar una condena tranquila; tendría que haber cumplido sentencia jugando al golf con los peces gordos del Watergate. Pero a los veteranos de Vietnam los mandaban a lo peor del sistema penitenciario.

Ellos saben que tú conoces el verdadero peligro, que sabes que, a más de setenta metros, el guardia bien podría meterse el arma por el culo, porque

no le sirve de nada, y punto. Saben que aprovecharás cualquier oportunidad que se te presente porque no será la primera vez que lo hagas. Para ti, lo de abalanzarte sobre un tío armado o huir de él no es nada nuevo, solo tienes que correr en zigzag, ¡no te jode! Pero luego resulta que los veteranos de la guerra de Vietnam son los mejores prisioneros. Aunque yo les di más de un dolor de cabeza. Hice que aquellos hijos de puta se ganaran el sueldo.

Lo que más me dolió fue cuando me tuve que presentar ante la junta para la libertad condicional. Pensé que dirían: «Bueno, el chaval es un veterano de Vietnam, hizo lo correcto por su país y lo licenciaron con honores. Lo dejaremos en libertad». Pensé que me darían algo de cancha. Pero los muy hijos de puta me dijeron que me estaba yendo de rositas y me alargaron la condena. Encima me soltaron que estaba emocionalmente perturbado, pero a nadie se le ocurrió intentar asignarme un psiquiatra. «Bueno, chaval, como cumpliste tu obligación como ciudadano, vamos a joderte otra vez.»

Esperaban que montara un escándalo; a ver qué numerito nos monta el chaval… Pero entré en la sala y no abrí la puta boca. No me iba a prestar a eso, ni de coña, tenía demasiado orgullo. Supe que estaba jodido en cuanto vi que había dos fulanas en la junta. Las mujeres no tienen ni idea de lo que está bien y lo que está mal.

Ahora ya no hago ese tipo de mierdas, me he tranquilizado. Cuando acabas de volver no hay nada que no puedas hacer, si quieres ser millonario, lo eres; pero, a medida que van pasando los años, te empiezas a preocupar por lo mismo que los demás: que si los exámenes, que si el coche, que si la televisión en color… Te conviertes en un ciudadano más, llorica y aletargado. No sabes hacer nada y estás en la luna.

Cuando volví a formar parte de esta sociedad, me sentía por encima de los demás. Eso duró cinco o seis años, hasta que tuve que pasarme dos a la sombra. Ahora vago por la calle sin rumbo, preguntándome por qué existo. No tengo ningún objetivo. No estoy casado; ni siquiera tengo novia. Ya no hay nada que me aporte un poco de emoción, y eso es peligroso. Cuando ya nada te emociona, ¿qué te queda por hacer? ¿Cuál es el siguiente paso? He llegado al final de mi camino y sería muy fácil empujarme al precipicio.

El verdadero significado de la vida es comer y seguir adelante. Cuando llegué, los del VA intentaron convencerme de que estudiara, pero los libros no se comen. De todas formas, yo no tengo estudios de ninguna clase.

No encuentro trabajo. Antes de ir a Vietnam, si querías un trabajo te presentabas donde fuera y hablabas con el jefe. Si le caías bien, el puesto

era tuyo. Cuando volví, se habían inventado una cosa llamada formulario. Tardaba como una hora en rellenarlos. Después de terminar octavo, no estudié más, y no tuve otro trabajo que el de marine.

La actitud de la gente era en plan, «has sido un cabrón por haber ido a Nam; que te follen». Se esforzaban de lo lindo para no tener nada que ver contigo. Como no te han domesticado, no pueden controlarte. Las únicas personas que se alegraron de mi vuelta fueron mis colegas de Brooklyn. Mi lugar estaba con la gente de la calle; ellos sí me dieron la bienvenida que me merecía.

El primer chaval que se entregó cuando concedieron la amnistía a los desertores fue un colega mío. Se me acercó y me dijo:

—¡Hombre, me alegro de verte! Sigues vivo. Yo no iba a ir ni de coña, sabía que me matarían.

Y no había nada de malo en ello, pero a mí que no me digan que lo que hice estuvo mal.

De vez en cuando, sobre todo cuando estuve en la cárcel, me ponía a pensar en la libertad y algunos de los recuerdos de mi paso por Vietnam volvían a mi mente con mucha claridad. Me acordaba de todos los chavales de mi pelotón y me preguntaba qué habría sido de alguno de ellos. Después me ponía a repasar mentalmente algunas batallas y suponía que a aquel chaval le habían dado y que habría muerto. Todo era tan caótico que ni siquiera me acordaba de que el tipo llevaba diez años muerto. Bum, bum, bum, pam, pam, pam, venga, recuento de bajas. Solo teníamos que esperar a que nos volviera a llover la mierda. Siempre se volvía a liar, no fallaba nunca. Era un juego demencial. Te ponían en la línea de salida y, para ganarlo, tenías que sobrevivir. Era una carrera individual y a nadie le importaba un rábano lo que le pasara a los demás. «Bueno, tío, te vas a pasar trece meses aquí y puedes hacer lo que te salga de los huevos, siempre que sigas con vida. Pero que no se te olvide que a nadie le importa una mierda si te mueres.»

La verdadera atrocidad que se cometió en Vietnam no fue la guerra. Para mí, la verdadera atrocidad fue que los americanos no apoyaran a sus tropas.

Lo que más echaba de menos tras mi vuelta a los Estados Unidos era ver al típico americano de bandera. Estoy seguro de que en el sur siguen siendo americanos como Dios manda. Los han educado para que amen su bandera y para beber, y que alguien se atreva a quitarles las armas. De eso se trata. El sur no es como las ciudades industriales, las ciudades del dinero. Se

acabaron las tartas de manzana y los Chevrolets. Cuando miro a mi alrededor y veo que los americanos se han convertido en robots se me ponen los pelos de punta. Me gustaría que viniera un ejército extranjero para fusilar a unos cuantos, así los meterían en cintura. Fíjate lo mal que me sientan algunas cosas, como lo mal que se portaron con muchos chavales. Joder, que se enteren de lo que era eso.

Lo que está pasando en Irán y Afganistán sí que me gusta. Me encanta ver a los americanos así de cabreados. Cuando me enteré de que reventaron aquel edificio, pensé: «Pues vaya cosa. Eso lo hacen cada dos por tres y a nadie le importa una mierda». Y, de repente, la gente iba por ahí con camisetas en las que ponía: «Que te jodan, Jomeiní». Yo pensé: «Vaya, vaya, a los Estados Unidos aún les queda algo de chispa. Mira por dónde». Me puso de buen humor.

Pero cuando les pregunté a un par de tíos que estaban cabreados por lo de Irán si estarían dispuestos a alistarse e ir a luchar en caso de que el Gobierno decidiera ponerle solución, me dijeron que no. Eso sí que no lo entiendo. ¿Cómo es posible que te hierva la sangre pero no estés dispuesto a hacer nada al respecto? Los Estados Unidos tienen un problema, algo no funciona bien. Son los jóvenes de hoy en día; sus madres son nuestras hermanas, vieron lo que pasó en Nam y no están dispuestas a mandar a sus hijos a la guerra. Yo tampoco enviaría a los míos, sobre todo si el Gobierno les va a dar la espalda.

~

Antes era policía. Cuando estaba en mitad de un tiroteo, para mí era como volver a estar en el frente. Volvía a estar en Nam. Mis compañeros me decían: «¡Tío! ¡Eres un salvaje! ¿Qué te pasa? ¿Cuál es tu problema? No estamos aquí para cargarnos a la peña. ¡Relájate!». Lo que pasaba era que aquello hacía que mi mente creyera que estaba otra vez en Nam. Se me cruzaban los cables y durante un minuto volvía a estar en el campo de batalla. Cada vez que oía los disparos y veía los destellos, volvía a estar allí. Me sigue pasando todavía, después de tanto tiempo, once años ya.

Mi mujer no era capaz de entenderlo. Lo pagaba todo con ella. Simplemente, ya no tenía ganas de estar con ella. No sentía nada, nada en absoluto. Me empecé a deprimir. Mi hija murió. Creo que le afectó el

agente naranja [126] . Recuerdo a los aviones esparciéndolo por el aire; caía como una neblina sobre los campos que sobrevolaban.

Dejé de tener sentimientos. Bebía una barbaridad. Arrestaba a gente y les daba palizas; vivía en mi propio Nam. Volvía a disfrutar de la gloria; creé mi propio Vietnam en las calles. Al final, los demás se dieron cuenta: «Algo le pasa a este tío. Está enfermo». Volvía a tener poder, pero mi mujer no era capaz de entenderlo. No se daba cuenta de lo jodido que me había dejado Vietnam.

A veces me quedaba sentado en un cuarto yo solo. No quería tener que tratar con nadie, solo quería estar a solas en una habitación. No quería estar en ese lugar al que llamaban mundo. Me quedaba allí sentado pensando en la guerra y a menudo me preguntaba: «¿Por qué no habré muerto en Nam, tal y como me dijeron? Ya no formo parte de este mundo. Mi lugar está en Vietnam, en aquel Vietnam».

Antes de llegar estaba acojonado; creía que no debía meterme en ese mundo. Pero una vez llegas a Nam, ya no hay vuelta atrás. Tu mente cambia por completo y es difícil volver a pensar como antes. Quizás esa sea la diferencia entre estar loco y estar cuerdo. Simplemente, no era capaz de volver a adaptarme, a no ser que creasen otro Nam, uno exactamente igual, con sus disparos y sus bombardeos. Así sería feliz como una perdiz. Podría sobrevivir.

Cuando nos sacaron de Vietnam, nos deberían haber metido a todos en un campo de tiro. La primera semana tendrían que habernos dado mil balas, la segunda, quinientas, e irnos bajando la dosis poco a poco, como si nos estuviesen desenganchando de una droga. Pero te mandan directo a casa y te dicen: «Vale, vuelves a ser una persona normal. Andando».

La primera película sobre Vietnam que vi fue *El cazador* . Fui a verla con una chica.

—Oye, ¿te apetece ir al cine? —le pregunté —. Hay una peli que quiero ver, *El cazador* . Es sobre Nam.

Pensaba que sería una película normal, como la de *Los boinas verdes* , esa con John Wayne. La había visto en la tele y aquello que salía no era Nam; me daba la risa al verlo. Pero *El cazador* era otra cosa.

Había una escena de la película en la que dos blancos estaban enganchados a los patines de un helicóptero, intentando subirse a la nave desesperadamente. Uno de ellos está más débil y se cae, y el otro lo manda todo al infierno, salta y nada a toda pastilla hacia él. Ese era el Vietnam que

yo conocí. Me vi otra vez allí y me entraron ganas de vomitar. Empecé a sudar y a tener escalofríos. Intenté mantener la compostura; era como una adicción a las drogas. La chica pensó que me estaba dando un ataque.

«Estoy en Vietnam otra vez —me dije—. He vuelto.» De repente, se está librando una batalla en la pantalla y si hubiera tenido un arma también habría empezado a disparar. ¿Te imaginas lo que habría pasado si hubiera abierto fuego en la sala? Se habría presentado la policía y habrían dicho: «Bueno, chaval, a la cárcel». ¿Te imaginas que les digo que pensaba que volvía a estar en Vietnam?

Lo digo en serio, me desmoroné. Me agazapé detrás del asiento y me arrastré por el pasillo hacia la luz, a cuatro patas. Ya no sabía que aquello era una película. Estaba otra vez en la guerra e hice lo que tenía que hacer. El juez se me habría quedado mirando y habría sentenciado: «No, no creo que estuviera usted de vuelta en Vietnam. ¡Enciérrenlo!».

Tengo treinta y tres años y volví de Vietnam en 1969. Si veo una película como esa con un arma en las manos, reaccionaré como si estuviera en Nam; imagínate cuánto me afectó. Aunque lo intente, no soy capaz de controlarlo. Quizás tendría que hacer algún tipo de terapia con psiquiatras. Por lo que a mí respecta, funciono con normalidad, puedo conseguir un trabajo de policía. He tenido otros trabajos; tengo una carrera universitaria. Sin embargo, si veo una escena como esa, siento que estoy en Vietnam y no sé por qué.

~

No sé cómo llegamos a eso. Le conté al vecino de al lado que había estado en Vietnam y quiso ver las fotos. Solo había bebido unas cervezas, como mucho dos o tres. Empezamos a mirar el álbum y perdí la cabeza, sin más. Empecé a tirar cosas contra la pared. Le pegué un golpe en la cabeza a mi mujer con una botella de cerveza de litro y eché al tío a empujones de la caravana.

Llamaron a la policía y se plantaron dos agentes en cada puerta. Tuve suerte, porque lo normal era que primero dispararan y después preguntaran.

—¡Ya os podéis largar cagando leches de aquí, hijos de puta! —les grité. Tenía varios cuchillos de carnicero en cada mano y amenacé con apuñalarles—. ¡Fuera! ¡Aquí no vais a entrar!

Habían desenfundado las pistolas, pero no las utilizaron. Llamaron a una ambulancia y el conductor, que no debía estar bien de la cabeza, se acercó adonde yo estaba. No sé cómo lo hizo, pero consiguió que volviera a bajar a la tierra:

—Oye, colega, si no vienes conmigo, te va a sacar la policía, y puede que con los pies por delante.

Entró en la caravana. El tío los tenía bien puestos.

—Joder, vale, voy —contesté.

Ya se me estaba pasando el ataque. Me llevaron a un hospital para veteranos y me hicieron un lavado de estómago porque se pensaban que me había tomado un montón de pastillas, a pesar de que les dije que no me había tomado nada. Me habían recetado pastillas para los nervios, pero no me las estaba tomando. Pero, como las tenía, dieron por hecho que me había tomado un bote entero.

Me metieron una sonda por la nariz y toda la pesca. En realidad no te lavan el estómago, solo te hacen vomitar.

—Lo único que vais a encontrar es un bocadillo de pollo —les dije.

Al final dejé que se salieran con la suya y eché el bocadillo. No encontraron ni rastro de medicamentos.

Me ingresaron un par de días en el pabellón de psiquiatría, hasta que se dieron cuenta de que estaba tan cuerdo como cualquiera. Solo tenía mucha ansiedad. Salí de allí en cuanto pude. El psiquiatra me dijo:

—No tienes nada, solo un poco de ansiedad.

—Sí, ya lo sé —le contesté.

Solo se me había ido la cabeza al ver otra vez las fotografías del álbum. Se me fue la pinza. No sé qué me paso, simplemente perdí los papeles.

~

No sé qué me pasa, pero me tiemblan las manos, no las puedo dejar quietas. Lo noté a principios de semana. Le di la mano a alguien y me di cuenta de que la izquierda me temblaba. No sé qué coño es. La otra noche estaba con un amigo y me dijo:

—Deberías ir a un médico, a ver si la vas a palmar. Te tiembla la cabeza.

Me temblaba todo, como a Katherine Hepburn. ¿Qué cojones me estaba pasando? Esto no me había pasado nunca.

Me da miedo ir al médico y que me diga que tengo una enfermedad. Creo que no quiero saber qué me pasa. Espero morirme mientras duermo. En Vietnam, si tenías suerte, te mataban así.

~

Fui a un acto en memoria de los soldados caídos durante la guerra de Vietnam. Era la primera vez que iba a un acto de protesta, nunca había ido a nada de eso. Solo estaba intentado descubrir qué me había pasado. En aquella concentración había activistas y políticos de todos los colores, pero, mientras caminaba entre los asistentes, me di cuenta de que todo el mundo estaba colocado. Iban rulando los porros por ahí. Algunas personas de la primera fila parecían preocupadas, pero la mayoría estaban pasándoselo bien. Estaban vendiendo todo tipo de cosas, haciendo caja. Perdí la paciencia. No entendía lo que estaba viendo. Los muchachos que habían muerto en Vietnam no les importaban una mierda.

Yo no estaba a favor de la guerra, quería que terminara. Tenía claro que mentían respecto al recuento de bajas y, además, a mí, la guerra me había dejado jodido. Quería que terminase de verdad, que terminase con algún tipo de disculpa por todos los hombres que habían muerto, pero seguía y seguía. «¡Joder! —pensé—. Tendrían que haber retirado las tropas en el 65. Si no pensaban luchar por la victoria, ¿por qué coño no nos sacaron de allí en el 65?»

No supe lo que había pasado hasta una mañana de domingo. Me levanté de la cama y salí a la calle a comprar el *New York Times* . Lo abrí y allí estaban los famosos papeles del Pentágono [127] . Aquella tarde de domingo leí hasta donde pude. Me puse malísimo, enfermo de verdad; vomité hasta el hígado y tuve un dolor de cabeza que me afectó incluso a la vista. Me quedé tirado en el suelo de mi casa, hecho un ovillo, rodando de un lado para otro. No conseguía librarme del dolor, pero tampoco sucumbía ante él; simplemente, sentía que me iba a reventar la cabeza en cualquier momento.

Lo que llamaban contención del comunismo representaba únicamente el cinco por ciento de los motivos para entrar en guerra. Generar capital para las empresas, el cuarenta y uno por ciento. El Juramento de Lealtad a la bandera había muerto. Resultó que había jurado lealtad a Dow Jones, a Monsanto y al resto de multinacionales estadounidenses.

Aquello rompió en mil pedazos la imagen que tenía de Estados Unidos. Rompió la imagen de libertad y democracia del mundo en el que vivía, la de los ideales que había llevado conmigo a Vietnam. Nuestro sacrificio había sido una farsa. La guerra era un fraude. Acababa de reflexionar sobre lo que se decía de mí, eso de que yo era un asesino, y llegué a la conclusión de que tal vez lo fuera. Éramos un cero a la izquierda, habíamos servido solo para que nos utilizaran. Sufrí algo peor que una simple depresión. Ya no quería seguir formando parte de este planeta, de este mundo enfermo.

Me tomé treinta pastillas de secobarbital, un bote de aspirinas y un montón de cosas más. Después llamé por teléfono a todas las personas que conocía para despedirme. Era mi último grito de socorro para que alguien me ayudara, para que alguien me dijera que merecía seguir vivo. Un par de veteranos vinieron a salvarme el culo. Si no hubiera sido por ellos, hoy no estaría aquí. Al día siguiente, me desperté enfadado por no estar muerto. Estaba cabreado con ellos por haberme salvado.

Intentar averiguar cuándo cambiaron las tornas para mí es imposible, porque todavía no han cambiado. Tengo una depresión grave y constante, sufro dolor físico. Pero ahora sé quién es el enemigo. Sé dónde y cómo cambiará mi situación.

La guerra todavía no ha terminado para nosotros y no lo hará hasta que el Gobierno y las empresas químicas asuman su responsabilidad.

~

Cuando regresé de Vietnam, no esperaba que me recibieran como a un héroe, pero sí esperaba tener un trabajo digno. Creía que el gobierno se ocuparía de nosotros. Pero éramos los hijos de Kennedy y él ya no estaba cuando volvimos, así que nos jodieron. Quizá con él las cosas habrían sido distintas; probablemente, ahora estaría trabajando para la compañía de teléfonos. Era un chaval gordo y bajito de origen italiano y me odiaba a mí mismo, así que me alegro de que eso no pasara.

~

Yo era un tío decidido y tenía las ideas claras. Cumplí con el programa a rajatabla y acepté las críticas que recibía de todo el mundo. Casi me creí que la guerra había estado mal. Lo que decía la gente no me molestaba, quizá porque era tan hipócrita y tan poco sincero como ellos. «Tómatelo

con calma —me dije—. Representa tu papel y no permitas que te afecte.» Era como una autohipnosis, o como si yo mismo me lavase el cerebro. Sin embargo, cuando llegaba a casa y estaba solo, lloraba. Buscaba una palmadita en la espalda y lo único que recibía era: «Vergüenza, vergüenza, vergüenza». Ni siquiera con los tíos con los que había vuelto me atrevía a hablar de la guerra en voz alta, lo hacíamos en susurros. Al final, lo aparté de mi mente.

Pero cuanto más tiempo pasa, más a menudo vuelven los recuerdos, sobre todo ahora que ya he cumplido los treinta y cinco. Ahora leo más sobre temática militar y vuelvo sobre lo que hice. Estoy muy orgulloso de ello. No tengo ninguna duda al respecto. Yo no la jodí tanto como muchos de los tíos que fueron.

Me metí en muchas peleas. Quería suicidarme casi todas las semanas, pero eso era porque todo lo que hacía me parecía ordinario. No importaba qué coño hiciera o intentara hacer: ir a la universidad, ser comercial, agente de seguros, todos esos putos trabajos de persona ejemplar. Me moría del aburrimiento. A día de hoy, todavía no he encontrado mi lugar en el mundo. Ahora soy un civil, ya no estoy en el Ejército. Esa excitación que sientes cuando sales a matar o cuando alguien está intentando matarte, o la camaradería que compartes con los demás soldados, es algo que jamás he vuelto a encontrar. Eso no he vuelto a sentirlo. Y lo he buscado.

Mis únicos amigos de verdad son veteranos de guerra como yo. Son mis mejores amigos, porque al menos sé que si estuviéramos en la misma trinchera no se quedarían dormidos. Cuando miro a la mayoría de los hombres me parecen unos putos vírgenes. No han pasado por esas experiencias tan convulsas ni han sufrido esas carencias. Vietnam te cambia.

Soy un buen camarero, pero odio mi trabajo. Siendo tan conciliador como soy, por mucha gente que entre al bar, siempre detecto quién se merece un puñetazo en la cara. Cuando un tipo intenta tirarle los tejos a la novia de otro, de repente vuelvo a estar en el campo de batalla. La única diferencia es que ya no voy armado. Le podría meter una paliza de muerte a cualquiera, luego vendría la policía… ¿Qué necesidad hay? Sirvo copas a cambio de dinero. Soy un hipócrita. Tengo un máster en hipocresía. Es necesaria para sobrevivir.

~

Me acribillaron a tiros. Cuarenta y cinco agujeros de bala y aun así me sentía culpable. Me paseaba por el pabellón médico en busca de alguien que tuviera los dos brazos y las dos piernas. Cuando te cruzas con alguien que se ha quedado parapléjico y ha perdido la sensibilidad en el cuerpo, te sientes mal por él, pero no le muestras empatía. «Te han dejado bien jodido, pero aquí hay un tío que lo único que puede hacer es parpadear —el tetrapléjico— y está aún peor que tú.» En el hospital nadie se ablandaba con nadie, aunque por dentro sí podías hacerlo. Si ves a una persona a la que le han amputado tres miembros, te sientes mal, pero no se lo haces saber. Te podía entrar un complejo tremendo por no haber quedado lo bastante jodido.

Un día me senté en la cama del tío con el que compartía habitación para hablar con él. Se llamaba Pete y era jugador de fútbol americano en una universidad de la Conferencia del sureste. Era un tío enorme, un adonis. Tenía una pierna enorme, y digo una porque la otra la había perdido. Solo le quedaba un muñón por encima de la rodilla. De vez en cuando me invitaba a su casa y nos íbamos a beber unas cervezas en los bares de su ciudad.

Entré un día en la habitación con unas bermudas puestas. Todavía se me veían los orificios de las balas, unos verdugones largos de color rojo oscuro que no habían cicatrizado del todo. Me habían quitado los puntos, pero aún no se habían cerrado. Mis piernas tenían un aspecto horroroso, pero, a diferencia de él, todavía conservaba las dos.

—No te voy a invitar más a casa —me dijo.

—¿Por qué?

—Porque tienes unas piernas feísimas. Mira mi pierna nueva, qué maravilla. No tiene ni un arañazo —dijo, dándose unos golpecitos en la prótesis.

Otro colega, Mark Cole se llamaba, había sido oficial de las fuerzas especiales. Había perdido un ojo, una oreja, un brazo y una pierna. Se iba al bar a emborracharse, rompía los vasos y empezaba a tirar cosas. Cuando estabas a su lado bebiéndote tu cerveza, te sentías culpable por haber conservado todas las partes del cuerpo. Mientras tanto, los candidatos a la presidencia hablaban de que había que detener la defoliación de Vietnam. A la mierda con los putos árboles, ¿qué hay de nosotros? ¿A nosotros sí podían defoliarnos?

~

Al principio no sabía qué me pasaba. En 1974 me puse enfermo. Fui de médico en médico y todos me mandaban a un especialista, pero nadie parecía saber qué me pasaba. Perdí quince kilos en un año y medio; no era más que piel y huesos. Iba todos los días a trabajar con treinta y ocho y medio de fiebre. En menos de un año, mis facturas médicas ascendieron a 17.000 dólares y me quedé sin blanca.

Tenía un dolor punzante en la zona del hígado y llegó un momento en que no pude soportarlo más, así que fui al hospital para veteranos de guerra. Me tuvieron unos cinco meses ingresado. Me extirparon el bazo, la vesícula y el apéndice. Los tenía inflamados, por lo visto; me dijeron que esa era la causa del problema. Después de la operación, me sentí mejor psicológicamente durante un tiempo, pero mi estado físico no mejoró. Sigo igual de jodido.

La culpa la tiene el agente naranja. Me rociaron con él ocho o nueve veces cuando estuve en Vietnam. Nadie había visto antes una enfermedad como esta, que destruye todos los órganos del cuerpo: «¿Qué coño soy? —me pregunto— ¿Por qué tendré que ser yo la única persona en toda América con esta puta enfermedad? ¿Dónde la he pillado? ¿Quién coño me la ha contagiado? Si yo la tengo, la tendrá alguien más, ¿no? No me invento mis propias enfermedades, como comprenderás.»

Así que creo que la culpa la tiene el haber estado expuesto a ese herbicida. Presenté una queja contra el VA, pero se están defendiendo con uñas y dientes porque saben que ceder sería abrir la caja de pandora. Si pagan a un tío, se encontrarán con que todos los veteranos de Vietnam se encuentran mal.

No tiene cura. Te deja en un estado horrible.

~

Lo que me impactó al regresar a Estados Unidos no fue que a nadie le importara lo que había pasado, sino que nadie quisiera hablar del tema. Me impactó porque no sabía que habíamos perdido la guerra. Mientras estuve allí, no íbamos perdiendo.

~

Me reconforta hablar de Vietnam de vez en cuando, así puedo desahogarme. No te lo puedes guardar dentro, si no, se te enquista. A mí me acompañará

hasta el día que me muera, pero tengo que estar tranquilo. Al final, sientes que tienes que contárselo a alguien.

Al principio no hablaba del tema, pero poco a poco empecé a abrirme y llegué a la conclusión de que ocultarlo no me servía de nada. Si lo escondía, al final la gente pensaría que algo iba mal, o, al menos, que no iba bien del todo. Hay cosas de las que te da miedo hablar, porque no sabes qué va a pasar si las cuentas. Como lo de darles patadas en la barriga a las embarazadas, o lo de pegarle un tiro a un bebé mientras *mama-san* lo acunaba en sus brazos y le cantaba y todo eso, o lo de volarle la cabeza a un *papa-san* con un revólver del 45 porque ya se estaba muriendo y así le echabas una mano. Te importaba una mierda, lo hacías, te dabas la vuelta y te ibas. Acabas perdiendo la cabeza. Eso es lo que te pasa. No me da vergüenza reconocerlo. Sí, lo hice. Al cabo de un tiempo no me sentía muy orgulloso, pero el caso es que lo hice. Es lo que se hace cuando estás allí. ¿Queréis que me cargue a alguien, hijos de puta? Pues me lo cargo. Me cargaré a todo lo que pueda: gallinas, perros, lo que se me ponga por delante. Eso es lo que hice.

Es una pena que Vietnam fuera una locura, porque allí conocí a gente decente. Para mí eran personas decentes. Me ayudaron a seguir con vida, igual que yo a ellos.

~

En Vietnam conocí a mucha gente a la que casi todo el mundo llamaría mediocre, pero no lo eran; no eran personas corrientes, lo miraras desde donde lo miraras. Y cuando volvieron, todo el mundo los veía como a unos parias. ¡Qué injusticia!

~

Lo que más costaba asimilar era que salir con vida de Vietnam —sobrevivir— era, probablemente, lo único que merecía la pena de la experiencia. No salvar al mundo del comunismo o defender tu país, eso no; salir de allí con vida era lo único gratificante de aquello.

~

Antes de irme a Vietnam tenía una relación con una chica. Mientras estuve allí, al final, dejamos de escribirnos, pero al volver pasé un día entero con ella y empezamos una historia de amor muy intensa.

Ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Al volver, tenía miedo de haberme transformado en un tío muy frío. Me había convertido en un monstruo, en una persona capaz de contemplar aquel horror sin llorar ni perder la cabeza. Tenía miedo de mí mismo. Empezar una relación con esta mujer me ayudó más que diez años de tratamiento con un loquero. Volví a ser una persona. Si me había enamorado de aquella chica, no podía ser un monstruo. Al fin y al cabo, era majísima.

~

La ciudad en la que vivo se ha convertido en el hogar de muchos refugiados y de la gente de los botes [128] . Tenemos un periódico local en el que se publican muchos artículos con titulares del tipo: «Esta es la última familia de refugiados que hemos rescatado de las garras de la muerte».

A veces es duro, ¿sabes? Hay unos cuantos niños vietnamitas que viven a unas casas de la mía. Saben que soy veterano de Vietnam y al principio me tenían miedo. No sé por qué. Quizás sea por la silla de ruedas. A algunos niños, si no son lo bastante mayores para preguntarte abiertamente, les asusta ver a un tío sentado en una silla de ruedas.

Yo les hablaba en vietnamita, pero ellos eran muy tímidos, muy reacios a responder. No sabían a qué atenerse conmigo. «¿Me va a disparar este tío? ¿Qué pretende? ¿Me ve como a un enemigo?» Muchos soldados saltaron por los aires porque los niños les lanzaban granadas de mano. ¿Quién era el enemigo entonces? En una zona de conflicto todo el mundo podía ser un blanco.

Pero yo no le guardo ningún rencor a los vietnamitas. Ahora los críos me adoran. Se han dado cuenta de que soy un blandengue. Una niñita de los Boy Scouts se acercó un día para venderme galletas y me gasté diez dólares. Me tienen calado. En Halloween, cuando llamaron a la puerta, les di caramelos. Muchos de mis vecinos apagan las luces y fingen no estar en casa, pero a mí me encantan los niños. Me alegré un montón cuando vinieron, me hizo sentir bien.

Estoy seguro de que otros veteranos odian ver o incluso oír hablar de los vietnamitas. Les pasa como al perro de Pavlov. A mí también me pasa. Si

ves a una persona con rasgos vietnamitas que se acerca más de la cuenta, o que no esperabas encontrarte en tu terreno, o cuando alguno traspasa tu espacio personal, reaccionas como te han enseñado: «¡Eh! ¿Qué coño haces? ¡Fuera de aquí!».

Yo vi a los vietnamitas, trabajé con ellos, compartí mi experiencia con soldados vietnamitas, además de con los americanos. Descubrí que eran iguales que nosotros, excepto en el color de piel y en la cultura. Querían a sus hijos y a sus esposas. No eran las personas inescrutables e insensibles que se dice que son los asiáticos. Cuando moría alguien se entristecían tanto como cualquier otra persona. Lo único que me hace sentir culpable es que no les dimos la oportunidad de que, si querían, se largaran de Vietnam antes de que lo destruyéramos. Era inevitable.

~

Si echo la vista atrás para recordar lo que viví en Vietnam y lo comparo con mi vida de hoy… Puede que haya perdido la cabeza, pero lo tengo todo bajo control. Vietnam me ha sido muy útil para enfrentarme a la vida. Me paro a pensar en los problemas que tengo ahora y me digo: «Joder, esta mierda no es nada si la comparo con el infierno de Vietnam». Estando allí pensaba: «El día que vuelva a casa podré dormir otra vez todos los días en una cama con las sábanas limpias y comer con cuchillo y tenedor. Mira por lo que he pasado. Cuando vuelva a casa no habrá nada que me moleste. Nada debería molestarme después de pasar un año en este infierno». Esa es la actitud que me ha acompañado durante todo este tiempo.

~

He descubierto que confío en las personas basándome sobre todo en el instinto. Hasta cierto punto, soy capaz de confiar.

Se trata de tener fe en la gente. Por lo general, las personas son razonables y no te fallan. He visto hasta al mayor cabronazo del mundo hacer lo correcto en el momento correcto, y esas cosas te hacen tener fe.

~

Una de las formas en las que Vietnam me cambió la vida fue justamente en el terreno de la compasión, la amabilidad y el cuidado… Las emociones

más humanas. En Vietnam vi entre los hombres —personas de género masculino— más capacidad para la comprensión, la sensibilidad y el amor de la que jamás había visto en la vida.

Lo sigo viendo todavía. Ahora soy mucho mayor y he visto que hay otras maneras de llegar a esa conclusión; de un modo u otro lo consigues, sobre todo si has estado cerca de una situación en la que la gente sufría, física o mentalmente. Participé en la experiencia viril por excelencia, pero fue allí donde descubrí que yo mismo y los demás hombres somos capaces de una ternura que la sociedad atribuye solo a las mujeres.

Regresas a la tierra de los grandes supermercados y todo sigue igual. Los hombres siguen siendo hombres, como siempre, pisando a los demás por ascender, no con una crueldad genuina, pero sí con una virilidad mal entendida.

Y este es uno de los cambios más difíciles: volver al mundo en el que te enseñaron a vivir desde que eras un crío, pero tras haber vivido una experiencia que te ha mostrado una forma de existir de la que no te creías capaz. Has encontrado en tu interior una capacidad de sentir compasión que no sabías que existía. Te han hecho una herida mucho más profunda de lo que creías posible. En algunos casos, has dado a los demás más de lo que creías capaz de dar, tanto a ti mismo como a los demás.

Después, una vez estás en casa, miras a tu alrededor y ves a un puñado de personas que ni siquiera quieren escucharte. La gente a la que te enfrentas no está dispuesta a lidiar en su vida diaria con el nivel de crueldad y de compasión que son necesarios.

~

Echo de menos los sonidos de las noches de Vietnam, los *choppers* al aterrizar, el fuego amigo… El fuego enemigo, no, aunque reconozco que incluso eso era emocionante. Los sonidos son especialmente vívidos; la fuerza de un arma pesada al disparar o la de los proyectiles al estrellarse en el suelo, sentir los gases provocados por todo ello en el rostro… Aunque parezca una locura, de vez en cuando, al pensar en Vietnam, desearía estar allí, aunque fuese solo una hora. Y, luego, que me trajeran de vuelta. Estar allí quizá solo para desear volver a estar aquí.

Agradecimientos

Las historias que llenan las páginas de este libro son testimonios de personas que tuvieron el coraje de desnudar su alma ante un desconocido. Accedieron a hablar conmigo pese a saber que la conversación despertaría a los demonios de su pasado y les doy las gracias por ello. Espero que me sigan considerando merecedor de su confianza.

Los escritores suelen dar las gracias a su familia y a sus esposas. Yo pensaba que era una formalidad, un cliché… hasta ahora. Quizá no sea evidente para los lectores, pero tanto mi madre como mi padre me han dedicado casi treinta años de esfuerzo, a mí y a este libro, y bien merecen un reconocimiento.

A Verónica, mi esposa —una palabra que parece vacía si pienso en todo lo que me ha dado—, solo puedo decirle: «Te quiero».

A Esther Newberg y a Bob Bender, que apostaron por este proyecto y me brindaron su apoyo desde el principio. A Frank Fortunato y a Gary Smolek, los primeros en leer el manuscrito original. Sus críticas y su aprobación fueron muy importantes para mí. A mi viejo amigo George Moon, que vino a visitarme durante sus vacaciones y acabó pasando a limpio el manuscrito. No se puede tener un amigo mejor.

Notas

1. Parecía el individualista bidimensional de *El manantial* de Ayn Rand (que, naturalmente, no había leído).

2. Algunos, como nos recuerda *Nam* , incluso de diecisiete, que simularon tener la edad mínima o tuvieron que esperar a bordo del barco que los llevaba a la guerra hasta que cumplieron los dieciocho.

3. Miembros de las patrullas de reconocimiento de largo alcance (por sus siglas en inglés, LRRP) del Ejército estadounidense.

4. En la Primera Guerra Mundial les daban vino fortificado, para que me entiendan.

5. Por partida doble si encima militabas en una tribu rock'n'roll, como era mi caso.

6. La última vez que se había puesto en práctica un sistema de lotería universal era en 1942.

7. Aquellos skinheads que, de forma notoria, aparecieron en 1969 en Grosvenor Square a contestar con cánticos de «*Students, students, ha-ha-ha* » a los universitarios antiguerra ingleses que cantaban «Ho-ho-Ho-Chi-Minh» eran elementos fachosos del Millwall, y como tales elegibles para somanta de palos, pero andaban cargados de razón en eso.

8. Aunque no lo viví en mis carnes, cada vez que vuelvo a leer sobre ello me invade una cólera terrible, así como una irrefrenable ansia de venganza de clase.

9. «Jodida», en argot Nam. También puede utilizarse para definir algo falso, un timo.

10. A veces exageradas, y qué. Incluso las baladronadas son prueba de autenticidad.

11. Siglas en inglés de Government Issue, General Issue o Ground Infantry por las que comúnmente se conoce a los soldados estadounidenses. [*N. de los T.*]

12. En jerga militar, indica juventud, inexperiencia y virginidad. [*N. del A.*]

13. Serie de televisión norteamericana emitida entre 1962 y 1967 en ABC que narraba la vida de un grupo de soldados estadounidenses destinados a Francia durante la Segunda Guerra Mundial. Vic Morrow interpretaba al sargento «Chip» Saunders. [*N. de los T.*]

14.

Periodista estadounidense que presentó el telediario principal de la cadena CBS de 1962 a 1981. Considerado uno de los hombres más influyentes de Estados Unidos, su cobertura sobre la guerra de Vietnam contribuyó a moldear la opinión de la sociedad respecto al conflicto. [*N. de los T.*]

15. Davy Crockett (1786-1836) fue un militar, político y héroe popular estadounidense. Luchó en la Guerra de la Independencia de Texas y representó a Tennessee en la Cámara de Representantes. Walt Disney produjo una miniserie protagonizada por Fess Parker, emitida en la cadena ABC entre 1954 y 1955. [*N. de los T.*]

16. Guerrilla urbana de extrema izquierda que surgió en San Francisco a principios de la década de 1970 y que perpetró atracos a mano armada y atentados. Su símbolo era una cobra de siete cabezas. [*N. de los T.*]

17. *The Three Stooges* , trío cómico que estuvo en activo entre 1922 y 1970. [*N. de los T.*]

18. Se refiere a la Marine Corps Recruit Depot Parris Island (MCRD Parris Island), una instalación militar del Cuerpo de Marines de los Estados Unidos situada en Carolina del Sur donde se forma a los nuevos marines. [*N. de los T.*]

19. El presidente Richard Nixon firmó en 1969 una enmienda de la Ley de Servicio Militar Selectivo de 1967 (a su vez, una nueva versión de la ley de 1948) que establecía el reclutamiento por sorteo de los jóvenes estadounidenses. En 1971 se firmó otra enmienda que establecía la inscripción obligatoria para todos los hombres cuya edad estuviera comprendida entre treinta días antes de cumplir los dieciocho años y veintinueve días después. Se dividía entonces a los inscritos en una clasificación que determinaba si eran aptos o no para el reclutamiento, teniendo en cuenta distintas variables, como la objeción de conciencia o las prórrogas por motivos de estudio u ocupacionales. [*N. de los T.*]

20. Película de 1973 dirigida por George Lucas y protagonizada por Richard Dreyfuss, Ron Howard y Harrison Ford. En ella, cinco adolescentes celebran la última noche de sus vacaciones de verano. Al día siguiente, todos se marcharán a empezar su vida adulta. [*N. de los T.*]

21. En inglés, *Happy Days* . *Sitcom* norteamericana de 1974 ambientada en las décadas de 1950 y 1960 que retrataba la vida de una familia de Wisconsin, los Cunningham. El personaje secundario de Arthur Herbert Fonzarelli (también llamado Fonzie), un motero interpretado por Henry Winkler, acabó por convertirse en el más popular entre los espectadores. [*N. de los T.*]

22. Rango entre sargento mayor y teniente al que, en Estados Unidos, se puede acceder al completar la formación militar universitaria. Según la escala de rango estándar de la OTAN, equivaldría al rango de alférez de los cuerpos militares españoles. En los cuerpos estadounidenses, los soldados a menudo bromean a costa del teniente segundo por su inexperiencia en el terreno. [*N. de los T.*]

23. Derecho a prórroga por estudios. [*N. de los T.*]

24. Apto para realizar el servicio militar. [*N. de los T.*]

25. Del inglés, Reserve Officers' Training Corps. Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales de Reserva. Es un programa universitario de formación para oficiales de las Fuerzas Armadas. Una vez completado, los estudiantes se gradúan con rango de oficial. [*N. de los T.*]

26. Del inglés, Students for a Democratic Society. Asociación de estudiantes que durante la década de 1960 se opuso frontalmente a la guerra de Vietnam. [*N. de los T.*]

27. Ver notas 23 y 24.

28. Capital del estado de Maryland, Estados Unidos, donde se encuentra la Academia Naval. [*N. de los T.*]

29. Smokey Bear es el personaje de una campaña de prevención contra los incendios forestales. Era un oso con un sombrero de color camel parecido al que llevan los Boy Scouts. [*N. de los T.*]

30. Gomer Pyle fue un personaje de la comedia estadounidense *The Andy Griffith Show* que luego protagonizó el *spin-off Gomer Pyle U.S.M.C.* , en el que se alista en el Cuerpo de Marines. Jim Nabor daba vida a este soldado ingenuo y de buen corazón que sacaba de quicio a su instructor, el sargento Carter. [*N. de los T.*]

31. El boxeador Muhammad Ali (antes Cassius Clay), que se había convertido a la fe musulmana en 1964, se negó a servir en la guerra de Vietnam por razones de conciencia en 1966, cuando lo reclasificaron como I-Y, apto para el servicio en casos de guerra o emergencia nacional. Anteriormente, había sido clasificado como no apto debido a su dislexia. En 1967, cuando lo llamaron a filas y se negó a alistarse, lo arrestaron, le retiraron la licencia de boxeador y el título de campeón del mundo. Ali no pudo volver a boxear en tres años y medio y su caso llegó al Tribunal Supremo, que reconoció su objeción como válida por motivos religiosos en 1971. [*N. de los T.*]

32. Fusil de uso más habitual del Cuerpo de Infantería del Ejército de Estados Unidos. Es un arma semiautomática y ligera, fabricada por la empresa estadounidense Colt's Manufacturing Company. [*N. de los T.*]

33. La Ofensiva del Tet fue una gran operación militar en forma de oleada de ataques simultáneos planificada por el Gobierno de Vietnam del Norte en 1968 contra puntos neurálgicos de las fuerzas aliadas lideradas por Estados Unidos durante la guerra de Vietnam. La ofensiva fue un fracaso de los comunistas, pero conmocionó a la opinión pública estadounidense, a la que sus líderes políticos y militares habían hecho creer que los norvietnamitas estaban siendo derrotados.

34. El Gobierno estadounidense emitió una moneda para uso exclusivo de su personal militar en algunos países extranjeros llamada MPC o Military Payment Certificates (certificados de pago militar). Circuló desde 1946 a 1974. Se emitieron trece series de billetes de vivos colores, cuatro de las cuales se utilizaron en la Guerra de Vietnam. [*N. de los T.*]

35. El chaleco flak es un tipo de armadura corporal diseñado para proporcionar protección ante la metralla de obuses de alto poder explosivo, como los de la artillería antiaérea —«flak» es una contracción alemana para *Fliegerabwehrkanone* , «cañón antiaéreo»—, granadas, perdigones usados en escopetas y minas terrestres, y otros proyectiles de baja velocidad. No está diseñada para proteger contra balas de armas ligeras, como pistolas o fusiles. [*N. de los T.*]

36. Jodidos. [*N. del A.*]

37. Trihn Thi Ngo, también conocida como Hanoi Hannah, fue una locutora vietnamita que transmitía propaganda de Vietnam del Norte dirigida a los soldados estadounidenses. En sus

mensajes intentaba persuadirles de que su guerra era injusta, fútil e inmoral, y los invitaba a desertar y a abandonar el país y les leía lo que se publicaba en la prensa estadounidense sobre las manifestaciones en contra de la guerra. También les leía las listas de soldados muertos o capturados, o cuál era la ubicación de sus unidades, una información que se suponía secreta. [*N. de los T.*]

38. ¿Me seguirás amando mañana? [*N. de los T.*]

39. Término peyorativo de origen incierto para referirse a las gentes del Este y el Sudeste Asiático. Lo utilizaron sobre todo los soldados estadounidenses en las guerras de Corea y Vietnam. [*N. de los T.*]

40. Término que utilizaban los soldados militares para referirse a cualquier mujer vietnamita de edad avanzada. [*N. del A.*]

41. Literalmente, «chicas de las barracas», que es como los soldados norteamericanos se referían a las jóvenes vietnamitas encargadas de la limpieza. [*N. de los T.*]

42. Ver nota 34.

43. De las siglas en inglés LRRP (Long Range Reconnaissance Patrols). Unidad militar de patrulla de reconocimiento de largo alcance. [*N. del A.*]

44. Cuando a un soldado le quedaban aproximadamente dos meses de servicio en Vietnam, era habitual que buscase alguna rama larga y marcase con una muesca los días que le faltaban para marcharse. Cada día que pasaba, cortaba un pedazo hasta que, el día que se marchaba, solo le quedaba un pedacito. [*N. del A.*]

45. Milicia perteneciente al Ejército de la República de Vietnam, las fuerzas de Vietnam del Sur que lucharon con Estados Unidos contra el Vietcong y las Fuerzas Armadas de la República Democrática de Vietnam, las fuerzas de Vietnam del Norte. [*N. de los T.*]

46. «Viet Cong», que proviene de «Viet Nam Cong-san», es un término peyorativo que significa «vietnamitas comunistas» popularizado por el régimen de Saigón y sus aliados para referirse al Frente Nacional de Liberación de Vietnam (Vietnam del Norte). A partir de 1956, se redujo a «Vietcong», cuando dicha mención empieza a aparecer en diversos periódicos de Saigón. «Vietcong» fue posteriormente acortado aún más a «VC», que en el alfabeto de deletreo para radiofonía de la OACI —el lenguaje de desambiguación alfabético utilizado internacionalmente en radiocomunicaciones de transmisión de voz en la marina y la aviación, tanto por los servicios civiles como militares— es «Victor-Charlie», que dio lugar a la denominación aún más abreviada «Charlie». [*N. de los T.*]

47. Furgón de plataforma abierta con paredes habitualmente de madera y a veces recubierta por una lona que se utilizaba para transportar a hombres o lo que fuera necesario. [*N. del A.*]

48. La munición trazadora (trazadoras o trazadores) es un tipo especial de bala, modificada para aceptar una pequeña carga pirotécnica en su base. Esta se enciende al ser disparada, ardiendo intensamente y haciendo el proyectil visible para el ojo humano, lo que permite al tirador seguir la trayectoria de la bala hacia el objetivo y realizar correcciones en su precisión y puntería. [*N. del A.*]

49. También conocido como «Puff, the Magic Dragon» (Puff, el Dragón Mágico). Avión de combate con sistema de propulsión por hélices equipado con una ametralladora Minigun en

una de las compuertas, capaz de disparar seis mil balas por minuto. También se puede referir a helicópteros de combate con las mismas ametralladoras. [*N. del A.*]

50. Barracas prefabricadas con estructura metálica de diseño estadounidense inspirado en las barracas Nissen. [*N. de los T.*]

51. Ver nota 46.

52. Tipo de bacteria que puede producir diversas infecciones supurativas en el ser humano. Se distingue porque el pus tiene una coloración verde azulada. [*N. del A.*]

53. Militar que sigue a rajatabla los principios, normas y obligaciones de las Fuerzas Armadas. [*N. del A.*]

54. De Medical Evacuation. Helicópteros para evacuaciones médicas que trasladaban a los heridos hasta un hospital de las Fuerzas Armadas. [*N. de los T.*]

55. Siglas de Military Occupational Specialty. Especialidad laboral dentro de las Fuerzas Armadas. [*N. del A.*]

56. Ametralladora de calibre 7,62 mm y una cadencia de tiro de 550 disparos por minuto que el Ejército de los Estados Unidos empezó a utilizar en 1957. Durante la guerra de Vietnam, los soldados la apodaron «*the Pig* », «la cerda», por su peso y su tamaño. [*N. de los T.*]

57. Siglas de *Killed in Action* . [*N. de los T.*]

58. Siglas de North Vietnamese Army. Nombre común que se le daba a las Fuerzas Armadas de la República Democrática de Vietnam, también conocida como Vietnam del Norte. Durante la guerra de Vietnam, luchó contra los Estados Unidos y las fuerzas de Vietnam del Sur junto al Vietcong, oficialmente el Frente Nacional de Liberación de Vietnam, organización política comunista con su propio ejército de guerrillas. [*N. de los T.*]

59. Del inglés, *Rest and Recuperation* . Descanso y recuperación: permiso de varios días que podían solicitar los soldados para salir de la zona de combate a descansar. Durante la guerra de Vietnam, algunos de los destinos eran Kuala Lumpur, Penang, Manila, Hawái o Sídney. [*N. de los T.*]

60. Lanzagranadas. [*N. del A.*]

61. Término militar para referirse a los milímetros. «Mike» representa la letra «M» en el alfabeto de deletreo para radiotelefonía. [*N. del A.*]

62. Oficial militar del Cuerpo de Inteligencia a nivel de brigada o batallón. [*N. del A.*]

63. Asesor estratégico a nivel de división, un oficial. [*N. del A.*]

64. Explosivo plástico utilizado por los militares en Vietnam que ardía igual que un combustible. [*N. del A.*]

65. Del japonés *han* (escuadra) y *chō* (jefe, líder). Su uso en inglés, *honcho* , data de finales de la Segunda Guerra Mundial, cuando los prisioneros de guerra estadounidenses aprendieron la palabra durante su cautiverio en Japón. [*N. de los T.*]

66. Cigarrillos. [*N. de los T.*]

67. Comida; rancho. [*N. de los T.*]

68. El general William Childs Westmoreland (1914-2005) del Ejército estadounidense, comandante en jefe de las operaciones militares en Vietnam entre 1964 y 1968. [*N. de los T.*]

69. El mejor. [*N. del A.*]

70. El peor. [*N. del A.*]

71. Templo hinduista más grande y mejor conservado del asentamiento de Angkor, en Camboya. Es el máximo exponente arquitectónico del Imperio jemer. [*N. de los T.*]

72. Del inglés *Listening Post* , un soldado de guardia que se adelanta de noche a la inmediación de los enemigos para observar sus movimientos. [*N. de los T.*]

73. Las fuerzas estadounidenses nombraban las colinas con un número que se correspondía con su altura en metros. Saber la altura exacta de las montañas permitía establecer su posición exacta. Si en una misma zona había dos picos con la misma altura, se diferenciaban con una N (norte) y una S (sur). [*N. de los T.*]

74. Granada de fragmentación. [*N. del A.*]

75. El Ejército de la República de Vietnam, en inglés, Army of the Republic of Vietnam (ARVN). Era el Ejército terrestre de Vietnam del Sur, que junto a los Estados Unidos se enfrentó a Vietnam del Norte y al Vietcong. [*N. de los T.*]

76. En inglés, *finger charge* , bomba trampa llamada así por su forma y su tamaño, aproximadamente el de un dedo de la mano. [*N. de los T.*]

77. Un zapador (en inglés *sapper*) es un soldado encargado de las labores de excavación, demoliciones y construcciones para el avance de un ejército. Los zapadores del Vietcong, sin embargo, eran soldados especializados en infiltrarse en una base militar con el fin de atacarla. [*N. de los T.*]

78. De las siglas en inglés, *Harassment and Interdiction* . Fuego de hostigamiento y supresión, es decir, fuego de artillería para hacer salir al enemigo de su posición y así ganarle terreno. [*N. del A.*]

79. Del inglés *Landing Zone* , zona de aterrizaje; normalmente, un pequeño claro temporalmente asegurado para el aterrizaje de los helicópteros de suministros. Algunos se acabaron convirtiendo en una zona de aterrizaje permanente y luego en bases militares. [*N. del A.*]

80. Velocista estadounidense que ganó dos medallas de oro en los Juegos Olímpicos de Tokio de 1964. Era conocido como «Bob Bullet», «Bob la Bala». Fue también jugador de fútbol americano y es el único deportista en haber ganado medallas olímpicas y un anillo de la Super Bowl. [*N. de los T.*]

81. Juego de palabras con la letra de la canción original de Bernie Wayne que se canta en el certamen de Miss América: «*There she is, Miss America / There she is, your ideal* », «Ahí está, Miss América / Ahí está, el ideal (de mujer)».

82. Siglas de Transporte Blindado de Personal, también conocido por sus siglas en inglés, APC (Armoured Personnel Carrier). Se trata de un vehículo blindado de combate diseñado para

transportar a las tropas y sus equipos. [*N. de los T.*]

83. O sea, el soldado del Vietcong que solo disparaba una vez.

84. Ver nota 58.

85. Del inglés, American Forces Vietnam Network, era el servicio de radio y de televisión de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos en Vietnam. Sus estudios principales estaba en Saigón, aunque había estudios locales en Da Nang, Qui Nhon y otras ciudades. [*N. de los T.*]

86. Rango de suboficial inmediatamente superior al de soldado de primera. En las Fuerzas Armadas españolas, equivaldría al rango de cabo. [*N. de los T.*]

87. También *chieu hoy* , literalmente «brazos abiertos», fue una iniciativa de Vietnam del Sur para animar a los soldados del Vietcong a desertar. Cuando un soldado norvietnamita lo gritaba, quería decir que se rendía. [*N. de los T.*]

88. Se refiere a los degar («hijos de las montañas»), pueblo indígena de la región del Altiplano Central. Las tropas estadounidenses los llamaban *montagnards* , «gente de las montañas», nombre que les dieron los colonos franceses; en vietnamita, *thuong* , «habitantes de las tierras altas». [*N. de los T.*]

89. Así se denominó el conjunto de senderos y caminos de 16.000 km de longitud que discurrían desde Vietnam del Norte hasta distintos puntos de Vietnam del Sur, pasando por Laos y Camboya. También conocida como la Carretera de Hanói a la Victoria, fue abierta y utilizada por el Gobierno de Hanói para enviar suministros a sus fuerzas en el Sur y a la guerrilla del Vietcong durante la guerra de Vietnam. [*N. de los T*].

90. Ver nota 43.

91. Bell AH-1 Cobra, helicóptero militar de la flota aérea del Ejército de Estados Unidos. [*N. del A.*]

92. Del inglés, *Rocket-Propelled Grenade* . Granadas propulsadas por cohetes que utilizaron el Vietcong y el EVN durante la Guerra de Vietnam. [*N. del A.*]

93. O AK-47. Rifle de asalto de fabricación soviética que utilizaban las fuerzas del Ejército de la República de Vietnam y el Vietcong. [*N. del A.*]

94. Helicóptero militar Bell UH-1 Iroquois, polivalente y de tamaño medio, que utilizan las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. [*N. de los T.*]

95. Del inglés, Tactical Operations Centre. Centro de operaciones tácticas. [*N. del A.*]

96. Cohetes «colmena»; artefacto explosivo de artillería que dispara miles de pequeños proyectiles, como pequeños dardos, en lugar de metralla. Se utilizó sobre todo durante la guerra de Vietnam. [*N. del A.*]

97. Del inglés, Graves Registration Point. Lugar de la base militar donde identificaban, preservaban y preparaban a los soldados caídos para ser extraditados. Estaba a cargo del Cuerpo de Intendencia del Ejército. [*N. del A.*]

98. Periódico militar que informa sobre la actualidad y los asuntos que conciernen a las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos. Tiene una edición nacional y otras ediciones para los

soldados desplegados en distintas zonas del mundo. [*N. de los T.*]

99. Sistema de armamento para helicópteros que, además de los lanzacohetes, incluía dos ametralladoras multicañón M134 con cartuchos de 7,62 x 51 milímetros. Funcionaban con un sistema Gatling de cañones rotativos accionados por un motor eléctrico. [*N. de los T* .]

100. Juego para dos o cuatro jugadores que consiste en ir agrupando cartas en distintas combinaciones que otorgan puntos. Se juega con un tablero de madera en el que se van contabilizando los puntos utilizando clavijas que se insertan en unos agujeros. [*N. de los T* .]

101. William Laws Calley Jr. (1943-), oficial del Ejército de los Estados Unidos que fue juzgado por crímenes de guerra y hallado culpable de haber ordenado la matanza de My Lai el 16 de marzo de 1968, donde se estima que fueron asesinados 504 civiles, entre ellos mujeres y niños. Tres años después fue indultado por el entonces presidente Richard Nixon. [*N. de los T* .]

102. Jungle Warriors, la 11.ª Brigada de Infantería, responsable de la matanza de My Lai. [*N. de los T* .]

103. Trinchera camuflada, normalmente para un solo hombre, utilizada también como puesto de observación. Su nombre es probablemente una alusión a las arañas trampa o tramperas, que excavan una madriguera en la que se esconden para cazar a sus presas. [*N. de los T* .]

104. De las siglas de *Command Control,* mando y control, abreviado comúnmente con el nombre de C2 o Charlie-Charlie, por sus siglas en el alfabeto de deletreo para radiotelefonía. Era el centro desde el que se dirigía y se realizaba el seguimiento de una misión de una unidad militar determinada. [*N. de los T* .]

105. Audie Leon Murphy (1925-1971), el soldado estadounidense más condecorado de la Segunda Guerra Mundial. Recibió todos los reconocimientos existentes en el Ejército estadounidense, entre ellos la Medalla de Honor, por sus acciones en la batalla de Holtzwihr, Francia. [*N. de los T* .]

106. Pequeños proyectiles de metal con forma de dardo. *[N. de los T.]*

107. Término despectivo para referirse al personal militar de la retaguardia que se ocupaba de cuestiones de logísticas. [*N. del A.*]

108. Ver nota 101.

109. Insulto en vietnamita que significa, literalmente, «follar madre». [*N. del A.*]

110. Término que utilizaban los soldados para referirse a cualquier hombre vietnamita de edad avanzada. [*N. del A.*]

111. Es el homenaje que rendían a los soldados caídos en combate, la «cruz del soldado caído», un sustituto simbólico de la cruz. [*N. de los T.*]

112. Abrelatas diseñado en 1942 que los soldados utilizaban para abrir sus latas de alimentos. [*N. de los T.*]

113. En inglés, *thermit.* Disolución de aluminio en polvo y óxido de metal que produce una reacción aluminotérmica. Se utilizaba para realizar trabajos de soldadura o explosivos incendiarios. [*N. del A.*]

114. Christopher Houston Carson (1809-1868) fue un explorador estadounidense que interactuó con las tribus nativas Norteamericanas en nombre del Gobierno. [*N. de los T.*]

115. Tener relaciones sexuales con una mujer y después matarla convertía a un soldado de Vietnam en un doble veterano. [*N. del A.*]

116. El sargento Franklin «Frank» John Rock, un personaje de DC Comics creado por Robert Kanigher y Joe Hubert. Apareció por primera vez en el número 68 de *G.I. Combat* (1959) y volvió, ya como sargento, en el 81 de *Our Army at War* (1959), una serie mensual de historietas bélicas. La popularidad del personaje fue creciendo hasta que, en 1977, el nombre de la publicación cambió a *Sgt. Rock* .

117. Piezas de artillería. [*N. del A.*]

118. Ludwig Philipp Albert Schweitzer (1875-1965) fue un médico, filósofo, teólogo y músico franco-alemán, misionero en África y ganador del premio Nobel de la Paz en 1952.

119. Se refiere a la Valley Forge Military Academy and College (VFMAC), una academia militar privada situada en Wayne, Pennsylvania. [*N. de los T.*]

120. No apto para realizar el servicio militar. [*N. de los T.*]

121. Siglas de United Service Organization, una organización sin ánimo de lucro que proporciona entretenimiento a los soldados de las Fuerzas Armadas. [*N. de los T.*]

122. Avión pequeño para el transporte de soldados o suministros. [*N. del A.*]

123. En inglés, *veterans affairs* , nombre abreviado de United States Department of Veterans Affairs (Departamento de Asuntos de los Veteranos de los Estados Unidos), secretaría gubernamental que se encarga de gestionar los beneficios y las prestaciones que reciben los veteranos. [*N. de los T.*]

124. «*Give peace a chance* », en el original, por la canción de John Lennon. [*N. de los T* .]

125. «*All you need is love* », en el original, por la canción de los Beatles. [*N. de los T* .]

126. Sustancia herbicida y defoliante que utilizaron los Estados Unidos en la Operación Ranch Hand, parte de su programa de guerra química durante la guerra de Vietnam. [*N de los T.*]

127. Nombre popular del documento secreto titulado *United States – Vietnam Relations, 1945–1967: A Study Prepared by the Department of Defense* ; en castellano, *Relaciones Estados Unidos - Vietnam, 1945-1967: Un estudio elaborado por el Departamento de Defensa,* que describía detalladamente la participación de los Estados Unidos en la guerra de Vietnam. Su publicación en 1971 en forma de una serie de artículos del *New York Times* fue un escándalo político que salpicó tanto al entonces presidente, Richard Nixon, como a su antecesor, Lyndon B. Johnson. [*N. de los T.*]

128. Del inglés *boat people* , nombre popular que se le dio a la oleada de refugiados vietnamitas que huyeron del país por mar después de la guerra, sobre todo en 1978 y 1979. [*N. de los T.*]

Sobre el autor

«Cuando empecé a entrevistar a hombres y mujeres sobre sus experiencias en la guerra de Vietnam», recuerda Mark Baker, «los únicos relatos del conflicto eran los de los generales y los políticos. Nadie hablaba con la gente que luchó y experimentó la muerte y la pérdida. Quería escuchar sus historias.» Mark Baker (1950) es el autor de siete libros de entrevistas, entre los que destacan, además de *Nam, Cops: Their Lives in Their Own Words* (1985), *Women: American Women in Their Own Words* (1990), *Sex Lives: A Sexual Self-Portrait of America* (1994) y *Bad Guys: America's Most Wanted in Their Own Words* (1996). Tras una fulgurante carrera como escritor de *best sellers* , Baker ejerció de trabajador de la construcción y pintor, y luego de editor *freelance* y redactor de un amplio abanico de géneros que basculaban entre la novela romántica juvenil y la publicidad de perfumes. Se jubiló recientemente de su labor de relaciones públicas y redactor de comunicados financieros para grandes empresas. Él y su mujer, con la que lleva casado cuarenta años, dividen su tiempo entre su casa en el noreste de Florida y visitas a Nueva York.

«Aquí está la catastrófica tragedia que fue nuestra intervención en Vietnam. Es imposible describir el poder de este libro, pero te prometo que será una de las lecturas más memorables de tu vida. No puedo recomendarlo con mayor fervor.»
Harry Crews

«*Nam* fue un libro importante para mí, no solo porque fue donde me topé por primera vez con la palabra *"fugazi"*, sino también porque retrataba vívidamente las experiencias de las personas involucradas en ese desastre de guerra... perdón, "acción militar".»
Ian MacKaye (Fugazi / Minor Threat)

«Una obra tan dura como sublime, construida con las voces reales de los chicos y chicas que combatieron allí —voces jóvenes, violentas, aterradas, rocanroleras—, que llenará al lector de ira, compasión y un fiero orgullo de clase.»
Kiko Amat

Cuando en 1981 se publicó por primera vez *Nam*, las heridas de la cruenta guerra de Vietnam seguían abiertas. Seis años después de la finalización de una de las intervenciones militares más catastróficas de los EE. UU., poco o nada se sabía de los hombres y mujeres que allí lucharon. A los que regresaron, nadie les había preguntado qué vieron, cómo fue su experiencia, cómo les cambió... Mark Baker, un joven que no fue a la guerra y vivió aquel periodo convulso desde las aulas de la universidad y el movimiento contestatario en suelo norteamericano, empezó en 1972 a entrevistar —desde el estricto anonimato que brindó a los casi ciento cincuenta testimonios que quisieron compartir con él su experiencia— a excombatientes de una guerra que había atravesado cinco administraciones y cientos de miles de muertes de un bando y de otro. El resultado es uno de los libros más feroces y descarnados, y a la vez lúcidos, que se ha escrito jamás sobre la guerra.

WWW.EDITORIALCONTRA.COM

CONTRA